

RELACIONES

DE LA
SOCIEDAD ARGENTINA
DE
ANTROPOLOGIA

R. Aronson



TOMO I

Director: FRANCISCO DE APARICIO

BUENOS AIRES

1937


Hace un par de años, un corto número de especialistas se reunió en la antigua casa del general Mitre, por tantos motivos benemérita, y resolvió fundar una sociedad antropológica. Tendría por finalidad principal agrupar a todos los estudiosos de las distintas ramas de las ciencias del hombre y estimular, por todos los medios a su alcance, la investigación de aquellas disciplinas.

La nueva sociedad nació con una enjundia poco común. Limitada en un comienzo a los especialistas, en el más estricto sentido del término, debió luego de ampliar sus estatutos permitiendo el acceso a todos los que se interesan por los estudios antropológicos.

A medida que realizaba su labor, la Sociedad fué precisando sus objetivos y perfeccionando sus medios de acción. Con este criterio elástico que le permite mejorarse sobre la marcha y continuamente, ha ido adquiriendo una importancia que supera los cálculos más optimistas de la primera hora.

La más alta aspiración de los iniciadores de la Sociedad Argentina de Antropología fué contar con una publicación que exteriorizara la labor de sus asociados. Esta aspiración que, en un principio, pareció lejana y quimérica es hoy una realidad. El tomo de RELACIONES que ponemos en circulación inicia la serie, y refleja —parcialmente— la labor de la Sociedad en el primer período de su vida. Esta labor y el volumen que la documenta están lejos de satisfacer nuestros propósitos. Una y otro están llenos de defectos. Lo sabemos mejor que nadie mas, antes de esperar meditando en la inactividad una perfección que acaso nunca alcancemos, preferimos adaptar las normas de Sarmiento y lanzarnos a la obra animados de un constante afán de superación.

F. A.



EXCAVACIONES EN LOS PARADEROS DEL ARROYO DE LEYES

por

FRANCISCO DE APARICIO

HACE ya más de veinticinco años conocí el Arroyo de Leyes y tierras aledañas. Fué mi primera salida de Buenos Aires. Llevábame a aquel lugar, que tanta fama ha adquirido en nuestros días, un deseo vehemente de conocer y explorar el país que no habría de atenuarse nunca. Aun cuando en aquella ocasión cumpliera funciones bien ajenas a la ciencia, supe ya que en aquellos lugares se encontraban restos de industria indígena y — por primera vez en mi vida — recogí, en aquel entonces, algunos fragmentos de cerámica. El recuerdo de aquellos hallazgos mantuvo latente en mí un deseo de exploración en el lugar, mas, a pesar de haber vivido largos años a corta distancia del Leyes, dedicado exclusivamente a la investigación arqueológica, nunca llegó el día de efectuarla.

A comienzos de 1934, la Sra. Amelia Larguía de Crouzeilles, mediante una copiosa correspondencia, consiguió convencerme de la importancia arqueológica de la zona adyacente al arroyo de Leyes. Este convencimiento, decidíome a efectuar una inspección preliminar de la zona, bajo los auspicios del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras. En los primeros días del mes de septiembre del mismo año, realicé esta excursión preliminar con la valiosa cooperación de Frenguelli, que accedió a colaborar en la empresa de nuestro Museo, a fin de ilustrarnos acerca de las condiciones geográficas de aquellos lugares.

Durante nuestra visita a los paraderos próximos al arroyo de Leyes, un poblador ofertónos en venta dos vasos de un tipo que, por desusado

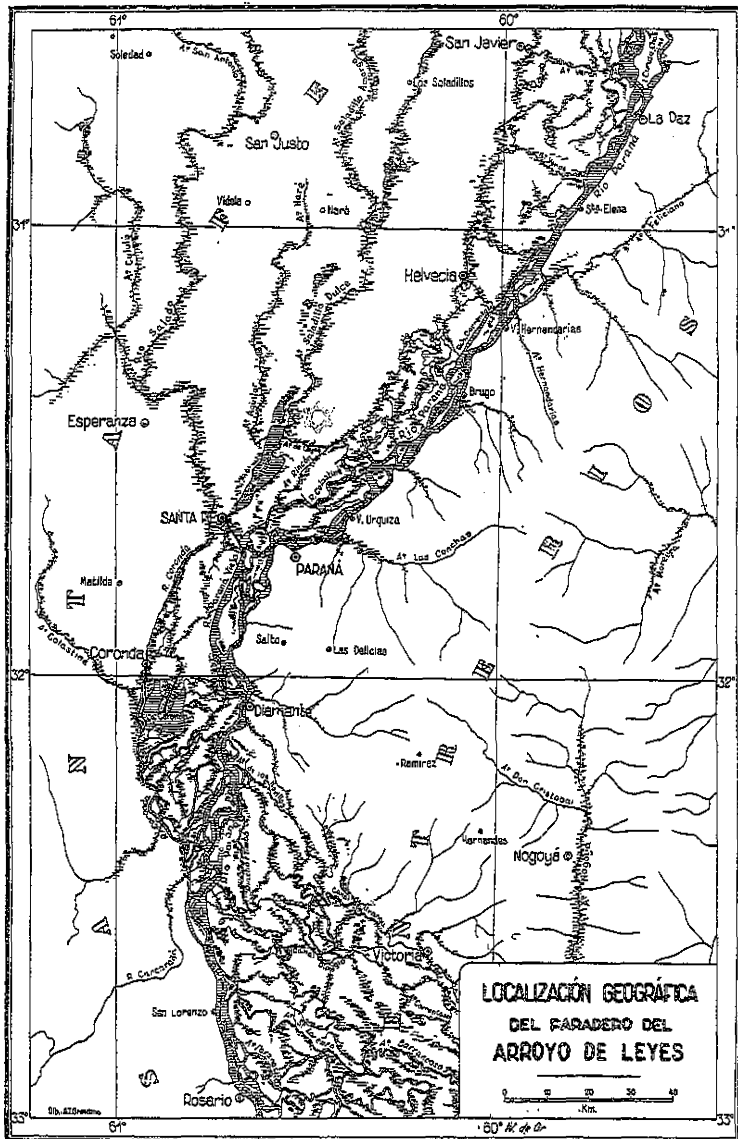
en la región, pareció sospechoso. De regreso, en Santa Fe, tuvimos noticia de la colección del Sr. Manuel A. Bousquet, que puso ante nuestros ojos un conjunto numeroso de objetos, procedentes de los yacimientos del Leyes, que diferían fundamentalmente de todos los restos arqueológicos del litoral paranaense conocidos hasta la fecha. El efecto de esta colección fué, francamente, desconcertante. Algunas piezas denunciaban muy a las claras la existencia de una superchería; otras, en cambio, abrían un interrogante que aún no tiene respuesta satisfactoria. Desde entonces hasta hoy, la cuestión del Leyes ha estado sobre el tapete, apasionando a especialistas y aficionados, y adquiriendo, por momentos, caracteres de escándalo, poco frecuentes en nuestro mundo científico. Por mi parte, desde el primer momento — prescindiendo de las supercherías que no interesan a la ciencia —, he creído que es necesario considerar a los hallazgos del Leyes como un hecho nuevo en nuestras investigaciones arqueológicas; como un problema de gran interés, cuya solución definitiva sólo ha de alcanzarse mediante una exploración amplia y sistemática de los yacimientos. A pesar del tiempo transcurrido, sólo me ha sido posible realizar dos brevísimas exploraciones, bajo los auspicios del Museo Antropológico y Etnográfico.

De los resultados de estos sondeos preliminares quiero dar cuenta en esta reunión en forma concreta y objetiva.

PRIMERA EXPLORACION.

La primera de dichas exploraciones fué realizada en la Semana Santa de 1935. El informe presentado a mi regreso, a la Dirección del Museo dice así: “En cumplimiento de lo ordenado por el señor Director, me trasladé a la ciudad de Santa Fe, con el propósito de realizar investigaciones arqueológicas en el campo denominado “Los Zapallos”, sobre la margen derecha del arroyo Leyes, en el departamento de Garay.

El campo, donde se han efectuado últimamente numerosos hallazgos, se encuentra en su casi totalidad cultivado, y sus pobladores prohíben todo trabajo de excavación. Sólo en una pequeña franja, comprendida entre el camino carretero y la costa, es posible excavar, pero esta zona se encuentra



totalmente removida por los lugareños, que realizan búsquedas continuas con propósitos de lucro. Es de allí de donde han salido — según testimonios de los propios recolectores — las numerosas piezas que se han dado a conocer últimamente.

Después de largas y trabajosas gestiones con uno de los pobladores se obtuvo permiso para realizar una angosta zanja no mayor de un metro, en una pequeña zona costanera, en la cual no se ha permitido excavar hasta ahora por estar destinada a operaciones de embarque y es pomposamente denominada “el puerto”. Limpiado el terreno de la maleza que lo cubre, hice abrir dos trincheras de un metro de ancho por quince de largo, aproximadamente. Ambas trincheras estaban separadas entre sí un metro. Esta franja intermedia, así como los contornos de las trincheras, fueron prolijamente sondeados.

El terreno es de consistencia arenosa. Trátase, evidentemente, de un médano costero consolidado y humificado. En la primera “punteada” — hasta unos treinta centímetros aproximadamente —, la tarea resultó estéril casi en absoluto. Al profundizarse la excavación otros treinta centímetros comenzaron a aparecer fragmentos de alfarería en cantidad apreciable. Todos esos fragmentos, con excepción de uno solo, corresponden al tipo de cerámica — lisa o grabada — que caracteriza los yacimientos arqueológicos próximos al Paraná.

Antes de la media hora de iniciada la tarea, uno de los obreros advirtió que la pala había chocado contra un objeto de mayor consideración. Penetré entonces en la trinchera y pude comprobar la presencia de un objeto de cerámica, antropomorfo, enterrado a una profundidad que pude apreciar entre 50 y 60 centímetros. Después de comprobar minuciosamente las condiciones del hallazgo — extremando el análisis en atención a las versiones de engaño que circulaban con respecto a este yacimiento —, llegué a la conclusión de que aquel objeto se hallaba, realmente, *in situ*. Procedí, entonces, a extraerlo, operación realizada con la mayor prolijidad, pues la pieza, de una cerámica de calidad muy inferior, se hallaba fracturada en varios pedazos. Los fragmentos, reunidos con todas las precauciones posibles, han podido ser pegados en el Museo, reconstruyéndose un vaso que ha ingresado al catálogo.

La excavación, comenzada a las ocho de la mañana, se prolongó durante todo el día, hasta el anochecer, pero el resultado fué completamente estéril encontrándose solamente algunos fragmentos de alfarería de tipo corriente. Este resultado era previsible, pues, fuera de la estrecha franja de terreno virgen en que se hiciera la excavación inicial, no fué posible realizar búsquedas sino en terrenos anteriormente removidos por los lugareños en procura de material arqueológico.

La pieza exhumada corresponde a un tipo de cerámica totalmente nuevo en la arqueología argentina². Es un vaso antropomorfo, de extrema rusticidad. El cuerpo es subglobular. Las facciones, torpemente modeladas, han sido muy bien definidas; los ojos resueltos de modo que dan a la figura una expresión de ceguera. En el cuerpo del vaso no se han indicado más caracteres humanos que los brazos y en medio de ellos se destaca una máscara, que da al conjunto el aspecto de haberse querido representar un hombre a horcajadas de otro (lámina II).

En el yacimiento del campo "Los Zapallos", sobre el arroyo de Leyes, considero que es inoficioso iniciar nuevas investigaciones si no se dispone de elementos para realizarlas en forma intensiva y si no se gestiona, previamente, permiso de los propietarios para excavar en lugares no profanados aún por los "buscadores de antigüedades".

(²) Este tipo de cerámica, al cual llamaremos, en lo sucesivo, "tipo Leyes", por ser exclusivo de este yacimiento, es de una rusticidad extrema. Todos los caracteres técnicos — estructura de la pasta, modelado, decoración, cochura — son rudimentarios, al punto de que no es exagerado decir que no se conoce cerámica de calidad tan inferior procedente de yacimientos arqueológicos de América. El valor artístico no supera la calidad industrial en las alfarerías del Leyes. Salvo contadas excepciones, son grotescas, deformes; revelan un espíritu mezquino que llega, a veces, a ser repelente.

La cerámica retirada hasta ahora de los paraderos próximos al Paraná es tosca, comparada con la cerámica de alta calidad del noroeste argentino, pero resulta excelente, en parangón con la extraída de las márgenes del Leyes. La alfarería indígena paranaense es de cocción imperfecta, pero la pasta es dura, compacta y homogénea. No faltan fragmentos de calidad superior por su modelado, alisamiento, decoración y cochura. El valor artístico es muy superior a la factura. Existen figuras de alto mérito escultórico, al punto de haber creado un estilo inconfundible, no sólo por su concepción plástica, sino también por los elementos decorativos.

No hay, pues, la menor posibilidad de confundir esta cerámica clásica del Paraná — a la cual llamaremos en esta comunicación "de tipo corriente" — con la recién aparecida a la que hemos denominado "tipo Leyes". Además de sus caracteres intrínsecos ambas cerámicas difieren también por las condiciones de hallazgo. Sabido es que los aborígenes del Paraná tuvieron la costumbre de romper sus vasos y dispersar luego los fragmentos. Todos los restos que poseemos de su cerámica — con raras excepciones — son tiestos reducidos a trozos menudos. La alfarería "tipo Leyes", en cambio, aparece en piezas enteras al parecer enterradas intencionalmente.

SEGUNDA EXPLORACION.

Pasado un año, como las circunstancias no habían permitido realizar la deseada exploración en gran escala, efectuamos una segunda tentativa, perturbada también por el mal tiempo. La expedición fué nuevamente organizada por el Museo Antropológico y Etnográfico. El señor Manuel A. Bousquet, formó parte de ella, a fin de obtener la colaboración de los pobladores, indispensable para el éxito de la empresa.

Iniciamos los trabajos en la mañana del 22 de mayo de 1936. La costa del arroyo de Leyes estaba totalmente removida. Presentaba el aspecto de los campos que han soportado un intenso bombardeo, efecto que, por fortuna, sólo conocemos a través del cinematógrafo. Fué menester contentarse con insistir en excavar terrenos ya explotados por los infatigables buscadores. Sólo conservaba su virginidad el campo que circundaba las casas, virginidad guardada con celo femenino por los tenaces competidores de la ciencia oficial².

La primera trinchera se abrió a corta distancia de la efectuada el año anterior, y de la costa del arroyo, sobre la huella del camino viejo. En la primera "punteada" —más o menos treinta centímetros de profundidad— sólo aparecieron algunos fragmentos de alfarería lisa, un borde inciso y un fragmento de silueta zoomorfa, todo de tipo corriente. Al continuarse el trabajo, a los pocos minutos, aparecieron, en los extremos de la trinchera, sendas piezas. La primera resultó un conjunto de fragmentos de diversos tamaños, con los cuales pudo reconstruirse, en todo su perímetro, la región ventral de una urna muy tosca, cubierta de hollín, de tipo corriente. El diámetro máximo de ese fragmento es de unos 28 centímetros. La segunda es una ollita de cerámica, muy gruesa y pesada, del tipo característico de este yacimiento (figura 1). Conserva un asa en forma de cabeza de

(2) Los pobladores del lugar han hecho de la búsqueda de material arqueológico su principal actividad. La consistencia arenosa del terreno les ha sugerido una técnica peculiar: cavan pozos, más o menos circulares, de poco más de medio metro de profundidad, luego con una larga varilla de acero sondan en todas direcciones. Esta técnica es la que da al terreno tan curioso aspecto pues presenta centenares de pozos, a corta distancia unos de otros.

víbora. La otra, fracturada, ha sido simétrica, posiblemente. Sobre el borde, grueso y basto, se ha ejecutado una decoración elemental, constituida por una serie de puntos incisos. La boca mide 15 centímetros de diámetro, el del vientre alcanza a 18, y la altura es de 11 centímetros. Luego de estos hallazgos, efectuados en los extremos de la trinchera, que tendría unos cinco metros de largo, procedióse a sondar prolijamente todo el contorno de la zanja,

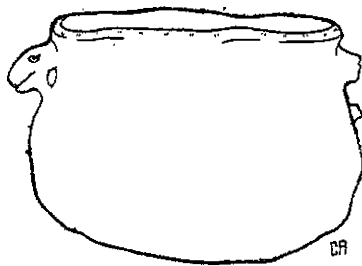


Fig. 1

aplicando la técnica de los lugareños, excelente en aquel terreno. Así apareció una tercera pieza, en la vecindad de la primera. El nuevo hallazgo consistía en un montón de fragmentos de cerámica lisa. Era evidente que todos ellos pertenecían a un mismo vaso. Ensayada luego la

reconstrucción, obtúvose algo más de la mitad de una urnita de base subglobular y cuerpo tronco-cónico (figura 2. La altura ha sido de unos 25 centímetros. La pasta es dura y compacta; la superficie exterior conserva vestigios de pintura roja. Por su forma, parece una pieza de origen guaraní. En resumen, esta primera excavación dió por resultado: en un extremo varios fragmentos y dos piezas de cerámica del tipo habitual en



Fig. 2

los paraderos del litoral paranaense; en el otro, una ollita "tipo Leyes". Todo a un mismo nivel.

Una segunda trinchera, paralela a la anterior, unos dos metros hacia la costa, abrióse a continuación. El resultado fué análogo: superficialmente se encontraron algunas tejas de tipo corriente y escasos restos de comida, huesos de nutria casi exclusivamente. Al llegar a los cincuenta centímetros de profundidad, aproximadamente, aparecieron dos piezas, y en el mismo nivel que ellas buen número de tejas lisas, algunas pintadas

de rojo, y tres de ellas con decoración incisa característica: surco con escalonamiento interior — una de ellas, muy posiblemente, fué una silueta zoomorfa —. La primera de las piezas es uno de esos vasos antropomorfos típicos del Leyes, desconcertantes por la grosería del modelado y la rusticidad de la técnica (lámina III). A ambos costados de la cabeza, sendas asas ofidiformes. Mide 18 centímetros de alto. La segunda es una ollita subglobular, con un borde festoneado, amplio y muy abierto hacia afuera. Todo el vientre del vaso está cubierto por una decoración incisa, constituida por cinco registros paralelos. Tanto por su concepción como por su factura, la decoración pone en evidencia una gran torpeza, que contrasta

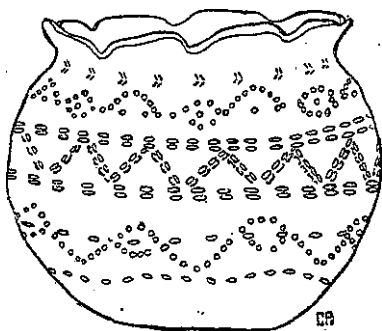


Fig. 3

con las decoraciones grabadas de los antiguos pobladores del Paraná. Mide 16 centímetros de alto (figura 3).

El segundo día de mi estada en el campo de "Los Zapallos", resolví hacer una inspección en la costa del arroyo. Habíanme informado los lugareños que los derrumbes de la barranca solían dejar algunos vasos al descubierto. Aun en la fotografía se advierte el aspecto que presenta la barranca: un banco oscuro de arena humificada descansando sobre el loess

de coloración mucho más clara (lámina IV, b).

Personalmente procedí a desmoronar partes salientes de la barranca. La empresa no fué vana, bastó poco trabajo para descubrir un pequeño vaso. Descansaba, a noventa centímetros de profundidad, sobre varios fragmentos grandes de alfarería de tipo corriente; además, en las inmediaciones del vaso, encontráronse algunos tiestos y un fragmento de ocre. La pequeña pieza representa una cabeza bifronte. El modelado de estas caras, como el de la mayor parte de las esculturas retiradas del Leyes, denota una inhabilidad escultórica muy grande. Sin embargo, es curioso observar, que en la pieza que me ocupa, el autor se ha propuesto repre-

sentar dos caras iguales, y lo ha conseguido, con una analogía sorprendente. Mide 11 centímetros de alto (lámina IV, y figura 4).

Después del primer hallazgo en la barranca, fueron infructuosos nuestros esfuerzos por repetirlo. Abandonamos la empresa y practicamos una nueva excavación en la vecindad de las efectuadas el día anterior. Repitióse la buena fortuna, aunque debimos llegar a los noventa centímetros de profundidad: encontré una figura femenina muy estilizada que es, sin duda, la más interesante de la serie. A distintos niveles, aparecieron numerosos restos de comida, muy deteriorados, y fragmentos de alfarería.

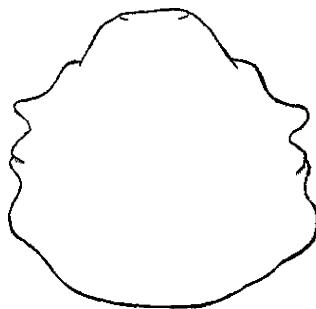


Fig. 4

El vaso antropomorfo (lámina V) ha sido concebido con una admirable simplicidad plástica. Un amplio vientre subglobular, estrechado para formar el cuello, y una cabeza también globular. Obtenido el volumen de la cabeza por tan sencillo procedimiento, se ha estilizado magistralmente un peinado por medio de una decoración de líneas paralelas, constituidas por surcos con escalonamiento interior. Este decorado cubre toda la superficie, dejando libre, al frente, la sección que correspondería a la cara y, detrás, la nuca, indicando muy claramente que esta parte estaba libre de peinado. El cuello se ha subrayado con una línea incisa que semeja un collar. Sobre el cuerpo se han emplazado dos pezones enhiestos, que definen el sexo. En la parte posterior, a la misma altura, la boca del vaso. A los costados, asas simples. Mide 18 centímetros de alto. La cerámica es de color bayo claro amarillento.

En la tarde del segundo día, conseguimos el anhelado permiso de cavar en una sección del terreno absolutamente virgen. Una parte del campo que no había sido roturada nunca con ningún propósito, según declaración del poblador, y nada hacía suponer lo contrario. Aprovechando esta feliz oportunidad, resolvimos realizar una excavación sistemática. Limpióse el terreno de la maleza que lo cubría y se procedió a cavar un

rectángulo de dos metros por cinco (lámina VI). Cavóse una primera "punteada" — 30 centímetros, aproximadamente —. El trabajo fué estéril; sólo apareció un pequeño fragmento liso de cerámica. Una vez nivelado todo el rectángulo a esta profundidad, comenzóse la segunda punteada. De inmediato aparecieron tejas en buen número. En vista de ese resultado se procedió a sondear prolijamente el terreno para evitar la fractura de las piezas, en caso de haberlas. El trabajo fué lento y pesado, pero no inútil. En uno de los ángulos, fuera ya de la trinchera, la varilla de acero tropezó con un cuerpo duro. Era la extraña pieza que reproduzco en la lámina VII, la cual se encontraba a ochenta centímetros de profundidad.

Es un vaso subglobular, prolongado en un cuello que termina en cabeza de ave. Los elementos de caracterización son simples y eficaces. Los ojos, modelados primero en relieve y luego definidos por dos círculos concéntricos y un punto que dibuja el iris. En torno a los ojos, una serie de incisiones al desgaire procuran sugerir el plumaje. El pico, largo y entreabierto, recuerda al de algunas aves acuáticas. Sobre el vientre del vaso, simétricamente, cuatro caras humanas. Las facciones son toscas e inexpressivas. Los ojos se han obtenido por técnica análoga a los del ave: modelados primero, y dibujados luego, por un doble óvalo circundado por una línea de puntos. Las cejas han sido, igualmente, dibujadas por un profundo trazo. La particularidad más curiosa de este vaso es que las cuatro caras se han obtenido con sólo cuatro ojos: cada uno de éstos resulta común para dos caras. La abertura del vaso se ha emplazado en la parte posterior de la cabeza de ave; de ella arranca el asa de curvatura simple. Mide 20 centímetros de alto.

La excavación de la segunda punteada produjo una gran cantidad de tejas y restos de comida: huesos partidos y valvas de moluscos. Limpióse la tierra de la segunda punteada y practicáronse, sin resultado alguno, nuevos sondeos. A pesar de esto, continuóse la excavación. En la tercera punteada disminuyeron las tejas pero aumentaron considerablemente los restos de comida. En el ángulo opuesto al del hallazgo las valvas de moluscos mezcladas con tiestos y huesos partidos constituían una verdadera brecha de algunos centímetros de espesor. Extraída la tierra de la tercera "punteada", la trinchera tenía más de 75 centímetros de pro-

fundidad. Sondeóse prolijamente, pero sin resultado. La brecha continuaba aún unos cinco centímetros; luego la arena, menos humificada, se tornaba parduzca; pocos centímetros más abajo, aparecía el loess.

El tercer día iniciamos una trinchera a corta distancia de la anterior, siempre en terreno virgen. La zanja tenía cuatro metros de largo por uno de ancho, y se profundizó hasta 80 centímetros, aproximadamente. A esa profundidad encontré un vaso antropomorfo (lámina VIII) y abundantes restos de comida. El vaso es similar al de la lámina III, y representa un individuo rechoncho, de pómulos abultados. Los ojos han sido obtenidos por una técnica distinta: modelados en hueco, incluyendo dentro un iris de bulto. En la parte posterior, junto a la oreja derecha, se ha emplazado una grotesca figura zoomorfa, al parecer un saurio. El alto del vaso es de 18 centímetros y medio.

Las dos últimas "punteadas" dieron gran cantidad de tuestos. Uno de ellos es un fragmento de borde con una figura zoomorfa. Todos los caracteres de esta pequeña pieza la definen, inconfundiblemente, como un ejemplar de las "representaciones plásticas" que caracterizan a una de las culturas indígenas que han tenido asiento a lo largo del Paraná. La pieza que nos ocupa ha pertenecido — probablemente — a un vaso muy plano, de reducidas proporciones; la misma pared del vaso se ha prolongado en una protuberancia, en la cual se ha modelado, con precisión

y simplicidad admirables, una cabecita de ave de amplio pico curvo. Los ojos, muy abultados, son su único complemento. Debajo de la cabeza, la pared del vaso presenta un agujero de grandes dimensiones (figura 5).

Una última trinchera, de análogas dimensiones, excavamos en la proximidad de la anterior. El resultado fué análogo: en un ángulo a 80 centímetros

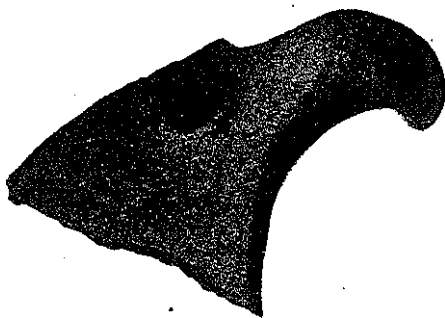


Fig. 5

de profundidad, encontré, tumbada, una ollita. Es muy simple, subcilín-

drica, con un borde festoneado. En la cara interna, en la proximidad del borde, algunas incisiones aisladas. A pesar de reunir los caracteres externos propios de la alfarería típica de este paradero, la ollita que nos ocupa es de paredes delgadas, y su cocción es bastante buena (figura 6). Encontróse esta pieza en condiciones que conviene puntualizar: por debajo, y envuelta en gruesas raíces de ombú.

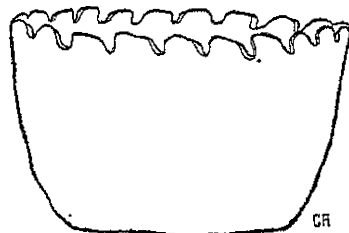


Fig. 6

Como no hubiera ningún vestigio de vegetación arbórea sobre la superficie del terreno, quise aclarar la aparente anomalía. Hasta 1917 ó 1918 el terreno en que trabajábamos — según declaraciones de los vecinos — estaba cubierto de un monte tupido, con predominio de talas. Entre ellos medraba un viejo ombú. Por aquella fecha el terreno fué desmontado para dedicarlo al cultivo, propósito que luego no se cumplió. En el extremo opuesto al del hallazgo de la ollita, encontróse un verdadero amontonamiento de huesos humanos, junto a gran cantidad de valvas de moluscos.

Innecesario creo advertir que todas las piezas exhumadas en el curso de las investigaciones de que doy cuenta en esta breve comunicación, han sido extraídas por mis propias manos, extremando el análisis en cada caso. Tengo el convencimiento de que todas estaban *in situ* y, por lo tanto, no abrigo la menor sospecha de que pudieran haber sido introducidas en el terreno con propósitos de engaño o de especulación.

CONCLUSIONES.

El resultado de estas rápidas investigaciones, y todo lo que hasta hoy sabemos sobre los hallazgos efectuados en las márgenes del arroyo de Leyes, son insuficientes, a mi juicio, para llegar a una exégesis definitiva.

He de limitarme, pues, en esta oportunidad, a dar mi opinión sobre el yacimiento y el problema que él plantea. A mi entender, sobre la margen derecha del arroyo de Leyes se extiende un amplio paradero, análogo

a todos los que se encuentran a lo largo del litoral paranaense. Así lo atestiguan las condiciones de ambiente, la presencia de representaciones plásticas, la abundancia de cerámica fragmentada y dispersa, de un tipo inconfundible, los restos de comida y testimonios de inhumación secundaria. Hallazgos anteriores confirman ampliamente la diagnosis, y agregan un infaltable elemento intrusivo — obligada excepción de la regla —: restos guaraníes. Dentro de este yacimiento clásico aparece el hecho realmente desconcertante: un tipo de cerámica desconocido hasta ahora, y que se presenta — junto a los restos habituales — en la forma no usual de vasos enteros, aparentemente enterrados. Este nuevo elemento, desconocido hasta ayer, enigmático hoy, es necesario investigarlo a fondo. La superchería y el charlatanismo se han mezclado, desgraciadamente, al asunto, pero esta circunstancia no amengua, en modo alguno, el interés estrictamente científico del problema¹.

⁽¹⁾ Comunicación presentada en la sesión del día 24 de julio de 1936. Cartografía de M. T. Grondona, dibujos de Cristina C. M. de Aparicio, fotografías del autor.



a

El arroyo de Leyes en la proximidad del yacimiento arqueológico.



b

Un aspecto de la vegetación en los bañados marginales del arroyo de Leyes.



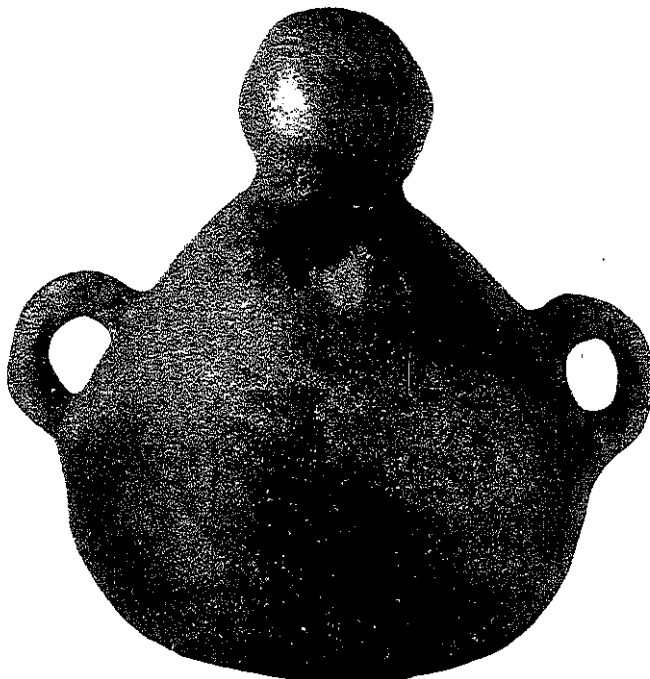
Vaso extraído en la primera exploración del Museo Antropológico
y Etnográfico.



Posición en que se encontraba el vaso representado en esta lámina.



La barranca del arroyo de Leyes en el lugar en que se exhumó el vaso
bifronte reproducido en esta lámina.



Posición en que se encontraba el vaso representado en esta lámina.



a

Aspecto del terreno en que se efectuó la excavación sistemática, después de cortada la maleza que lo cubría.



b

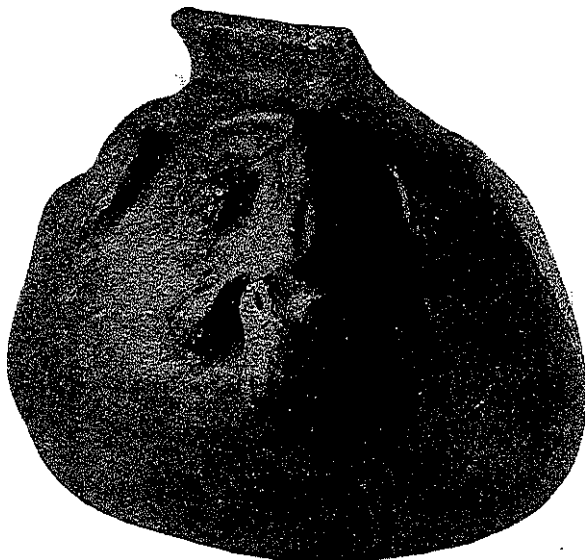
Aspecto de la trinchera, después de terminada la excavación sistemática.



Vista lateral del vaso descubierto en la excavación sistemática.



Vista frontal del vaso descubierto en la última trinchera.



Vista lateral del vaso descubierto en la última trinchera.

UNA REPRESENTACION DEL **CKECPIS** EN LA ALFARERIA PREHISTORICA DE LA ISLA

por

EDUARDO CASANOVA

ENTRE las numerosas piezas de barro cocido que exhumamos durante nuestras excavaciones en La Isla, yacimiento arqueológico de la quebrada de Humahuaca, en la provincia de Jujuy, hay una tan interesante que hemos creído conveniente dedicarle una noticia especial.

Es un pequeño puco, catalogado con el número 36-941 en las colecciones arqueológicas del Museo Argentino de Ciencias Naturales, que, junto con un adorno de oro, un vaso rectangular de piedra y la representación de una mazorca de maíz, también en piedra, constituía el ajuar fúnebre de un individuo adulto de sexo femenino, enterrado en el ángulo de una vivienda del yacimiento citado.

La pieza mide 130 milímetros en su boca y 58 milímetros en su base, que es plana; su altura alcanza a 50 milímetros, sin incluir el relieve antropomorfo que sobresale del borde; su grueso es de unos 3 milímetros.

La parte exterior del puco ha sido rudimentariamente alisada, presentando el color rojo natural de la arcilla empleada en su confección. En cambio, la superficie interior está bien pulida, y tiene un engobe rojo, sobre el cual se ha dispuesto una decoración pintada en negro. El motivo decorativo es un reticulado distribuido formando tres triángulos que se unen por un vértice en el centro del puco, mientras sus bases alcanzan al borde del vaso; del punto de unión sale una línea aislada que también se dirige al borde.

El interés de la pieza radica en una representación en relieve que aparece encaramada en el borde. Desde el punto de vista técnico podemos decir que el modelado ha sido confeccionado independientemente del vaso, al cual se ha aplicado antes de someterlo a la cocción.

Visto el puco de frente (lámina I) se observa una figura antropomorfa, cuya cabeza sobresale del borde, mientras las manos se apoyan sobre éste, como si el personaje se sostuviera con ellas. Dos pequeños relieves, hendidos en su parte media, figuran los ojos, y un tercero, colocado entre ellos, representa la nariz; la boca no está señalada. Pintadas sobre el rostro hay varias líneas en negro, unas bajo los ojos y otras a ambos lados de la nariz.

Detrás de esta primera figura aparece otra, algo más pequeña pero muy semejante. La pieza ha sufrido deterioros en esta parte, y faltan algunos fragmentos que corresponden a un ojo y parte de la frente, pero, de todas maneras, es fácil advertir la similitud de ambas representaciones antropomorfas (lámina II).

El segundo personaje aparece envuelto como con un lienzo o manta, uno de cuyos extremos pasa por el hombro izquierdo de la figura principal, mientras que la otra punta pasa bajo el brazo derecho.

¿Qué quisieron representar los indígenas en este grupo? Para nosotros no cabe la menor duda de que se trata de una mujer que lleva su hijo a cuestas.

Esta manera de colocar los pequeñuelos permite dejar libres los brazos de la madre, para emplearlos en llevar otras cosas o atender los mil quehaceres domésticos. Por esta ventaja el procedimiento, con ligeras variantes, se emplea en muchos pueblos. Por ejemplo, lo usan tribus negras del Africa, los indios del Chaco, los pobladores autóctonos y mestizos de Bolivia, Puna, quebrada de Humahuaca, etc.

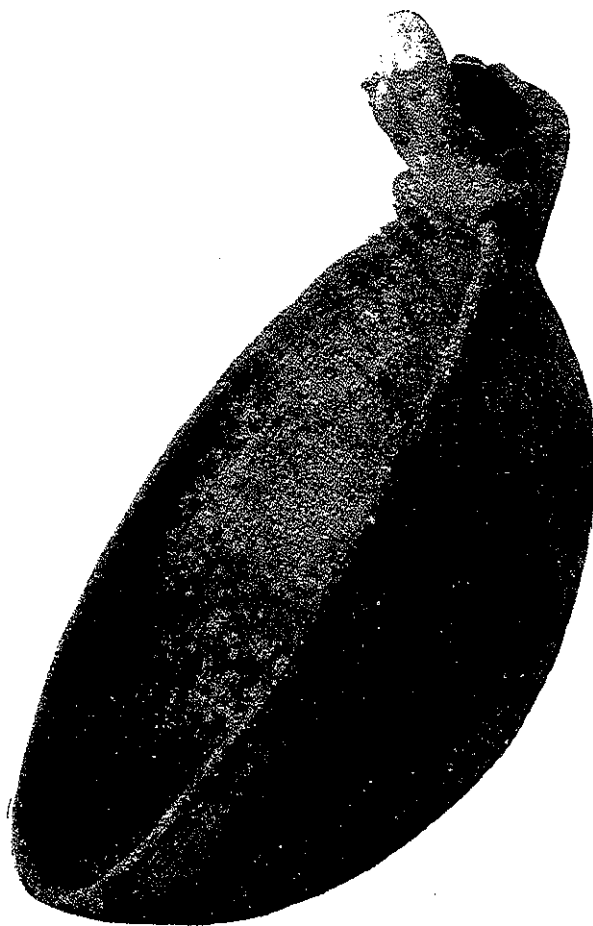
En esta última región se llama *kquepi* o *ckecpis* al atado que se hace con una manta envolviendo al niño, el cual se echa a la espalda, generalmente pasando un extremo de la manta sobre el hombro derecho de la madre y la otra punta bajo el brazo izquierdo y anudando ambos por delante del pecho.

El origen de esta costumbre es muy antigua, y tenemos referencias sobre ella desde la época de la conquista, pero es la primera vez que en la quebrada de Humahuaca aparece una pieza arqueológica que sirva de testimonio indiscutible sobre el uso del *ckecpis* en los tiempos prehistóricos¹.

(1) Comunicación presentada en la sesión del día 24 de julio de 1936.



Pequeño puco con modelado antropomorfo en el borde: el personaje principal aparece de frente.
La pieza procede de La Isla (Jujuy) y se encuentra en las colecciones
del Museo Argentino de Ciencias Naturales.



La figura permite apreciar la disposición del doble modelado antropomorfo. A cuestras del primer personaje aparece otro, más pequeño, envuelto en una manta que lo mantiene sobre las espaldas del primero en la típica forma del *čšecpis*.

RAZAS HUMANAS Y GRUPOS SANGUINEOS

por

J. IMBELLONI

LOS CARACTERES "EXTERIORES", PIGMENTARIOS Y TEGUMENTARIOS, EN LA CLASIFICACION TRADICIONAL DE LAS RAZAS HUMANAS

MIENTRAS un corto pero rumoroso grupo de personas extrañas a la investigación científica, multiplica sus cavilaciones, en revistas y diarios, contra el concepto de "razas humanas", por la sencilla razón de que — según dicen — nadie puede definir exactamente lo que es una raza, la clasificación de la humanidad ha ido, en los últimos tiempos, alcanzando la importancia de un problema central dentro de la antropología, y sus conclusiones se han acercado sensiblemente a las etapas definitivas.

: Naturalmente, no se trata ya de las razas de nuestros padres, que se contaban con los dedos de la mano: la blanca, la negra, la amarilla, la aceitunada y la roja. Continúan fieles a esta vieja clasificación los niños de las escuelas elementales, y de vez en cuando la vemos materializada en sendos bustos truculentos, en los escaparates de antiguas librerías escolares.

Esta división quinaria de las razas obedece a dos concepciones, hoy insostenibles.

Primero, la tendencia a considerar como una unidad racial a todos los habitantes de la misma masa continental, de donde vino la idea de fundar cinco razas porque existen cinco continentes. Es perdonable, naturalmente, el prejuicio "continental" en los primeros clasificadores del siglo XVIII, Linnaeus y Blumenbach. Linnaeus, que escribió antes del reconocimiento de la humanidad de Oceanía, dividió su *Homo divinus* (o *Sapiens*) en los cuatro grupos: *H. Americanus*, *H. Europaeus*, *H. Asiaticus* y *H. Afer*, siendo el 5º grupo compuesto por los organismos teratológicos, *H. mons-*

truosus. Blumenbach, que pudo aprovechar los extraordinarios descubrimientos antropológicos del Cap. Cook en el mar Pacífico, añadió el 5º grupo: *Varietas Caucasica*, *V. Mongolica*, *V. Aethiopica*, *V. Americana* y *V. Malaica*. Es éste el fundador del concepto pentamérico de la humanidad (*Varietates quinæ principes*), y todos aquellos que han quedado fieles al esquema de las cinco razas obran como si durante 150 años la ciencia del hombre hubiese quedado estacionaria.

Segundo, el criterio que los matices de la pigmentación cutánea y otros caracteres igualmente superficiales y aparentes (iris, cabellos, etc.), sean un medio perfecto de discriminación racial.

Las denominaciones *H. albus*, *H. niger*, *H. luridus*, *H. badius*, *H. rufus*, fueron asociadas inmediatamente a la división quinaria, porque el criterio cromático-cutáneo había gozado larguísimo favor ya desde los más antiguos precursores, empezando por los Egipcios y la Biblia.

En cuanto a las arbitrarias generalizaciones que están contenidas en esta clasificación, todos recuerdan el caso realmente instructivo de la llamada "raza roja". Esta denominación fué motivada por las ingenuas observaciones de la antigua literatura de viajes, cuando muchos creían que fueran pigmentaciones fisiológicas del indio tanto la pintura de guerra de los famosos "Pielés Rojas", como el embijamiento de los indígenas mejicanos, insulares, brasílicos, paraguayos y chaquenses por medio de la untura bermeja del Urukú (*Bixa orellana*). En realidad, los distintos grupos de indios no tienen un color cutáneo tan absolutamente idéntico como se creyó antiguamente, pues existe marcada oposición entre los tintes amarillentos, muy claros, de Colúmbidos y Fuégidos (en el extremo noroeste de Norte América y, respectivamente, en el extremo austral de Sud América) y el color intensamente oscuro de Centroamericanos y Ándidos, y luego entre el gris pálido de los Láguidos y el tinte casi negroide de algunos chaquenses y de los extinguidos Charrúa. A pesar de la separación de los grupos indígenas de América bajo un único rótulo continental, o "Raza Roja", la posición que más le convenía, por el carácter pigmentario, es la que le asignó Huxley (1870), como una de las cinco divisiones del *Hombre mongoloide*: 1ª Mongólica, 2ª Polinesia, 3ª Americana, 4ª Esquimal, y 5ª Malés, que este clasificador consideraba como "razas secundarias" y "modificadas".

Otra tentativa muy conocida de clasificar las razas por medio de los caracteres exteriores o cutáneos fué la de Federico Müller (1873), que adoptó el criterio de la forma y sección del cabello. Entre los grupos de Müller: 1° *Lophocomi* (o de cabello lanoso a guisa de granos de pimienta), 2° *Eriocomi* (lanoso uniforme), 3° *Euthycomi* (lacio) y 4° *Euplocomi* (enrulado), el lugar de los americanos corresponde a una subvariedad del 3er. grupo, afín a Australianos, Maleses, Mongoles y Árticos.

El sistema de Müller ha sido resucitado por Deniker (1900 y 1926), y posteriormente también por A. L. Kroeber (1923) y C. A. Haddon (1927). Las tablas taxonómicas de estos autores¹ están fundadas sobre los siguientes criterios, dispuestos en orden de importancia:

- Haddon: 1°, forma de los cabellos; 2°, color del cutis; 3°, estatura; 4°, forma de la cabeza; 5°, caracteres faciales; 6°, nariz y ojos.
Deniker: 1°, cabello; 2°, color cutáneo; 3°, estatura; 4°, nariz, etc.
Kroeber: 1°, cabello; 2°, pelo del cuerpo y de la cara; 3°, forma de la cabeza; 4°, nariz; 5° prognatismo; 6°, color del cutis; 7°, estatura.

RENOVACION EN LA JERARQUIA DE LOS CARACTERES CLASIFICATORIOS

Ahora bien; uno de los problemas más esenciales, especialmente en la sistemática del hombre, consiste, justamente, en fijar la serie jerárquica de los caracteres que se emplean como criterios de discriminación.

Ya hemos visto que, al poner en primer plano los caracteres tegumentarios y pigmentarios, los indígenas del doble continente americano se ubican en el amplio sector de la raza mongoloide. En efecto, la pigmentación intensa del iris y del pelo, el tinte cutáneo, la forma lacia del cabello y su sección redonda, su color negro y considerable espesor (ya el descubridor de América anotó "los cabellos como crines" en aquellas cuatro líneas escritas en el diario a su llegada a Guanahani, que consti-

(1) DENIKER, J. *Races et peuples de la terre*; París, 1900 y 1926.

KROEBER, A. L. *Anthropology*; New York, 1923.

HADDON, A. C. *Les races humaines et leur repartition géographique*, traducido por A. van Gennep; París, 1927.

tuyen la primitiva investigación antropofísica del Nuevo Mundo), son caracteres netamente mongoloides, que tienen una enorme extensión en toda América, y confieren al indio un *aire de familia* que nos explica la frase del cronista Ulloa: "visto a un indio, se ha visto a todos". La frase de Ulloa la encontramos, casi inalterada, en la demostración de H. Vignaud, en nuestros días, y la supervaloración de ese mismo "aire de familia" la vemos esgrimida por todos aquellos que prefieren conservar la vieja idea de que todos los indígenas de América forman un grupo racial único y uniforme, cuyas variaciones internas serían de interés secundario, sin llegar a comprometer la unidad taxonómica del conjunto.

No se olvide que este conjunto, o unidad, reposa completamente en los caracteres exteriores, pigmentarios y tegumentarios. Cuando se trató de extenderlo a los caracteres del esqueleto y del cráneo, se vió prontamente que la población indígena de América no presenta un tipo somático único, y ninguno de sus caracteres morfológicos se muestra completamente y en igual medida generalizado. En rigor de verdad, no conocemos una nariz "americana", como pretendió Davis, ni un cráneo "americano", como lo aseguró Morton, pues existe toda la gama de variaciones posible. Por la estatura — lo reconoce el norteamericano Wissler — no podríamos distinguir a un indio. En efecto: al lado de verdaderos gigantes, como los Tehuelche, se encuentran estaturas pigmoides como los Guayaquí, Yámana y Alacaluf. Igualmente, en lo de la conformación craneana, vemos desde el máximun de la braquicefalia (índice cefálico horizontal 90 y 95) hasta la dolicocefalia más intensa (ind. cef. hor. 66). Más aún, si se comparan las leyes de la proporcionalidad entre miembros y torso, y entre las secciones distales y proximales de cada miembro, se ve claramente que los cánones del indio no están en concordancia unos con otros, y una gran parte de ellos se colocan en aguda oposición a las leyes de construcción del tipo mongoloide. Inútilmente ha intentado Ales Hrdlička¹ dibujar un patrón morfológico común, que representase al pueblo americano aborígen

(¹) HRDLICKA, ALES. *The genesis of the American Indian*, en *Nineteenth International Congress of Americanists*, 559; Washington, 1917.

The origin and antiquity of the American Indian, en *1923 Annual report of the Smithsonian Institution*; Washington, 1925.

in toto, ya que todo crítico sereno ha visto en su *American Homotype* un organismo abstracto, creado artificialmente, mediante cifras que son los promedios de estaturas, índices craneanos, índices de la nariz, etc., de poblaciones absolutamente heterogéneas.

Una verdadera época de renovación en la investigación sistemática del Hombre se ha iniciado después de 1910, especialmente por obra de G. Sergi¹ y R. Biasutti², aunque es justiciero recordar los nombres de A. D'Orbigny³ y A. De Quatrefages⁴ en calidad de precursores. A De Quatrefages debemos, en el panorama racial humano, la formulación de los tres grandes núcleos raciales fundamentales y de dos grupos mixtos o "modificados", lo que constituye una visión esencialmente moderna, y, en el ámbito más especialmente americano, la separación de la raza de Lagoa Santa, definida, justamente, por medio de caracteres osteológicos y arquitectónicos: estatura, índices craneanos y faciales, proporciones de los miembros.

Aunque la posición actual de este conjunto, que luego tomó el nombre de "Raza Paleo-Americana", haya sufrido alteraciones en los sesenta años que van desde De Quatrefages (véase la reciente monografía⁵ publicada en los Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales), es innegable que su formulación representó la ruptura definitiva de la vieja unidad y la separación de un primer núcleo racialmente bien caracterizado.

En 1911 G. Sergi elabora un mapa de América basado en la determinación de afinidades filéticas vinculadas con la idea de migraciones de olas raciales distintas, y la limitación espacial de dichas olas. Casi contemporáneamente R. Biasutti, después de haber delineado con metódico trabajo crítico la distribución de los principales caracteres antropométricos

(1) SERGI, GIUSEPPE. *L'uomo; Hominidae, sistema naturale di classificazioni*; Torino, 1911.

(2) BIASUTTI, RENATO. *Studi sulla distribuzione dei caratteri e dei tipi antropologici*, en *Memorie Geografiche, supplemento alla Rivista Geografica Italiana*; Firenze, 1912.

(3) D'ORBIGNY, ALCIDES. *L'homme américain de l'Amérique méridionale*; Paris, 1839.

(4) DE QUATREFAGES. *L'espèce humaine*; Paris, 1877.
Histoire générale des races humaines; Paris, 1889.

(5) IMBELLONI, J. *Fuégidos y Láquidos; posición actual de la raza Paleoamericana o de Lagoa Santa*, en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales*, XXXIX, 79-104; Buenos Aires, 1937.

tricos en el doble continente, concibe la idea de la sucesión temporal de los tipos humanos, o *formaciones*, en conexión con su historia genética y su dispersión antropogeográfica. De ambos movimientos surge claro el concepto de *regiones biológicas*, que por un lado reclaman la reconstrucción de su historia filética y por el otro la de sus movimientos migratorios, y de la serie de factores del paisaje geográfico que han influido en la ampliación, limitación y fijación de las olas respectivas.

Ambos trabajos se integran admirablemente y señalan un jalón cuya importancia es inapreciable, puesto que todas las tentativas posteriores de clasificación tendrán como punto de partida las magníficas síntesis de Sergi y Biasutti.

En una memoria¹ presentada a la Segunda Reunión de Ciencias Naturales de Mendoza, en abril 1937, que representa una introducción histórica al problema taxonómico del indio, me he ocupado de las dos tablas taxonómicas publicadas en los últimos años, que pueden considerarse como la continuación directa del período señalado por el binomio Sergi-Biasutti. La primera ha sido publicada en mayo 1934 en la gran obra del profesor de Breslau, Egon Freiherr von Eickstedt², y la segunda por el autor de estas líneas³ en la obra sobre las Razas y Pueblos del Mundo que dirige el profesor Renato Biasutti, y que será puesta en circulación desde Turín por la sociedad editora UTET en 1938⁴.

Un amplio resumen de este último trabajo ha sido entregado para su publicación al presidente de la Sociedad Physis de Buenos Aires, y aparecerá en breve en la revista de ese nombre⁵.

Lo que más esencialmente reclama la atención del lector en este punto de mi exposición es el hecho que los investigadores que han trabajado en

(¹) IMBELLONI, J. *Estado actual de la sistemática del hombre, con referencia a América*, en Segunda Reunión de Ciencias Naturales; Mendoza, 1937.

(²) VON EICKSTEDT, FREIHERR E. *Rassenkunde und Rassengeschichte der Menschheit*; Stuttgart, 1934.

(³) IMBELLONI, J. *Le genti indigene dell'America*; en BIASUTTI, *Le Razze*, etc.

(⁴) BIASUTTI, RENATO. *Le Razze ed i popoli della terra*. Obra en dos gruesos volúmenes. por un grupo de especialistas, bajo la dirección del profesor Biasutti. Editor U. T. E. T. de Turín (en preparación).

(⁵) IMBELLONI, J. *Tabla clasificatoria de los indios de América*, en *Physis*: Buenos Aires, 1938.

el período más reciente y han creado la taxonomía moderna del indio, se han servido de una organización de criterios diagnósticos absolutamente distinta.

Tanto Sergi (1911) como Biasutti (1912), von Eickstedt (1934) e Imbelloni (1936), emplean los criterios clasificatorios en el orden siguiente:

- 1° *Caracteres constructivos y arquitectónicos del organismo humano*;
Estatura; Morfología del neurocráneo (índice cef. hor.; índ. cef. vertical, etc.). Morfología del splanocráneo: índ. facial, índices frontal, nasal, orbitario, palatino, etc.
Proporciones y canon: índice esquelético, índ. braquial, etc.
- 2° *Caracteres fisiónómicos*; dimorfismo sexual.
- 3° *Caracteres pigmentarios y tegumentarios* (cutis, iris, cabello, etc.).
- 4° *Caracteres fisiológicos*: Inmunología, caracteriología, coeficiente dinámico, etc.

TABLA TAXONOMICA DEL HOMBRE AMERICANO

En forma absolutamente sintética resumiré la tabla taxonómica de Imbelloni (1936), cuyas modificaciones a la precedente de von Eickstedt las encontrará el lector en las monografías presentadas a la reunión de Mendoza (1937).

Con exclusión de los Esquimales (o *Artidos*), que no son típicos de América, pues forman una corona ártica ininterrumpida, cuya difusión es relativamente reciente, las razas americanas — todas ellas *derivadas* en el sentido de De Quatrefages, o *metamórficas* — se distribuyen de la siguiente manera:

- 1°, *Colúmbidos*. 2°, *Plánidos*. 3°, *Sonóridos*, en el continente norte.
- 4°, *Pueblos Andidos*, con un sector norteamericano y otro sudamericano.
- 5°, *Istnidos*, en Centro América.
- 6°, *Amazónidos*. 7°, *Pámpidos*. 8°, *Láquidos*. 9°, *Fuéguidos*, en la América del Sur.

La extensión de esta comunicación no me permite reproducir los diagnósticos de cada uno de los grupos identificados. Me limitaré a dar un

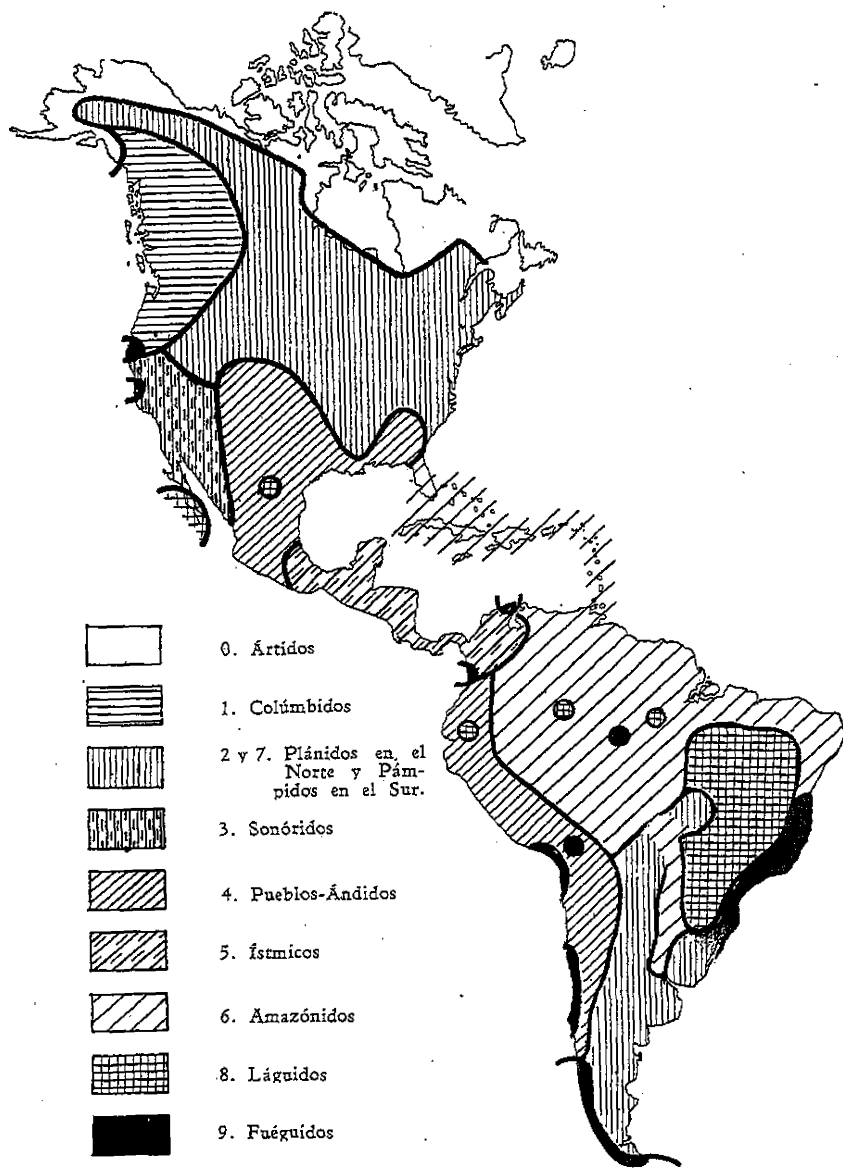


Fig. 1

Mapa de las Formaciones humanas y Regiones biológicas de América por J. Imbelloni (1936).

ejemplo de los mismos, reproduciendo a continuación los de dos grupos de Norte América y dos de Sud América.

1º COLUMBIDOS.

Sinonimia. *Pazifide Rasse* VON EICKSTEDT; *Sou-race pacifique* DENIKER; *Formazione subartica*, BIASUTTI.

Diagnosis. Hombres de estatura media y alta (mm. 1.160 a 1.700 ♂ y 1.520 a 1.600 ♀); forma craneana braquioide (índ. cef. horizontal 84-90); hay que descontar los efectos de la deformación artificial del cráneo. Color cutáneo más bien claro, de tonalidad amarillenta.

Se impone la distinción de un núcleo costero, con caracteres densificados, y de un sector interno con caracteres en sucesiva degradación. En general el área, en su integridad, se presenta como un centro de llegada y sucesiva irradiación de caracteres mongoloides; entre éstos los más intensos son representados por los del esqueleto, especialmente por la *braquisquelia*, la que no llega a dominar más allá de la faja costanera. Evidentemente, toda la zona fué el teatro de una acción de metamorfismo secundario de un grupo costero que ha ejercido su influencia sobre una capa anteriormente fijada, de hombres de estatura alta, perteneciente al tipo somático de los cazadores canadienses (Plánidos).

2º PLANIDOS.

Sinonimia. *Sylvide Rasse*, VON EICKSTEDT; *Hesperanthropus Columbi Planitia*, SERGI; *Formazione Nord-atlantica*, BIASUTTI.

Diagnosis. Hombres de estatura alta (mm. 1.660 a 1.775 ♂ y 1.580 ♀). Cráneo dolicoide, con índices moderados (índice cef. horiz. 80-81); esqueleto craneano macizo; cara ancha, con pómulos gruesos y salientes, mentón cuadrado, groseramente modelado. Nariz fuertemente encorvada en el varón, que contribuye a dar el perfil aguileño tan difundido en el tipo clásico del Piel Roja. Notable dimorfismo sexual: mientras el varón tiene el rostro intensamente accidentado, la *Squaw* muestra una cara redondeada y sin rasgos. Tinte cutáneo que varía alrededor de los matices claros del castaño. Arquitectura corporal que contrasta con el carácter "europoide" de la fisionomía, pues el desarrollo predominante de cabeza-

tronco (desarrollo centralizado) según la fórmula de von Eickstedt, lo diferencia de la arquitectura "distalizada" del europeo.

La región biológica de este grupo se ha ampliado en el transcurso del tiempo, puesto que los Plánidos se han extendido, con vigorosa tensión migratoria, a casi toda la región llana del continente norte; sus últimos movimientos pertenecen al radio de los tiempos históricos.

6° AMAZONIDOS.

Sinonimia. *Brasilide Rasse*, VON EICKSTEDT; *Race Brasilo-Guarani*, D'ORSIGNY; *Hesperanthropus Columbi Amazonicus*, SERGI; *Formazione Amazoniana*, BIASUTTI.

Diagnosis. Hombres de estatura media y baja (Caribe de Venezuela y Guayana, mm. 1.580 ♂ y 1.450 ♀; del alto Xingú, 1.610 ♂ y 1.520 ♀; Aruaco de la Guayana 1.550 y del alto Xingú 1.640; Tupí centrales 1580-1600 y del alto Xingú 1620-1660; del Paraguay, o meridionales, 1.660); formas craneales moderadamente dolicoideas (Caribe, índ. cef. hor. 81 y 82,5; Aruaco, 81 y 84; Tupí, 79 a 80,5). La cara no tiene canon sensiblemente cameprosopo ni leptomorfo; los pómulos no se diseñan con saliente digno de nota. Nariz de mediana largura, con aletas no excesivamente abiertas, aunque bastante carnosas. Construcción robusta, que recuerda las formas pícnidas del Hombre Alpino, especialmente por el cuello, los hombros anchos y los brazos musculosos; pero se diferencia de ese canon por tener brazos más largos y piernas notablemente sutiles. Característico es el tórax, voluminoso, muy *bombé* en la región mamilar, que se continúa en la línea todavía más globulosa del abdomen. Ni en las mujeres se evidencia el entalle de la cintura, y su cuerpo es igualmente grueso desde arriba hasta abajo. (Téngase presente que los Bororó, Carayá, Sirionó, Macú y otros pueblos no pertenecen a este grupo humano, a pesar de habitar en la Amazonia; los primeros son infiltraciones de Pámpidos, y los demás residuos de capas anteriores, láguidas y en parte fuéguidas).

7° PAMPIDOS.

Sinonimia. *Pampide Rasse*, VON EICKSTEDT; *Pampéens*, DENIKER; *Provincia Patagone e Pampeana*, BIASUTTI.

Diagnosis. Hombres de estatura media, alta y altísima (Mataco, 1.600 a 1.700; Toba, 1.700 ♂ y 1.550 ♀; Tehuelche, 1.730 a 1.830; Ona, 1.730 ♂ y 1.600 ♀) ;forma craneana dolicoide (índ. cef. hor. 77, 78, 79 y 80), con índice braqui en los Tehuelche, que han recibido grandes contingentes del grupo andino durante, al menos, dos siglos (índ. c. h. 85). La construcción del esqueleto es grande y ruda, los cráneos voluminosos y de notable espesor y peso (*paquicefalia*). Cara con notable desarrollo de los pómulos y mentón cuadrado, saliente; sin embargo tiene gran desarrollo vertical (*leptoprosopia*), con nariz estrecha (*leptorrinia*). Escaso dimorfismo sexual: hombres y mujeres no se distinguen fácilmente por el aspecto del rostro. Color cutáneo bastante obscuro, con tonalidades cálidas; ojos a menudo oblicuos.

Lo que caracteriza la arquitectura corporal de los Pámpidos es el corte atlético de los miembros, su armonía general y el equilibrio de las masas musculares, superior a otros grupos de América. Estos caracteres van disminuyendo de sud a norte, por la existencia de dos zonas de metamorfismo secundario, una en el Matto Grosso y otra chaqueña, además de la infiltración, netamente pampeana, de los Auca.

ESTADO ACTUAL DE LA SISTEMÁTICA DEL HOMBRE

Según se desprende de los párrafos que preceden, la diferencia entre las dos opuestas posiciones atribuidas al hombre americano es una consecuencia de la opuesta manera de organizar la serie de los caracteres clasificatorios. Ya hemos visto que, si a los caracteres exteriores se les asigna un valor predominante, el Indio pasa a formar una de las tantas ramas del tronco mongoloide. Viceversa, si se colocan en primer plano los caracteres de la arquitectura corpórea, o morfológicos, la unidad del Indio se desvanece, y, en cambio, se adquieren los medios técnicos aptos para separar los grupos que habitan las diversas regiones biológicas del doble continente.

El profano encontrará, en esta divergencia de conducta, un punto de apoyo para invalidar las clasificaciones raciales. “¿Cómo puede concebirse — dirá — que el taxonomista se encuentre igualmente libre de adop-

tar uno u otro camino, cuando sabemos que conducen a resultados tan dispares?”. Esta objeción, de gran sencillez, y aparentemente muy sólida, no deja de ser uno de los característicos raciocinios de personas extrañas al trabajo interno y constructivo de una disciplina.

Clasificaciones pueden hacerse en gran número, de todos los organismos que caen bajo nuestra observación; es suficiente variar el carácter de discriminación para variar las clasificaciones *ad infinitum*, puesto que, desde Buffon hasta nosotros, clasificar es una actividad de nuestro espíritu, dirigida hacia ciertos fines. Los sistemáticos saben muy bien que en algunas familias de organismos animales y vegetales la clasificación se ha hecho sobre la base de ciertas peculiaridades fácilmente perceptibles a la simple observación exterior: el número de ciertas manchas o grupos de pelos, la forma de un apéndice, el aspecto de una hoja, etc., y esto ocurre especialmente en aquellos sectores en los que no hay suficiente base para determinar las relaciones de descendencia.

Naturalmente, no hay que confundir una *clave*, que tiene finalidades prácticas muy conocidas, con una tabla filética.

Sin salir de lo que toca al Hombre, puede concebirse, en un cierto sentido, que por varios medios se llegue a definir los que han sido llamados “tipos humanos”, *types of Mankind*; pero esto no es todo lo que se desea en la designación de las razas.

A pesar del gran número de definiciones de lo que se entiende por *raza*, poco o nada ha cambiado, en lo substancial, este concepto, desde el siglo IV antes de Cristo hasta nuestros días: *la semejanza de ciertos individuos entre sí y el origen común de sus caracteres* (Hipócrates), y *una reunión de individuos semejantes, procedentes de antecesores de la misma sangre* (Pittard).

Ahora bien; las clasificaciones del tipo *clave* toman en cuenta sólo la primera parte del cometido, y no se ocupan de manera especial de la parte más honda y ardua, que consiste en el proceso de transmisión hereditaria. La diferencia entre las distintas conductas del clasificador ha sido puesta en primer plano por la genética moderna, particularmente después que las leyes de la heredabilidad de los caracteres y de la disociación de los mismos (Mendel) ha sido aplicada a la raciología humana.

En lo que respecta al Indio, los caracteres tegumentarios mongoloides, que innegablemente se presentan en gran escala (aunque no en igual grado ni con difusión absoluta en todo el *habitat*), prueban ciertamente que el genotipo de esta raza ha entrado a formar parte en las determinantes filéticas, pero no son suficientes para una interpretación mongoloide de la humanidad americana tomada en bloque, y tampoco para sostener que entre todas las demás componentes fuese la est-asiática la más considerable.

Ya en 1926 escribía que la reacción biológica del cruzamiento nos permite afirmar el *carácter dominante* del genotipo mongólico, *en lo que concierne a los caracteres exteriores*; a raíz de este predominio, la gran masa de los americanos presenta coloración esencialmente xantoderma (no tan completa como lo sostiene Deniker, sino con oscilaciones hacia el bruno, sin llegar nunca a melanoderma), y, además, la escasa pilosidad de la cara, y el cabello por color y sección característico del grupo humano lisotrico. En cambio, *los caracteres originales de estructura* (cráneo, esqueleto), propios de los demás genotipos que formaban el fondo del mestizaje, no han mostrado sino *escasa o ninguna recesividad*, y su persistencia nos demuestra que, respecto al factor corporal, predominan en América cánones y construcciones que nadie osaría asignar al genotipo mongoloide (*Esfinge*¹, pág. 309).

Cómo se ve, ya no se trata sólo de describir un grupo humano, un *Type of Mankind*. Corresponde, en cambio, apreciar el significado del fenotipo en todos sus elementos, lo que importa establecer la disociación de los caracteres, el grado de persistencia o desaparición de los caracteres dominantes o récesivos, la aparición de antiguas formas atávicas resueltas o la creación de caracteres nuevos, productos de la hibridación.

En cuanto al número de los tipos humanos, las modernas concepciones tienden a distanciarse notablemente de las tradicionales. Mientras por una parte las razas primarias se reducen a un *mínimum*, por la otra las razas metamórficas tienden a aumentar considerablemente en su número. Las primarias son comprendidas en dos series: *el cinturón de las*

(¹) IMBELLONI, J. *La esfinge india; antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos*; Buenos Aires, 1926.

razas boreales (Europoides, Mongoloides) y *el de las razas subecuatoriales* (Negroides, Australoides). La zona intermedia, o mediterránea, que coincide *grosso modo* con la línea Atlas - Alpes - Himalaya, fué el teatro de contactos y reacciones biológicas generadoras de un vasto número de formaciones raciales, más o menos fijas, que constituyen el muestrario de las razas metamórficas. En el extremo occidental de este eje, por ejemplo, los Sudánidos, Nilótidos, Bántuidos, etc. y — omitiendo las intermedias — en el extremo oriental del eje metamórfico, los Austrálicos, Tasmánidos y Melanésidos.

Dos conceptos, además de los sugeridos por la genética, deben tenerse presentes: el de *formación humana* y el de *región biológica*. El primero nos recuerda que en un mismo lugar se encuentran varias capas humanas sucesivas, a manera de los terrenos sedimentarios del geólogo, puesto que cada una de las diversas formaciones originadas en un mismo sector de metamorfismo ha tenido un área de difusión mucho más amplia que la actual, y que, en la época de su florecimiento, su expansión territorial fué teóricamente ilimitada. El término *región biológica* nos recuerda, en contraste con esa "sed de espacio", que la inaptabilidad del terreno, los obstáculos de naturaleza geográfica y — en mucho mayor grado — la oposición de los núcleos humanos ya instalados que ella encontró en su camino, así como el sobrevenir de otros núcleos sucesivos, ha determinado, por cada una de las olas metamórficas, un área más o menos delimitada geofísicamente, que corresponde a una región biológica. Las de las olas de formación más antigua, siempre más alejadas del lugar de origen y del camino de migración (*arrinconadas*).

NUEVOS ASPECTOS DE TAXONOMIA HUMANA SURGIDOS DE LA ISOHEMOAGLUTINACION

En la segunda parte de esta comunicación nos referiremos especialmente a un nuevo método que acaba de ser introducido en la investigación de las razas: la estructura y propiedades de los corpúsculos sanguíneos. Los que escuchan sabrán perdonarme la relativa amplitud que he tenido que dar a la primera parte, que no es introductiva, sino cumplidamente substancial. Sin tener, en efecto, una visión más o menos exacta de la

cuestión, particularmente en los puntos que pueden considerarse sus incógnitas y su terreno polémico (los que en toda disciplina constituye lo que realmente atrae a los espíritus animados de fervor científico), no podríamos ahora apreciar en su justo alcance la participación de la bioquímica.

Ya hemos visto que numerosos indicios daban la convicción de que los caracteres exteriores del Indio no están tan íntimamente ligados a su naturaleza filética, como los arquitectónicos. Ahora bien, ¿cómo se comporta el Indio respecto a las propiedades de los grupos sanguíneos?

Muy conocidos son los cuatro grupos sanguíneos del hombre, O, A, B, AB, cuya determinación es corriente en las clínicas, por sus aplicaciones en la terapéutica (transfusión de sangre). También han sido aplicados en inmunología, endocrinología y medicina legal. Algo menos conocidas son las aplicaciones de la iso-hemo-aglutinación en la antropología sistemática.

En antropología, tanto la finalidad como la elaboración de los materiales, son distintas de las del clínico, y por cierto más complejas. Al antropólogo poco le importa el factor individual; se interesa, en cambio, por la composición de las grandes masas de la humanidad.

Además, no sólo le interesan los cuatro grupos de la clasificación universalmente conocida, sino todas las clasificaciones establecidas hasta hoy, cuya nómina integral es la siguiente:

- I. Clasificación de Landsteiner (1900), cuatro grupos: O, A, B, AB.
- II. Distintos comportamientos de A (Landsteiner, 1926), dos grupos: A₁, A₂.
- III. Clasificación de Landsteiner y Levine (1929), dos grupos: M, N.
- IV. Clasificación de Landsteiner y Schiff (1932), dos grupos: P, G.

En segundo lugar, mientras la terapéutica mira a discriminar las cuatro propiedades O, A, B, AB, al antropólogo interesan más hondamente los genes que las producen, es decir, las determinantes hereditarias de tales naturalezas específicas del glóbulo rojo.

Por consiguiente, no tiene ante sí cuatro, sino tres genotipos; en cuanto al grupo AB, se trata de una convivencia de A con B.

Con respecto a la indagación fundamental, esto es, al mecanismo de transmisión hereditaria de las propiedades, las tres estructuras A, B y O se comportan como *tres variedades alelomorfás* de un sistema mendeliano.

M y N son otros alelomorfos de un segundo sistema que abarca dos posibilidades; esto quiere decir que sus genes están comprendidos en cromosomas diferentes. Otro tanto dígase de P y G, aun no perfectamente conocidos.

La labor del antropólogo, después de reunir los datos correspondientes a cada pueblo en número suficiente (que teóricamente no puede ser inferior a 500 por cada unidad), consiste en elaborar los números brutos de frecuencia de los 4 grupos sanguíneos, de manera que se evidencie la relativa proporción de los genes y, posteriormente, en construir representaciones aptas para discernir la disposición, difusión e intensidad respectiva de los mismos en toda la superficie del globo, con el fin de facilitar la deducción de juicios generales y clasificatorios, en el campo de la adjudicación racial y la agrupación geográfica. En sentido técnico, más que la existencia de los cuatro grupos clásicos, O, A, B y AB, le incumbe determinar la presencia de A y B, o la ausencia de ambas; más exactamente dicho, la presencia de los tres genes alelomorfos O, A, B, y la proporción en que ellos se encuentran difundidos en la tierra.

Llenar el programa fijado por el antropólogo, en su afán de clasificación racial, no es cosa fácil.

En primer lugar, cada uno de los pueblos en que se ha practicado la clasificación de los grupos de la sangre, ha mostrado poseer representantes de los tres genes. Es cierto que la proporción recíproca de los mismos varía en grado extremo, y hay pueblos en que el predominio de uno de los genes alcanza, y a veces supera la proporción de 80 sobre 20 (suma de los dos restantes), como hay pueblos en que las diferencias no son tan agudas. En general, la complejidad de tales fórmulas, compuestas de tres miembros, ha evidenciado la necesidad de conseguir una simplificación, apta para la comparación interracial y la compilación de mapas regionales, continentales o mundiales.

Abandonadas las expresiones formuladas, por el fin de la comparación, por Hirschfeld² con su "índice bioquímico de raza" $\frac{A}{B}$, y por Lattes³

(²) HIRSCHFELD, L. ET H. *Essai d'application des méthodes sérologiques au problème des races*, en *L'anthropologie*, XXIX, 505-537; Paris, 1919.

(³) LATTES, LEONE. *La individualità del sangue nella biologia, nella clinica e nella medicina legale*; Messina, 1923.

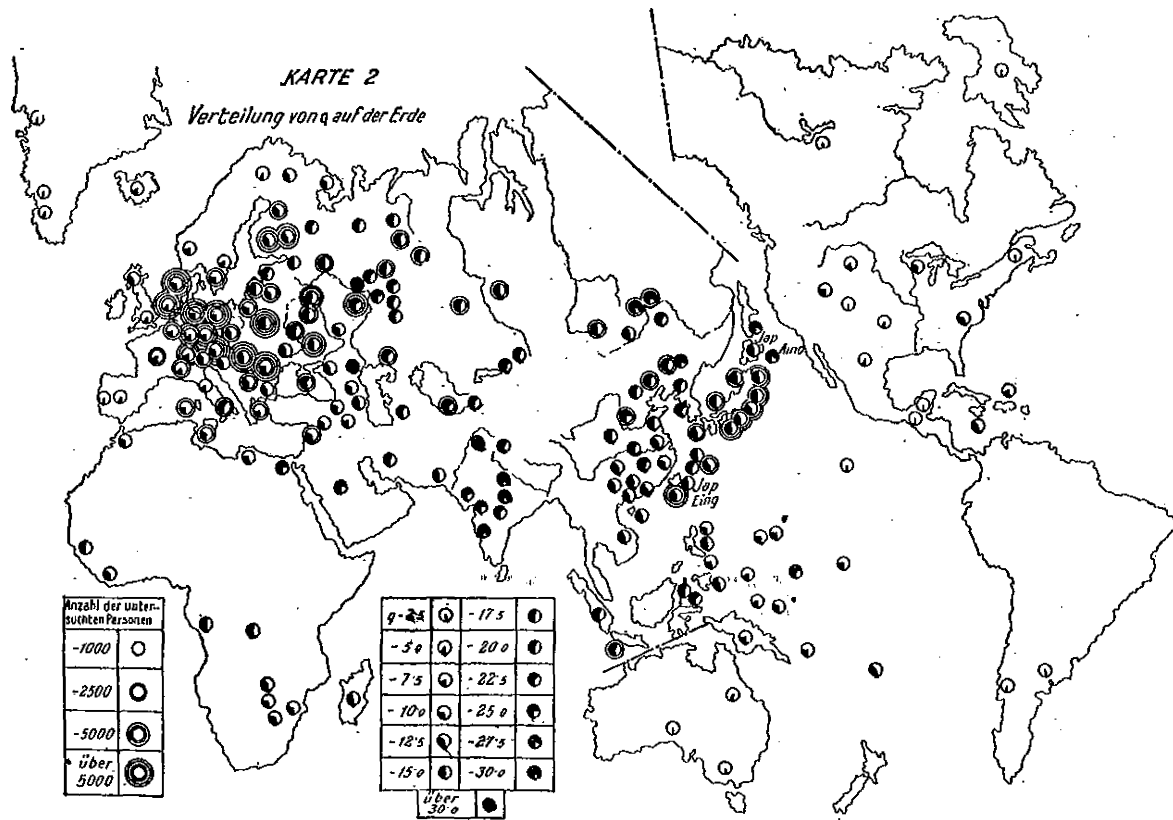


Fig. 2

Representación cartográfica de los fenómenos serológicos.

Carta de Bernstein que indica la distribución del grupo B (no está puesta al día por las regiones americanas). Nótese que el predominio de B no puede ser localizado sin una correcta interpretación de los signos; los círculos grandes se refieren sólo a la riqueza numérica de los casos registrados; más significativa es la amplitud del sector negro en cada circuitito; obsérvese que los mayores valores de q se sitúan en India y Asia Oriental.

$\frac{B + AB}{A + AB}$, por el hecho que ambas descuidan las proporciones del grupo 0, surge la conveniencia de seguir la fórmula de Bernstein, que representa las frecuencias proporcionales de las tres propiedades. Para la corrección de los porcentajes brutos es de suma utilidad el triángulo rectificador de Streng. Por fin la expresión numérica específica de cada unidad

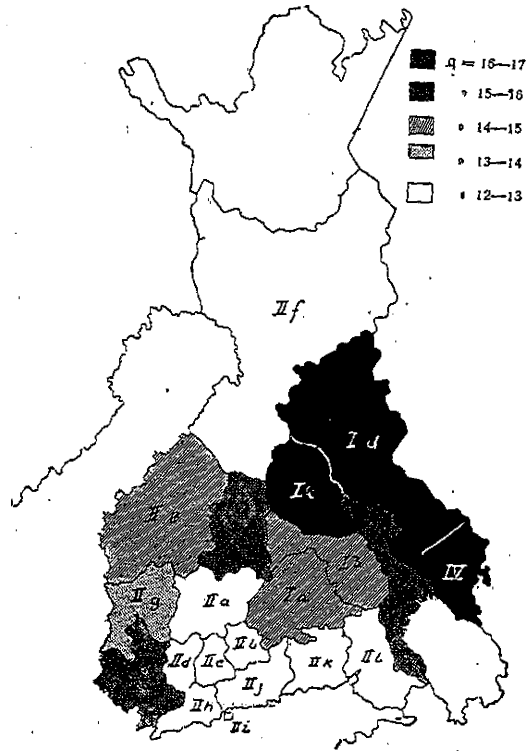


Fig. 3

Representación cartográfica.

Carta de Streng en que está indicado el valor de q en las varias regiones de Finlandia, por medio de grisados isométricos.

humana se proyecta en esquemas y mapas que hacen posible la confrontación racial.

Damos aquí algunos ejemplos de la representación geográfica (Bernstein, Streng).

Las primeras deducciones fueron las obtenidas mediante el llamado índice bioquímico de Hirschfeld, $\frac{A}{B}$, y pueden enunciarse así: "las densidades mayores del grupo A se registran en el borde occidental de Europa, y de allí se van debilitando gradualmente a medida que nos aproximamos al borde oriental de Eurasia, mientras, por el contrario, las densidades de B, mínimas en Inglaterra, aumentan progresivamente, hasta alcanzar un predominio casi absoluto en Japón y Malasia". Tal resultado no ha sido alterado hasta hoy, pero es indudablemente incompleto, porque está fundado únicamente sobre la difusión de A y B, descuidando la tercera estructura, O, la que, como decimos, debe ser considerada un aleomorfo. De ahí que Bernstein considerara en su sistema no sólo dos genes, sino tres; este autor fué el primero que localizó el centro de las mayores densidades de O en Australia, América y Filipinas. Suya es, por lo tanto, la doctrina de las tres razas, *Dreistammungslehre*, según la cual, tres serían los focos de irradiación de las razas serológicas humanas. La infiltración de elementos recíprocamente distintos realizada en todos los lugares de la tierra en proporciones desiguales, ha llegado a constituir la composición serológica de los pueblos.

Las expresiones numéricas de estos hechos suele hacerse hoy mediante los valores de r, p y q, que no son ya los porcentajes brutos, sino corregidos y elaborados, según la ecuación:

$$r + p + q = 1$$

En lo que concierne a América, el número de observaciones de series indígenas es escaso, en relación a los datos de otros continentes¹. Sumando todas las observaciones a nuestro alcance, se obtiene la figura serológica

$$r = 0,852 \quad p = 0,112 \quad q = 0,036$$

(¹) El total de las observaciones americanas alcanza (Streng, 1935) a 8.513 individuos, de los cuales 5.919 corresponden a indios de Norte América, y sólo 2.594 a Sud América.

En lo que concierne a los grupos indígenas del territorio argentino, se poseen las siguientes series:

	Nº de individuos	r	p	q
ONA (Dr. G. Rahm)	18	0,972	0,000	0,280
TEHUELCHÉ, id.	5	1,000	0,000	0,000
YAMANA, id.	33	0,302	0,000	0,698
CHAQUEÑOS (Mazza y Franke) ..	120	1,000	0,000	0,000

El hecho más significativo de estas cifras es la enorme importancia del grupo O en América, luego el relativo predominio de A sobre B.

La primera observación llamó la atención de Bernstein¹ ya en 1924 y de Snyder² en 1926, cuando sólo se conocían los porcentajes de poco más de 1.200 indígenas americanos, en su mayoría de Norte América. Pudo formularse en aquella época la doctrina de que los Indios constituyesen una unidad serológica compacta, caracterizada por el grupo O.

Bernstein concibió, por su parte, el común origen de Indios, Australianos y Filipinos. Snyder formuló, análogamente, su *Pacific-American Type*, caracterizado por la unívoca pertenencia al grupo O.

Diez años más tarde, Streng³ reconoce, en base a los cocientes bioquímicos, que los Esquimales se muestran poco coincidentes con los Indios, especialmente por su mayor coeficiente B y por su coeficiente A, que es el doble del americano y se acerca a las fórmulas europeas (esto coincide con la historia etnogenética de los Esquimales); confirma, además, que entre Australianos e Indios existe una analogía sorprendente (Streng invoca la hipótesis de Mendes Correa sobre el poblamiento de Sud América por el camino de la Antártida, de cuya inaceptabilidad me he ocupado en varios escritos).

En estos últimos días, el señor Arturo C. Alvarez, en una comunicación a la Sociedad Argentina de Antropología, ha dado a conocer una nueva serie, compuesta por indígenas Mataco de la Colonia Francisco J. Muñiz, organizada por la Comisión Nacional de Protección al Indio. No han sido dadas por el autor las cifras directas de frecuencia de los 4 grupos, y sólo los porcentajes aproximados, es decir, expresados por cifras enteras (O 79; A 15; B 4; AB 2). Sin embargo, me ha sido posible reconstruir los valores probables de r, p, q, que serían, respectivamente, 0.888, 0.085, 0.027.

El aporte del señor Alvarez se recomienda a nuestra consideración por ser la primera serie numerosa (227 individuos) del territorio argentino, y más todavía por la indiscutible homogeneidad de los componentes (los 120 chaqueños de Mazza y Franke eran "indios chiriguano, changuancos, chamacocos principalmente, y uno que otro mataco, chulupí y toba"); de hoy en adelante será siempre más necesario tener presente ambas condiciones de una serie, el número de individuos y su unidad racial.

(¹) BERNSTEIN, FÉLIX. *Ergebnisse einer biostatistischen zusammenfassenden Betrachtung über die erblichen Blutstrukturen des Menschen*, en *Klinische Wochenschrift*, III, 1495-7; Berlín, 1924.

(²) SNYDER, LAURENCE H. *Human Blood Groups: Their inheritance and racial significance*, en *American Journal of Physical Anthropology*, IX; Washington, 1926.

(³) STRENG, OSWALD. *Die Blutgruppenforschung in der Anthropologie*, en *Acta Societatis Medicorum Fennicae Duodecim*, serie A, t. XVII, fasc. III; Helsinki, 1935.

RENOVACION RECIENTE DEL PANORAMA SEROLOGICO AMERICANO

La idea de que el Indio fuese una raza pura, caracterizada por tener, teóricamente, el 100 % del grupo O, gozó, hasta hace pocos años, de un favor extraordinario. En el cuadro de los grandes problemas de la heredabilidad de los caracteres, fué presentada la hipótesis de que la forma O, considerada como ancestral, común a todos los hombres antes de que se originaran — en dos puntos del mundo — las mutaciones A y B; quedase conservada e incomunicada en América, Filipinas y Australia, y así, más o menos, lo sostuvo Snyder en 1929¹.

Corolario de esta tesis era que las cantidades de A y B, observadas en América, debían ser efecto de mestizaciones o intrusiones del elemento europeo en el primer caso, y del mongoloide en el segundo.

Debemos suma gratitud a los autores norteamericanos Wyman y Boyd² por haber señalado, recientemente, las falacias de esta tesis. Naturalmente, el medio demostrativo ha surgido de datos de observación con que no se contaba anteriormente, o que no habían sido analizados con toda la eficacia crítica necesaria.

El hecho es que las series publicadas después de 1933 (año que puede señalarse como el comienzo de una corriente analítica más rigurosa), han demostrado que varios grupos de indígenas americanos poseen en grado insospechado las propiedades A y B.

En cuanto al grupo sanguíneo A, Matson y Schrader³ (1933) han estudiado dos grupos de indios norteamericanos Blackfeet y Blood, uno compuesto por individuos mestizados con el blanco y otro por individuos inmunes de mestización, y han encontrado en el primero 50,6 % de A,

(¹) SNYDER, L. H. *Blood grouping in relation to clinical and legal medicine*; Baltimore, 1929.

The "laws" of serologic race-classification. *Studies in human inheritance*, en *Human Biology*, II, 128; Baltimore, 1930.

(²) WYMAN, LELAND C. y BOYD, WILLIAM C. *Human Blood Groups and Anthropology*, en *American Anthropologist*, XXXVII, 181-200; Menasha, Wisconsin; EE. UU., 1935.

A estos autores debemos la mayor parte de la bibliografía más reciente comentada en el presente escrito, la que se refiere a observaciones publicadas después de 1933.

(³) MATSON, G. A. y SCHRADER, H. F. *Blood grouping among the "blackfeet" and "Blood" tribes of American Indians*, en *Journal of Immunology*, t. XXV, 155; Baltimore 1923.

en el segundo 76,5, es decir, una proporción mucho mayor de A en los indios puros al confronto de los contaminados. Partiendo de esta base de observación, Wyman y Boyd han examinado atentamente varias series americanas, encontrando que a menudo la relación de A respecto a B resulta en ellas mayor que la conocida relación europea: $A:B = 3 \text{ ó } 4:1$. En efecto, la serie india de Coca y Deibert² brinda la relación 9,6:1, la de Jones y Koerber³ 19:1. Gates⁴ encontró, en la Columbia Británica, 21:1. Los 500 Navajos estudiados por Allen y Koerber dieron el 30 % de A, sin trazas de B. Igualmente sin B, los indígenas canadienses dieron a Gates⁴ el 15 % de A.

Justo es convenir, con Wyman y Boyd, que el elemento A no puede haber sido llevado a América por poblaciones europeas inmigradas recientemente. Por de pronto, los dos autores aportan una prueba verdaderamente brillante, en lo que concierne a la antigüedad de A en la América del Sud. Pacientes investigaciones, practicadas con métodos complicadísimos, sobre varios centenares de momias peruanas, han comprobado que tanto A como B existían antes del Descubrimiento.

En lo que concierne a B, no son menos sorprendentes las averiguaciones del período más reciente. Ya las listas de G. Rahm, procedentes de Tierra del Fuego, habían ofrecido valores que debían sorprender a los partidarios de la pretendida unidad genotípica del Indio:

	r	p	q
Ona	0,972	0,000	0,028
Yámana	0,302	0,000	0,698

(¹) COCA, A. F. y DEIBERT, O. *A study of the occurrence of the blood groups among the American Indians*, en *Journal of Immunology*, VIII, 487; Baltimore, 1923.

(²) DOWNS, C. M. JONES, H. P. y KOERBER, K. *Incidence and properties of isohemolysins*, en *Journal of Infectious Diseases*, XLIV, 41a.; Chicago, 1929.

(³) ALLEN, F. W y KOERBER, J. Comunicación personal a L. C. Wyman y W. C. Boyd, autores del trabajo arriba citado.

(⁴) GATES, R. R. *Blood groups of Canadian Indians and Eskimos*, en *American Journal of Physical Anthropology*, XII, 475; Filadelfia, 1929.

Pero he aquí que la serie de Golden², fruto de sus estudios sobre los Carayá del Brasil Oriental, brinda la siguiente figura:

<i>r</i>	<i>p</i>	<i>q</i>
0,620	0,047	0,333

Indudablemente, nadie estaba preparado, unos cinco o seis años atrás, para aceptar la idea que el grupo sanguíneo B tuviese una representación tan alta, relativa y absoluta, en determinados pueblos americanos.

Conclusiones. Me limitaré a indicar los siguientes corolarios, que representan el estado actual de esta disciplina en sus aplicaciones a la antropología taxonómica.

En primer lugar, la uniformidad de la población indígena americana, como fué concebida por los primeros intérpretes, se ha desvanecido ante la diversidad de los conjuntos de América, cuyas figuras bioquímicas varían en forma sensible, en la misma guisa que en los núcleos raciales establecidos en los demás continentes, y a veces ofrecen contrastes tan definidos como la fórmula chaquense de Mazza y Franke, contrapuesta a la yámana de Rahm, y la Navajo de Nigg a la yucateca de Goodner. Diferencias y contrastes habían quedado desapercibidos, por el conocido efecto encubridor del promedio aritmético, cuando se practica sumando elementos heterogéneos, pero el análisis comparativo de las series es suficiente para ponerlos en evidencia.

Segundo corolario: los varios pueblos americanos se conducen, respecto a los valores de A y B, de manera tal que sólo puede explicarse admitiendo que, si realmente A y B son mutaciones de una capa 0 anteriormente uniforme, tales mutaciones se han verificado antes de la migración a América, y esto no puede ya ponerse en duda, después de las demostraciones de Wyman y Boyd. Por otra parte, el resultado resulta coincidente con lo que desde mucho tiempo voy indicando, respecto a los caracteres "arquitectónicos" del organismo humano, los que en América hacen posible la determinación de grupos distintos, conservados en peculiares regiones biológicas, y

(²) GOLDEN, G. *Distribution of blood groups in South America*, en *Lancet*, II, 278; Londres, 1930.

muestran ser efectos de metamorfismos cumplidos ya antes de la llegada al continente.

En tercer lugar, surge la certeza de que el genotipo mongólico no ha tenido, en cuanto a las propiedades serológicas, la misma dominación que ha ejercido en los caracteres exteriores en una escala sin duda vastísima (aunque no absoluta, como algunos pretenden), y esto confirma la creencia enunciada por algunos escritores modernos, de que las propiedades sanguíneas representan en el organismo del individuo y de las razas un carácter más íntimamente conexo con su naturaleza.

En pocas palabras, el fruto de la experiencia recogida en este nuevo campo de observación, con respecto a los problemas americanos, indica desde ya con bastante claridad: 1º que hay que considerar los distintos núcleos americanos por separado, no sin aspirar a la formación de conjuntos coincidentes, pero — de todos modos — renunciando a construir artificialmente un *American Homotype* serológico, que no resulta menos arbitrario del *American Homotype* antropométrico, creado a base de promedios aritméticos; 2º, que hay en América grandes masas absolutas de O, en general, pero sin excluir que determinados pueblos presentan importantes masas de A, que seguramente han existido en tiempos anteriores al Descubrimiento, y otros pueblos muestran un porcentaje B enormemente pronunciado; 3º, que esta última condición no se presenta sin conexiones íntimas con el esquema clasificatorio de las razas americanas, pues, por el contrario, tanto los Carayá como los Yámana pertenecen a capas estrechamente emparentadas (Láguídos y Fuéguidos de nuestra tabla sistemática).

Un instante de reflexión lo merece la diferente conducta de los especialistas con referencia a la adopción o rechazo del método serológico. Como es natural, todo hombre de ciencia está, en cierta medida, influido por el fallo que la serología aporta a sus propias convicciones o tendencias científicas: si el fallo resulta favorable, no hay inconveniente para la aceptación del método; si, en cambio, resulta adverso, se opone toda clase de resistencias, activas o pasivas.

Por lo que concierne a mi actividad personal, no ha sido difícil, en el curso de esta reseña, destacar que muchos puntos esenciales de las doctrinas que desde años sustentó se ven confirmadas con sólidas compro-

baciones serológicas; así, por ejemplo, la escasa participación mongoloide en todo lo que no es carácter exterior, el australoidismo del fondo antropofísico de amplias formaciones americanas relativamente menos recientes, la llegada al continente de migraciones ya genotípicamente metamorfizadas en los lugares de origen, la exclusión de los Esquimales de la historia filética del Indio, la gran afinidad de ciertas razas americanas con los Indonesios, particularmente del tipo Filipino, la afinidad ancestral del más remoto foco australoide con ciertas formaciones europoides, el parentesco de Láguídos con Fuéguidos, y en segundo término con Pámpidos y Plánidos, etc.

Sin embargo, no pretendo de ningún modo esconder que en punto determinado los resultados bioquímicos contrarían las ideas que he aceptado y empleado en mi clasificación, esto es, respecto al lugar que pertenece a Fuéguidos y Láguídos en la historia filética de los pueblos americanos. El valor elevado de g indica un mongoloidismo que, por el momento, parece en contradicción con los caracteres exteriores de esas poblaciones y con su construcción corporal. He aquí un interrogante, apto para incitarnos a completar esas series, que son numéricamente insuficientes. Por desgracia, del lado Fuéguido muy poco podrá añadirse a los 37 individuos Yámana de la serie de Rahm², dada la casi extinción de ese pueblo, y por el lado del Altiplano del Brasil, a las dificultades numéricas se añade la de abordar poblaciones agresivas. ¿Podremos, en una época más o menos próxima, contar con el aporte de series observadas por nuestros colegas brasileños, de pueblos pertenecientes al conjunto Láguído, en número de casos suficientes, es decir, que alcance a algunos centenares? ¿Y habrá modo, igualmente, de contar con series de los últimos representantes de los Fuéguidos de la costa brasileña que permanecen aún entre el río Doce y el Pardo? ¿Lograremos, a nuestro turno, perfeccionar la serie yámana del profesor chileno? Estos son los *desiderata* más urgentes, y todo año que pasa hará más difícil su cumplimiento. Luego habrá que reanudar la observación de los Chaqueños, ya tan brillantemente iniciada por el doctor

(²) RAHM, GILBERT. *Los grupos sanguíneos de los araucanos (mapuches) y de los fueguinos, en Investigación y Progreso*, V. 160-162; Madrid, 1931.

Mazza¹, completar en lo posible la de los Pámpidos que sobreviven, más o menos mestizados, en las mesetas argentinas, y esperar que desde Brasil nos lleguen documentaciones sobre el fondo Amazónico, por lo menos en número igual a las series de los Araucanos de Chile que ya existen en la literatura, recientemente aumentadas hasta una cifra superior a 1.000 por el antropólogo alemán Dr. Schäuble, que pronto publicará sus resultados en la revista del Prof. Fischer, rector de la Universidad de Berlín.

En cuanto a las propiedades A₁ y A₂ tenemos, hasta la fecha, una comprobación insuficiente para comprobar que sean aptas para distinguir la masa A oriental de la occidental, como fué sospechado en un principio. Es un campo todavía prematuro, aunque teóricamente Fisher² haya afirmado que, si la mutación A hubiese surgido independientemente, tendría en los varios continentes facies distintas.

Menos embrionario es el estado de los trabajos que conciernen a los alelomorfos M, N, y parece que en este terreno van a recogerse resultados importantes. Los últimos guarismos publicados (Wellisch³, Zusatz⁴), indican que el Indio presenta proporciones peculiares y forma un complejo separado de los Europeos, Mongoles, Negros e Indonesios. Si se indica con *s* la frecuencia de M, y con *t* la de N, el índice bioquímico $\frac{s}{t}$ resulta negativo en los Indonesios (es decir, que N es mayor), positivo en los demás, con valores inferiores a 2 en Europeos, Japoneses y Negros, y superior a 2 en los Indios Norteamericanos. Faltan series de Oceanía y de Australia, y hasta hoy el Indio está representado sólo por núcleos norteamericanos (he aquí un nuevo campo virgen para los investigadores de Sud América).

No quiero terminar estas páginas sin recordar que los médicos podrán llevar utilísimo concurso, siempre que en la formación de las series, iden-

(¹) MAZZA, SALVADOR y FRANKE, ISABEL. Grupos sanguíneos de indios y de autóctonos del norte argentino, en Tercera Reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte; Tucumán, 1927.

(²) FISHER, R. A. *The Genetical Theory of Natural Selection*; Oxford, 1930.

(³) WELLISH, P. *Das vorhandene Untersuchungs material im MN-System*, en *Zeitschrift f. Rassenphysiologie*, V, VI; München, 1933.

(⁴) JUSATZ, H. *Die rassische Verteilung der Bluthörpereigenschaften M und N auf der Erde*, en *Zeitschrift für Rassenkunde*, V, 88; Stuttgart, 1937.

tificación de núcleos raciales y de gentilicios, adopten la óptica y el método del antropólogo y del etnólogo.

En cuanto a la eficacia eurística, no hay posibilidades de dudas. “La estructura sanguínea se hereda independientemente de la edad. El sexo, el estado sanitario o mental, los caracteres antropológicos exteriores, no tienen importancia alguna. Las propiedades serológicas se transmiten como caracteres puros, no como caracteres mixtos, y por lo tanto, son más fáciles a seguir que las demás cualidades hereditarias”, Streng, 1934. No todo, sin embargo, debe presentarse como cosa fácil y asequible por medio de generalizaciones aventuradas, desprovistas de rigor crítico: “Toute-fois on doit considerer — añade el mismo autor — que des conclusions finales d'une étendue vaste ne soyent pas tirées sur la base de séries trop petites et trop peu nombreuses”⁽²⁾.

(2) Comunicación presentada en la sesión del día 26 de agosto de 1936.

ORIGEN ETNICO DE LOS CRANEOS PINTADOS DE SAN BLAS

por

MILCIADES ALEJO VIGNATI

HACE pocos años, el doctor Roberto Lehmann Nitsche dió a conocer el hallazgo de un cráneo que presenta dibujos en diversos colores¹, realizado en el conocido cementerio de San Blas, al sudoeste de la provincia de Buenos Aires².

No obstante presentarse aislado y sin vinculación aparente dentro de ese interesante cementerio y de tratarse de elemento tan excepcional en toda América, juzgué necesario insistir en la búsqueda de otros casos similares que, a mi entender, no podían faltar. Por ello es que, en cuanto me incorporé al personal científico del Museo de La Plata, mi primer excursión de estudio fué a esa rica región del sudoeste de la provincia de

(¹) R. LEHMANN NITSCHKE, *Un cráneo patagón con pinturas geométricas en rojo y negro, procedente de San Blas (costa atlántica)*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXXII, 293 y siguientes; Buenos Aires, 1930.

(²) La región de San Blas cuenta ya con una bibliografía propia bastante profusa. Además de las variadas referencias etnográficas de d'Orbigny dispersas en su obra (conf.: ALCIDES D'ORBIGNY, *Voyage dans l'Amérique méridionale*, II, Paris, 1839-1843) y de los someros datos de Moreno (conf.: FRANCISCO P. MORENO, *Viage a la Patagonia setentrional*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, I, 186; Buenos Aires, 1876), en el presente siglo se han publicado diversos estudios referentes, especialmente, a la arqueología (conf.: H. T. MARTIN, *Exploraciones patagónicas*, en *El Diario*, 28 de agosto, 9; Buenos Aires, 1904; FÉLIX F. OUTES, *Arqueología de San Blas (Provincia de Buenos Aires)*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, XVI, 249 y siguientes; Buenos Aires, 1908 [1907]; H. T. MARTIN, *South American archeological notes*, en *Kansas University Science Bulletin*, IV, 391 y siguientes; Lawrence, 1908; W. H. HOLMES, *Stone Implements of the Argentine Littoral*, en ALES HRDLICKA, *Early man in South America*. Bureau of American Ethnology. Bulletin 52, 142 y siguientes; Washington, 1912; LUIS MARÍA TORRES, *Arqueología de la península San Blas (provincia de Buenos Aires)*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXVI, 473 y siguientes; Buenos Aires, 1922). FÉLIX F. OUTES, *Noticia sobre los resultados de mis investigaciones antropológicas en la extremidad sud-este (sic) de la provincia de Buenos Aires*, en *Physis*. Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, VIII, 388; Buenos Aires, 1925-1927 [1926]. A esta enumeración deben agregarse los trabajos de Lehmann Nitsche y Vignati mencionados en las notas infrapaginales contiguas.

Buenos Aires¹. Marrado en ese primer viaje mi propósito fundamental, volví al año siguiente con iguales ilusiones pero con mayor empeño en lograr un nuevo documento que por los caracteres inhumatorios sirviese de fundamento a la procedencia étnica que venía columbrando y estableciera definitivamente la identidad de los fundadores de esa primitiva necrópolis. Y, en efecto, esta vez mis esperanzas se vieron colmadas con el descubrimiento de un paquete funerario que contenía dos esqueletos de adultos y uno de párvulo, en el que los cráneos de aquéllos estaban decorados². Considero conveniente manifestar, desde ahora, que la decoloración de las pinturas ha sido muy intensa desde el momento de su desentierro, a tal punto que uno de aquéllos puede actualmente ser considerado como carente de esas manifestaciones rituales que, sin embargo, eran perfectamente visibles cuando los limpiaba de la arena envolvente. Esta circunstancia es la que me permite considerar que no podemos, en modo alguno, creer que sólo en casos extraordinarios se procedía a adornarlos, sino que pudo haber sido una práctica común y que las condiciones del medio, más o menos propicias, son las que han determinado la persistencia o el desvanecimiento de las pinturas.

No es mi intento en este momento describir menudamente los dibujos hechos en estos cráneos realizados en rojo, negro, amarillo y verde; basta poner de manifiesto el íntimo vínculo existente en ambas decoraciones, lo cual es suficiente para evidenciar que ellas respondían a preceptos superiores a los de una mera manifestación artística y que no quedaban librados a la inspiración o voluntad de los ejecutantes.

Ahora bien: tal costumbre no pudo pasar inadvertida a los cronistas o a los misioneros si es que corresponden a una época contemporánea a la conquista y colonización, como lo sugiere el estado y el aspecto de los huesos. Y así es, en verdad. El padre Rosales, que tenía un conocimiento

(¹) MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Investigaciones antropológicas en el litoral marítimo sudatlántico bonaerense*, en *Notas Preliminares del Museo de La Plata*, I, 19 y siguientes; Buenos Aires, 1931.

(²) Dí a conocer esos hallazgos en una nota periodística que se publicó bajo el título: *Investigaciones de interés realizó el Museo de La Plata. Se han efectuado en la zona de San Blas, al sudoeste de la provincia*, en *La Nación*, 28 de febrero de 1932; Buenos Aires. (Sólo la parte antropológica y arqueológica me pertenece).

personal de las provincias de Cuyo, nos ha dejado una concreta exposición de las costumbres de los indígenas de toda esa zona. Al relatar las escenas que seguían a la muerte de uno de los componentes de la tribu dice que "en muriendo un indio se junta toda la gente a enterrarle... y al cabo de un año le hazen las honras volviéndose a juntar todos, y para esto le desentierran, que por ser los lugares de los entierros muy húmedos se conservan con su carne. Y uno que tiene officio de ciruxano o anatomista le va cortando toda la carne, dejándole los huesos limpios, que seca al sol, y luego los va pintando de colorado, amarillo y otros colores, y la carne la entierra... Los huesos ya pintados los ponen en una bolsa de pellejo de varios colores y los cubren con la mejor ropa que tienen... Y acabadas las honras ponen los huesos en unas alforxas muy pintadas y sobre un caballo los llevan a que descansen de los trabaxos de la vida a una casa que para éstos les hacen junto a las suyas"...¹.

Por de pronto, he aquí un hecho perfectamente establecido, una agrupación étnica que esqueletizaba el cadáver y al que pintaban los huesos con diversos colores. Tal vez pueda ocurrir que alguien quiera ver en esa descripción del padre Rosales una referencia a la pintura corrida tan conocida en las prácticas funerarias de los primitivos; pero fuera de otras razones nada despreciables, conviene puntualizar que habla de varios colores, lo que indica que usaban de todos ellos para el mismo sujeto, cosa que hasta ahora no se ha comprobado fuera de estos cráneos, pues es demasiado conocido que el rojo es el único que es dado observar en los huesos de nuestros cementerios aborígenes². No corresponde discutir tal asimilación para evitar deslizarnos por la pendiente de la duda por la que bien pronto sería indiferenciable la parte de verdad que encierra cualquier narración de cronista.

El padre Rosales deja sin describir el entierro definitivo que reciben esos muertos. Pero lo que él no refirió está perfectamente complementado

(¹) DIEGO DE ROSALES, *Historia general de el Reyno de Chile. Flandes indiano*, II, 98; Valparaíso, 1878.

(²) R. LEHMANN NITSCHKE, *El revestimiento con ocre rojo de tumbas prehistóricas y su significado*, en *Revista del Museo de La Plata*, 321 y siguientes; Buenos Aires, 1927. MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Resultados de una excursión por la margen sur del río Santa Cruz*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 87, nota 2; Buenos Aires, 1934.

por Falkner que, sin aludir a la pintura ritual, hace alusión al proceso de esqueletización después del cual es llevado *to the proper burial-place of their ancestors*, para lo cual deben atravesar hasta 300 leguas¹. Ciertamente es que este autor establece que sólo los Tehuelhets tenían sus sepulturas en la costa del mar océano pero, discrepando con ese texto, su mismo mapa ubica, también, en la orilla del mar los enterratorios de los Chechets, de modo que no se necesita utilizar mucho la cita para comprender que, posiblemente, todas las agrupaciones pampeanas llegaban, de igual manera, a la ribera oceánica a depositar los restos de sus difuntos.

Si no fuera así, esa distancia de 1.500 kilómetros que hace recorrer a sus Taluhets, entidad de las llanadas de Mendoza y San Luis, nos llevaría a buscar sus sepulcros en el norte de la gobernación de Santa Cruz, absurdo que no vale la pena comentar.

Esto establecido, creo que no puede haber duda en asimilar los habitantes del sur de Mendoza y San Luis del padre Rosales, con los Taluhets de Falkner. Siendo así, los enterratorios de la península San Blas corresponden a los aborígenes descritos por aquél, lo cual, a su vez, explica esa carencia de cementerios locales indicados por los especialistas que han estudiado las culturas de aquellas provincias.

Ese hecho no tiene para mí nada de extraordinario. Basta vivir en una y otra región para convencerse que el medio geográfico —que entraña la igualdad de los elementos florísticos y faunísticos— ha obrado, en forma determinante, en las migraciones anuales de los aborígenes. Esas marchas penosas a través de las selvas salvajes debían serles, sin embargo, factibles sin mayor esfuerzo, pues por lo idéntico del paisaje que cada día se desplegaba ante ellos parecería ser un solo y mismo ambiente que transportaban consigo. ¡Tan homogénea es la formación del monte xerófilo de nuestras llanuras!

Considero que no son necesarias mayores pruebas para considerar que los antiguos habitantes de San Luis y Mendoza son los que encontramos en los cementerios de la costa atlántica, y en modo especial los de San

(¹) THOMAS FALKNER, *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America*, 118 y siguientes; Hereford, 1774.

Blas, perfectamente individualizados por estos cráneos pintados. Si alguna duda quedara de estas largas migraciones de carácter ritual, no debe olvidarse que un entierro de un "médico" de las pampas de San Luis, fué encontrado al norte de la gobernación del Chubut¹ y que ha sido posible su identificación por el preciso relato del padre Van der Berghe².

Por último, estimo necesario puntualizar que, una vez por todas, debemos abordar el estudio racional de los diferentes etnos en su verdadera distribución geográfica rompiendo con los moldes de los límites políticos que no han tomado en consideración la etnografía que, en forma global, nos han legado los misioneros y conquistadores, sin presentir el valor que sus exageraciones y, a las veces, incoherentes narraciones tendrían para nosotros, que hemos llegado harto tarde para estudiar las interesantes costumbres de los antiguos habitantes del territorio argentino³.

(¹) MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Restos del traje ceremonial de un "médico" patagón*, en *Notas del Museo Etnográfico*, número 4; Buenos Aires, 1930.

(²) FRANCISCO ENRICH, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, I, 392; Barcelona, 1891.

(³) *Comunicación presentada en la sesión del día 26 de agosto de 1936.*

ADDENDA

Algunos meses después de leída esta comunicación fué editado un nuevo tomo de la obra enciclopédica del P. Sánchez Labrador, dedicado al estudio de los indígenas de las llanuras pampeanas y estepas patagónicas¹. Como era de esperar de tan meticoloso observador y feliz escritor, el trabajo es pródigo en datos etnográficos, en su mayoría de verdadero interés². No podía faltar, por consiguiente, una mención al asunto que me ocupa. Dice al efecto: “En las concavidades, ó cuevas, en que tienen sus enterramientos, hay varios agujeros, ó excavaduras al rededor, hechos por la Naturaleza; y cada familia tiene destinado uno de aquellos agujeros, en que mete los huesos de sus difuntos; pero antes los pintan con variedad de colores, y los atan adornandolos con hilos, y sartas de cuentas de vidrio, cascabeles, y planchas de Laton, adquirido en sus tratos con los Españoles”³. Se trata, según puede verse, de la misma costumbre a que hace referencia Rosales.

Sánchez Labrador atribuye estas modalidades a los “Puelches” del cacique Bravo, morador del curso superior del río Negro. Creo, a la par de Outes⁴, que esos indígenas son Genakenn, radicados allí después de haber emigrado de regiones más norteñas a las que le asigna Falkner. Con ello entiendo asignar un gentilicio a las innominadas agrupaciones puelches de Rosales y Ovalle. Considero, además, que un estudio comparativo

(¹) JOSEPH SÁNCHEZ LABRADOR, *Paraguay catholico. Los indios Pampas - Puelches - Patagones*; Buenos Aires, 1936.

(²) Es para mí problema arduo el motivo íntimo que origina la evidente discrepancia entre la copiosa información que ha tenido el P. Sánchez Labrador el cual, sin haber estado en las misiones bonaerenses, ha escrito un texto claro y comprensible, con las nebulosidades y — a las veces — inciertas afirmaciones de Falkner quien, en cambio, moró entre los indios de que nos ha informado tan deficientemente. Encuentro una explicación satisfactoria — cuya consistencia no me es dado verificar — en la circunstancia de ser la obra publicada de Falkner una adaptación de sus manuscritos (conf.: GUILLERMO FURLONG CARDIFF, *La personalidad y la obra de Tomás Falkner*, en *Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas*, número XLVIII, 57, 60, 61 y siguiente; Buenos Aires, 1929); es muy posible que el ocasional editor haya suprimido párrafos y alterado su ordenación primitiva con un criterio tan poco científico como propio de esa época.

(³) SÁNCHEZ LABRADOR, *Los indios*, etc., 63.

(⁴) JOSÉ CARDIEL, *Diario del viaje y misión al río del Sauce realizado en 1748*, en *Publicaciones del Instituto de Investigaciones Geográficas de la Facultad de Filosofía y Letras*, Serie A. Memorias y Documentos. N° 13, 246, nota 2; Buenos Aires, 1930 [1933].

de las lenguas Allentiac¹ y Millecayac² con la Genakenn³, podría demostrar una afinidad entre ellas, hasta ahora insospechada. Así quedaría justificada la verosímil hipótesis de Latcham, que ve en aquel idioma el origen del nombre del cacique Marich⁴ que vivía en los alrededores de Buenos Aires por el año 1582; nombre de cacique que, como se recordará, interpretó Lehmann Nitsche⁵ para apuntalar sus vistas araucanizantes⁶.

(¹) LUIS DE VALDIVIA, *Doctrina cristiana y catecismo con un confesionario arte y vocabulario breves en lengua Allentiac* (reimpresión Medina); Sevilla, 1894.

(²) LUIS DE VALDIVIA, *Fragmentsos de la doctrina cristiana en lengua Millecayac* (reimpresión Medina); Santiago de Chile, 1918.

(³) FÉLIX F. OUTES, *Vocabulario y fraseario Genakenn (Puelche)* reunidos por Juan Federico Hunziker en 1864, en *Revista del Museo de La Plata*, XXXI, 261 y siguientes; Buenos Aires, 1928.

(⁴) RICARDO E. LATCHAM, *Los indios de la cordillera y la pampa en el siglo XVI*, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, LXV, 238 y siguientes; Santiago de Chile, 1930.

(⁵) R. LEHMANN NITSCHKE, *El grupo lingüístico "Het" de la pampa argentina*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXVII, 46, nota 3; Buenos Aires, 1922.

(⁶) Tanto Outes (conf.: CARDIEL, *Diario del viaje*, etc., 246, nota 2) como yo (conf.: MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Resultados antropológicos de algunos viajes por la provincia de San Luis*, en *Notas del Museo de La Plata*, I, 348, nota; Buenos Aires, 1936), hemos protestado de tan singular tesis.

UN PARADERO INDIGENA EN LA MARGEN IZQUIERDA DEL RIO MATANZAS

por

FLORENCIO VILLEGAS BASAVILBASO (h.)

SIGUIENDO las indicaciones que me diera a fines de 1932 el paleontólogo don Carlos Rusconi, en los primeros meses del año siguiente tuve ocasión de conocer un yacimiento arqueológico situado sobre la margen izquierda del río Matanzas, en el partido de su mismo nombre.

Se halla ubicado a un kilómetro y medio al sudeste de la Estación Querandí, del F.C.C.G.B.A., y a diez kilómetros río arriba, del límite de la Capital Federal.

El terreno en ese lugar se presenta en suavísimas ondulaciones que van a terminar bruscamente, trescientos metros antes del río, en una barranca de unos cuatro o cinco metros de altura (lámina I, *a*). El paradero se encuentra en la parte superior de esta barranca, siendo admirable su posición estratégica, pues domina la vasta llanura que se extiende hacia el sur, estando también a cubierto de las inundaciones del río.

En esta parte alta de la región se encuentran distribuidos en grupos de cuatro, cinco o más, cantidad de centenarios ombúes. Pocos metros antes de la barranca, el agua de las lluvias principalmente, ha rebajado el nivel de la tierra vegetal, formando pequeños declives, que pueden observarse en la lámina I, *b*; es en estos lugares, donde se encuentran, en la superficie del terreno, los restos arqueológicos que he recogido y que rápidamente voy a mencionar.

Este material está formado por más de 800 fragmentos de alfarería, puntas de flecha, raspadores, cuchillos, varios instrumentos indeterminados, varios trozos de materia colorante, una hermosa bola esférica, algunos fragmentos de piedra pulida, una pieza de metal, etc., y gran cantidad de residuos del tallado de la piedra, tierras cocidas y huesos quemados.

La cerámica de este yacimiento, lo mismo que toda la de la provincia de Buenos Aires, se encuentra sumamente fragmentada; he recogido cerca de 400 ejemplares decorados, la mayoría muy pequeños. Por lo general la decoración es incisa, siendo poco numerosos los fragmentos pintados. En todos los casos la pintura ha sido aplicada uniformemente o quizá en bandas, el tamaño de las piezas no permite determinarlo, y casi siempre en la pared interna de los recipientes.

La ornamentación consiste en combinaciones de líneas rectas o quebradas paralelas, como puede verse en la lámina II, *a*. Otro tipo de decoración es el formado por impresiones verticales, a veces producidas por la uña, encerradas entre líneas paralelas. En la lámina III, pueden apreciarse algunas variedades de este tipo de decorado que constituye un estilo bien definido. En la lámina II *b*, figura un ejemplar ornamentado empleando únicamente impresiones unguulares.

Se encuentra también presente la guarda griega hecha con puntos, o líneas con presiones rítmicas (lámina IV, *a*). En la lámina V, *b*, pueden observarse triángulos y figuras escalonadas, respectivamente.

Todos estos motivos de ornamentación se corresponden exactamente con los que aparecen en la cerámica de la región de las lagunas de la provincia de Buenos Aires¹.

Muy escasos son los fragmentos que han sido decorados en su parte interna; sin embargo he obtenido algunos bellos ejemplares que en su interior presentan un reticulado constituido por líneas paralelas que se cruzan formando rombos, lámina V *a*. En la misma lámina puede apreciarse otro caso de ornamentación interna ejecutada con gran prolijidad y complicación. Es de lamentar que el tamaño de la pieza no permita reconstruir el dibujo.

He hallado varios trozos de bordes provistos de agujeros de suspensión, hechos todos, excepto uno, antes de la cocción del vaso y de afuera hacia

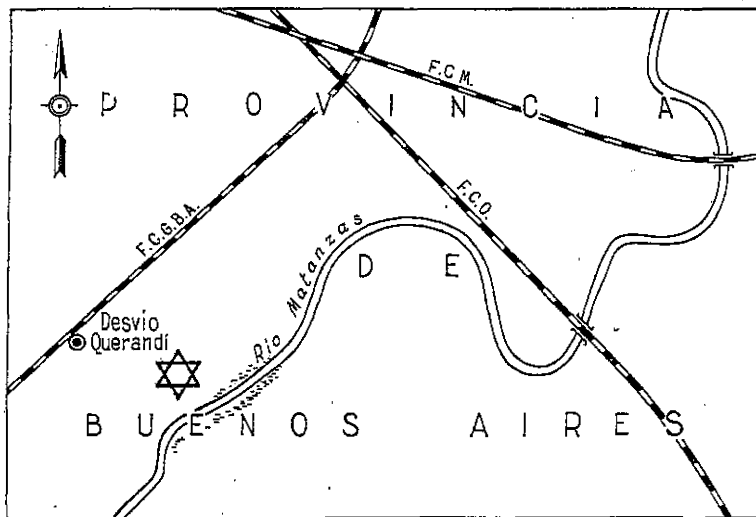
(¹) FÉLIX F. OUTES, *Los Querandíes*; Buenos Aires, 1897.

HÉCTOR GRESLEBIN, *Algunos datos sobre la arqueología del partido de Chascomús*, en ROLANDO L. DORSCHBERRO, *Chascomús*, 213-219; Chascomús, 1930.

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Arqueología de la laguna de Lobos (provincia de Buenos Aires)*, en *Actas del XXVº Congreso Internacional de Americanistas*; La Plata, 1932.

adentro. En la lámina III puede observarse el único ejemplar de asa obtenido en el yacimiento.

El espesor de las paredes de los recipientes oscila entre 3 y 10 milímetros y medio, predominando los ejemplares de 5 milímetros. Los pocos diámetros que he podido determinar, medidos en el borde, varían entre 176 y 232 milímetros.



Croquis esquemático de ubicación

Existen también algunos fragmentos pertenecientes a bordes de las conocidas alfarerías tubulares (lámina II, b); el diámetro de estas piezas es de 22 milímetros como mínimo y 33 como máximo.

Varios de los fragmentos que he recogido presentan en sus bordes incisiones o raspones bastante profundos a veces, y que parecen producidos por dientes de roedores. El profesor Vignati ya los había mencionado al describir el material procedente de Punta Piedras¹.

(¹) MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Datos referentes a la arqueología de Punta Piedras*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, I; Buenos Aires, 1931.

La cocción de la cerámica es en general deficiente, siendo muy raros los ejemplares que han sido cocidos íntegramente; en casi todos se observa una zona negra que no fué afectada por el calor.

Las piezas de piedra tallada que se encuentran en este yacimiento son poco abundantes y de pequeño tamaño. El material utilizado es el sílice y la cuarcita.

Las puntas de flecha se hallan representadas por dos hermosos ejemplares trabajados en sendas láminas de sílex (lámina IV, *b* y figura 1); la primera afecta la forma de un triángulo isósceles de bordes y base rectos, diferenciándose la segunda por su base cóncava. Las dimensiones son, para la primera, 16 milímetros de longitud por 12 de ancho en la base; y para la segunda de 26 por 17 milímetros, respectivamente. Ambas carecen de pedúnculo.



Fig. 1

He hallado varias láminas retocadas que pueden haber servido como cuchillos (lámina IV, *b*), un raspador en forma de herradura (lámina IV, *b*), un punzón trabajado en una sola cara (figura 2) y otros instrumentos de uso indeterminado.

Entre las piezas de piedra pulida se encuentra una bola de forma más o menos esférica, de 5 centímetros de diámetro, y que presenta un surco ecuatorial apenas esbozado (figura 3). El material empleado es diorita. Varios fragmentos que presentan superficies pulidas han revelado en el examen petrográfico que su material es cuarcita, rocas esquistosas y porfíricas.

He obtenido varios fragmentos de materia colorante, iguales a los mencionados por Viani procedentes de Trenque-Lauquen.



Fig. 2

Dice este autor: "Bajo la clasificación petrográfica de ocre silicificado se encuentra en la mayoría de los paraderos, pequeños fragmentos de una substancia de consistencia pétreo, los que al ser frotados sobre un cuerpo duro, una cuarcita blanca, por ejemplo, la tiñen de rojo al mismo tiempo que se pulverizan. Lo que confirma la presunción de que esa substancia ha sido usada como materia colorante, es el hecho de

existir en los paraderos cierta cantidad de estos fragmentos, presentando varias facetas de pulimento, la mayoría planas, como consecuencia de un prolongado frotamiento sobre una superficie dura, posiblemente con el fin de obtener polvo para la preparación del colorante, por medio de una técnica que sería difícil precisar⁽¹⁾.

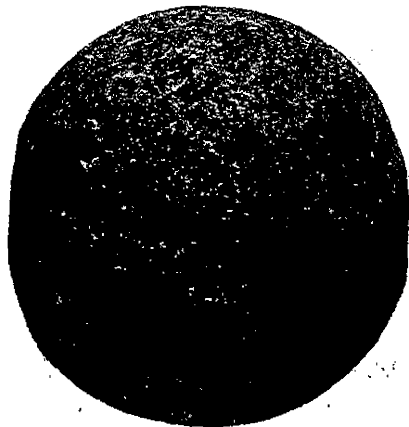


Fig. 3

Siguiendo las indicaciones de este autor he obtenido el polvo que luego he mezclado con grasa de pescado o de vaca, indistintamente, consiguiendo una pintura espesa. Esta misma técnica ha sido seguramente la empleada por el indígena.

Poseo también una pieza de metal que ha sido encontrada con los restos antes mencionados: se trata de una cuenta de collar hecha con una lámina rectangular de cobre, arrollada en el sentido de su longitud.

En resumen, se puede decir que por los elementos decorativos de la cerámica y las características de su industria lítica, el material recogido en el yacimiento de Querandí, puede atribuirse a aquel grupo étnico, que según Vignati, "...vivió en la zona costera del río de la Plata internándose a la vera de sus afluentes y de las cadenas de lagunas que corren paralelas a la costa a muchos kilómetros tierra adentro"⁽²⁾.

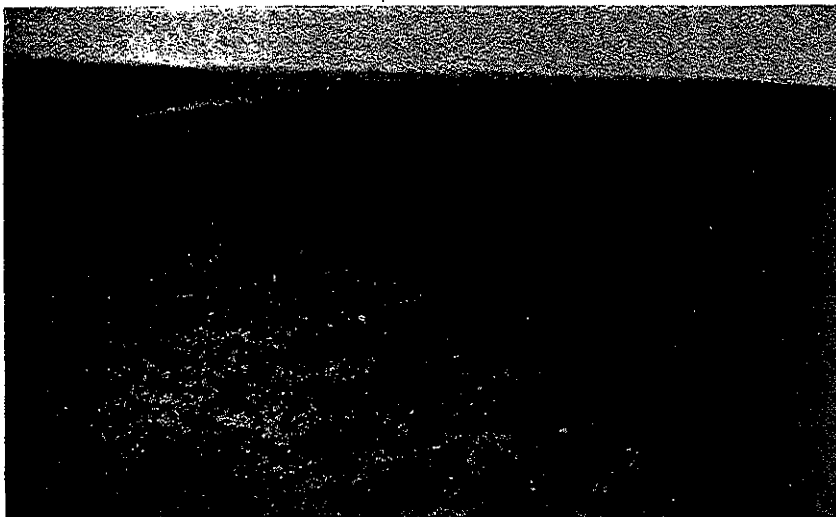
(1) J. L. M. VIANI, *Descripción de algunos ejemplares líticos de la antigua industria indígena trenque-lauquense*, 53 y 54; Buenos Aires, 1930.

(2) Comunicación presentada en la sesión del día 16 de septiembre de 1936. Croquis de M. T. Grondona. Fotografías del autor.



a

El paradero, visto desde las proximidades del río Matanzas.



b

Aspecto de los declives en los que se encuentran los restos arqueológicos.
En último plano, el río Matanzas.



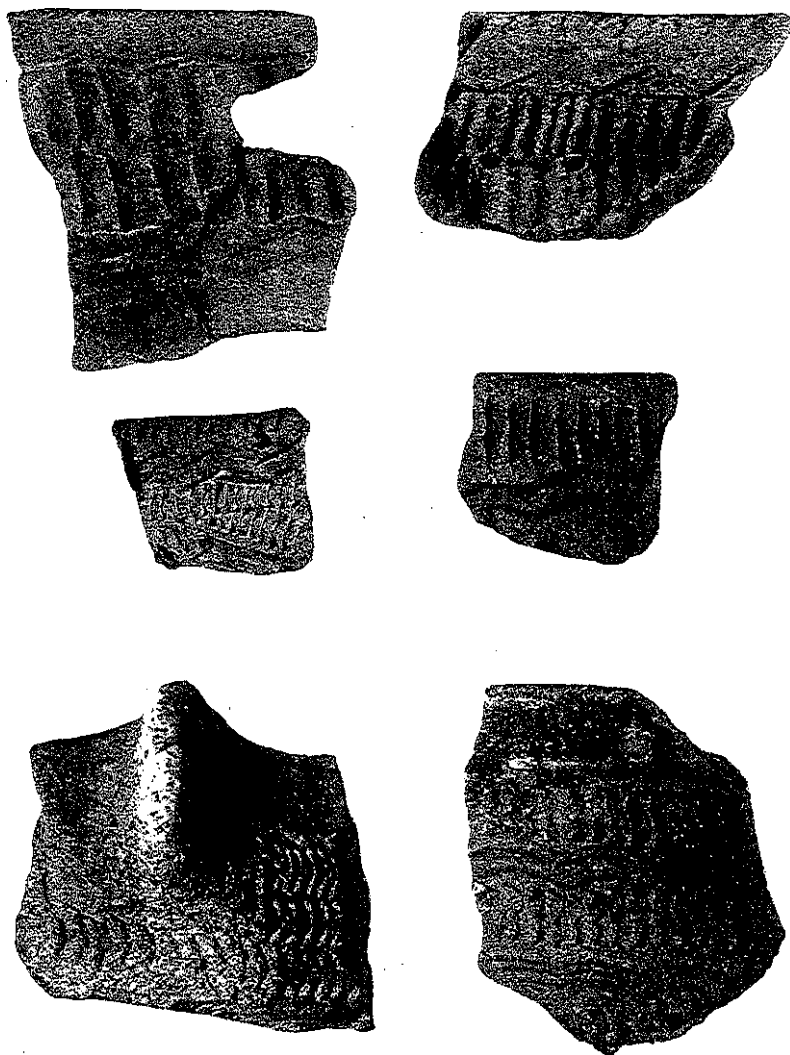
a

Fragmentos de alfarería decorados empleando líneas paralelas.



b

Fragmentos de alfarería con decoración angular. A la derecha, dos fragmentos de alfarerías tubulares.

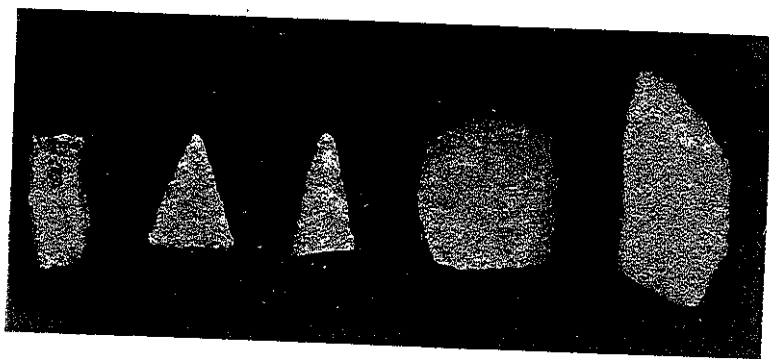


Fragmentos de cerámica con decoración formada por impresiones verticales encerradas entre líneas, por lo general paralelas.



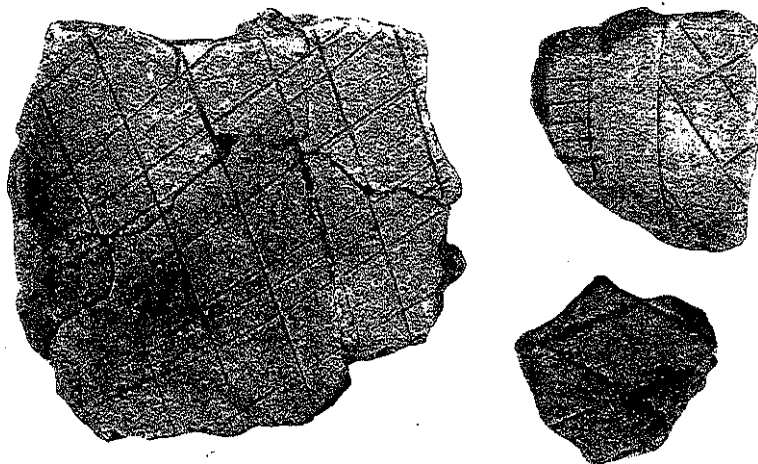
a

Cerámica decorada con guarda griega.



b

Instrumental de piedra tallada: puntas de flecha, un raspador y dos cuchillos.



a

Cerámica con ornamentación interior.



b

Alfarería decorada con triángulos y rayas escalonadas.

CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA ARQUEOLOGIA DE LA ISLA

Por

EDUARDO CASANOVA

EN marzo de 1935, pocos días antes de abandonar la quebrada de Humahuaca dando por terminada la acostumbrada excursión arqueológica anual del Museo Argentino de Ciencias Naturales, tuvimos noticias de que un vecino de Tilcara había hallado, accidentalmente, algunos vasos de barro cocido en la zona de La Isla (Jujuy), situada a menos de dos leguas al norte del pueblo nombrado.

Adquirimos los objetos y decidimos realizar investigaciones en ese lugar al año siguiente. De acuerdo a nuestro propósito, en el verano de 1936 efectuamos excavaciones en La Isla, y lo mismo hicimos a principios de 1937, reuniendo, en total, una colección de más de 300 piezas arqueológicas.

La Isla fué uno de los primeros yacimientos de esta región explotados sistemáticamente. En efecto, en 1908 el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras inició sus trabajos en la quebrada de Humahuaca, y mientras el Dr. Juan B. Ambrosetti dirigía las excavaciones en el Pucará de Tilcara, el Dr. Salvador Debenedetti dedicaba sus afanes a los cementerios de La Isla, de los cuales exhumó un abundante material, publicando, en 1910, una extensa y valiosa monografía¹.

(¹) SALVADOR DEBENEDETTI, *Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de La Isla de Tilcara (Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy). Campaña de 1908*, en *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, N° 6; Buenos Aires, 1910.

Transcurridos treinta años desde los citados trabajos, resulta hoy difícil establecer con exactitud el punto preciso donde Debenedetti realizara sus excavaciones, contribuyendo a hacer más complicada la solución del problema la escasez de restos superficiales, la cantidad de zanjas y pozos que en los años pasados han hecho las gentes que se dedican a buscar antigüedades, y la ampliación de los campos cultivados, que transforman el aspecto del terreno.

De todas maneras, creemos poder afirmar que los dos yacimientos explotados por nosotros se encuentran: el uno al sud y el otro al norte del lugar que en el croquis publicado por Debenedetti lleva la indicación: *Necrópolis*¹.

El primero constaba solamente de un grupo de sepulturas, sin ningún indicio exterior. Se hallaba a doscientos metros al este del camino carretero que va de Tilcara a Humahuaca, en una pequeña barranca de siete u ocho metros de altura.

El segundo, de mucho mayor importancia, se encuentra dos kilómetros al norte del anterior, casi frente a la quebrada de Jueila, y más apartado del camino. Está en una falda que descende hasta el río Grande, y en la que pueden observarse pircas derruidas de antiguas habitaciones y corrales; en la parte más baja descubrimos una serie de sepulturas.

A pesar del mal estado de conservación de las viviendas, intensificamos nuestras búsquedas en ellas, y logramos encontrar entierros semejantes a los del pucará de Tilcara, es decir, que el muerto, con su ajuar fúnebre, había sido sepultado dentro de las habitaciones, principalmente en los ángulos. Estos hallazgos han sido pocos, pero ello puede ser debido a que las otras casas habían sido saqueadas anteriormente.

En cuanto a las sepulturas en ambos yacimientos eran iguales, los indígenas habían hecho zanjas de un metro a metro y medio de profundidad y allí se había colocado el cadáver y su ajuar, sin obra ninguna de reparo; tampoco existían indicios superficiales de tales entierros.

(¹) DEBENEDETTI, *Exploración arqueológica...*, 11, figura 3.

En algunas sepulturas se ha enterrado un solo individuo, pero otras contienen hasta ocho esqueletos, generalmente en la posición llamada "en cuclillas". Los párvulos han sido enterrados, a veces, directamente como los adultos, y en otros casos en urnas de barro cocido, simples cántaros desbordados para facilitar la introducción del pequeño cadáver. En una



Fig. 1
Urna conteniendo un párvulo.

sepultura, y colocado sobre una piedra plana, hallamos un cráneo trofeo en buen estado de conservación; es igual a los exhumados por Debenedetti en otros yacimientos de la quebrada de Humahuaca, y que han sido estudiados por Vignati¹.

Como ejemplos de nuestros hallazgos transcribimos los siguientes inventarios:

"Hallazgo N° 11 (1936). En el ángulo sureste de una vivienda, a un metro de profundidad, se encontraron: dos esqueletos de adultos (abandonados); un vaso antropomorfo; dos vasos ornitomorfos; un vaso asimétrico o calceiforme, cuatro pucos con decoración pintada y un pequeño adorno de oro".

"Hallazgo N° 2 (1937). En una sepultura, a veinte metros al oeste de las últimas pircas, y a un metro veinte de profundidad, se encontraron cuatro esqueletos de adultos, de los cuales pudo salvarse los cráneos y algunos huesos largos; una urna con los restos de un párvulo (cráneo bien conservado); cinco pucos decorados; ocho vasos decorados; cuatro vasos sin decoración; un vaso zoomorfo, un silbato de piedra y una moleta de piedra."

(¹) MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Los cráneos trofeo de las sepulturas indígenas de la quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy)*, en *Archivos del Museo Etnográfico*. N° 1: Buenos Aires, 1930.

Por ser ésta una comunicación destinada solamente a hacer conocer las nuevas investigaciones realizadas en La Isla, dejaremos el estudio detallado del material arqueológico reunido para un trabajo que publicaremos en los "Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales". Como un anticipo, diremos que casi toda la colección está compuesta por vasos de barro cocido, al igual que la exhumada por Debenedetti casi treinta años antes.

No encontramos una sola pieza de madera, apenas dos pequeños adornos de oro, ocho objetos de piedra y ocho de hueso. De todas estas piezas únicamente se destaca la representación de una mazorca de maíz, trabajada en una piedra blanda y ejecutada con mucha perfección.

La cerámica presenta dos tipos principales. Al primero pertenecen vasos toscos, de paredes gruesas y sin decoración. Entre ellos predominan: cántaros para llevar agua o almacenar alimentos, vasos asimétricos o cal-

ceiformes de paredes ennegrecidas por el fuego, platos, pucos, ollitas, etc.

Luego tenemos los vasos decorados en negro o negro y blanco sobre un engobe rojo. Son de paredes más delgadas, bien alisados y mejor cocidos. Los motivos decorativos básicos, todos de carácter geométrico, son en número reducido, pero se



Fig. 2
Vasos altos con decoración geométrica pintada en negro.

combinan con gran variedad. Podemos citar: puntos, rectas paralelas, rectas que se cortan formando diversos ángulos, triángulos, escaques, reticulados, espirales, etc. En cuanto a las formas abundan: vasos altos de asa lateral y de paredes cóncavas, pucos, jarras, ollitas, etc.

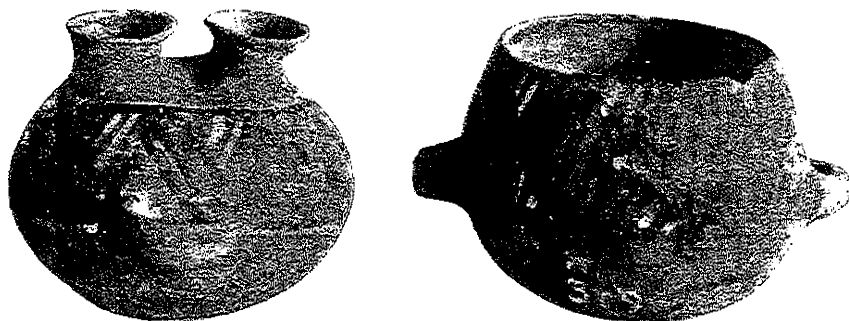


Fig. 3

Vasos con decoración geométrica pintada en blanco y negro.

Encontramos también vasos zoo y antropomorfos. Entre los primeros predominan las representaciones de llamas y aves. En cuanto al hombre aparece generalmente como un simple aditamento en un vaso común, pero a veces su representación es el fin principal que se ha propuesto el alfarero indígena. En estos vasos la pintura ha sido utilizada para completar la figura modelada, y así aparecen detalles de las vestiduras, o lágrimas y tatuajes en el rostro.



Fig. 4

Vasos antropo y zoomorfo. El primero ofrece, en relieve, una cara humana y el segundo es la representación de una llama.

Resumiendo el resultado de nuestras investigaciones arqueológicas en la zona de La Isla, diremos:

1° El núcleo de viviendas en que hemos realizado excavaciones perteneció a un "pueblo viejo", es decir, a una población no fortificada, situada cerca de los campos de cultivo.

2° Sus habitantes acostumbraban enterrar sus muertos en cementerios ubicados cerca del pueblo, pero también sepultaban en las mismas viviendas. Si comparamos con el pucará de Tilcara, podríamos decir que la proporción era inversa, dado que en este último yacimiento la mayoría de los entierros se efectuaban en las habitaciones.

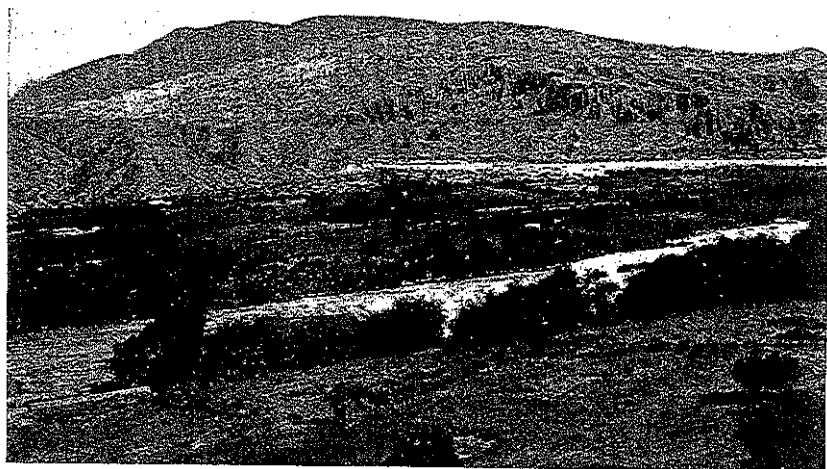
3° Tanto por las características de las viviendas como por los tipos de entierros y el material arqueológico extraído, el yacimiento de La Isla es una prueba más de la homogeneidad de la cultura de los antiguos habitantes de la quebrada de Humahuaca².

(2) Comunicación presentada en la sesión del día 16 de septiembre de 1936. Fotografías del autor.



a

La quebrada de Humahuaca vista desde el yacimiento,
en último plano la quebrada de Juella.



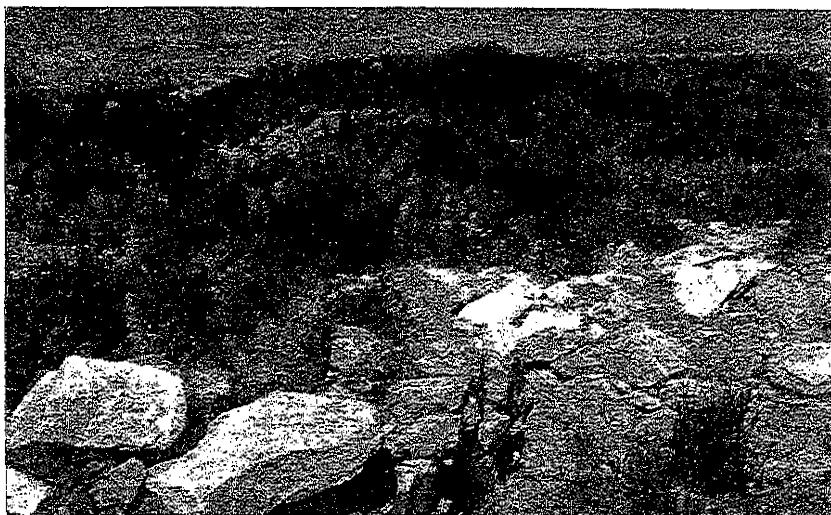
b

Otro aspecto de la quebrada de Humahuaca, en el que puede apreciarse
la amplitud que presenta en la región de La Isla.



a

Excavaciones en La Isla para poner en descubierto las antiguas viviendas.



b

Ángulo de una habitación en el que se realizó el hallazgo de una sepultura que contenía varios objetos.

LA PICTOGRAFIA DE LA CIENAGA EN LA PROVINCIA DE SAN LUIS

por

MILCIADES ALEJO VIGNATI

EL territorio de la provincia de San Luis no es de los más pródigos en yacimientos referentes a los aborígenes que lo poblaron. Sin embargo, hay regiones que, por una mayor concentración de habitantes en tiempos pretéritos, son particularmente propicias para estudiar sus vestigios. Una de ellas es, sin duda alguna, la de Intihuasi y alrededores.

En otras ocasiones he señalado la existencia, además de variados restos de diversa índole, de grabados y pinturas rupestres en la misma gruta de Intihuasi, en la Casa Pintada¹ — próxima al cerro Sololosta —, en una peña al pie del mismo cerro², en Peñón Colorado y en la Ciénaga, junto al arroyo Pantanillo³. Para mayor comprensión de lo circunscripto de esta área recuerdo que todos esos lugares están ubicados dentro de un triángulo ideal cuyos lados miden 15 kilómetros. Sin tener la riqueza de

(¹) Como provenientes de este lugar, un meritotio educacionista de San Luis, ha dado a conocer, en varias de sus publicaciones, unos dibujos inadmisibles por su técnica y por los motivos figurados (conf.: [DALMIRO S. ADARO]. *Homenaje a Ameghino. Fósiles y prehistoria*, 22 y siguientes, figura 2 de la página 25; San Luis, 1917; DALMIRO S. ADARO. *Industrias Criollas o Fitotecnica o aplicaciones de los vegetales indígenas y exóticos*, 12, figura 10; Buenos Aires, 1918; hay una reimpresión aumentada, pero no corregida, del primero: [DALMIRO S. ADARO]. *Fósiles y prehistoria*, 32 y siguientes, figura 29; s. l., s. d.). Si esos dibujos no son, enteramente, obra de la imaginación, deben considerarse como un entretenimiento de niño moderno, mas no un producto del arte indígena. Obvia decir que en mis tres estadas allí — una de las cuales fué de cinco días — busqué con verdadera dedicación estas representaciones sin hallar el más mínimo vestigio.

(²) MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Resultados antropológicos de algunos viajes por la provincia de San Luis*, en *Notas del Museo de La Plata*, I, 320 y siguientes, figuras 9, 10, 13, 14, 15, 17 y 18; Buenos Aires, 1936.

(³) MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Nuevas investigaciones antropológicas en la provincia de San Luis*, en *Notas del Museo de La Plata*, I, 362 y siguientes, figuras 2 y 3; Buenos Aires, 1936.

pinturas de otras partes del país, esta zona no deja, por ello, de presentar un singular valor.

La descripción de todos los elementos acumulados en mis diversos viajes por aquella provincia se está retrasando debido a diversas circunstancias que creo innecesario puntualizar. Estimo, no obstante, que ello no puede ser óbice para que — como ya lo he hecho otras veces — haga conocer algunos de los materiales más interesantes que obran en mi poder. Con este fin es que paso a ilustrar la pictografía de la Ciénaga.

Está situada a unos 11 kilómetros al norte del cerro de Intihuasi y a 50 metros del río Pantanillo. Toda la región presenta afloramientos más o menos grandes de pegmatita. Uno de ellos (lám. I, *a*), que ocupa un lugar prominente, donde el terreno comienza a descender en busca de la vaguada, es el que ha sido utilizado por el artista aborigen para trazar sus figuras. Las pinturas están ocupando una depresión de la pegmatita, cubierta, en ese lugar, por un alero poco saliente de micacita cuarcítica, que no alcanza a determinar la formación de un abrigo.

El desarrollo de los diversos temas del cuadro principal (lám. I, *b*) se extiende en una amplitud de 4 metros pero, tras una salencia natural de la roca a la derecha del observador, hay otras figuras que vienen a completar un largo total de 6,30 metros. De éstas, sólo es posible relevar una, ya que otras están tan borrosas que sería osado pretender delimitarlas. En el cuadro principal esta deficiencia es todavía mayor, de modo que me he preocupado de dar únicamente aquellas cuyos contornos son indudables¹.

Como en la mayoría de las pictografías de la región, se han usado los colores amarillo, rojo y blanco, primando aquél sobre estos dos últimos; en blanco, que es con el que se ha trabajado menos, hay 5 figuras.

La mayor parte de las representaciones son indescifrables, sin que aún arriesgándose en la hipótesis, sea dado indicar una solución satisfactoria.

(¹) Advierto que el dibujo de la figura 1 ha sido obtenido de una fotografía; por ello, algunos de sus elementos están deformados. Si se toman en consideración los diversos planos de la roca (lámina I, figura *b*) se podrá, fácilmente, corregir los errores de paralaje.

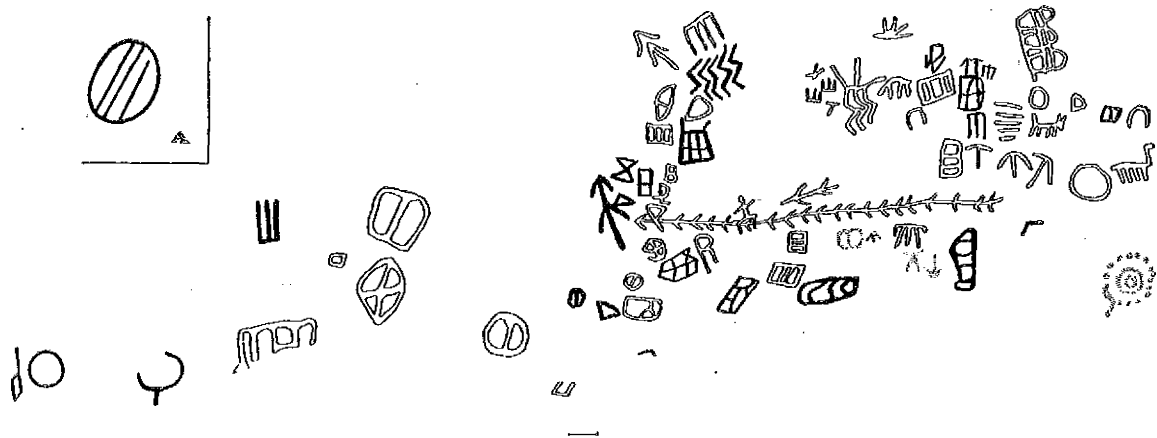


Fig. 1

Pictografía de la Ciénaga. — A, representación que debe ubicarse, en escala, a 2 metros a la derecha del lector. Las figuras en negro están hechas en rojo, entre dos líneas son las amarillas y en puntos, las blancas. La escala marcada son 10 centímetros.

Entre las que, sin esfuerzo, pueden interpretarse, están dos estilizaciones humanas — una en amarillo y la otra en blanco —, un camélido, un cánido y varios rastros de avestruz.

Todas éstas, como también los esquemas cuyo significado no conocemos, ni por su técnica, ni en las formas, ni en la realización, son nuevas; su vinculación con otras de la región de San Luis precitada y con las de la provincia de Córdoba, son evidentes. Sin trabajo alguno podrían seña-

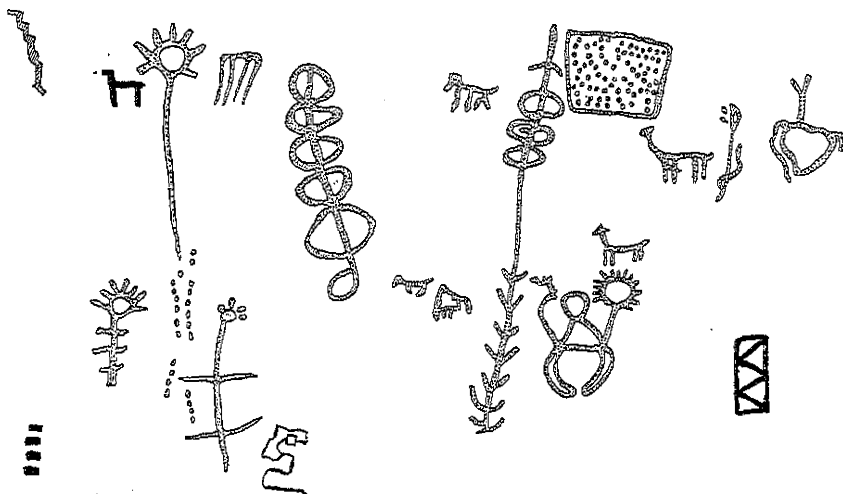


Fig. 2

Petroglifo de la Casa Pintada. En puntos, la parte picada; en negro, la pintura colorada.

larse correlaciones con las de otras partes del territorio argentino, ya del N. del país, como de Patagonia pero, en las condiciones actuales, creo que ello no estaría justificado en modo alguno.

El elemento que más se destaca en esta pictografía (fig. 1) es una línea dicotomizada de trecho en trecho, como si se tratara de una serie de pisadas de avestruz, puestas las unas a continuación de las otras. Una figura similar se encuentra en el cuadro central del friso de la Casa

Pintada¹ (fig. 2), aunque en ésta, en la parte caudal de la línea existen unos trazos elípticos que hacen si cabe, más enigmática la representación. En la Casa del Sol² hay también algo que se le asemeja.

En el mismo cuadro de Casa Pintada hay un dibujo en forma de peine, que en el de la Ciénaga está representado varias veces, ya tri, ya tetradentado. En el cerro Veladero los hay con 5 dientes³.

Igualmente, el cánido de la Ciénaga encuentra su correlativo en aquélla, aunque no de manera tan típica, y esta imagen aparece también, en la Casa del Sol y cerro Colorado, siendo consideradas por Gardner de la misma manera⁴.

Los dos círculos concéntricos de línea continua, rodeados por otro de puntos, han sido relevados en el cerro Veladero⁵.

Los tectiformes, tan abundantes, recuerdan los de la Casa Pintada⁶, cerro Veladero⁷ y La Aguada⁸.

Círculos partidos por un diámetro se observan en la piedra de "San Buena"⁹ y en la peña al pie del Sololosta¹⁰; cruzados por diámetros ortogonales, en el cerro Colorado¹¹.

(¹) El primero en descubrir este petroglifo fué el arquitecto Greslebin, quien lo hizo en forma errónea, como puede comprobarse comparando la figura que él proporciona con la que doy en el texto (conf.: HÉCTOR GRESLEBIN, *Excursión arqueológica a los cerros de Sololosta* (sic!) e *Intihuasi en la provincia de San Luis, República Argentina*, en *GAEA. Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*, III, 225 y siguientes, figura 3; Buenos Aires, 1928). Quiero aclarar asimismo que, con gran facilidad, es dado relevar varios grupos de pinturas, no obstante la aseveración contraria de Greslebin al afirmar que sólo "se observan vestigios de pinturas".

(²) G. A. GARDNER, *Rock-paintings of North-west Córdoba*. lám. XXVIII; Oxford, 1931.

(³) GARDNER, *Rock-paintings, etc.* [49]. figura 64.

(⁴) GARDNER, *Rock-paintings, etc.* lám. XXIII y XXX.

(⁵) GARDNER, *Rock-paintings, etc.* [47]. figura 56.

(⁶) VIGNATI, *Resultados antropológicos, etc.*, 324. figuras 14 y 15.

(⁷) GARDNER, *Rock-paintings, etc.* [48]. figura 58.

(⁸) GARDNER, *Rock-paintings, etc.*, lám. XIX.

(⁹) FRANCISCO DE APARICIO, *La "Piedra marcada de San Buena"*, en *Physis*, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, XI, 475. figuras 2 y 4; Buenos Aires, 1932-1935 [1935].

(¹⁰) VIGNATI, *Resultados antropológicos, etc.*, 327, figura 18.

(¹¹) GARDNER, *Rock-paintings, etc.*, [117]. figura 154.

Los rastros de caballo, también están representados, como en el cerro Colorado¹ y en la piedra grabada de "San Buena"².

Además hay en esta pictografía una especie de "B" mayúscula, semejante a otra observada en cerro Colorado³.

Como se ve, en sí, nada tiene de extraordinario esta pintura rupestre, pero su conocimiento implica una confirmación de lo ya conocido para el territorio de la provincia de San Luis, y una amplia similitud con las de Córdoba, correspondiendo así a la distribución de culturas que esbocé hace poco tiempo⁴.

(¹) GARDNER, *Rock-paintings, etc.*, lám. XXXIX, grupo III (B).

(²) APARICIO, *La "Piedra marcada"*, etc., 475, figuras 2, 3 y 4.

(³) GARDNER, *Rock-paintings, etc.*, [69], figura 86.

(⁴) VIGNATI, *Resultados antropológicos, etc.*, 342 y siguientes y figura 37.

Comunicación presentada en la sesión del día 16 de septiembre de 1936. Dibujos y fotografías del autor.



a

El bloque de pegmatita donde está la pictografía de la Ciénaga. El río Pantanillo corre a la derecha a unos 50 metros.



b

La pictografía de la Ciénaga.

LA TAMBERÍA DE LOS CAZADEROS

por

FRANCISCO DE APARICIO

ANTIGUAL llaman en la quebrada de Humahuaca a los restos de antiguas construcciones de procedencia indígena. Distinguen, sin embargo, entre antigual y pucará, dando a esta última palabra su significado exacto: fortaleza. Si antigual tiene una dispersión geográfica muy restringida, pucará, en cambio, es término corriente en todo el noroeste, y perdura en la toponimia aun en lugares donde ha de haber desaparecido todo vestigio de construcción indígena hace ya largo tiempo. Tal es el caso de un barrio de la ciudad de Córdoba que lleva ese nombre.

En La Rioja y San Juan úsase, casi exclusivamente, para designar los restos de construcciones indígenas, la palabra tambería. En ambas provincias se recuerda muy vivamente la penetración incaica, y la tradición lugareña atribuye al Inca la paternidad de todos los restos que se han conservado hasta hoy. Parece indudable que buen número de esas "tamberías" han sido, efectivamente, tambos del camino del Inca que atravesaba esas provincias para dirigirse a Chile por el valle del río Mendoza. Construcciones de otro carácter y de otra procedencia reciben, por analogía, igual denominación.

Condiciones geográficas adversas tornan muy penosas las investigaciones sobre el terreno en la provincia de La Rioja, y han dificultado y atrasado el estudio sistemático de las numerosas ruinas que allí perduran. Por esta circunstancia considero oportuno dar a conocer brevemente la Tambería de Los Cazaderos, que, a mi entender, constituye un ejemplo típico de tambo, propiamente dicho.

Está situada a unos doce kilómetros al norte de la población de Santa Cruz, en el departamento de Famatina, semioculta en una pequeña ensenada que, en su extremo sur, forma la sierra de Los Cazaderos, de la cual toma su nombre. En otra oportunidad he mencionado estas ruinas por encontrarse al borde del camino del Inca, en la sección mejor conservada que he encontrado hasta ahora¹.

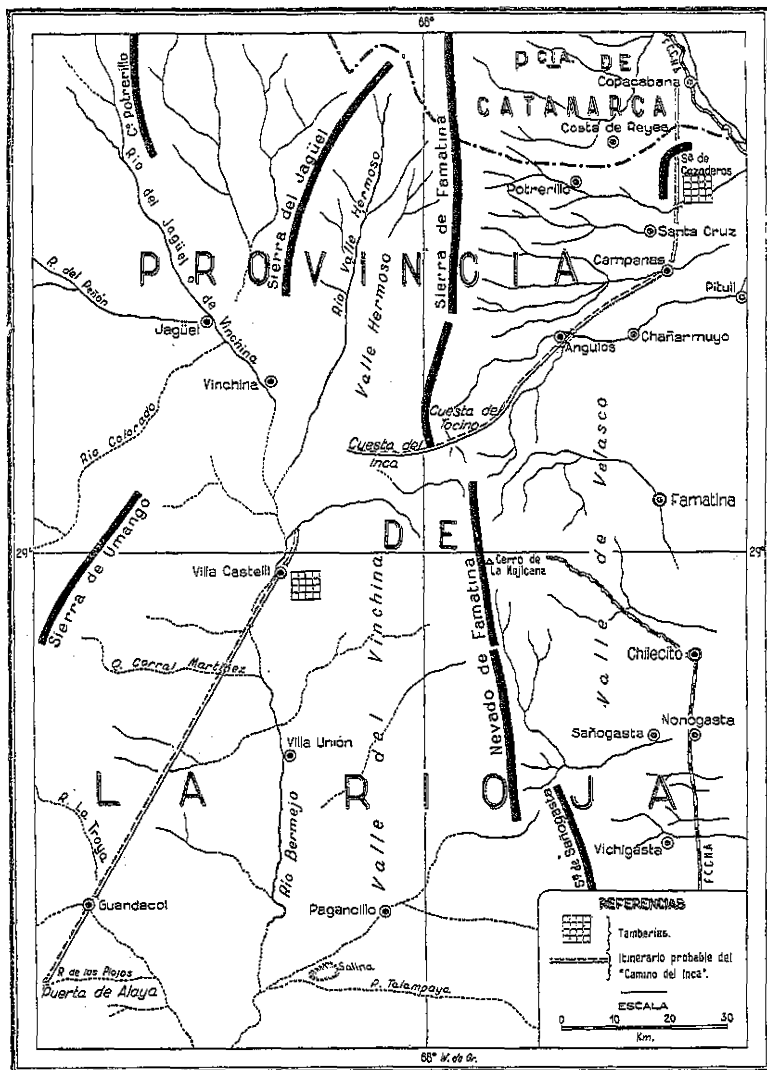
Las ilustraciones de esta breve relación permiten formarse idea cabal de la planta y el aspecto general de la tambería. Las construcciones se levantan al pie mismo de la sierra, y a su frente corre el arroyo del Potrerillo. Un pequeño brazo del arroyo se ha abierto camino entre la sierra y la tambería, y ha destruído algunas taperas. Vasta una ligera observación del relevamiento de la planta (figura 1) para darse cuenta de que el pueblo que nos ocupa reducíase a dos amplios recintos contiguos, dentro de los cuales se habían levantado pequeños aposentos, que son los que más han sufrido la acción del tiempo. Fuera de este conjunto de ruinas, que constituye, en realidad, un solo cuerpo de edificio, existen algunos cimientos de piezas aisladas de planta rectangular o circular.

Como en la mayoría de estas ruinas sólo perduran los cimientos de las antiguas fábricas, cubiertos por los materiales de derrumbe, o fragmentos de muro de muy escasa altura. Éstos permiten afirmar que la mampostería fué de pirca de tipo corriente, es decir, de piedra rústica tomada en seco, sin mortero alguno.

En la planta se ha indicado la dirección con que fueron tomadas las fotografías con que procuro dar idea del aspecto general de las construcciones. Una de ellas (lámina I, b), documenta una amplia abertura en el muro del recinto mayor, abertura que parece ser la puerta de acceso. A la derecha puede verse uno de los fragmentos de aparejo mejor conservados. En esta fotografía puede advertirse que el monte que cubre la región no ha vuelto a crecer en el interior de los antiguos edificios. Curioso fenómeno que se observa también en la superficie del camino del Inca.

La fotografía reproducida en la lámina II a da idea del estado actual de los pequeños aposentos semidestruídos; ejemplo análogo se presenta

(¹) FRANCISCO DE APARICIO, *Vestigios de caminos incásicos en la provincia de La Rioja*, en *Revista Geográfica Americana*, VI. 167; Buenos Aires. 1936.



en la fotografía siguiente (lámina II, *b*), tomada en la parte posterior de la tambería, en la proximidad del nuevo brazo del arroyo. El aspecto de los pequeños edificios aislados que se levantan fuera del conjunto principal de construcciones, puede advertirse en la lámina III *a*.

En diversos lugares efectuáronse excavaciones prolijas. El trabajo resultó estéril, encontrándose solamente restos de fogones y tiestos de alfarería tosca. Buscadores de antigüedades habían profanado anteriormente el yacimiento, efectuando numerosos sondeos. Sabedores de que estas búsquedas tampoco habían dado resultado, creímos inútil insistir en el trabajo de excavación.

Pueden considerarse como parte integrante de esta tambería dos atalayas o puestos de observación destinados, sin duda, a la vigilancia del camino. Hacia el norte de las ruinas, a muy corta distancia, la sierra describe un amplio arco, denominado el Rincón de los Cazaderos. Al penetrar en esta rinconada el camino pasa junto a un pequeño contrafuerte de muy escasa altura, no más de treinta metros sobre el nivel del terreno. La cima de esta elevación — que los del pago llaman “La Cancha” — ha sido nivelada y rodeada de un muro, muy deteriorado en la actualidad. Por medio de tan somero trabajo se ha logrado una pequeña terraza de planta irregular, de 12 por 7 metros, aproximadamente. Desde este punto se divisa todo el Rincón de los Cazaderos, y puede seguirse el camino hasta el cruce de la sierra por el portezuelo del Inca. “La Cancha”, evidentemente, ha sido un apostadero de centinelas (láminas III *b* a V *a*).

Separada del extremo sur de la Sierra de los Cazaderos por el arroyo del Potrerillo y otro más pequeño que confluye con aquél, se levanta una sierrita diminuta que tendrá, aproximadamente, unos doscientos metros de longitud. Es de roca viva, de laderas escarpadas y fragosas. En diversos lugares se encuentran vestigios de pircas, que parecen haber defendido los puntos de más fácil acceso. Sobre la parte superior hay tres pequeñas plataformas naturales. Dos de ellas han estado circundadas por un muro de pirca. La figura 2 presenta un croquis esquemático de la mejor conservada, en el cual se ha indicado el rumbo de la fotografía que se incluye en la lámina V, *b*. En la plataforma central se ha excavado un pequeño mortero sobre la roca del suelo; la boca tiene un diámetro de 17 centímetros, y su profundidad no pasa de cinco. Toda la falda de la sierrita está

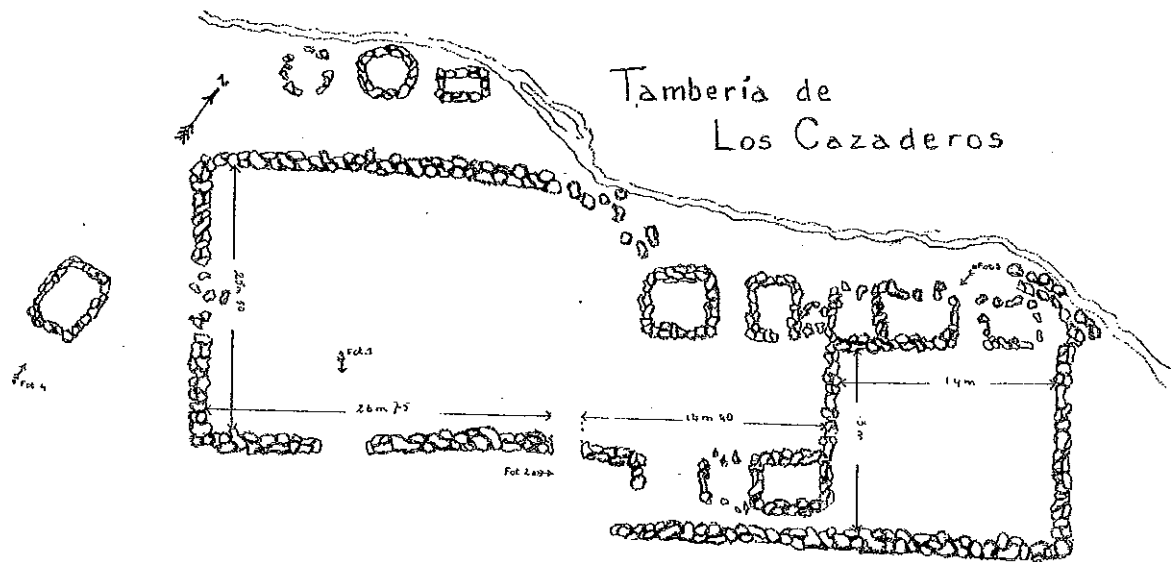


Fig. 1. Croquis esquemático de la planta de la Tambería de los Cazaderos.

materialmente sembrada de alfarería. Ligeras excavaciones practicadas en los escasos lugares donde hay tierra suelta no dieron resultado alguno. Anteriormente se habían practicado algunas excavaciones clandestinas, destruyendo pircas, especialmente un recinto que parece haber tenido forma circular, sobre la falda que mira al sur. Superficialmente encontré una punta de flecha de piedra. Desde la plataforma pircada se domina el desarrollo del camino en toda la extensión que puede alcanzar la vista, sin limitación alguna.

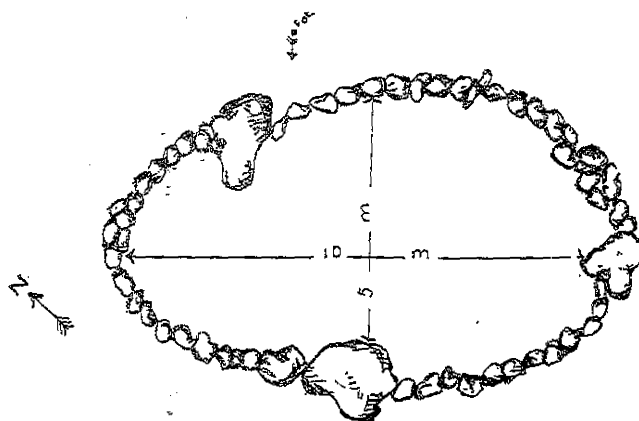


Fig. 2.— Croquis esquemático de la planta del mirador de la Loma Sola.

Ni la tambería propiamente dicha, ni las atalayas, han suministrado material que pueda orientar un diagnóstico para determinar su origen. Sin embargo, los mismos caracteres de aquellos monumentos y, sobre todo, su emplazamiento, concurren a robustecer la hipótesis de que Los Cazadores es un tambo del camino que pasa a su vera.

Don Francisco de Xerez, el primero que noticia acerca de los caminos incaicos, nos dice que “a cada jornada hay una casa á manera de venta, donde se aposentan los que van y vienen”. Casi todos los cronistas que

(1) FRANCISCO DE XEREZ, *Verdadera relación de la conquista del Perú*, en ENRIQUE DE VEDIA, *Historiadores primitivos de Indias*. II. 326, en *Biblioteca de autores españoles*, Madrid, 1906.

mencionan los caminos refiérense también a los tambos. Cobo, con su habitual precisión, nos ha dejado una descripción magistral: “Eran estos *tambos* lo mismo que nuestras ventas y mesones, sólo que servían muy de otro modo, porque no los poseía ningún particular, edificándolos la comunidad del pueblo y provincia, y tenía obligación de preservarlos enteros, limpios y proveídos de sirvientes. En ellos se alojaban los ejércitos, gobernadores y demás ministros reales, y de los depósitos que en ellos había del Inca se les daba de comer y de todo lo demás que habían menester; y los gobernadores que residían en las cabezas de provincias tenían especial cuidado de mandar a los pueblos tuviesen buen cuidado en ellos.

“En lo que toca a su traza y forma, eran unas grandes casas o *galpones* de sola una pieza, larga de ciento hasta trescientos pies, y ancha treinta a lo menos y a lo más cincuenta, toda descombrada y escueta, sin división de aposentos, ni apartamientos, y con dos o tres puertas, todas en la una acera a iguales trechos”: “Fuera de los *tambos* y depósitos — añade — había también en estos dos caminos reales, a cada cuarto de legua, hechas unas chozas o casillas de dos en dos, arrimadas al camino, una en frente de la otra, y eran no mayores de lo que bastaba para caber en cada una dos personas”¹.

La descripción de Cobo no concuerda exactamente, desde luego, con la disposición de la planta de Los Cazaderos, mas permite apreciar que en ella se encuentran los dos elementos esenciales de las construcciones subsidiarias de los caminos incaicos: “grandes casas o galpones” y pequeños recintos “no mayores de lo que bastaba para caber en cada uno dos personas”. La noticia de Cobo no sólo coincide con la traza de la tambería de Los Cazaderos, sino que se confirma, aun más, en otras donde hemos podido extraer restos que, por sí solos, prueban la procedencia incaica de tales fábricas.

La tambería de los Cazaderos ha sido relevada en el curso de investigaciones realizadas en la provincia de La Rioja por el Museo Antropológico y Etnográfico, bajo los auspicios de la Escuela Argentina Modelo².

(¹) BERNABÉ COBO, S. J., *Historia del Nuevo Mundo*, III, 266; Sevilla, 1892.

(²) Comunicación presentada en la sesión del día 4 de noviembre de 1936. Cartografía de M. T. Grondona. Croquis ejecutados sobre el terreno por Cristina C. M. de Aparicio. Fotografías del autor.



a

El arroyo del Potrerillo, frente a la tambería.



b

Amplia abertura que corresponde, posiblemente, a la puerta de acceso a la tambería.



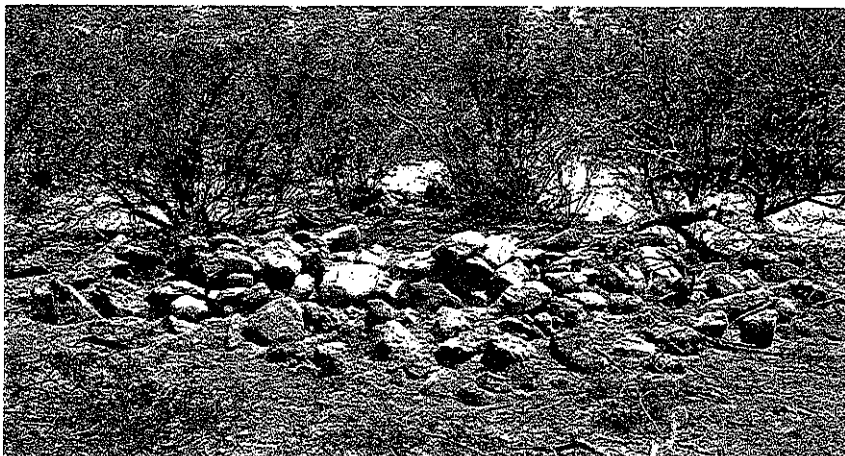
“

Estado actual de los pequeños aposentos, semidestruidos.



”

Un aspecto de las ruinas, en la parte posterior de la tambería.



a

Uno de los pequeños recintos edificados fuera del cuerpo principal de los edificios.



b

El camino del Inca, en la proximidad de "La Cancha".



a

Vista general de la pequeña elevación sobre la cual se ha construido "La Cancha".



b

Detalle de la superficie de "La Cancha" y vestigios del muro que la circundaba. En último plano, la sierra de Los Cazaderos. La flecha señala el portezuelo del Inca.



a

Muro de contención construido para obtener la superficie de "La Cancha".



b

Detalle de las ruinas del mirador de la Loma Sola.

EL HALLAZGO DE ESQUELETOS EMBARRADOS EN LA REGION CUYANA

por

MILCIADES ALEJO VIGNATI

EN el año 1926, durante el XXI viaje de investigación arqueológica realizada por el Museo Etnográfico¹ de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, su Director Salvador Debenedetti, pudo comprobar, en la región de las lagunas Huanacache, unos tipos de sepultura asaz interesantes y raros. En el brevísimo informe que hiciera en Roma ante el Congreso de Americanistas, al abordar las formas sepulcrales estudiadas dió a conocer, dada su importancia cuantitativa, en sus rasgos más fundamentales, la existencia de una construcción con fines de osario, hecha en las inmediaciones de la laguna Pelada², sin que ello fuera óbice para establecer, también, que “algunas sepulturas están protegidas por una verdadera envoltura de argamasa compacta y dura”³.

En ningún momento me cupo la menor duda de ser éste un descubrimiento de singular mérito. De ahí que — hace más de una década — me documentara, de la manera más agotadora, con apuntes del diario de viaje del descubridor, facilitados y ampliados verbalmente por él, de las condiciones del descubrimiento.

Según esos datos, el 9 de mayo de 1926, recorriendo el alto Melín — larga sucesión de médanos que quedan aislados en épocas de las grandes avenidas de agua — fué encontrada una tumba de cuatro esqueletos, orientados al sud, recubiertos por una capa de barro de unos 20 centí-

(¹) Hoy: Antropológico y Etnográfico.

(²) SALVADOR DEBENEDETTI, *Los yacimientos arqueológicos de las márgenes meridionales de las lagunas Guanacache (Rep. Argentina)*, en *Atti del XXII Congresso Internazionale degli Americanisti. Roma, settembre 1926*, I, 506 y siguiente; Roma, 1928.

(³) DEBENEDETTI, *Los yacimientos arqueológicos*, etc., 506.

metros de espesor. Los esqueletos, no obstante la protección de que se les había provisto, estaban por demás destruídos, haciendo imposible su extracción. Hay que lamentar no se obtuviera documentación fotográfica. Sólo me queda, por consiguiente, establecer las correlaciones que ese hallazgo me sugiere a través de tan pocos como importantes antecedentes.

En verdad, el mismo Debenedetti ya había señalado otros jalones de igual valor indicador, en las ruinas de Pachinoco y Calingasta, puesto que allí “descubrió un esqueleto humano de adulto, envuelto entre un manto de gréda consolidada”¹, y en Calingasta “encontró un amontonamiento de tierra endurecida, como si hubiera sido barro amasado”, debajo del cual yacían tres esqueletos de adultos superpuestos, separados entre sí por capas de pajas y totoras tejidas². Una inhumación similar había sido señalada para Fuerte Quemado. Estos hallazgos, aunque aislados y casi esporádicos dentro de nuestros conocimientos actuales, no son, en modo alguno, despreciables, tanto más cuanto tienen sus similares en tierras extra-argentinas.

A Max Uhle, en efecto, le fué dado señalar, al hacer la reseña de sus excavaciones en Arica, que uno de los dos principales grupos de momias por él descubiertas, se caracteriza por la circunstancia que “el muerto está en posición recostada y una capa de barro amarillento de más de 1 cm. de espesor cubre su cuerpo en toda su superficie, dándole la apariencia de petrificado... La momia — dice después — descansa en un lecho de 15 a 40 cm. de espesor, formado del mismo barro y duro como piedra, por su preparación de arena natural con un líquido desconocido y de color sanguinolento”³.

Se trata, como puede verse, de una misma costumbre difundida a través de unos cuantos centenares de kilómetros, a pesar de las discrepancias en la realización, discrepancias que no alteran, en lo más mínimo, el substrato religioso que determina tales procederés. En todos estos casos

(¹) SALVADOR DEBENEDETTI, *Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan*, en Facultad de Filosofía y Letras. *Publicaciones de la sección antropológica*. N° 15. 1966; Buenos Aires, 1917.

(²) DEBENEDETTI, *Investigaciones arqueológicas*, etc., 54.

(³) MAX UHLE, *Los aborígenes de Arica*, en *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile*. I. 167; Santiago de Chile. 1917.

es el mismo culto inhumatorio que se preocupa de proveer directamente un sarcófago a los restos del ser que ha muerto y asegurarlo a la tierra con fines mágicos.

Sin que obrara ningún vínculo con el hecho que ahora estudio, sino como real expresión de las conclusiones que los hechos sugerían, determiné — hace unos años — que las mutilaciones en momias que Uhle señalara con carácter de profanaciones, no eran más que las pruebas evidentes del proceso mental, común entre los primitivos, de usufructuar de la potencia mágica de los muertos en beneficio de los vivos¹. Y si, en algunos casos, esa faz utilitaria determinaba su continua deambulacion — posiblemente al lugar de las faenas agrícolas —, los muertos embarrados fijados al suelo son, igualmente, consecuencia del proceso mágico, con la única diferencia que en éstos es más difícil discriminar si esa ceremonia fúnebre respondía al temor de una fuerza nefasta o al anhelo de aprovechar de una benigna. En otros términos, si se lo embarraba, ligándolo perennemente, con el propósito que no pudiera hacer daño o, por el contrario, para que, no pudiendo escapar, rindiese por siempre los servicios que de él se esperaban.

En cualquiera de los dos casos, todo hace creer que no se trata de restos de deudos de la parcialidad que les dió esa sepultura, sino de enemigos. La fuerza vital y mágica de los parientes no necesita cuidado hasta el extremo de sujetarla, porque el familiar queda entre los suyos sin impulsos de separarse. No así los espíritus de los enemigos, que ansían la libertad y atisban el momento propicio para fugar a sus lares.

Con este criterio, y tratándose de culturas de hábitos sedentarios, tal vez pueda considerarse como hipótesis más verosímil que su prision, en los alrededores de los pueblos, era para beneficiarse con la fuerza propicia del muerto, puesto que si era el miedo a los manes nefastos el que los inducía a mortificar sus cuerpos con tan particular mortaja, hubieran encontrado con la destruccion de los restos una satisfaccion, más pronta y segura, a sus temores.

(¹) MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Los cráneos trofeo de las sepulturas indígenas de la quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy)*, en *Archivos del Museo Etnográfico*, N^o 1, 65; Buenos Aires, 1930.

Me parece conveniente advertir que no debe confundirse este tipo de inhumaciones de cuerpos embarrados, con "la costumbre de restablecer las partes blandas modelándolas sobre el hueso con cemento o barro"¹. La coexistencia en Arica de ambos procedimientos — el de recomponer las momias descalabradas y el de revestirlas con barro — demuestra que son manifestaciones divergentes, no obstante responder a la misma finalidad animista.

Dentro de la misma zona cuyana donde Debenedetti descubriera las inhumaciones con barro, se han señalado otros elementos, como las balsas construidas con totora en las lagunas Huanacache² y las bandejas para moler excitantes, talladas en piedra, en el noroeste de la provincia de San Luis³ que, al parecer, se vinculan con las embarcaciones del Titicaca y con las bandejas de Tiahuanaco, recíprocamente.

La carencia de un índice para establecer la edad de los hallazgos referidos del territorio argentino, dificulta, en gran parte, su ubicación cronológica. Sólo sabemos que con los esqueletos embarrados no se encontraron vestigios de origen europeo, cosa que haría presumir una antigüedad prehispánica. Sin embargo, en la región de las lagunas estudiadas por Debenedetti, se encontraron perlas de vidrio que acusan su contemporaneidad con la conquista, pero la verdad es que no hay ningún motivo para sincronizar entre sí todos los restos hallados en los esteros de Huanacache.

En cuanto a los yacimientos de Arica, Uhle atribuye a los aborígenes de la época del hombre arcaico una antigüedad correspondiente a los primeros siglos de nuestra era⁴, apreciación con la que coincide Latcham⁵, y el período de la cultura de Tiahuanaco, para aquél, corresponde a los años

(¹) F. GRAEBNER, *El mundo del hombre primitivo*, 53; Madrid. 1925.

(²) A. METRAUX, *Contribution à l'ethnographie et à l'archéologie de la province de Mendoza* (R. A.), en *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucumán*, I. 36 y siguientes; Tucumán. 1929.

(³) MILCIADES ALEJO VIGNATI, *Resultados antropológicos de algunos viajes por la provincia de San Luis*, en *Notas del Museo de La Plata*, I. 325. figuras 21 y 22; Buenos Aires. 1936.

(⁴) MAX UHLE, *La arqueología de Arica y Tacna*, en *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*. III, 2; Quito. 1919.

(⁵) RICARDO E. LATCHAM, *La cronología de las culturas indígenas chilenas*, en *Revista Universitaria*, año XII, 405; Santiago de Chile, 1927.

600 a 900, lapso ampliado en un siglo por el segundo (500 a 900). Sin atribuir a estas cifras un valor que, indudablemente, no tienen¹, su enunciado permite inferir que los descubrimientos de la zona cuyana quedan, por su antigüedad, como jalones directores cuyo valor debe resolverse con futuras investigaciones.

Considero que el aporte proporcionado por ese tipo de sepultura con barro es de una importancia que no puede posponerse por especulaciones conjeturales, ya que el nexo queda establecido por la materialización más comprensible para nosotros de los sentimientos religiosos que animaban a esos aborígenes².

(¹) Ya, en otra ocasión, he señalado lo dispar que resultan las cronologías de Chile y Perú con las de la Argentina, por no estar aquéllas calculadas sobre la base, relativamente exacta, de la acumulación de los "conchales" (conf.: MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Instrumental óseo aborígen procedente de Cabo Blanco (gobernación de Santa Cruz)*, en *Notas del Museo Etnográfico*, N° 2, 24 y siguiente; Buenos Aires, 1930.

(²) Comunicación presentada en la sesión de la *Semana de Antropología* realizada el día 25 de noviembre de 1937.

ETNOLOGÍA HISTÓRICA DE LA PROVINCIA DE MENDOZA

UNA VALIOSA DOCUMENTACIÓN

por

SALVADOR CANALS FRAU

I

LA documentación de que voy a tratar, y que califico de valiosa para el estudio de la etnología histórica de la provincia de Mendoza, no es, en modo alguno, inédita. Ella ha sido publicada hace ya unos diez años en uno de los más prestigiosos órganos científicos del país: en la "Revista de la Universidad Nacional de Córdoba"¹. Hay, además, una tirada aparte.

Con ello me refiero, ya lo habrán adivinado, al legajo contentivo de las actuaciones producidas a mitad del siglo XVII ante las autoridades de Mendoza, en ocasión de un presunto levantamiento de indios en la frontera sur de aquella jurisdicción, y que reprodujera en las páginas de la revista citada el incansable rebuscador en archivos Monseñor Pablo Cabrera, no ha mucho tiempo desaparecido de entre los vivos. Mas, a pesar de su publicación en tan difundido órgano de la cultura nacional, los documentos en cuestión son prácticamente desconocidos, y su influencia no se ha hecho sentir en los diversos trabajos que sobre el tema de nuestra referencia se han publicado en los últimos años.

(¹) P. CABRERA, *Los aborígenes del país de Cuyo*, en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Córdoba, 1928-29.

Y es que la situación etnológica de Cuyo dista mucho de estar aclarada. Lo poco que con seguridad se sabe, y en ello influye mucho la tradición, es que los antiguos habitantes fueron llamados *huarpes*, y que el P. Luis Valdivia compuso, a fines del siglo XVI, dos Arte y Vocabularios de dos lenguas afines, en curso en la región cuyana, que el benemérito jesuíta denominara *allentiac* y *millicayac*. Mas, al pasar de ahí, al tratar de fijar límites a estas lenguas, o de establecer la distribución de aquellos *huarpes*, todo es inseguridad y contradicción.

Otro problema hay, cuya solución es de urgencia. Son varias las fuentes históricas que nos hablan de *puelches* en jurisdicción de Mendoza. En consecuencia, interesa saber si es posible identificar a estos *puelches* con otros indios de la llanura, posteriormente conocidos por el mismo nombre, o, si al contrario, constituyen ellos un pueblo distinto. La documentación de nuestra referencia trae datos que, en unión de otros coetáneos y posteriores, solucionan el asunto.

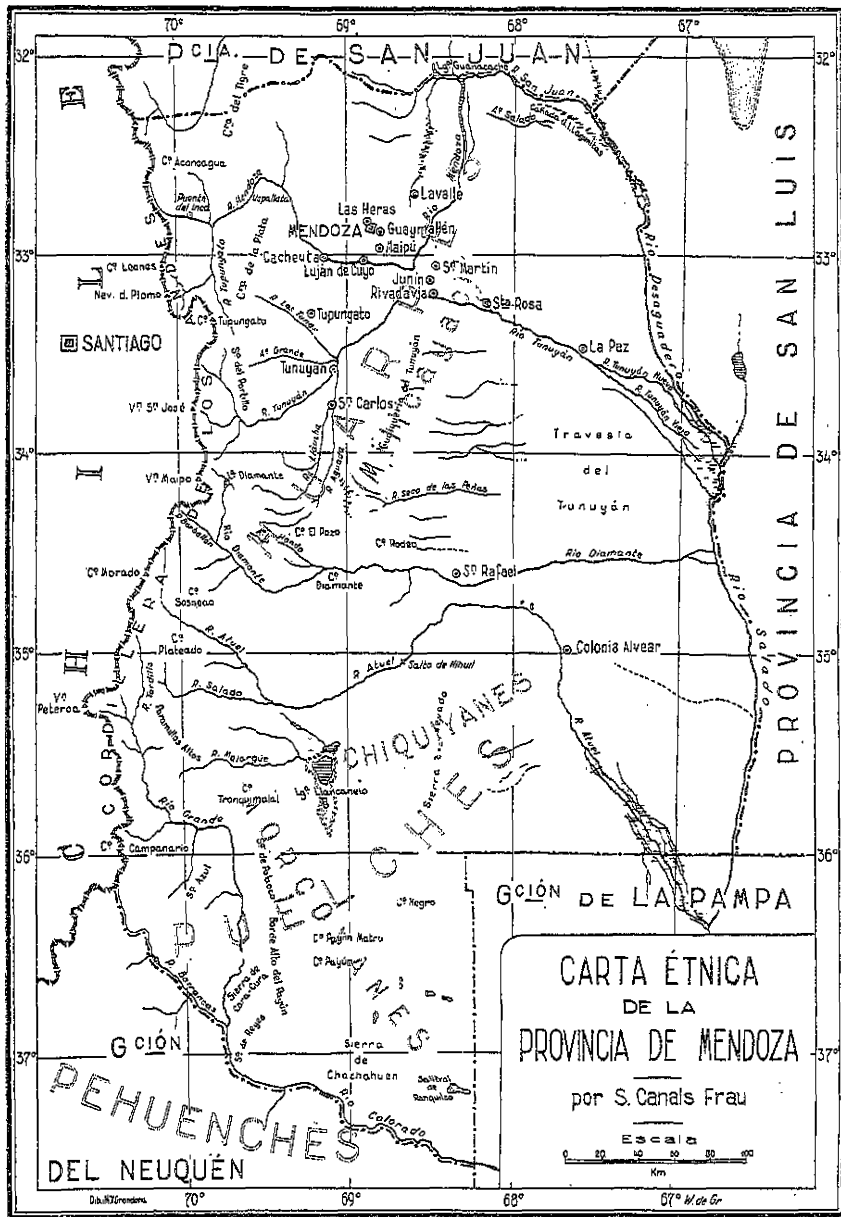
Y muchos otros datos utilizables traen los documentos de que venimos tratando. Verdad es que ellos se encuentran en medio de una densa maraña de prosa curialesca que dificulta un tanto su aprovechamiento. Mas, vale la pena todo esfuerzo en ese sentido, máxime si se tiene en cuenta que las fuentes históricas, tanto las narrativas como las en forma de restos, no pecan por su abundancia. De ahí que sea verdaderamente extraño que fuente tan rica no haya sido explotada aún.

Es cierto que, al editar la documentación, Cabrera hizo el ensayo de extraer algún provecho de ella. Mas, desde el punto de vista de la etnología, debo confesar que el autor no llegó nunca al fondo del asunto, y que no siempre fué feliz en sus deducciones. Se imponía, pues, un nuevo estudio de los documentos, y esto es, precisamente, lo que intento ahora.

Pero, veamos antes los antecedentes del caso.

II

Por julio de 1658 se encontraba en las riberas del Atuel, frontera sur de Mendoza, una tropa de indios capitaneados por un cacique *puelche* llamado don Bartolo *Yotaric*. Formaban la banda varios grupos de indios



de nombre e idioma distintos, pero, en el fondo, de un mismo origen. Había *puelches*, *morcoyames*, *chiquiyames*, *oscoyames*, *pehuenches*, etc., todos ellos habitantes de las regiones cordilleranas y precordilleranas de la provincia de Mendoza y del actual territorio del Neuquén. Eran, en total, unas setenta personas, incluso algunos niños y mujeres. Poco antes se había separado y regresado a sus lares un fuerte contingente de *pehuenches*. La causa de esta separación parece había sido que estos montañeses, que tomaron parte en el levantamiento general de indígenas de Chile de 1655 y asaltaran a Maule, querían intentar el mismo procedimiento en las estancias del sur de Mendoza, a lo cual parecía oponerse don Bartolo, quizá por no considerar oportuna la estación del año.

El grupo llevaba ya unas cuantas semanas cazando y vagando por la región de la precordillera, al oeste del macizo del Payén. El núcleo inicial estaba constituido por sólo *pehuenches*, procedentes de sus "pinales", y a quienes se agregaron posteriormente, a cambio de una suma determinada en "mantas, camisetas e hilados", los *puelches* de don Bartolo y, más adelante, otros de procedencia distinta. Había seguido la antigua vía que orillando la cordillera y vadeando el río Atuel a la altura del lugar El Sosneado, pasaba por cerro Alquitrán, bordeaba la llamada Pampa del Medio y desembocaba sobre el Diamante¹. Mas, antes de llegar a ese río, se había separado el grueso de *pehuenches*, y sólo algunos de ellos, emparentados con los de don Bartolo, se habían quedado.

Y aconteció que unos días después de la separación de los *pehuenches*, un cautivo español llamado Pedro García, consigue evadirse y llegar a Mendoza, dando la voz de alarma.

Don Bartolo, temeroso de que la huida del cautivo redundara en su contra, decide poner en libertad a otro, que le servía a él mismo. Y, ordenando a su gente que atravesara la Pampa del Medio y acampara sobre el Atuel, conduce a Eugenio de Figueroa, que tal era el nombre del segundo español cautivo, hasta el camino a Jaurúa, con encargo de decirle

(¹) El P. HAVESTADT, que en un viaje realizado en 1751-52 llegara, viniendo de Chile, hasta Malargüe, nos ha conservado, en la parte séptima de su "*Chilidaga*", publicada en 1777, un itinerario del camino entre Malargüe y Mendoza. Partiendo del primero de estos lugares, las jornadas eran: Saucedito, arroyo Chacay, río Salado, cerro Alquitrán, río Diamante, arroyo Hondo, arroyo Cortaderas, Cienaguita de Llaucha (Yaucha), La isla de Varela, etc.

al corregidor que él era amigo de españoles y que, por lo tanto, no abrigaba ninguna mala intención.

Sabido es que, hasta la creación del virreinato de Buenos Aires, la región de Cuyo dependía, políticamente, de Chile. En la capital de la provincia, Mendoza, residía un teniente de gobernador, que llevaba también el título de Corregidor y Justicia Mayor. Ocupaba a la sazón el cargo don Melchor de Carvajal y Saravia, hijo de Chile, quien se hallaba en San Juan administrando justicia cuando llegaron las nuevas divulgadas por el ex cautivo García. Carvajal regresa apresuradamente a Mendoza, y reuniendo un pequeño cuerpo expedicionario de unos 60 hombres, sale en busca de la partida. Guían García y un cacique "de la tierra", llamado don Juan, perteneciente a la encomienda de Valentín de Córdoba, el cual se había topado con don Bartolo cuando éste regresaba de poner sobre el camino de Jaurúa al ex cautivo Figueroa. La expedición avanza por el "rastro" de las Salinas¹, llega al Atuel y tuerce a la izquierda para, al cabo de dos jornadas más de camino río abajo, dar con la toldería de don Bartolo, al suroeste del actual San Rafael.

En la entrevista que inmediatamente tuvieron el comandante español y el cacique *pehuelche*, cordial al principio, se interesó el primero por los *pehuenches*, que era, en realidad, a quienes buscaba. Don Bartolo dijo haberse retirado todos, pero como fueron descubiertos algunos en la toldería a pesar de las negativas del cacique, Carvajal manda apresar a toda la banda y regresar con ellos a Mendoza para ser sometidos a proceso.

Y son las actuaciones producidas en este proceso criminal, cuyas ultimeridades aquí no interesan, las que forman el cuerpo documental de que tratamos.

III

La mayor parte de las actas que constituyen el legajo, son declaraciones y ratificaciones de los indígenas apresados y sometidos a proceso. Dado que

(¹) Son las actuales Salinas de San Rafael. Uno de los testigos las llama "del capitán Juan Moyano", aludiendo, sin duda, a que este personaje, que tenía estancia del otro lado del Diamante, era quien las explotaba.

éstos, excepto uno, no hablaban español, se hubo de nombrar intérpretes para que pudieran ser interrogados.

Estos nombramientos fueron hechos para tres lenguas distintas, como tres eran los grandes grupos étnicos a que pertenecían los componentes de la partida de don Bartolo. Sin embargo no hay equiparación entre lo uno y lo otro, pues, como luego veremos, una de las tres lenguas para las cuales se nombraron intérpretes, era completamente extraña al medio. Nos referimos a la que las actas denominan "lengua de Chile". Las otras dos eran: la "lengua de la tierra" y la "lengua de tierra adentro".

La primera de las lenguas estrictamente indígenas, la "de la tierra", es la propia de la jurisdicción mendocina, y, tal vez, para la época, la general de Cuyo. En párrafo alguno del voluminoso sumario se la denomina de otro modo que "de la tierra", ni va referida a ningún gentilicio; equivale esto a reconocer no sólo que ella era peculiar de la región que nos ocupa, sino que también exclusiva de ella. Era, sencillamente, categóricamente, la lengua de la tierra.

Ahora bien; por los afanes filológicos del P. Luis Valdivia sabemos de la existencia en Cuyo, a principios del siglo XVII, es decir, unos cincuenta años antes de la fecha de nuestro proceso, de las lenguas que el misionero denomina *allentiac* y *millcayac*, y a que aludiéramos antes. Valdivia no dice, al menos en lo que de su obra se ha conservado, cuáles eran los indios de una y otra lengua. Hace constar, empero, que la primera de ellas "corría" en la ciudad de San Juan; en cuanto a la segunda, la asigna a "la provincia de Cuyo", aludiendo, sin duda, a que era general en ella. Esta impresión se ve corroborada por el hecho de que el misionero filólogo concede un muy evidente rango de preferencia al *millcayac*, cuyo Arte escribiera primero. Y como, por el "Decreto del Real Acuerdo", consta ser el *millcayac* propio de la ciudad de Mendoza, creemos que esta lengua puede ser identificada con la que las actas del proceso de 1658 denominan "lengua de la tierra".

El *millcayac* era, pues, la lengua en uso en la ciudad y jurisdicción de Mendoza. Nada sabemos de sus límites por los rumbos norte y oeste, mas la documentación que analizamos indica claramente sus límites por el sur.

En efecto, fueron seis los indios "de la tierra" apresados, y todos ellos prestaron sus declaraciones en este idioma. Eran naturales de la región de los ríos Diamante y Atuel. Los indígenas situados al sur del paralelo 35° de latitud sur, ya no conocían, en general, el *millcayac* y se expresaron en habla distinta. Por lo tanto, los "indios de la tierra", los de idioma *millcayac*, moraban al norte de la dicha línea.

Es notable observar que este idioma *millcayac* era conocido no sólo de la población aborigen, sino que también por muchos vecinos de la ciudad de Mendoza. Juan Zacarías de la Sierra Morales, Juan Bustos, Pedro Bustos, Juan Moyano de Aguilar, Diego de Cáceres y Gonzalo de Lorca, encomenderos y personas de calidad todos ellos, conocían e interpretaban esta "lengua de la tierra". Del antiguo esplendor que todo ello nos revela, sólo nos quedan, hoy día, algunos nombres de persona y de lugar, junto con dos hojas, verdadera reliquia, del "*Confesionario Breve*", del P. Valdivia, impreso en Lima en 1607.

A los "indios de la tierra" pertenecía también una parcialidad que los antiguos cronistas llaman *Goicos* o *Voycos*. Nuestra documentación la denomina *Oicos*. Los declarantes en este proceso aluden reiteradamente a ellos, pero sin que ningún *oico* figurara entre los apresados. Su cacique se llamaba *Quiña*, estaba bautizado, y su *habitat* era hacia el Cerro Nevado. Una estación del F. C. P., ramal Chacabuco - San Rafael, conserva aún su nombre.

Otro cacique incluido entre los "de la tierra", y reiteradamente citado, es el llamado por su nombre indio *Chiuque*. Los declarantes están contestes en manifestar que, a pesar de haber venido a ver a don Bartolo en su campamento del Atuel, no había querido "convocarse", y se había ido "a los *oicos*". Tenía sus tierras sobre el Atuel mismo, y a ellas pertenecía el lugar en que fueran apresados don Bartolo y su gente. Pertenecía a la encomienda de Riveros, y el protector de naturales, en un escrito, lo califica de "indio manso y bueno".

Chiuque, o "el cacique de Riveros", como más comúnmente lo llaman las actas, había ido al campamento del Atuel con el propósito de "comprar una china para casar a su hijo". Este dato nos revela que el casamiento entre nuestros indios era por compra de la novia, lo cual queda ratificado

por del Techo¹. Por lo demás, constituye ello una modalidad muy extendida entre los diversos pueblos de la llanura argentina. Para citar sólo algunos cuantos datos, recordaremos que el P. Sánchez Labrador, misionero jesuita de mediados del siglo XVIII, expresa que “este modo de casamiento por venta es universal de todas estas naciones del sur . . .”². Falkner, coetáneo del anterior, la menciona también en los *pampas*³, e igual hace Muster de los modernos *tehuelches*⁴. En cambio, los *araucanos* seguían normas distintas, ya que lo regular entre ellos era el rapto de la novia, ya fuese éste ficticio, es decir, simbólico, ya fuese real⁵.

Otro dato interesante referente a la etnografía de los indios de que estamos tratando, va contenido en la declaración de *Jusepe* “natural del valle del Diamante”, quien al serle preguntado por qué “se había él pintado la cara y embijado”, dijo que por habersele muerto el padre, vale decir, que llevaba su “embijamiento” en señal de duelo.

Esta costumbre del embijamiento facial como signo de duelo es también señalada por otra fuente coetánea y con referencia a los indios de nuestra región, si bien no especifica. En efecto, Rosales, que llegara a conocer personalmente el país y que publicara su “*Historia*” en 1676, dice, en la página 97, que, en caso de muerte, la parentela llora “con gran amargura

(1) N. DEL TECHO, *Historia en la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, II, 107; Madrid, 1897.

(2) SÁNCHEZ LABRADOR, *El Paraguay Católico. Los indios pampas-puelches-patogones*, 71; Buenos Aires, 1936.

(3) “Los casamientos se efectúan por compraventa, como que el marido compra su mujer a los parientes más cercanos, y no pocas veces a precio bien subido en abalorios, cascabeles, ropa, caballos u otra cosa que entre ellos tenga valor”. T. FALKNER, *Descripción de la Patagonia*; Buenos Aires, 1911.

(4) “El uso corriente es que el novio, después de haber obtenido el consentimiento de su amada, envíe a los padres de ésta, un hermano o amigo íntimo, que les ofrece un número de yeguas o caballos, o adornos de plata, por la novia”. MUSTERS, *Vida entre patogones*, en *Biblioteca Centeneria*, 276; Buenos Aires, 1911.

(5) LATCHAM ha querido dejar establecido que la compra de la mujer y no el rapto de ella era la forma auténtica del matrimonio araucano. Sin embargo, este autor no desconoce la existencia, entre los mismos indios, del rapto, y tiende, más bien, a querer probar que el acto fundamental, el que legalizaba la unión, no era el rapto en sí, sino el posterior arreglo, mediante la entrega de un valor determinado, por parte del marido. Mas, a los fines que nos proponemos nosotros, carece de todo valor la discusión de este asunto, y lo único que interesa es que, de un lado, el araucano, había como norma un rapto de la novia, mientras que del otro, el pampeano, no se conocía tal procedimiento. Ver la bien documentada obra de R. LATCHAM, *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*, en *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile*, III, 245 y sig.; Santiago de Chile, 1922.

y voces, repelándose la cabeza y pintándose de negro y colorado las caras”. Y también los pueblos de las llanuras observaban la misma costumbre. En cambio, parece que no era conocida de *diaguitas* ni de *araucanos*, vecinos de los de Mendoza por el norte y por el oeste.

Según el P. Sánchez Labrador¹, el duelo en esta forma duraba varios meses entre los antiguos *pampas*, y el hecho es corroborado por su colega de apostolado y contemporáneo, P. Falkner, quien manifiesta que, en caso de muerte la viuda tiene obligación de conservar el rostro “ennegrecido de hollín” durante un año². También Musters atestigua la misma costumbre entre los *tchuelches*, quien expresa que las mujeres realizan el peinado matutino de los hombres pintándoles la cara. En caso de “duelo, les ponen pintura negra”. Y entre los actuales *onas* reaparecen los mismos colores, negro y colorado, para la misma expresión de sentimiento en caso de muerte, según testimonio de Gallardo y otros³.

IV

La segunda de las hablas mencionadas en nuestra documentación es la “lengua de Chile”. Como la lengua “de Castilla” y la “del Cuzco”, era extraña al elemento aborigen. Se trataba, claro está, del araucano.

De todos los declarantes indios que intervinieron en este proceso, sólo dos pudieron ser interrogados en este idioma, y aun solamente debido a que habían estado en Chile y aprendido allí la lengua, pues, como reiteradamente puntualizan las actas, los idiomas de una y otra parte de los Andes eran distintos.

Fueron el mismo don Bartolo y su hermano don Juan, los dos *puelches*, quienes conocían el araucano. De niños habían sido llevados a Chile y allí educados y encomendados. Regresaron ya adultos, para hacerse cargo del cacicazgo por muerte de un tío. Las declaraciones y ratificaciones de estos

(¹) SÁNCHEZ LABRADOR, *El Paraguay Católico*, etc., 61 y siguientes.

(²) T. FALKNER, *Descripción*, etc., 105.

(³) A. GALLARDO, *Los onas*; Buenos Aires, 1910.

caudillos fueron interpretadas por Juan de Carvajal, Gregorio de los Olivos y Gonzalo de Toro, además de un negro libre y ladino.

El hecho de que *puelches* y *pehuenches* no conocieran la "lengua de Chile" dificultó grandemente los procedimientos, pues no faltaban intérpretes de esa lengua entre los vecinos de Mendoza. Se explica ello por el hecho de la dependencia política de Cuyo y porque muchos de los vecinos de esta región lo habían sido antes de las ciudades chilenas. Pero, debido a la anotada circunstancia, el fácil y cómodo interrogatorio en araucano tuvo que ser abandonado para dar lugar a un difícil y complicado procedimiento con los indios "de tierra adentro", como luego veremos.

Y esta comprobación negativa respecto de la presencia del idioma araucano entre nuestros indios, es uno de los datos más valiosos de los muchos contenidos en la documentación que nos ocupa. A diario vemos citar a los *pehuenches* como a indios de estirpe *araucana*, porque hablaron esta lengua a partir del siglo XVIII. Pues bien; a mediados del siglo XVII, los *pehuenches* que acompañaban a don Bartolo, no sólo no conocían aquella lengua, sino que tenían una propia. Por lo demás, son varias las actas que declaran expresamente que la lengua de los *pehuenches* era distinta de la de Chile o *araucano*.

En ningún momento confunden las actas a *pehuenches* y a *araucanos*. Claramente se distingue entre ambos pueblos. Los *araucanos* son llamados *aucáes*, mientras que los *pehuenches* formaban parte del grupo de indios "de tierra adentro". Varios son los deponentes que nombran a unos y a otros, como entidades distintas. No hay, pues, confusión posible.

Y con esto podemos llevar adelante el pleito iniciado con los hallazgos de *Viluco*, al sur de San Carlos, provincia de Mendoza. Como se recordará, Boman había opinado que "los indios de *Viluco* no deben ser araucanos, a juzgar por los datos del P. Olivares, ni pertenecían a los pampas (-het), por su vida y costumbres diferentes. Es muy verosímil que hayan sido *huarpes-millecayac*¹. Metraux se oponía a esta tesis diciendo que, por haberse hallado en *Viluco* un silbato y otras prendas indudablemente araucanas, los indios de este lugar, dueños de los restos exhumados, serían de

(¹) E. BOMAN, *Cementerio indígena en Viluco (Mendoza) posterior a la conquista*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, XXX, 559; Buenos Aires, 1910.

origen chileno, agregando que se sabía de manera cierta que en época histórica, grupos de *pehuenches*, y por ende *araucanos*, habían vivido allí.

Si, como todo parece demostrar, el cementerio de *Viluco* pertenece a la segunda mitad del siglo XVII, entonces sus ocupantes no eran de estirpe araucana, como demuestran claramente los documentos que analizamos. Eran indios “de la tierra”, es decir, de idioma *millicayac*, los moradores de la región hasta el Atuel. Verdad es que, por la época, la influencia araucana empezaba a dejarse sentir entre otros pueblos de más al sur, los *pehuenches*, y que entre éstos y los *puelches* se veía armamento y tejidos aucás; mas, ni étnica ni lingüísticamente eran araucanos ninguno de los grupos asentados de esta parte de la cordillera. Cien años después, es decir, a mediados del siglo XVIII, los habitantes de la región al sur del Atuel, en parte ya araucanizados, conservan todavía su lengua primitiva, que no era el araucano, según testimonio del P. Havestadt, que atravesó la región. Y a principios del siglo XIX, sabemos, por don Luis de la Cruz, que los *malalquinos*, o habitantes de la región mencionada, eran de las mismas cualidades que los *pehuenches* de más al sur, es decir, *araucanos*, pero nada sabemos, cual dice Metraux, de que la ocupación pehuenche llegara hasta *San Carlos*.

V

La tercera y última de las lenguas mencionadas en nuestra documentación es la “de tierra adentro”. A veces, las actas especifican y la llaman “lengua puelche”, o “lengua puelche y pegüenche”.

La unidad que el nombre aparentemente expresa, no es real. *Pehuenches* y *puelches* se expresaban en habla distinta. Fundámonos en varias razones para establecer que ambos pueblos fueron, racial y culturalmente, afines, aunque, por la época, constituyeran grupos distintos con tendencia a una mayor diversificación. El parentesco era también lingüístico.

Las “lengua de tierra adentro” eran desconocidas de los españoles de Cuyo y, a pesar de las gestiones realizadas por las autoridades de Mendoza, no se halló intérprete español alguno que las entendiese, ni en Mendoza

ni en San Juan. Por lo tanto, se hubo de recurrir al complejo procedimiento que consistía en nombrar indígenas conocedores de estas lenguas y del *millcayac*, y que decían en esta última lengua a otros intérpretes españoles, lo que el indio declarante *puelche* o *pehuenche* manifestaba en la suya.

El *habitat* de los *pehuenches* era, como es sabido, la región do crecen las araucarias productoras de piñones, al sur de la línea Barrancas - Colorado y hasta cerca de Nahuel Huapí, dentro de la cordillera misma y en sus laderas. El cautivo García que se huyó de "los *aucás*", o sea de la Araucanía no ocupada por los españoles, tardó dos días en llegar a tierra de *pehuenches*. Las actas, por su parte, denominan constantemente el *habitat* *pehuenche* "entre dos cordilleras".

Era pueblo de costumbres nómades. El mencionado ex cautivo dijo que, al toparse él con ellos, se hallaban recogiendo piñones; y al ponerse, poco después, en marcha, iban sustentándose con piñones y caza.

No mencionan las actuaciones la indumentaria de tan interesante pueblo, excepto que llevaban el "cabello cortado por delante", a diferencia de *puelches* y de *huarpes*, como llamaremos, siguiendo la costumbre, a los de idioma *millcayac*. Es por eso que, una vez apresada la partida, allá en el Atuel, todos los indios se cortaron el cabello del mismo modo, para hacer imposible la identificación de los *pehuenches* que se habían quedado.

Dada su posición geográfica, a caballo sobre la cordillera, estos *pehuenches* eran los intermediarios natos entre los pueblos de diferente cultura de ambos lados de los Andes. En la carta al rey de España escrita por Garay en 1582, ya se mencionan tejidos que los habitantes de la pampa recibían de la cordillera, vale decir, de Chile, por mediación de nuestros *pehuenches*. Y, al quedar en el sur de Chile una extensa zona no dominada por los españoles, donde los indios podían seguir desarrollando su cultura, sobre todo en el aspecto guerrero, eran nuestros indios quienes abastecían de caballada a los de Araucanía y, en recompensa, traían hilados y tejidos de allí para nuestros pampeanos. En consecuencia, fueron nuestros *pehuenches* los primeros en araucanizarse, es decir, en aceptar la lengua y la cultura de los *araucanos*. Y desde el *habitat* *pehuenche* se extendió la nueva influencia a través de las llanuras.

VI

El otro grupo étnico cuyo idioma va comprendido con el de los *pehuenches*, en la denominación “lengua de tierra adentro”, era el que las actas denominan, en un general sentido, los *puelches*. Su *habitat* se extendía desde el paralelo 35° de latitud sur, por el norte, hasta el límite septentrional *pehuenche*, constituido por la línea Barrancas - Colorado, por el sur.

Se ha dicho muchas veces que el nombre de *puelches* era meramente geográfico, fundándose en la significación y procedencia araucanas del nombre. Mas, es indudable que ello ha importado siempre una calificación, por la diferencia de raza y cultura entre una y otra parte de los Andes. Por la época que nos ocupa, la denominación iba referida a dos grupos racial y lingüísticamente distintos, aunque bastante semejantes en lo cultural. El primero de ellos, que aquí no interesa, era de raza pámpida y afín de Patagones; hasta nuestros días ha conservado su nombre de *puelches*. El otro, que citan nuestras actas, vivía más al norte de aquéllos, y era un pueblo de alta estatura, posiblemente dolicocefalo, afín de *pehuenches* y *huarpes*, que vagaba en las estribaciones de la cordillera y al pie de ella. Se dividía en parcialidades diversas con nombres distintos.

A tres de estas subdivisiones pertenecían los componentes de la banda de don Bartolo.

Estaban en primer lugar los *morcoyanes*, que correspondían al cacicazgo de don Bartolo. Sus tierras eran la región del Payén, a ambos lados del río Grande hasta el Colorado.

El grupo segundo estaba constituido por cinco *chiquiyanes* con su cacique don Juan. Tenían sus tierras al nordeste de los primeros, en la comarca del Cerro Nevado. Estos indios, a pesar de ser citados a menudo por los cronistas, no mantendrían demasiadas relaciones con los españoles, pues de los cinco, dos no llevaban nombre cristiano, y de los restantes, uno es dado por “bozai” y otro declaró haber visto españoles sólo una vez. En cambio su cacique había trabajado en la estancia de Moyano, cerca del Diamante, y conocía además de su lengua puelche, el *millcayac*.

Un tercer grupo de *puelches* eran los *oscoyanes*, que no deben ser confundidos con los *oicos*, cual hace Cabrera, pues estos últimos eran “de la

tierra”, es decir *huarpes* de idioma *millecayac*. *Cayla*, cuñado de don Bartolo, era su cacique en potencia.

La cultura de todos estos *puelches* era esencialmente la misma, como uno mismo era su idioma. Por el tipo de ellas se acercaban más a la de los indios de la llanura que a *diaguitas* y *araucanos*. Ella tiene una importancia suma por estar muy cerca a la propia del grupo pehuenche-puelche-huarpe, antes de que los primeros sufrieran el influjo araucano y los últimos el diaguita.

Su economía era la de cazadores y recolectores. Cazaban el guanaco, el avestruz, etc., y recolectaban semillas y raíces. De esta su actividad recolectora contienen los documentos que analizamos numerosas referencias. Uno de los testigos españoles declara que don Bartolo había enviado a diez mujeres riberas del Atuel para que recogieran Algarrobas, y otro declarante indio da como razón de su presencia en la región de dicho río, la de la búsqueda de tan útiles vainas. No hay duda de que hacían honor a su antiguo nombre, ya atestiguado en los primeros años de la conquista, de “puelche-algarroberos”. Otra semilla que, de acuerdo con otra declaración, solían comer, era la del molle³; para comerla un grupo de *puelches* había ido “entre dos cordilleras”, es decir, en país pehuenche. De unas “raíces para hacer harina” nos habla el ex cautivo Figueroa, que don Bartolo tenía intención de recolectar en la región del Atuel. Ignoramos que raíces sean; pero, no está demás recordar que la trituración de semillas y raíces pertenece también a la cultura primitiva de los pámpidos.

Un lugar especial en la mesa de nuestros *puelches* lo ocupaba la carne de caballo. Del tenor de las declaraciones se desprende que el “matar caballos” tenía inherente algo de consagratorio y que estaba reservado a los días especiales. Uno de los declarantes explicó que en “el corral”, es decir, en el cercado de piedra que construyera don Luis de las Cuevas y que diera nombre a la actual población de Malargüe, dejaban los *puelches* la caballada para que engordara y luego comería.

(3) El doctor J. A. Molfino ha querido bien informarme, a mi solicitud, que el molle en cuestión debe ser el *Schinus latifolius* Engl.

De su industria nos citan las actas, especialmente, sus "plumeros", su principal artículo de exportación. Ya desde antiguo todos estos grupos habían tenido esta especialidad. Jusepe y otros indios de idioma *millcayac* habían ido al campamento de don Bartolo para "conchabar plumeros por caballos", y lo mismo pretendió haber hecho el cacique *chiquillán*. Los *puelches*, a su vez, "conchababan" caballos de sus vecinos por el este y norte, y textiles y armamentos de los del sur.

El armamento consistía en el clásico arco y flecha. No contienen las actuaciones referencia alguna a la boleadora. En cambio se mencionan diversamente "coseletes" y "celadas" y, sobre todo, el "fuste aucá", o sea la lanza araucana de varios metros de largo. La presencia de todos estos instrumentos entre los *puelches*, fué considerada como probatoria de la concomitancia de nuestros indios con el "enemigo aucá", o sea el araucano.

Otra industria importante era la de las pieles. La utilizarían para cubrir sus cuerpos y sus toldos. Los dos ex cautivos manifestaron que don Bartolo, desde el Diamante, se proponía atravesar la pampa en dirección al cerro Nevado, y para ello "aliñaba cueros de guanacos y liebres" para rellenarlos con agua para la travesía. Los recipientes en cuero pertenecen también a las más antiguas culturas del sur.

Otra antigua costumbre que las actas mencionan es la de las señales con humo. Al retirarse don Bartolo hacia el Atuel, mandó decir a las autoridades que si el corregidor quería verlo bastaba que "le hiciesen un humo" desde el Diamante. Igualmente, la visita de los *pehuenches* a tierras de don Bartolo se anunciaba "quemando campo". Esta manera de señalar pertenece también a uno de los más antiguos substrata culturales de la región que nos ocupa.

Cristóbal, indio "de la tierra", trata de explicar la pintura facial que al ser apresados llevaban los *puelches*, diciendo que tal vez querían jugar un partido de pelota, mientras que para otros, el mismo embijamiento significaba querer pelear. Ambas costumbres pertenecen también al substratum antiguo.

De la organización política y social poco es lo que nos dicen las actuaciones judiciales. El cacicazgo era hereditario, pues al morir Rúa, cacique de *puelches*, conocido de los españoles y abuelo de don Bartolo, heredó el

cargo un tío de éste y, a su muerte, nuestro caudillo. Sin embargo, a veces ascendían también otras personas dotadas de determinadas cualidades personales, y las declaraciones nos indican que ese era el caso del indio *Cayla*, cuñado de don Bartolo, que al ser apresado iba a ser proclamado cacique de los *escollames*, a pesar de no ser sino *shamán*. Todo ello está de acuerdo con lo ya conocido de otros pueblos del sur.

Hete aquí expuestos, en una breve síntesis, algunos de los principales datos que la documentación analizada nos proporciona¹.

(¹) Comunicación presentada en la sesión de la Semana de Antropología realizada el día 30 de noviembre de 1937.

EL FUERTE DEL PANTANO

por

JULIAN B. CACERES FREYRE

EL Fuerte del Pantano fué dado a conocer a los estudiosos por Eric Boman, quien en 1914 realizó una jira estudiando los principales yacimientos arqueológicos del norte de La Rioja.

En el diario "La Nación"¹, en un artículo en forma de carta a la Dirección, dió la noticia de su hallazgo, ilustrándolo con algunas fotografías de las construcciones hispánicas antiguas, todavía en pie. Boman falleció en Buenos Aires en 1924, sin haber podido dar a luz los resultados de su investigación en La Rioja, y fué recién en 1932 que la Dirección del Museo Nacional de Historia Natural, "Bernardino Rivadavia", hizo editar los "Estudios arqueológicos riojanos", en base a los manuscritos dejados por Boman sobre sus observaciones y hallazgos². La cuarta parte de los "Estudios" dedicada al Fuerte del Pantano consiste en la descripción de alrededor de cien piezas de cerámica, piedra, metal, concha y hueso coleccionados en los 21 días que permaneció el arqueólogo en el yacimiento. En la parte sexta, concerniente a "Pueblos de indios y españoles del antiguo curato de San Blas de los Sauces" se dan algunas noticias históricas referentes a la antigua fundación del Pantano.

Aparecidos los "Estudios arqueológicos riojanos", yo ya había visitado, en enero de 1932, el Fuerte del Pantano, y recogido algún material de su superficie. Pude, entonces, constatar que las noticias publicadas en "La Nación" y en los "Anales" del Museo por Boman eran incompletas

(¹) ERIC BOMAN, *El Fuerte del Pantano*, en *La Nación*, 9 de julio de 1914.

(²) ERIC BOMAN, *Estudios arqueológicos riojanos*, en *Anales del Museo Nacional de Historia Natural "Bernardino Rivadavia"*, XXXV, Buenos Aires, 1927-1932.

y estudiaban una mínima parte de material del rico yacimiento por mí visitado, lo que hacía pensar que el autor, no obstante haber permanecido durante 21 días en el lugar, como dice¹, había tenido poca fortuna en las excavaciones. Sabedor de la riqueza del yacimiento por los objetos recogidos de su superficie en mis pocos viajes, y de su interés histórico, por ser también una fundación española del siglo XVII, me propuse realizar su estudio, y a tal efecto hice las visitas que me proporcionaron el material objeto de esta comunicación. Mis propósitos son, entonces, realizar la investigación sistemática de este yacimiento, completada por la compulsión de documentos referentes a su fundación española y a la existencia de la reducción indígena que la originó, y de la cual ésta es una noticia preliminar.

Visité este yacimiento, que se encuentra unas siete leguas al noroeste del pueblo de Aimogasta, en el departamento Arauco, a orillas del río Colorado o Mayu-Puka, cuatro veces: en 1932, 1933, 1934 y este año a mediados de febrero; mi permanencia más prolongada en él fué la de mi último viaje, pues durante cinco horas le recorrí, recogiendo material arqueológico de su superficie. La circunstancia de hallarse a más de una legua del poblado denominado Bañados del Pantano, y en una región desprovista de sombra y agua potable, hace que durante el verano, única época en que puedo realizar mis viajes, sea realmente imposible permanecer durante todo el día en él, es así que se hace imprescindible aprovechar las primeras horas de la mañana, o cuando el sol declina a la tarde, para realizar su recorrido. A estos inconvenientes suelen sumarse, en esta época del verano, las continuas crecidas del río Colorado, que hacen imposible su cruce por la gran fuerza de arrastre que tienen sus aguas, coloradas por la gran cantidad de tierra rojiza que llevan en suspensión, y que hace que ni las mismas bestias puedan beberla.

La región donde se encuentran estas ruinas es la característica de los barriales, tan frecuente en nuestras provincias nortañas de La Rioja y Catamarca. Las crecidas del río Colorado, y los fuertes vientos que durante todo el año soplan en este lugar han hecho de él un verdadero

(1) ERIC BOMAN, refiriéndose a la escasez de agua, dice: "tuve, en 1914, durante veinte y un días, mi campamento cerca del fuerte" (*ibid.*, 254).



Fragmento de la carta del Paraguay o Provincia del Río de la Plata compuesta — según Furlong — por el P. Diego de Torres, a comienzos del siglo XVII. Seria, por lo tanto, la más antigua representación cartográfica del valle de Paccipa y del fuerte del Pantano.

desierto; no se ven allí los algarrobales de campos vecinos ni los corpulentos retamos; una que otra jarilla rompe la monotonía del paisaje, y ellas son las que prestan su escasa sombra al viajero que surca esos campos en las horas en que el sol arrecia. Es tan grande la acción de los vientos que suelen encontrarse los cántaros y vasos completamente desenterrados en la superficie del yacimiento; en el vaso draconiano de la lámina IV puede notarse cómo las arenas que llevan los vientos han ido carcomiendo la cerámica hasta hacer desaparecer la pintura; algunos vasos están perforados en la parte que más les ha golpeado la arena.



Fig. 1

Es así como pude exhumar el cadáver de la figura 1; desde el caballo vi los huesos largos, que afloraban, desenterrados por el viento, a unos 15 metros al noroeste del más grande de los torreones; con la ayuda de un cuchillo pude descubrir el cadáver, que estaba a menos de 10 centímetros de profundidad, y como único ajuar fúnebre poseía, sobre el hombro izquierdo, un pequeño vaso con decoración draconiana. El cadáver estaba en posición de cúbito dorsal, con la cabeza orientada hacia el norte. No pude extraerlo en su totalidad, pues estaba sumamente destruído.

La nota más explícita que hasta el momento conocemos, referente al origen y fundación de esta reducción indígena, es la transmitida por el jesuíta Pedro Lozano en su "Historia de la Conquista"¹. El gran alzamiento calchaquí hizo peligrar las fundaciones históricas del antiguo Tucumán, el gobernador Felipe de Albornoz nombró al general don Jerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba, para que se hiciese cargo

(¹) PEDRO LOZANO, *Historia de la conquista del Paraguay, Rio de la Plata y Tucumán*, IV, 94 y 95; Buenos Aires, 1874.

de la defensa de las poblaciones de La Rioja. Cabrera consiguió vencer a los belicosos indígenas, y en 1638 funda la ciudad de Londres de Pomán, dirigiéndose de inmediato a pacificar el Valle de los Paccipas o Paccipas, en donde establece el presidio que dió origen al Pantano. Dice el padre Lozano: "Asentadas las cosas de la nueva población (Pomán), se resolvió el general don Jerónimo Luis de Cabrera pasar a pacificar el valle de Paccipa, donde siendo precursora su fama, causó tal terror su marcha, que trataron de adelantarse a ganar su gracia con el rendimiento antes de experimentar con la resistencia sus iras armadas. Acertado consejo que les libró de grandes trabajos y les granjeó la benevolencia del general, quien, olvidados sus enormes desaciertos, los trató benigno, y recogiendo de todo aquel valle con mil y doscientas almas las redujo a una población, distante veinte y seis leguas de La Rioja y doce de Londres, en donde puso un presidio de treinta y cinco españoles que a ellos les sirviesen de freno y contra los demás rebeldes de defensa, y le llamaron el fuerte del Pantano, originado este nombre de lo que en uno de los asaltos que les dieron los españoles, usaron de cierto ardid para su defensa, y fué que corriendo por aquel país el río llamado Bermejo, que con facilidad se derrama e inunda el terreno, se forman unos terribles atolladeros, pues siendo la tierra muy suelta se empapa presto como si no se hubiera mojado, pero que queda tal, que quien no sabe esta propiedad se empantanaría, sin poder salir, sino con gran trabajo y peligro, como en la función referida acaeció a la vanguardia de nuestro campo, que entrando incauta en aquel paraje, se halló muy embarazada, sin poder hacer operación, bien que se les malogró su idea a los enemigos, pues enseñados los demás con el peligro de vanguardia marcharon por otro sitio y lograron el asalto. Ahora, pues, de este pantano, tomó el nombre aquel fuerte que se fundó allí cerca, y fué resguardo muchos años de aquella frontera...".

El padre Techo¹ se refiere a una misión de los padres del Colegio Jesuíta de La Rioja, que en 1643 sale para bautizar numerosos indios del Pantano.

(¹) NICOLÁS DEL TECHO, *Historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, V, 220: Madrid, 1897.

Como restos indubitables de la antigua población española se encuentran aún varias habitaciones de adobe y tapia y varios armazones de ranchos; pero lo que más llama la atención son dos enormes construcciones de tapia que, a manera de torreones, se levantan en el campo desértico. Boman, equivocadamente, cree que estas construcciones tienen un origen natural, pues él sostiene que son los llamados penitentes de los geólogos, es decir, amontonamientos de tierra que, por ser de una mayor consistencia que la de su alrededor, han permanecido intactas a la acción de desgaste que ocasiona la erosión eólica y de las aguas que han rebajado la superficie terrestre, quedando estos amontonamientos a manera de construcción humana. Como he podido observar e ilustrar detalladamente en mi última visita, estas construcciones han sido realizadas por los fundadores de la reducción, a fin de guarecerse en ellas de los posibles ataques y sublevaciones de los indios reducidos. Tres han sido, según parece, estas torres, de las cuales una se encuentra casi destruida por los fuertes vientos. La más completa de todas (lámina III) tiene alrededor de diez metros de altura, y ha sido techada y reforzada. De los tirantes de algarrobo que sostenían su techo aun se encuentran en los agujeros en que estaban empujados pedazos completamente carcomidos (lámina III b).

Sin duda alguna, los soldados dejados por Cabrera solían, desde la altura de estas atalayas, divisar a la indiada bravía que continuamente atacaba a la población española y a la indígena reducida¹.

Entre torre y torre se notan aún los restos de las paredes de las habitaciones, que están al ras de la superficie por haber sido construidas en tapia más delgada, que los terribles vientos han destruido en parte y el médano ha cubierto.

Las gentes del lugar llaman a estos torreones "Los Hornillos", nombre que también dan al lugar de las ruinas; según ellos, en este establecimiento español se fundía metal extraído de una mina próxima del Velazco.

(¹) PABLO PASTELLS, *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*, II, 119 y 120; Madrid, 1915. El P. Pastells cita una "carta de Francisco de Nieva Castilla, Teniente Gobernador y Capitán á guerra de la ciudad de Londres al Capitán Alonso Doncel. - Da cuenta del alzamiento de las reducciones del Pantano y que Luis Enriquez se ha ido con su gente y familia a Calchaqui, pide gente de guerra, armas y municiones y que se dé aviso al Gobernador. Londres, 3 de Mayo de 1658".

Es indudable que se ha fundido metal de cobre en este lugar, pues así lo atestiguan los continuos hallazgos de escorias que he realizado.

Poseo varios objetos de procedencia hispánica encontrados en diversos lugares de estas ruinas, tales como estribos, fragmentos de arneses, pendientes, anillos, etc. Boman dice haber encontrado un crucifijo.

La población del Pantano subsistió hasta los primeros años del pasado siglo, época en que una gran creciente del río Colorado inundó los campos cultivados y arrolló con las construcciones. A más de esa desgracia, las

aguas del río, que durante todo el año corrían en forma permanente, fueron levantadas en las poblaciones catamarqueñas que estaban a su vera, y en el verano, época que el río lleva poca agua, no alcanzaba a llegar al Pantano, estas calamidades hicieron desaparecer la población que se estableció a una legua y media al noreste, constituyendo el pequeño poblado hoy denominado Bañados del Pantano. Sus habitantes cultivan en el invierno el trigo con las aguas sobrantes que lleva el río Colorado y que, por acequias, llevan hasta sus viviendas, y en verano, como los antiguos habitantes indígenas,

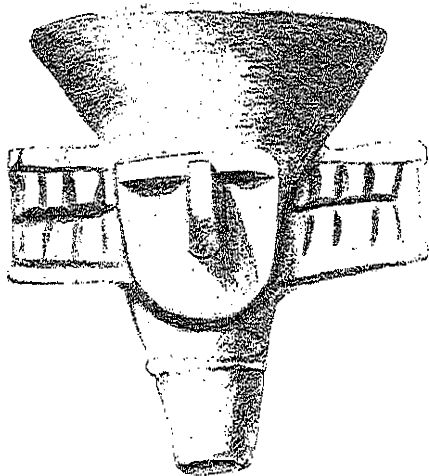


Fig. 2

“algarrobean”, es decir, se dedican a la junta de la algarroba y a la fabricación del “patay” o pan de algarroba. Según un censo del antiguo curato de San Blas de los Sauces, que comprendía el Pantano, en poder del doctor Marcial Catalán de La Rioja, en 1767 tenía el Pantano 173 habitantes, disminuyen, en 1777, a 93, para tener en 1807, el máximo de 454.

El antiguo pueblo indígena en el cual se fundó la reducción estaba habitado por la parcialidad de los “palcipas” o “paccipas”, que daban el nombre al campo por ellos poblado.

Los grandes bosques de algarrobo existentes en las cercanías, y que, sin duda, han sido más tupidos en épocas prehispanicas, ofrecían abundante cosecha de sus frutos a la indiada, alimento valioso para hombres y bestias, y aún hoy día sumamente codiciado. El cultivo del maíz parecen haberlo hecho en gran escala; las entonces abundantes aguas del río permitirían cultivarlo en dilatadas zonas; he realizado hallazgos de verdaderas capas de maíz carbonizado, como si se hubiesen incendiado los silos que lo contenían para evitar su aprovechamiento por el enemigo.

Siendo una región desprovista de piedras, las casas de los "palcipas" han sido de barro o quíncha. Del primer tipo he podido ver los restos de paredes sumamente destruidas y semejantes a las del poblado indígena de Guandacol, en la misma provincia, que serían los dos únicos yacimientos con casas de barro que he visto hasta el momento en La Rioja.

Los hallazgos de procedencia indígena se realizan en ambas márgenes del río, pero especialmente en la izquierda, entre las construcciones hispánicas. Cerca de los torreones hay espacios materialmente cubiertos por cerámica y piedras, fragmentos de morteros y manos de conana.

En su gran mayoría, los vasos y fragmentos de cerámica que he recogido pertenecen al denominado estilo draconiano, pero se encuentran también los del llamado santamariano, y poseo un cuello de las características urnas de este último estilo; pero por no haber realizado excavaciones, no he podido constatar si los dos tipos se encuentran en un mismo nivel, o si pertenecen a distintos niveles estratigráficos.

Es también abundante la cerámica incisa, y especialmente una rojiza. Por lo general, en los yacimientos que he visitado en La Rioja sólo la cerámica gris o negra posee dibujos incisos, y es verdadera casualidad encontrar un fragmento rojizo con esta clase de decoración. En el Pantano por primera vez he visto abundancia de cerámica rojiza con decoración incisa.

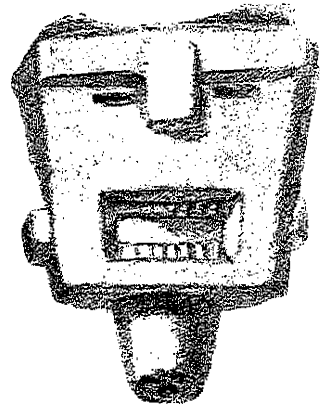


Fig. 3

He recogido abundantes fragmentos de pipas de fumar, y algunos ejemplares, casi enteros, en los que el hornillo tiende a formar un cubo que está separado del caño, constituyendo, así, dos piezas del mismo artefacto, han sido fabricadas en mayor cantidad que los de una sola pieza; algunos ejemplares (figuras 2 y 3) son de un alto valor artístico. Le siguen en abundancia las de una sola pieza, cuyo hornillo es antropomorfo (figura 4).



Fig. 4

De cerámica se encuentran también fragmentos de estatuillas, muyunas o pesos de huso, y abundantes representaciones zoomorfas, apéndices de vasos o pucos.

De piedra he recolectado manos de conana y alisadores, y muy pocas hachas; abundan los grandes morteros y conanas desfondados o partidos; en cambio, hay una inexplicable carencia de puntas de flechas, tan comunes en todos los yacimientos cercanos, como el de Aimogasta, de donde he formado una buena colección. Sólo una prohibición de las autoridades españolas del Pantano de su uso y fabricación explicaría esta carencia de puntas. Boman encontró dos ejemplares, y no tengo noticias de otros más.

De metal poseo dos hachas, algunas pinzas depilatorias y punzones¹.

(¹) Comunicación presentada en la sesión de la Semana de Antropología realizada el día 30 de noviembre de 1937. Dibujos de Cristina C. M. de Aparicio. Fotografías del autor.



a

Camino de Aimogasta a Bañados del Pantano.



b

Represa y ranchos en los Bañados del Pantano.



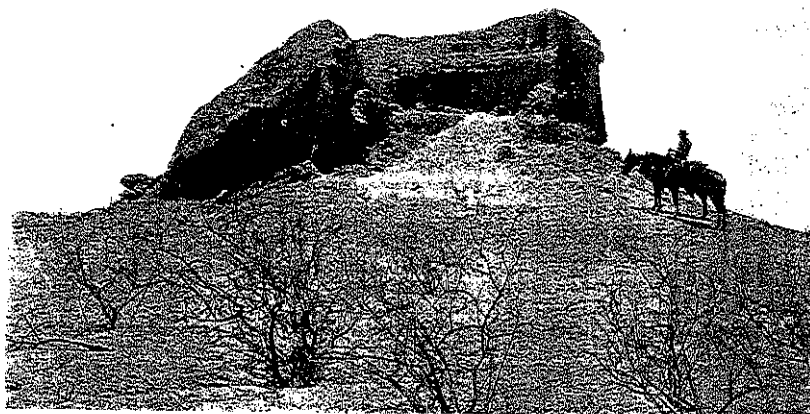
a

Aspecto del bosque en los alrededores del Bañado del Pantano.



b

El río Colorado a la altura de las ruinas.



a

El gran torreón.

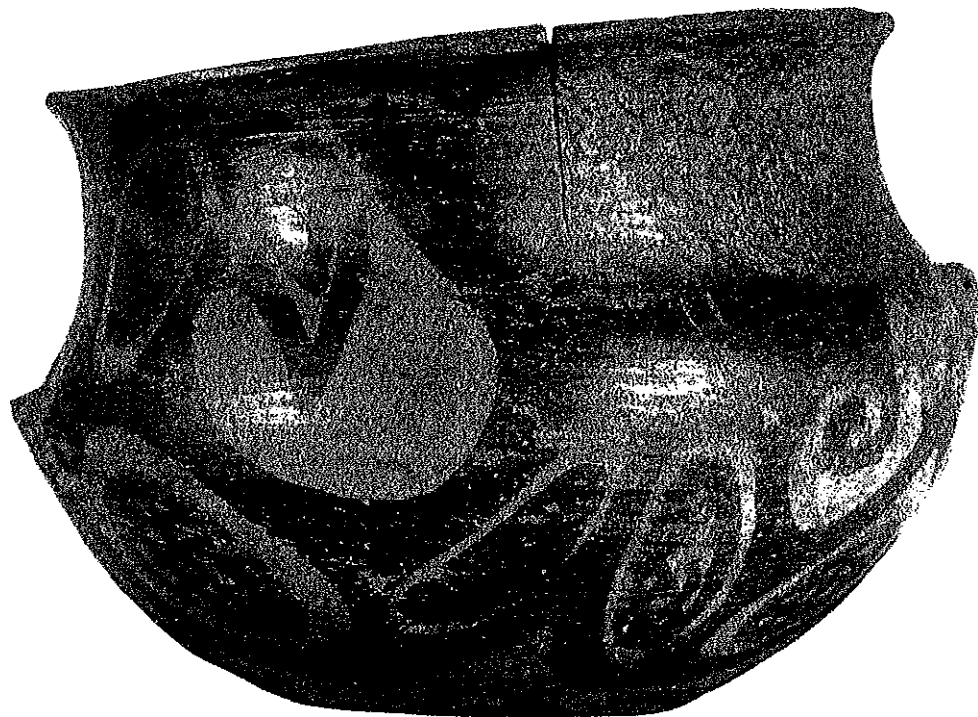


b

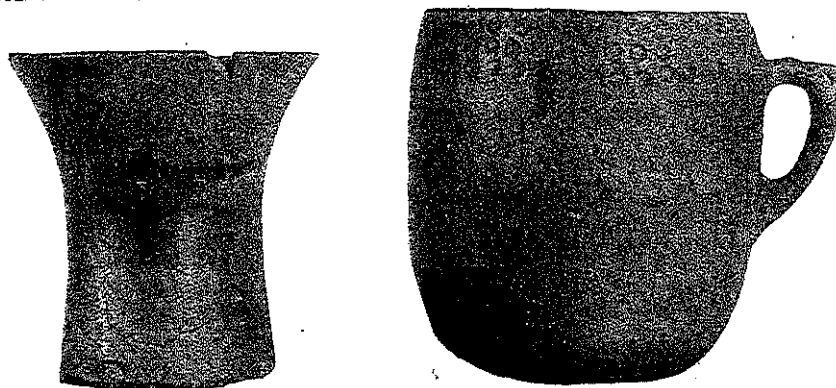
Detalle del gran torreón, donde se pueden apreciar los agujeros que tienen empotrados los restos de vigas.

CÁCERES FREYRE, *El Fuerte del Pantano, etc.*

LÁMINA IV



Alfarería. Vaso pintado de estilo draconiano.



a
Vasos de cerámica.



b
Cerámica rojiza pintada.

SILOS DE LA QUEBRADA DE HUMAHUACA

por

ROMUALDO ARDISSONE

EN los primeros meses de 1823, Proctor cruzó la Argentina desde Buenos Aires hasta Chile, por Mendoza. Debido a su condición de europeo, la realidad geográfica argentina constituyó una causa de sorpresa en muchas ocasiones, pues las costumbres resultaban muy diferentes comparadas con las ultramarinas. Una prueba de esta afirmación la encuentro en las líneas siguientes:

“Por estar recogida la cosecha en los pocos manchones de trigo y maíz anexos algunas veces a los ranchos, no tuve oportunidad de ver el método agrícola del país; pero el modo de conservar la mies en un granero de las pampas, es realmente curiosísimo. Cuatro fuertes vigas derechas se plantan firmes en el suelo, con un techo encima, y entre éstas se cuelgan dos cueros de buey entrecosidos mojados, conservando la forma de cabeza y patas; dentro de la bolsa así dispuesta el grano se pone tan apretado como sea posible, y una vez cosida, los cueros quedan casi de la talla y figura de elefante. Está lejos esto de ser mal ideado para defender el grano de la intemperie, o librarlo de los bichos”¹.

Esta noticia equivale a un cuadrito de geografía humana. Resulta que semejantes graneros, en la simple valorización de las pampas de hace un siglo, pueden considerarse un exponente de las condiciones imperantes que Proctor, en unos trazos, supo enunciar. Se conseguía preservar el grano contra la acción del clima y de los animales. A ello contribuía la disposición. El uso del cuero es indicio elocuente de la importancia que en

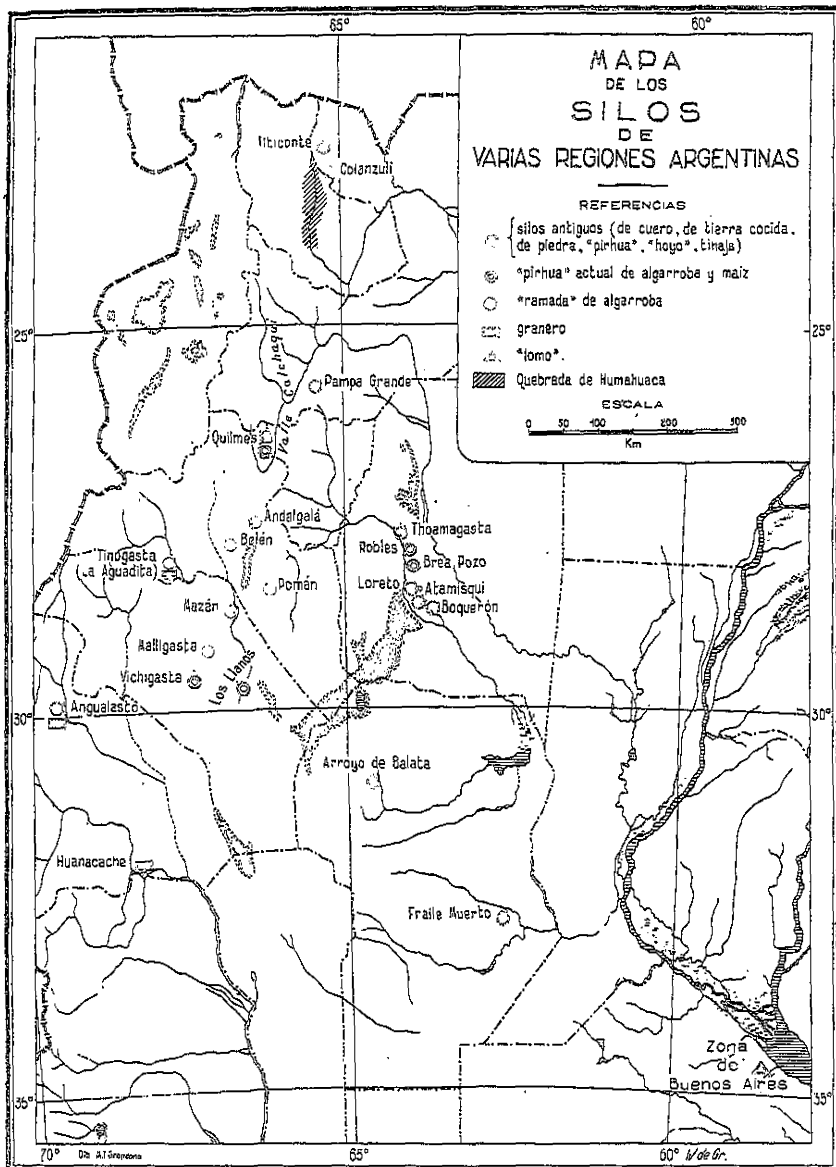
(1) ROBERTO PROCTOR, *Narraciones del viaje por la cordillera de los Andes y residencia en Lima y otras partes del Perú en los años 1823 y 1824. Traducción y prólogo de Carlos A. Aldao*, 31; Buenos Aires, 1920.

esa sociedad alcanzaba la ganadería y de la penuria concomitante de otros materiales que pudieran utilizarse en las construcciones. El hecho fué observado en las proximidades de Fraile Muerto, en la zona cordobesa atravesada por el río Tercero. Allí terminaba la pampa herbácea y se presentaban las primeras manifestaciones del *monte* que podía suministrar los materiales arbóreos del granero mencionados por Proctor.

A más de un siglo de distancia de las observaciones de este viajero puede hablarse de silos que constituyen un pequeño pero interesante capítulo de antropogeografía. En los veranos de 1927, 1935 y especialmente de 1936 logré documentar la existencia de algunos tipos de silos en la quebrada de Humahuaca, en ese ambiente tan llamativo del punto de vista natural y que en lo humano sigue presentando múltiples aspectos tradicionales, si no únicos, poco frecuentes en el país.

QUEBRADA DE HUMAHUACA. AMBIENTE HUMANO. AMBIENTE NATURAL (GEOLOGIA, TOPOGRAFIA, CLIMA, VEGETACION ESPONTANEA). CARACTERES DE LOS CULTIVOS.

Es la Quebrada una ruta consagrada para comunicar las pampas con el altiplano. Los cambios verificados en los medios de transporte le conservan este carácter. Pese a la circulación, muchas costumbres subsisten por modalidades de la naturaleza, por índole de sus habitantes y por la distancia a que se encuentra con respecto a la zona de la pampa donde reina soberana la influencia europea. En los últimos tiempos las cosas tienden a cambiar allí también. El ferrocarril y el veraneo modifican la economía, atentan a la persistencia del color local genuino, aunque sea producto directo de condiciones naturales y humanas. A este hecho responde la necesidad de recoger noticias de actividades, antes que sea tarde, antes que todo haya desaparecido. Considero oportuno puntualizar con la mayor exactitud el lugar y la fecha de la observación de silos. El procedimiento documenta el proceso descendente, la tendencia a perderse que manifiesta la costumbre, y además, con la mayor precisión de tiempo y espacio, se logra explicar más fácilmente las construcciones llamadas a conservar productos agrícolas.



Los pintorescos silos jujeños no son el efecto del azar. La raíz de alguna modalidad se advierte en los habitantes que presentan una elevada proporción de elementos indígenas. Es gente de fuerte sabor regional que se manifiesta en lo físico, como asimismo en la indumentaria pintoresca y en el apego a varias costumbres que trasuntan una larga tradición. Aun el roce frecuente y la convivencia con forasteros no logran desarraigar, de un día para otro, lo que viene de tiempos remotos, de creencias y prácticas que se originaron, quizá, en el período prehispánico.

Esta influencia humana es intensa, pero las pequeñas construcciones agrícolas que observé responden también a la presencia de unas cuantas causas naturales que, en gran parte, explican el nacimiento y la fuerza de perduración de las costumbres. Es un caso en que el determinismo geográfico actúa con mucha claridad, a la par de los hechos étnicos.

El análisis, aun somero, del ambiente natural pone de manifiesto la existencia de algunas causas de influencia variada según la intensidad y los lugares que se consideren. Pero, en todas partes se nota la intervención de unos cuantos factores geográficos fundamentales, francamente característicos.

Esta gran quebrada se dirige de norte a sur y, entre Tilcara y Hualcalera, sensiblemente en su parte media, es atravesada por el trópico de Capricornio sin que la temperatura reinante pueda clasificarse como tropical, pues la modifica de una manera intensa la topografía, su acentuada altura sobre el mar. En efecto, deja de ser un hecho indiferente que Volcán, ubicado en el nivel inferior de la Quebrada propiamente dicha, mida más de 2.000 metros; Tilcara se encuentre a unos 2.500, Humahuaca a cerca de 3.000 y Tres Cruces, al borde del altiplano, a 3.700 metros. Se entiende que estos niveles corresponden al fondo de la Quebrada, pues, apenas nos alejamos unos metros a ambos costados del lecho del río Grande, comienzan las laderas abruptas que, a menudo, parecen verdaderas paredes.

En realidad la ladera oriental suele ser la peor y sus condiciones se agravan con la existencia de material antiguo que dificulta aun más la realización de cultivos. En cambio, la margen occidental es relativamente mejor, pues se encuentra en ella menor pendiente y abundan los conos de

deyección cuaternarios y actuales en la confluencia de las frecuentes quebradas laterales. Hecha excepción de Tilcara, asentada sobre el amplio cono del Huasamayo, todos los pueblos, tradicionales y nuevos, se instalaron precisamente en la margen derecha. Esta preferencia se registra de un modo simultáneo con la vialidad y con la mayor extensión de los cultivos.

Las precipitaciones son estivales y una de sus características esenciales reside en la escasez general. A lo sumo oscilan alrededor de un promedio anual de 200 mm., pero hay localidades que no gozan del modesto beneficio de esta cantidad y existen otras que no registran siquiera 100 mm. De este hecho se derivan múltiples y graves consecuencias. Resulta que la Quebrada, desde Volcán hasta La Puna, es una zona desértica y la observación no se escapa al viajero más displicente. Uno de los primeros y más importantes efectos se halla en la vegetación natural, reducida en cantidad y desarrollo hasta el punto de que casi nunca logra cubrir el suelo con un manto continuo. La norma consiste en la solución de continuidad, en la tonalidad grisácea, en el reino de las características xerófilas como sucede con los almohadones de la espinosa *amara* y con la gran variedad de especies de cactáceas, entre las cuales se yergue hasta varios metros de altura el impresionante cardón, la más útil de las plantas naturales de la zona y que abunda en algunos parajes constituyendo llamativos "bosques". Del cardón se extrae la madera de aplicación inmemorial en las partes principales y accesorias de las viviendas. Tal uso se explica por la calidad intrínseca de esta madera y a la vez por la carencia de vegetación arborecente. En efecto, aunque crezca frondoso y corpulento el *yapán*, aunque pueda admirarse algún algarrobo, como un ejemplar extraordinario junto a la iglesia de Purmamarca, aunque el *churqui* llegue a formar una maraña inextricable en sitios húmedos, se trata siempre de excepciones que no alcanzan a ejercer una influencia notoria en la vida lugareña.

La existencia de vegetación xerófila no es la sola resultante de la caída de pocos mm. de lluvia. El hecho repercute inmediatamente sobre actividades humanas como la ganadería, que sufre las consecuencias de la escasez de pastos; como la agricultura, que necesita el riego. Aparte la posible intervención de la indolencia, lo susodicho nos da el porqué de la

existencia de cultivos poco extensos. Es un oasis alargado que se dibuja en el fondo de la Quebrada, es una lonja de variada anchura generalmente muy reducida que se estrangula en los *angostos*, que se ensancha en las cuencas y que se amolda de una manera perfecta a las condiciones topográficas y geológicas fundamentales. Por encontrar menor pendiente, terreno más suelto y mayor humedad, los sitios preferidos son los conos actuales que en varios trechos se unen lateralmente entre sí y forman una faja sin interrupción. Allí los cultivos desaparecen en los pedregales, en las partes afectadas por las crecientes.

En tal ambiente, la vida humana reviste caracteres de pequeñez. No hay posibilidad de grandes aglomeraciones, de intensas manifestaciones colectivas. La actividad rural es modesta en general y en cada detalle: modesta la extensión cultivada, modesta la cosecha, modesta la vivienda.

"CESTAS" DE CAÑAS.

Intensas fueron las causas que contribuyeron a la formación de costumbres lugareñas, al apego del hombre a las condiciones del sitio preciso que habita.

Una práctica de tal naturaleza consiste en los silos que es dable observar próximos a varios ranchos. No todas las casas tienen una construcción especial, por cuanto los productos se guardan en cestas o de cualquier otro modo en alguna habitación. Aquí presto atención únicamente a los silos cuya existencia está favorecida por la gran sequedad del ambiente. Más de una característica depende de condiciones especiales del lugar, de los materiales empleados, y asimismo de factores determinados por el producto agrícola que se quiere conservar. Además de frutales y de hortalizas (particularmente tomates), que merecen una creciente atención, se cultivan habas, maíz, trigo y patatas. Los tres últimos productos son los que se guardan en los pintorescos silos de la Quebrada y de una que otra lateral confluyente.

Voy a presentar los varios tipos que observé, algunos de cuyos ejemplares tuve la suerte de fotografiar. En primer lugar tenemos una *cesta* de cañas hecha para conservar maíz. Se encuentra en el patio de un ran-

bre de Valle Grande y las cañas tienen la misma procedencia. Este doble hecho podría interpretarse quizá como una costumbre intrusa, como un avance de actividades propias de otra zona, de las laderas orientales de la sierra de Tilcara, donde hay mayor humedad y es posible que exista abundancia de cañas. Pero, al respecto, puedo advertir que en otras partes de la Quebrada se usa la caña como lo atestigua la existencia de un cerco junto a la antigua posta de Hornillos, al sur de Maimará. El material empleado en la confección de estos silos y su ubicación al abierto hablan bien alto de la sequedad que impera en el ambiente.

SILOS DE MADERA DE CARDON.

Analogía con este tipo de silo se encuentra en las *cestas* de cardón de Uquía, localidad cuya estación ferroviaria se llama Senador Pérez. Es una semejanza de forma facilitada por el material empleado. Se trata de cilindros de diámetro variable según las dimensiones que se quiera dar a las trojas, aunque siempre relativamente pequeñas. En vez de cañas se usan casi exclusivamente tablas de cardón, dispuestas de una manera vertical; los intersticios que pudieran quedar entre tabla y tabla, se suprimen agregando un poco de barro. El techo más o menos horizontal consistió en varias tablas de cardón con encima una capa de *torta*. La *cesta* que figura en la fotografía mide cerca de un metro y medio de altura.

Estamos en presencia de una categoría de silos muy pintorescos, del más intenso sabor local en que tanto contribuye la utilización del cardón abundante en la zona y la paralela escasez de otros materiales de construcción. Sin embargo, estas causas manifiestan su presencia en la mayor parte de la Quebrada y el área de distribución de tales silos resulta restringida. En efecto, exceptuando uno observado desde el tren en 1935, algo al sur de Huacalera, los que ví se hallan en los patios de varias casas del diminuto pueblo de Uquía. No pude notar su influencia en Humahuaca, al norte de Uquía; tampoco los observé ni pude conseguir noticia en la más extensa zona de Volcán, Tumbaya, Purmamarca, Maimará y Til-

cara. Es seguramente una costumbre antigua, pero carezco de elementos de juicio para afirmar que la dispersión actual sea apenas una reliquia de la extensión que abarcara en el pasado.

En otra casa de Uquía ví tres *cestas* análogas y de mayor tamaño que la fotografiada. Se las destina para conservar cereales. La existencia de este tipo de troja no debe hacernos creer que en Uquía sea exclusiva. Ello sería un error por cuanto en casas inmediatas a las que ofrecen la sorpresa de las *cestas* de cardón, se pueden observar silos de adobe.

GRANEROS DE ADOBE Y DE PIEDRA.

El uso de la tierra amasada es general en la Quebrada para construcciones rurales como asimismo para las viviendas en su parte fundamental y en las accesorias. Esto sucede en la zona agrícola, donde puede disponerse de agua y tierra más o menos pura. A esta norma no debía escaparse la construcción de silos para el maíz y el trigo, con una mayor área de dispersión que las *cestas* de cardón, pues se encuentran desde Maimará hasta el norte de Uquía.

El material empleado interviene para determinar en algo la forma, por cuanto el adobe o ladrillo crudo facilita la construcción de paredes rectas. Estos silos son prismas con la sola irregularidad del techo inclinado de una sola agua. Es cierto que lo principal es el adobe, pero sigue empleándose la madera de cardón, por lo menos en el techo que se remata con una capa de *torta*.

— Alguna buena muestra pude observarla en Maimará, por ejemplo, en la que ilustra la fotografía y que encontré al norte del pueblo, en el patio de una casa situada en la parte superior de la zona de cultivo de un cono de deyección. La base constituye un rectángulo de 0,90 x 1,35 m.; la altura menor es de 0,65 y la mayor, de 0,80 m. Es troja llena de trigo que se ha de conservar meses y meses. Las paredes son de adobes revestidos de barro y el techo consiste en tablas de cardón, cañas y *torta*. Dos caras tienen agujeros tapados con barro que sirven para extraer el trigo cuando

se necesite y normalmente se obturan de este modo para evitar que algunos animales puedan perjudicar los cereales. El silo se halla ubicado en la especie de patio que tiene el rancho entre la cocina y las habitaciones.

Este procedimiento de construcción de silos es tradicional, pero ya no tiene en estas localidades mucho uso, por cuanto ha sido substituído por otros y lo más común es que falten los silos al aire libre; la mayor parte de los ranchos no tienen troja o por lo menos no es muy visible al pasar por las inmediaciones, y aun preguntando no se logra elevar mucho la proporción. En el patio de una casa de Uquía, encontré una variante: una troja de adobe no asentaba su piso en el suelo, sino que se hallaba levantada sobre unos adobes. El hecho puede atribuirse a la humedad que hay en ese sitio ubicado en la parte baja del pueblito.

Una variante de mayor importancia que ésta conseguí registrar en la troja que ilustra la fotografía y que se encuentra en las afueras del pueblo de Maimará, en el lugar más apartado del barrio de Pueblo Nuevo. Allí termina el cultivo de riego sobre el cono de deyección moderno y se levantan abruptos los restos de conos antiguos. Por tal causa escasea la tierra y tiende a abundar la piedra. La fotografía ilustra perfectamente la consecuencia de este hecho: la troja conserva la forma externa del silo de adobe expuesto anteriormente; sin embargo, las paredes son de piedras; es decir, en la construcción se acudió a lo que se presentaba al alcance de la mano. Si interviene el barro es para unir las piedras y especialmente para el revestimiento interno.

La troja se usa durante casi todo el año y de un modo particular en invierno, con el fin de guardar trigo, maíz y papas. Felizmente la encontré desocupada y por ello faltaba la tapa de madera de cardón y *torta*, dejando ver perfectamente las características del interior, como ser la división en cinco compartimientos llamados a separar los productos agrícolas que se quieren conservar. Al lado de la troja puede observarse una ramada constituída por una serie de tablas de cardón con su aspecto inconfundible y más atrás se levanta una de estas cactáceas. El muchacho, además de certificar el tipo de los habitantes del lugar, es un buen término de comparación para apreciar las dimensiones de estos accesorios de la vivienda.

NOTICIA DE SILOS DEL RESTO DE LA REPUBLICA Y DE OTROS PAISES.

Los varios tipos de graneros que presenté hasta ahora ofrecen algún punto de contacto con los que se construyen en otras partes. Si no se trata de un parecido por el material, la aproximación se consigue establecer ateniéndonos a la forma, a la amplitud o a la disposición. Una repetición exacta no puede esperarse por cuanto algún elemento regional ha de dar la nota exclusiva.

Una semejanza la encontramos en los graneros de las lagunas de Huanacacho, que han merecido el estudio de Métraux y Vignati; pero la diversidad de ambiente natural determina muchos puntos de diferencia ¹.

El país suministra otros términos de comparación. Burmeister, en julio de 1859, atraviesa la provincia de Santiago, y en Boquerón, como asimismo en la zona de Atamisqui y de Loreto, encuentra graneros característicos.

Vale la pena transcribir las líneas que dedica a los de Boquerón: "Aquí estaban las casas construidas a distancia del suelo, como lo he visto antes también en otras partes; más o menos a dos pies de distancia del suelo se había hecho con listones y tirantillos un enrejado que habían cubierto con paja, y sobre el cual se colocaban las provisiones y los moradores. Me decían que esto se hacía así, para conservar mejor los comestibles, no solamente contra la humedad que los inutiliza a causa que cuando llueve fuerte penetra el agua, que es salitrosa, en la casa, disolviendo el salitre de la tierra, lo cual ocurre a menudo, sino también para protegerlos contra los animales, principalmente contra las vizcachas, para que no puedan comerles el maíz, que es el principal alimento de esta gente..." Más adelante manifiesta que al lado de los ranchos que servían de habitación estaban los ranchos despensas ².

(¹) A. MÉTRAUX, *Contribution à l'ethnographie et à l'archéologie de la province de Mendoza (R. A.)*, en *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucumán*, I, 26-28; 1929.

MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, *Contribución al conocimiento de la etnografía moderna de las lagunas de Huanacacho. Habitación y graneros*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, I, 233-240, láms. VIII-XIII; 1931.

Documentación gráfica relativa a las expediciones realizadas por iniciativa del Museo Etnográfico y Arqueológico de la Facultad de Filosofía y Letras, en *La Prensa*, 5 de septiembre de 1926.

(²) GERMÁN BURMEISTER, *Descripción de Tucumán. Capítulos traducidos del alemán por el señor Cesáreo Wessel, y prólogo del doctor Angel Gallardo*. 26-28; Buenos Aires, 1916.

De Santiago del Estero no han desaparecido los graneros de aspecto regional. Actualmente, en Brea Pozo, según noticias suministradas por el señor Mateo Llull, se hacen *pirhuas* para conservar el maíz y la algarroba. Se construyen de esta manera: unos palos verticales sirven de armazón, a los cuales se apoya la jarilla tejida, que forma la pared del granero. La altura alcanza de 1.50 a 2 m. y su parte superior consiste en una tapa de jarilla dispuesta un tanto inclinada como techo, avanzando a manera de alero. Encima del techo colócase barro. Cuando el producto a guardarse es muy abundante, se construyen otras *pirhuas*. Generalmente se hacen nuevas cada año. Las colocan fuera de los ranchos. La forma común es cilíndrica. Se asientan en el suelo con la sola precaución de poner unas ramas abajo para evitar el contacto del maíz con la tierra. Noticia de *pirhua* en Robles nos da F. de Aparicio¹.

Buscando la distribución geográfica de los graneros y la posibilidad de hallar nuevas variantes, puedo decir que, de acuerdo a informes recogidos en febrero de 1938, entre habitantes de Tinogasta (provincia de Catamarca), allí se encuentra la *pirhua*. Con esta palabra indígena se designa una pequeña construcción rural especial para guardar granos. Se hace con piedras y barro y no se coloca en las habitaciones sino a cierta distancia de la casa, para evitar "las enfermedades", es decir, las plagas que atacan al producto en lugares cerrados. En la zona hay *pirhuas*, pero no cerca del pueblo.

Aquí debo observar que el término *pirhua* en Catamarca y La Rioja se aplica comúnmente a otra cosa; es el depósito de algarroba que caracteriza la vivienda rural de la amplia zona árida que abarca una gran parte de las provincias susodichas. Sobre el techo del mismo rancho o encima de ramadas se observa uno o dos montones de la providencial algarroba puesta allí a secar y dejada a la intemperie hasta que la alimentación de la gente y de las bestias le dé fin.

Aunque en Catamarca oí varias veces llamarle *pirhua*, en realidad, su nombre consagrado es el de *ramada* y se explica porqué. El término de

(¹) FRANCISCO DE APARICIO, *La vivienda natural en la región serrana de Córdoba*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico*, I, 163, lám. XCVII b.

pirhua tiene un uso más restringido. Se aplica a los cestos que guardan la algarroba y se hacen tejiendo plantas locales. Las *ramadas* de la algarroba existen en una región extensísima, pero de las *pirhuas* tengo noticia de su existencia sólo en la provincia de La Rioja, en Vichigasta, al sur de Chilecito y en Los Llanos. Colocarlas a la intemperie no ofrece peligros, por la intensa sequedad del ambiente; por otra parte la aeración impide que aparezcan plagas.

En varias otras partes del mundo, es posible establecer interesantes comparaciones y no siempre estamos en presencia de construcciones hechas por pueblos que solemos llamar salvajes y bárbaros, pues deben citarse los característicos hórreos de Galicia y Asturias¹. De fuerte sabor local son varios de Méjico que seguramente documentan la supervivencia de costumbres prehispánicas². Krause ilustra algunos ejemplos que, si no fuera por la parte superior, que es cónica, darían una evidente aproximación con los de Uquía; son cilíndricos y sirven para guardar la bellota entre los indios de California³.

“Los graneros pertenecen al número de las principales construcciones del Africa de los negros”. Esta afirmación de Ratzel⁴ hace pensar en la existencia de una gran variedad de graneros con mayor o menor área de dispersión en ese continente. Consideraciones sistemáticas acompañadas de una buena cantidad de ilustraciones pueden consultarse en la enciclopedia *Espasa*⁵ y en la *Italiana*⁶.

(1) E. H. G. DOBBY, *Galicia: a little-known corner of Spain*, en *Geographical Review*, XXVI, 564, 578-579; october 1936, Ney York.

L. MARTÍN ECHEVERRÍA, *Geografía de España*, II, 127; 1928.

(2) P. SILICEO, *La habitación indígena en Méjico. Las agrupaciones indígenas de la República*, en *Magazine de Geografía Nacional*, I; septiembre de 1925, 6, 7, 10, 17, Méjico.

CARL LUMHOLTZ, *En la región Tarahumara*, en *Magazine de Geografía Nacional*, I, octubre de 1925, 6, 7; noviembre de 1925, 4, 5, Méjico.

(3) FRITZ KRAUSE, *Vida económica de los pueblos*, 62, 65, 87.

(4) FEDERICO RATZEL, *Las razas humanas*, I, 161; Barcelona, 1888.

(5) *Enciclopedia universal ilustrada europea-americana*, LVI, artículo *Silo*.

(6) ADAMARIA MARENZI, *Granaio*, en *Enciclopedia italiana di Scienze, Lettere ed Arti*, XVII; Roma, 1933.

HOYOS O SILOS PARA PAPAS (MANIFESTACIONES ACTUALES EN LA QUEBRADA. TEMPERATURA DEL AMBIENTE. CONDICIONES DE CONSERVACION DEL TUBERCULO).

Pero, con lo antedicho, no agoto el tema de los silos, por cuanto precisamente queda la clase de los *hoyos* o depósitos subterráneos destinados a guardar las papas. Sin lugar a dudas, constituyen el tipo de silo de mayor área geográfica en la Quebrada y uno de los que acusan una más intensa vinculación con las condiciones del ambiente y con las costumbres tradicionales. El hecho de guardar las papas en el *hoyo* se llama *enhoyar*.

Ya en 1927 observé un *hoyo* en Coctaca, perteneciente a un rancho ubicado al borde de las amplísimas ruinas de cultivos indígenas¹. En 1935 amplíé las observaciones con otros que vi en Tilcara, al este del pueblo, e inmediato a un rancho al pie del Pucará². En 1936 aumenté las noticias con lo que pude ver en la Banda de Tilcara, en Huichairas y en Maimará.

La quebrada de Huichairas es tributaria del río Grande frente al Pucará de Tilcara. En su margen izquierda tiene una pequeña zona de cultivos que, frente a la confluencia de la quebrada de Lipán, son más extensos y presentan varias viviendas. Junto a una de ellas logré fotografiar la abertura de dos *hoyos* para papas; como se trataba del mes de febrero, se hallaban completamente vacíos.

En las mismas condiciones se encontraba un *hoyo* al norte de Maimará, inmediato al granero de adobes del cual me ocupó en páginas anteriores. Como puede apreciarse en la fotografía, este *hoyo* conserva una parte de la *torta* que se coloca para tapar el silo cuando está lleno de papas, con el propósito de hacer un encierro más completo. Para sacar los tubérculos se rompe la *torta* de la manera que demuestra la fotografía. El diámetro de la *torta* es de unos 90 cm., y el ancho de la corona subsisten-

(¹) ROMUALDO ARDISSONE, Coctaca, en *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos Gaea*, III, 165, lám. III, 1928.

(²) ROMUALDO ARDISSONE, Algunas observaciones acerca de las viviendas rurales de la provincia de Jujuy, en *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos Gaea*, V, 365, 1937.

te resulta de unos 20 cm. La abertura del *hoyo* mide cerca de 60 cm. y su profundidad corresponde más o menos a un metro y medio.

El hecho de no encontrar *hoyo* junto a muchos ranchos, no debe interpretarse únicamente como una decadencia de la tradición, sino que, con frecuencia responde más de una vez al suelo, que no siempre se presta. En efecto, el caso último que cito corresponde a un nivel alto, a la parte del cono de deyección que marca el límite entre los cultivos y el pedregal. Lo que interesa conocer especialmente, es que el sitio es seco y, por consecuencia, muy apropiado para poder conservar las papas. Lo mismo no sucedería en la zona más baja, hacia la parte frontal de los conos de deyección o casi en el lecho del río, pues allí la humedad de la superficie y aun más la posible infiltración de agua dañarían mucho a las papas.

En cambio, en ambiente seco, el procedimiento de *enhoyar* es de los más señalados y la experiencia indica que las papas, después de varios meses, hasta llegar a diciembre, pueden sacarse muy frescas, cosa que no suele suceder con otros sistemas de conservación. Además de la influencia circunstancial del lugar en que se cave el *hoyo*, coadyuva al mejor resultado de la conservación de los tubérculos la influencia genérica del ambiente seco, influencia acentuada por el hecho de que se trata de una zona de precipitaciones estivales y, por consiguiente, en los meses en que se guardan las papas existe mayor sequedad.

El procedimiento es muy apropiado, como ya dije, y no requiere preparativos extraordinarios. Antes bien, resulta de una sorprendente simplicidad, por cuanto, se excava el suelo con el ancho y la profundidad que se requieran y no se hace revestimiento de ninguna especie, salvo que al depositar las papas, en todo su derredor, se pone un poco de paja.

Hasta ahora me referí a un factor de la importancia de la sequedad del ambiente necesario para conservar las papas y que en tales silos encuentra una condición propicia. Falta hablar un poco de otro factor natural que ejerce gran influencia: la temperatura. A este respecto conviene consignar varias cifras acerca de las bajas temperaturas que se registran en Humahuaca, ubicada a unos 3.000 m. sobre el mar. Son datos

publicados por Davis¹ y de ellos extraigo los más ilustrativos para los silos.

La temperatura media de invierno es de 7° y la mensual mide 6°,6 en junio, 6°,3 en julio y 8°,2 en agosto. Pero más explicativas son las cantidades de las temperaturas mínimas medias, que para el invierno resultan de —2°8, siendo de —3°,2 en junio, —3°,4 en julio y —1°,8 en agosto. A su vez constituye un documento muy importante la temperatura mínima absoluta que arroja estas cantidades: en abril es de —6°,9, en mayo —7°, en junio —11°, en julio —11°,2, en agosto —11°,5, en septiembre —6°, en octubre —5°,5, en noviembre —1°. Como se ve, en ocho meses, el termómetro logra registrar temperaturas inferiores a cero, y el frío puede alcanzar a más de once grados bajo cero.

Ahora bien, este hecho no debe considerarse insignificante para la conservación de las papas. Muy al contrario. Precisamente los silos contrarrestan en mucho la influencia perjudicial del frío. En efecto, la temperatura de los lugares destinados a conservar las papas debe ser tal que nunca llegue a bajar de cero y tampoco se eleve mucho para impedir la germinación. El calor más apropiado oscila entre 5° y 6°. Es indudable que las características de los hoyos protegen a las papas contra las variaciones circunstanciales de la temperatura atmosférica, pues el suelo es un regularizador.

Hay una condición más para tenerse en cuenta. Las papas se conservan bien cuando se depositan en pequeña cantidad². Esto explica las dimensiones generalmente reducidas de los hoyos en ancho y profundidad. Además aclara el hecho de que casi siempre se registra la existencia de dos silos cuando debe almacenarse mayor cantidad de papas. En caso de encontrarse un solo hoyo nunca es de grandes dimensiones.

“Otros hacen pozos en terrenos secos, también de tamaño proporcional a la cantidad cosechada, ponen paja en el fondo, echan allí la papa y tapan con paja y barro”. Así se expresa Holmberg, a quien se puede acudir para obtener breves noticias acerca de la conservación de pro-

(¹) GUALTERIO G. DAVIS, *Servicio Meteorológico Argentino. Historia y organización con un resumen de los resultados*, 170, 1914.

(²) EDOARDO BASSI, *Agricoltura d'oggi*, 595-97, 599; Piacenza, 1929.

ductos agrícolas. Merecen que se transcriban estas líneas destinadas a explicar los depósitos de maíz: "... se emplean los *cestos, cañizos o trojas*".

"Estos *cañizos*, que valen \$ 4.-, son de tamaño variable, pues éste depende de la cantidad de grano que hay que guardar. Se hacen de caña hueca, o a falta de ésta, con ramas de chilca, colocando las cañas verticalmente unas junto a otras, ligadas entre sí por cuatro hileras hechas con tientos de encro de vaca"¹. Con esto aumentamos el número de los materiales usados, y quienes conozcan el ambiente de la Quebrada no pueden sorprenderse, pues la chilca con la humedad abunda en muchos conos de deyección.

Cabe señalar que en la actualidad se usan los *lomos* de tierra para conservar la batata en la zona próxima a la ciudad de Buenos Aires.

GRANEROS SUBTERRANEOS DE PIEDRA EN LA QUEBRADA: NOTICIAS ARQUEOLOGICAS.

Todos los silos de que hablé hasta ahora son de uso actual y se nota una tendencia a ser desplazados por otros procedimientos. Pero, ¿esta costumbre es puramente moderna? Por lo que se refiere a los *hoyos*, debo declarar desde ya que no, pues los hallazgos de la arqueología dicen que la costumbre de tener silos viene del período prehispánico, aunque hayan variado algunas características.

Que se trate de una historia larga no es de extrañar. En efecto, el noroeste argentino, a la llegada de los españoles, presentaba una actividad agrícola intensa, por más que la variedad de plantas cultivadas era, seguramente, más reducida que la actual. La conquista blanca trajo un cambio que en algo fué fundamental. Sin embargo, algunas plantas siguen cultivándose en la Quebrada desde el período prehispánico, por ejemplo el maíz y la papa.

La opinión de Paródi tiene un valor especial: es un botánico que se ocupa de estos asuntos. Afirma: "Durante un viaje que realicé a Jujuy,

(¹) EDUARDO ALEJANDRO HOLMBERG (*hijo*), *Investigación agrícola en la provincia de Jujuy*, 144, 147, 149, 150: 1904.

Humahuaca y La Quiaca, en febrero del año 1931, tuve la suerte de reunir una interesante colección de plantas cultivadas en aquellas poblaciones entre las que figuran especies casi desconocidas en la Argentina. Varias de ellas, representadas por numerosas razas locales, son la expresión del progreso que hubo alcanzado la agricultura aborigen¹. En publicación más reciente dice de Humahuaca: "No hay dudas, según lo que yo mismo he podido explorar, que debe ser éste el valle más rico de la Argentina en variedades autóctonas de maíz y de papas (láminas IV y V)"².

Las exploraciones arqueológicas arrojan alguna luz sobre el tema. Así Debenedetti se inclina a creer que construcciones subterráneas prolijamente trabajadas con piedras, halladas en el Pucará de Tilcara, hayan sido graneros³. Cámaras cilíndricas o de otra forma que encuentra en los yacimientos 9, 45, 135, 175 y 176, del mismo lugar, le hacen sospechar que se trate de "graneros o depósitos para almacenar determinadas substancias". Se funda en su perfecta construcción y en el hecho de ser subterráneos, pero por encontrar esas cámaras vacías, no se atreve a confirmar la suposición⁴.

Coetaca, ubicada al naciente de Humahuaca, es localidad que conserva en los restos de *andenes* un amplísimo testimonio de la importancia que allí tuvo la agricultura indígena. No sería de extrañar que se encontraran indicios de silos. En noviembre de 1927, Greslebin realizó excavaciones arqueológicas, durante las cuales halló una cámara subterránea de forma rectangular cuya base medía 2 x 0,70 m. y la altura era de unos 0,80 m. En el interior no encontró nada y por faltar una laja del techo

(¹) LORENZO R. PARODI, *Notas preliminares sobre plantas sudamericanas, cultivadas en la provincia de Jujuy*, en *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos Gaea*, IV, 19; Buenos Aires, 1932.

(²) LORENZO R. PARODI, *Relaciones de la agricultura prehispánica con la agricultura argentina actual. Observaciones generales sobre la domesticación de las plantas*, en *Anales de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria de Buenos Aires*, I, 150; 1935.

(³) SALVADOR DEBENEDETTI, *Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región del noroeste argentino (nota preliminar)*, 24; Buenos Aires, 1912.

(⁴) SALVADOR DEBENEDETTI, *Las ruinas del Pucará, Tilcara, quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy)*, 50, 64, 90, 106, 110; Buenos Aires, 1930.

afirmó que se había efectuado por allí el saqueo del contenido. Para Greslebin esta ruina corresponde a una cámara sepulcral¹.

No comparte esta opinión Casanova, que visitó la localidad algunos años más tarde. Afirma: "Entre las construcciones agrícolas más típicas están los graneros subterráneos que se encuentran en los *andenes* de cultivo"². No se ocupa con extensión del asunto, porque ello constituye el tema de una comunicación de su compañero de viaje, profesor Gatto³. Este halló una construcción subterránea enclavada en el muro de contención de un *andén*. Sus medidas son 1,80 x 1,20 m. de base, por 1,30 de altura. A pesar de no haber encontrado más que el esqueleto de un pequeño roedor, debido al lugar que ocupa y ateniéndose a la tradición, infiere que el hallazgo corresponde a un silo y publica una serie de noticias bibliográficas de casos similares de conservación subterránea de productos agrícolas.

Sigo en mi tarea de reunir los datos que permitan tener una idea acerca de la distribución geográfica de los silos indígenas. En las ruinas del Pueblo Viejo de La Cueva, situadas en la quebrada, que corresponde al extremo norte de la zona de Humahuaca, Casanova encontró siete graneros subterráneos construídos con rodados y lajas⁴.

DATOS ARQUEOLOGICOS ACERCA DE SILOS EN EL RESTO DEL PAIS.

La arqueología suministra noticias de la existencia de tales silos aun en la vertiente oriental de la cordillera de Zenta, en la quebrada de Iruya. En efecto, la XXV Expedición arqueológica del Museo Etnográfico en Titiconte hizo hallazgos sintomáticos de construcciones de recintos reves-

(¹) HÉCTOR GRESLEBIN, *Tipo de cámara sepulcral en la Quebrada de Coctaca* (provincia de Jujuy), en *Physis*, IX, 327-334; 1929.

(²) EDUARDO CASANOVA, *Observaciones preliminares sobre la arqueología de Coctaca* (provincia de Jujuy), en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II, 30; 1934.

(³) SANTIAGO GATTO, *Un granero o silo en la quebrada de Coctaca*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II, 51-56; 1934.

(⁴) EDUARDO CASANOVA, *Tres ruinas indígenas en la quebrada de La Cueva*, en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia*, XXXVII, 295-297, 317, figs. 48 y 49, láms. IV-1, 2, 1933.

tidos de lajas y ubicados en los muros de contención de los *andenes*, es decir, en localidad agrícola. “El objeto a que estaban destinadas estas construcciones es dudoso”, pero considerando la ubicación y la forma, “nos inclinamos a suponerlos silos”¹.

En un *antigal* que se halla en la finca Santiago, en la región de Colanzulí, a 8 Km. al sureste de Iruya, Márquez Miranda realizó un descubrimiento semejante, es decir, un silo de forma casi circular. Rellenado en parte con tierra no ofrecía vestigios de productos agrícolas, sin embargo “la escasa altura de la construcción, impropia para la vivienda, y el hallazgo de una tabla lítica y otra laja, fácilmente transformable en tabla de moler, así como de una pala plana de piedra, instrumental vinculado con la función del silo”, inclinan al autor en favor de la opinión de que se trata de granero subterráneo. A continuación suministra la noticia de haber encontrado un pequeño silo de forma ovalada en las excavaciones realizadas en el Pucará de Humahuaca. Conviene tomar nota del deseo que Márquez Miranda formulaba en 1933: “Tiempo es ya, de que algunos de nosotros se aboque al estudio completo de estas construcciones”².

Esta no es la única zona donde se hallaron restos verdaderos o supuestos de silos. A fines del siglo pasado, Ambrosetti los encontró en Quilmes. Son construcciones circulares, bien pircadas, de cinco metros o más de diámetro que casi siempre dependen de los edificios cuadrados con los cuales se comunican por puertas angostas...”. Cada familia o comunidad tenía su *pirhua* para depositar la cosecha de maíz, algarroba y quínoa, al abrigo de temporales y de ventarrones o con el fin de favorecer la resistencia en caso de ataque del enemigo. Un granero tiene forma de riñón³.

(¹) SALVADOR DEBENEDETTI, EDUARDO CASANOVA, *Titiconta*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, III, 18, 19, 20, 21, 24, 25, croquis f. t., 1933-1935.

(²) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *El “pucará” del pie de la cuesta de Colanzulí. Nota preliminar sobre un nuevo yacimiento arqueológico salteño*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 259, 263, 264, 268, 269; 1935.

(³) JUAN B. AMBROSETTI, *La antigua ciudad de Quilmes (Valle calchaquí)*, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, XVIII, 41-43; Buenos Aires, 1897.

Noticia de silos mucho más lejanos publicó Debenedetti. Se trata de la provincia de San Juan, localidad Angualasto, departamento Iglesia. Encontró allí recintos circulares o cuadrangulares hechos en el suelo hasta unos 2,50 m. de profundidad. Lo más común es que estén aislados, pero se da el caso de agrupaciones de dos o tres. El techo debía ser de totoras, ramas y cañas. Debenedetti opina que fueron depósitos o graneros para guardar el producto de la cosecha, y agrega que ahora "los habitantes usan construcciones semejantes para los mismos fines". Publica la fotografía de uno de estos silos ubicado "en el extremo sur de las ruinas y no sería imposible que fuera uno de los antiguos utilizados en nuestros días"¹. En 1937, en la zona de Rodeo (San Juan), no conseguí noticia de la existencia de silos.

Una gran tinaja encontrada en Pampa Grande (provincia de Salta), en opinión de Ambrosetti, sirvió para depositar maíz².

Enriquece los datos acerca de la distribución geográfica de los silos, un hallazgo realizado por Aparicio en Córdoba, departamento Punilla, arroyo de Balata. Se trata de una construcción subterránea que mide 1,10 m. de profundidad y con la boca de 0,97 m. de diámetro. Las paredes son de tierra cocida. Directamente no hay indicios que permitan afirmar a qué uso se destinaba. Aparicio interpreta que se haya tratado de un silo para almacenar grano³.

NOTICIAS HISTORICAS REFERENTES AL EMPLEO DE SILOS POR LOS INDIGENAS.

Con posterioridad reforzó esta opinión con una noticia histórica que reviste mucha importancia para el esclarecimiento del tema general de los silos indígenas en el noroeste argentino⁴. Se trata de la "Probanza presentada en la ciudad de El Barco por Juan Núñez de Prado, su fundador, para señalar sus servicios y manifestar sus agravios contra el capitán

(¹) SALVADOR DEBENEDETTI, *Investigaciones arqueológicas en los calles preandinos de la provincia de San Juan*, 137, 138. fig. 91; Buenos Aires, 1917.

(²) JUAN B. AMBROSETTI, *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande*, 50-53, figs. 42 y 43; Buenos Aires, 1906.

(³) FRANCISCO DE APARICIO, *Una extraña construcción subterránea de tierra cocida*, en *Physis*, X, 290-293; Comunicación del 3 de mayo de 1930.

(⁴) FRANCISCO DE APARICIO, *Acerca de un silo subterráneo de tierra cocida*, en *Solar*, 195-200; Buenos Aires, 1931.

Villagra". El documento comienza así: "En la cibdad del barco, veinte y vn días del mes de mayo del señor de mill e quinientos e cinquenta e vn años...". Pedro de Rueda manifiesta: "...que al tiempo que este testigo entro en el pueblo de thoamagasta... e byo que por que diesen maiz los quemaban e un soldado que se dize martin gil dio de lançados a una yndia porque no le daba maiz e la enterro en un oyo que le abia dado de maiz primero e la mato por que no le quiso dar otro..."¹.

El mismo autor, en la sesión del 23 de julio de 1932 de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, volvió a ocuparse del asunto y presentó otro dato histórico. Se encuentra en la carta que el gobernador del Tucumán, Lucas de Figueroa y Mendoza, dirigió al rey respecto de la guerra contra los indios del valle Calchaquí. El trozo que interesa directamente dice: "...la mayor conveniencia para nuestro campo será entrar al valle por noviembre, por que quitándoles sus frutos, con ello se sustentarán nuestros soldados y Campo. Y si ellos primero lo recogen, *lo entierran* y esconden tanto que burlan el mayor desvelo nuestro, y no puede dárseles alcance a un solo grano de trigo, cebada, maíz"². Lleva la fecha del 20 de noviembre de 1662. De esta comunicación Aparicio publicó tan sólo un resumen³.

Aplicando el procedimiento de rastrear noticias en los documentos históricos, encuentro algo en las "Ordenanzas dadas por Gonzalo de Abreu para el buen tratamiento de los indios en las provincias de Tucumán y estableciendo reglas para su trabajo en el laboreo de las minas". Están fechadas en Santiago del Estero el 10 de abril de 1576. La ordenanza 20^a establece que las cosas que los indios dan de tasa a los encomenderos "en los dichos pueblos los dichos yndios las saquen de las chacaras y *ensierren en las pirguas y cassas que tienen para guarda dello...*"⁴.

(¹) ROBERTO LEVILLIER, Colección de publicaciones históricas de la biblioteca del Congreso Argentino. Gobernación del Tucumán. Probanzas de méritos y servicios de los conquistadores. Documentos del Archivo de Indias, I, 68, 97; Madrid, 1919.

(²) LUCAS DE FIGUEROA Y MENDOZA, Carta, en Santuario de Nuestra Señora del Valle, volumen tercero. Documentos del Archivo de Indias para la historia del Tucumán, I, 264; Buenos Aires, 1923.

(³) FRANCISCO DE APARICIO, Noticia acerca del empleo de los sitios subterráneos por los indígenas del valle Calchaquí, en Physis, XI, 178; Buenos Aires, 1932.

(⁴) ROBERTO LEVILLIER, Colección de publicaciones históricas de la biblioteca del Congreso Argentino. Gobernación del Tucumán. Papeles de gobernadores en el siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias, I, 2^a parte, 39; Madrid, 1920.

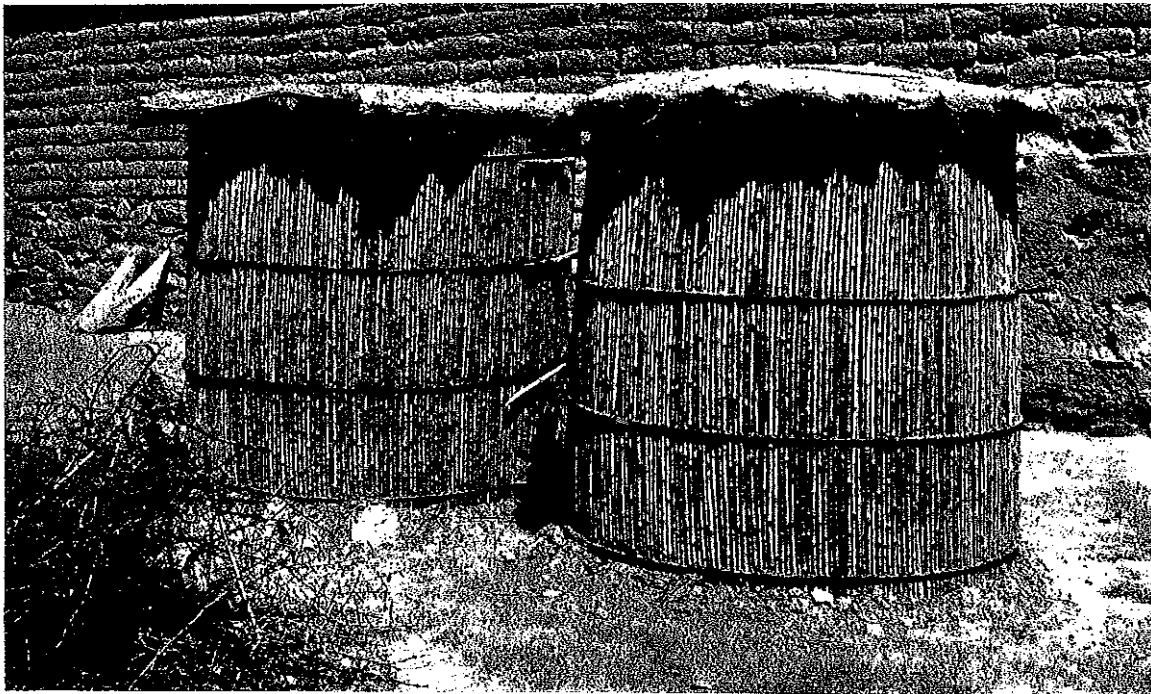
Otro gobernador de Tucumán, Mercado y Villacorta, en carta fechada en el real y fuerte de San Francisco de los Quilmes, Valle de Calchaquí, el 2 de enero de 1667, expresa "que no tenía esta jente otro modo de sustentarse que el de la algarroba de lo llano (*que se conserva en grande abundancia de un año para otro sin dañarse sobre la tierra*)"¹. Esta noticia habla a las claras del clima de Calchaquí que favorece tanto la conservación de las algarrobas; es algo que hace pensar en las *ramadas*.

Una compulsa sistemática de toda la documentación histórica nos podría suministrar quizá alguna otra noticia concurrente. Además del método histórico ya vimos que es de primer orden la fuente arqueológica, pues a ello debemos el conocimiento de reales o presuntos silos correspondientes a una zona extensa de la Argentina. Pero a la arqueología no le podemos pedir noticias mucho más numerosas, porque probablemente la mayor parte de los silos hechos en el pasado no se logró conservar. En efecto, ¿cuáles han perdurado? Los construídos en piedra o usando la tierra cocida. En todas las ocasiones los indios no habrán procedido así, no siempre habrán realizado verdaderas construcciones subterráneas resistentes; en más de una circunstancia, seguramente se trató de simples *hoyos* cuyo desuso conspira para su rápida desaparición. Respecto de los silos superficiales de madera de cardón, de ramas o de barro no se puede pretender tampoco una conservación por siglos.

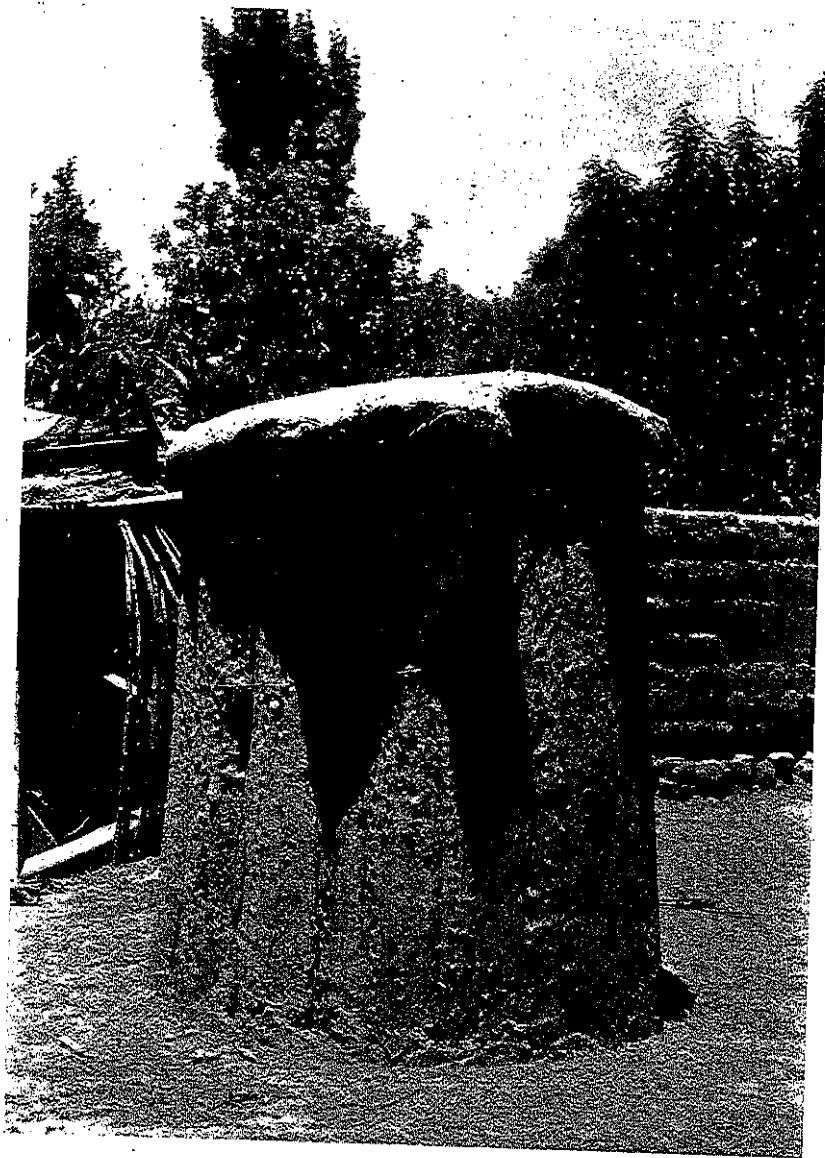
Comparando la distribución geográfica de los silos subterráneos actuales con los del pasado (de acuerdo a los datos históricos y arqueológicos), recibimos la impresión de que los encontrados en la quebrada de Humahuaca señalan un resto, una supervivencia de costumbres otrora más extendidas. Es otro documento de la reducción que en el país sufrieron algunas prácticas agrícolas; aun más, es el testimonio de un proceso de atenuación, paso intermedio hacia una próxima extinción².

(¹) ALONSO DE MERCADO Y VILLACORTA, *Carta sobre la huida de los Acañanes desde Esteeco al valle Calchaquí y sobre su pacificación*, en *Santuario*, etc., I. 273.

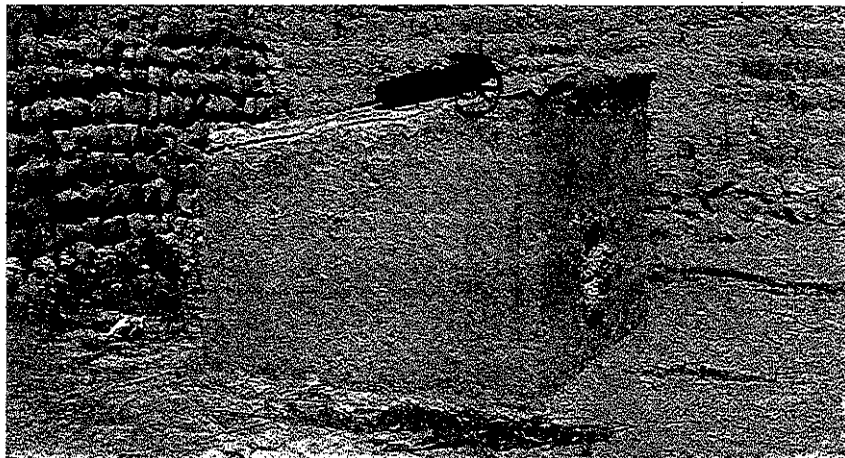
(²) Comunicación presentada en la sesión de la *Semana de Antropología* realizada el día 30 de noviembre de 1937. *Cartografía de M. T. Grandona*. *Fotografías del autor*.



Dos *cestos* de cañas y tablas de cardón para guardar maíz, en el patio de una casa de El Álfarcito (Tilcara, Jujuy, febrero de 1936).

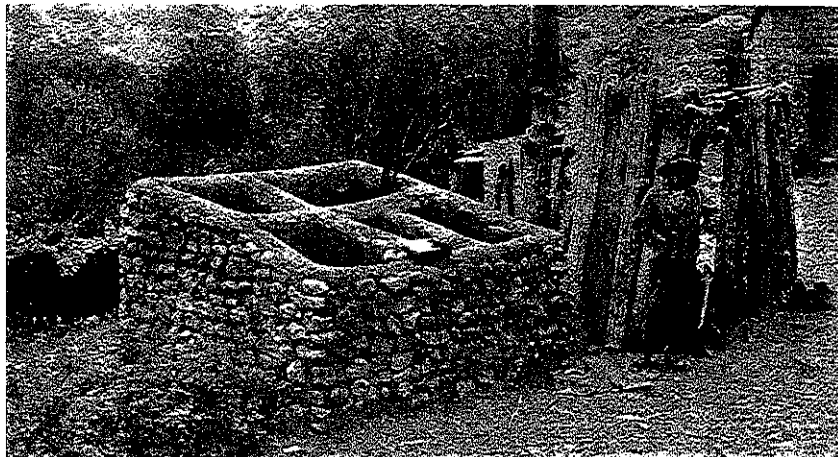


Granero de tablas de cardón, en el patio de una casa de Uquía (Humahuaca
Jujuy, febrero de 1936).



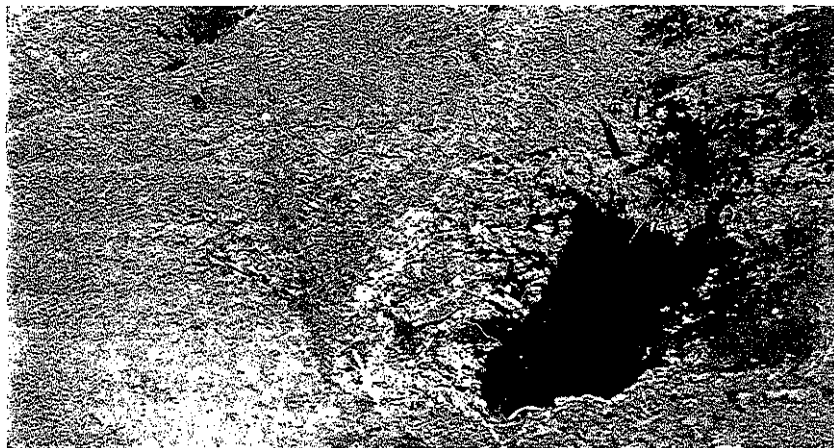
a

Troje de adobes revestidos (Norte de Maimará, Tilcara, Jujuy, febrero de 1936).



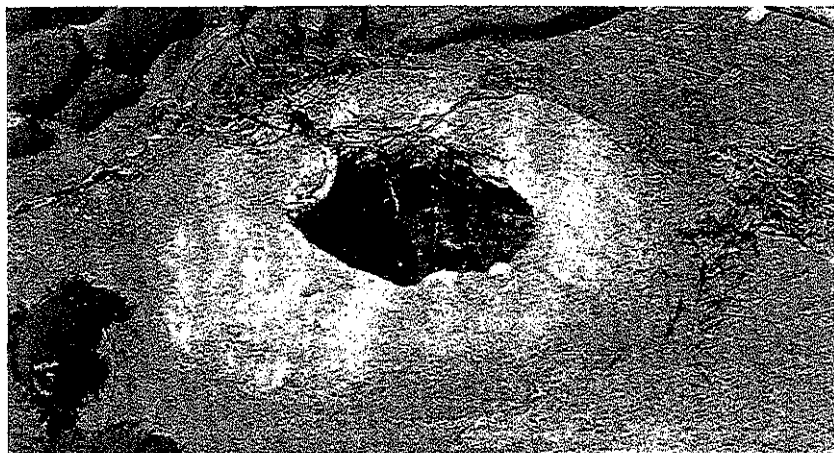
b

Granero de piedra y barro; la falta del techo deja vez la división interna. (Maimará, Tilcara, Jujuy, febrero de 1936).



a

Bocas de hoyos para guardar papas (Huichairas, Tilcara, Jujuy, febrero de 1936).



b

Resto de torta colocada para tapar un hoyo de papas (Norte de Maimará, Tilcara, Jujuy, febrero de 1936).

ARQUITECTURA ABORIGEN EN LA PROVINCIA DE SALTA

por

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

DENTRO del territorio de la actual República Argentina, pocas son las regiones absolutamente desconocidas arqueológicamente hasta el presente. Ciertamente es que la intensificación de estos estudios, practicada en nuestro país en lo que va del siglo, y acrecida singularmente en los últimos años, ha sido practicada sin un plan orgánico integral y ha quedado, por ende, librada a la simple elección personal de los investigadores. Esto ha determinado, como lógica consecuencia, que así como se marcaba más fuertemente el esfuerzo investigativo para algunas zonas, en las cuales se producían exploraciones reiteradas, otras — las menos — permanecieran como al margen de toda búsqueda arqueológica, verdaderas *no man's land*, en lo que a estas tareas se refiere.

Pocas tan verdaderamente olvidadas, hasta muy recientemente, como las que han motivado mis reiterados viajes. En efecto, los departamentos de Iruya y Santa Victoria, en la provincia de Salta, no sólo no han sido conocidos desde el punto de vista arqueológico hasta mis primeras comunicaciones preliminares sobre ellos, sino que aun se les desconoce desde el punto de vista meramente geográfico y de ambiente. Carecemos tanto de descripciones atinentes a su geografía física, cuanto a las condiciones en que se desenvuelve la vida de sus reducidas poblaciones de primitivos actuales, vale decir, a su geografía humana. A obviar esta primera laguna del conocimiento de tan vasta cuanto remota región, ha de aplicarse el relato de mis cuatro viajes de exploración en ella, que he entregado al Instituto del Museo de La Plata, para su publicación en aquella "Revista", y que, acompañados de numerosas fotografías que he podido tomar, ilustrarán las condiciones del medio ambiente, las dificultades de acceso, la

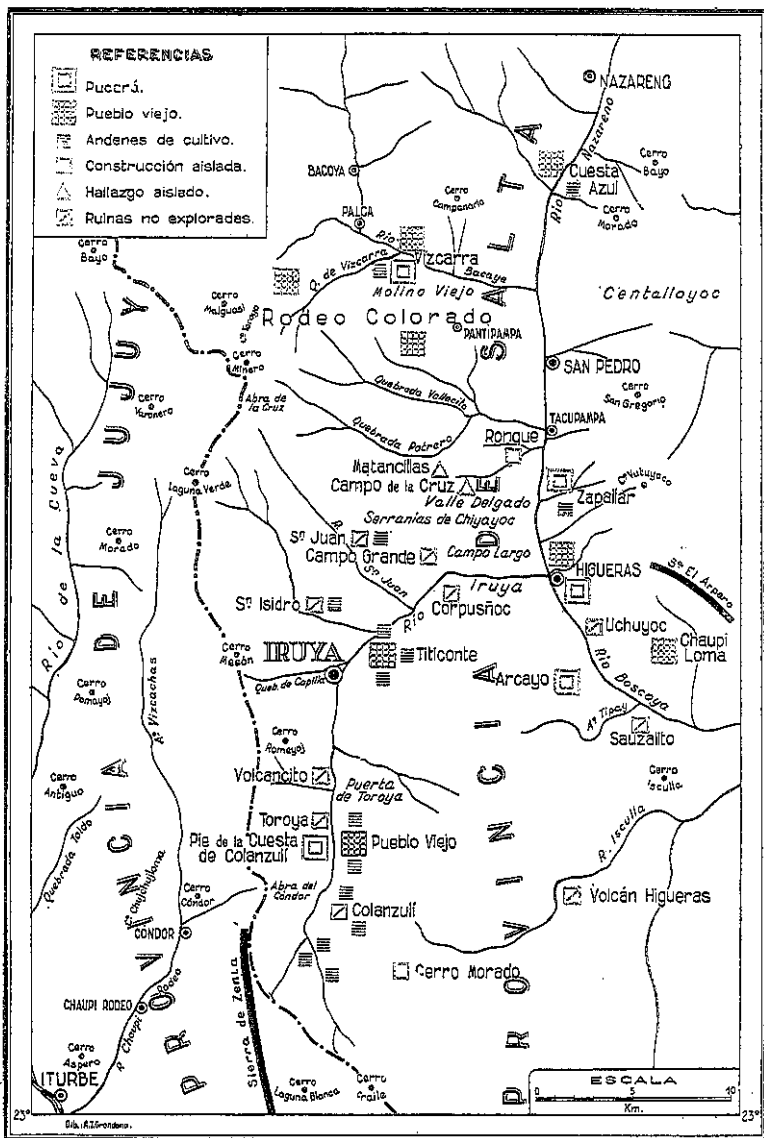
vivienda natural y numerosos otros temas conexos¹, en tanto que en la presente comunicación he de referirme, concretamente, a uno de los más importantes problemas arqueológicos: el relativo a la arquitectura. Por razones de método y de espacio disponible, no he de ocuparme en el estudio pormenorizado de las condiciones arquitectónicas de cada yacimiento — tarea que reservo para la monografía completa sobre esta zona, que actualmente tengo en preparación —, sino que daré una visión general sobre las manifestaciones de aquel carácter que tienen, desde luego, un interés particular.

Los viajes a que he de referirme, se han producido todos en las épocas de vacaciones escolares — enero a marzo — de los años 1933, 1934, 1937 y 1938. No debo callar que antes de esa fecha, en 1930, el doctor Salvador Debenedetti, entonces Director del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires — cuya prematura muerte tanto hemos lamentado los arqueólogos argentinos —, asistido por su discípulo, el doctor Eduardo Casanova, había realizado una excursión de estudios al yacimiento de Titiconte, situado a corta distancia del pueblo de Iruya, centro jurisdiccional del departamento del mismo nombre. Pero, debido justamente a las circunstancias de aquella lamentada muerte, el trabajo que el doctor Debenedetti había redactado para comunicar sus resultados al XXIV Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Hamburgo, en 1930, se ha perdido, y sólo ha sido posible encontrar unas páginas fragmentarias, suerte de prólogo que el dilecto discípulo ha completado bastante más tarde, cuando yo había realizado mis dos primeros viajes². De suerte que, aunque concuerdo con aquéllos en cuanto al gran valor que el doctor Debenedetti atribuía a la arqueología de esa región como índice develador de numerosos problemas de contacto³, he llegado a estas consecuencias por mis propios medios, derivados de la investigación directa. Además, mis observaciones no sólo completan o aún rectifican en

(¹) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Cuatro viajes de estudio al más remoto noroeste argentino*, en *Revista del Museo de La Plata*, nueva serie, sección Antropología, 1938 (en prensa).

(²) SALVADOR DEBENEDETTI y EDUARDO CASANOVA, *Titiconte*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, III, 7-35; Buenos Aires, 1933-1935.

(³) DEBENEDETTI - CASANOVA, *Titiconte*, 35.



algunos casos — como ha de verse — las de dichos autores, sino que las amplían enormemente, agregando a los datos de aquel yacimiento — único que ellos conocieron al oriente de la Cordillera de Zenta — los que se refieren a toda una enorme región de este accidentado territorio montañoso.

Ya en 1908, Eric Boman, autor de esa obra magistral, a la que debemos volver constantemente los arqueólogos que trabajamos con materiales del noroeste argentino, pintaba, en una página veraz, la situación en que se estaba, en el campo científico, con respecto a esta zona tan alejada de todo contacto con el resto del mundo, haciendo incapié en el “entrecruzamiento de montañas, de quebradas y de cuellos”, dotados de nombres diferentes y constituyendo diversas cadenas orográficas, “si en un laberinto semejante se puede distinguir una cadena de otra”. Afirmando, además, que el pico más alto *parece* ser el de Calilegua, “cuya altura, sin embargo, es desconocida...”, proclamaba, justamente, para esta región, aquel privilegiado título de *terra incognita* que antes le discerniéramos, agregando, a título de reflexión personal que su extraordinaria preparación avaloraba: “A juzgar por algunos objetos, principalmente piezas en piedra esculpida que he visto en Jujuy, estoy seguro de que una excursión arqueológica en estas montañas daría resultados inesperados”¹.

Y bien, mis cuatro expediciones, de 1933 a 1938, refuerzan aquella afirmación, un tanto intuitiva y apriorística, con la objetividad de los cientos de piezas extraídas de yacimientos absolutamente inéditos, y con el ingente material fotográfico y de estudios del terreno que he verificado durante su curso.

Los resultados generales, que paso a exponer directamente, demostrarán hasta qué punto era de verdadera la esperanza de Boman.

LA VIVIENDA ABORIGEN

Si consideramos a la región de Iruya y Santa Victoria como una zona general, desde el punto de vista de su arquitectura primitiva, advertimos de inmediato que hay en ella una primera diferencia, fundamental,

(¹) ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*, II, 791-792; Paris, 1908.

con respecto a las características similares del resto de las zonas vecinas y limítrofes del noroeste argentino. En efecto, en aquéllas — tanto en lo que se refiere a la omaguaca cuanto a la diaguita — la vivienda típica en el momento de la llegada de los españoles es de forma cuadrada, en tanto que en la que ahora estudiamos es, casi sin excepción, elíptica o redonda.

Cierto es que en “la antigua provincia de los diaguitas”, para emplear ese comprensivo término que usaban los viejos cronistas, se pueden señalar tres tipos de materiales, netamente diferenciables, empleados en la habitación. Las viviendas primitivas eran de piedra en la región santamariana (valles de Santa María y Quimivil y algunas zonas vecinas), de quincha en Los Barreales (departamento de Belén y alrededores, Catamarca), y de barro en Angualasto y otras regiones de San Juan. Tal es la división que, de acuerdo con las zonas culturales propuestas para la Argentina por Palavecino¹, he desenvuelto en un reciente estudio de conjunto acerca de la cultura diaguita². En estos días, justamente, Antonio Serrano ha retomado el tema para tratar de establecer que estas tres subáreas de la región diaguita — cuya caracterización diferencial surge tan nítida de sus elementos arquitectónicos y de muchos otros elementos de su cultura material — corresponden, etnográficamente, a tres grandes parcialidades de los diaguitas: los calchaquíes, diaguitas propiamente dichos y sanagastas³.

Pero — dejando de lado, por el momento, no sólo este problema de la equivalencia arqueológico-etnográfica que Serrano propugna, sino también la invalidación de parte de la región montañosa de San Juan como zona diaguita, tal como ahora lo quiere Canals Frau, en comunicación leída en nuestra Sociedad Argentina de Antropología⁴ — no es menos cierto que

(¹) ENRIQUE PALAVECINO, *Áreas culturales del territorio argentino*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas* (La Plata, 1932), I, 231-232; Buenos Aires, 1934.

(²) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los diaguitas*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 277-350; Buenos Aires, 1936.

(³) ANTONIO SERRANO, *La etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada civilización chaca-santiagueña*, 139-143; Paraná, 1938. (Las alusiones a este trabajo del profesor Serrano y al subsiguiente del señor Canals Frau han sido agregadas en pruebas, por no haber sido conocidos públicamente en la fecha en que esta comunicación fué presentada a la Sociedad Argentina de Antropología. Otro tanto ocurre con la cita de la edición de los viajes del autor, que figura al comienzo del presente estudio).

(⁴) SALVADOR CANALS FRAU, *Sobre el límite meridional de la región diaguita* (en prensa).

si los materiales utilizados en la vivienda primitiva varían, todas ellas responden, en su forma, a una norma única: la de la casa cuadrada o rectangular, típica de la cultura andina.

Recordemos — con todas las reservas que se quieran — uno de los principios de la “escuela culturoológica”. Una diferencia substancial en la forma de la vivienda puede implicar una variante notable en la filiación de un agregado social determinado. Todos los arqueólogos están de acuerdo en que, en Sud América, la forma cuadrada de vivienda corresponde a la gran cultura andina, en tanto que numerosos estudios comprueban que la forma redonda o elíptica presenta una amplia representación entre algunas de las tribus chaquenses.

Por ello, considero como una prueba sumamente importante de aculturación, el hecho de que los primitivos habitantes de Iruya y Santa Victoria utilizaran, preferencialmente, la vivienda elíptica o redonda. Hay una especie de solución transaccional, o de compromiso, en la adopción de las formas para la casa habitación, en tanto que se mantiene, como material de construcción, la piedra, que es, con las excepciones anotadas, el elemento más típico usado para estos menesteres en toda la amplia zona andina. Esta conservación de la piedra — en cambio de la madera — está perfectamente de acuerdo con las condiciones naturales del terreno en Iruya y Santa Victoria, región en la que los yacimientos se encuentran, habitualmente, entre los 2.800 y los 3.600 metros de altura sobre el nivel del mar y en donde, por lo general, no existen árboles, en tanto que la piedra aparece por doquier. Basta recorrer esas desoladas regiones, en las que las montañas muestran la entraña lítica, desnuda y multicolor, para advertir que las habitaciones no pudieron hacerse de otro material que de aquel que estaba tan a la mano. Esta abundancia permitió al artesano autóctono una habilidad extraordinaria y una selección amplísima en el uso de aquellos elementos, y ambas condiciones juntas han dado lugar a manifestaciones de alto valor arquitectónico.

No en todos los yacimientos, naturalmente, los restos arquitectónicos correspondientes a la vivienda primitiva se encuentran en las mismas condiciones de conservación. En algunos lugares, los restos de tal carácter se manifiestan por vestigios únicamente observables por una visión muy ejercitada en el estudio del terreno, pues las bases de las paredes primi-

tivas sólo emergen cosa de diez o doce centímetros del suelo, y se confunden fácilmente, para un ojo no experimentado, con la gran cantidad de piedras sueltas adyacentes. Estas provienen, justamente, de la demolición de las antiguas paredes de las casas.

En cambio, en otros, aquéllas se encuentran mucho más conservadas. En Rodeo Colorado, por ejemplo, los muros de las mismas se elevan a veces hasta una altura cercana a metro y medio, y son muy numerosos los que pasan de un metro (figura 2, *a*). Generalmente, algo después de la altura últimamente indicada, los muros de este yacimiento, comienzan a encorvarse ligeramente hacia adentro, demostrando una tendencia a la construcción de falsas bóvedas por el procedimiento conocido de las hiladas sucesivas.

En todos los casos, y en cuanto el muro se alza lo suficiente como para que tal observación sea posible, se advierte que se han empleado piedras de dimensiones sumamente dispares. Si bien sin el carácter tan sumamente notable de la vivienda de Arcayo, de que luego se hablará, es frecuente el caso de muros en los que puede observarse, formando parte de él, una gruesa piedra, sólidamente hincada en tierra y flanqueada por un conjunto de materiales líticos mucho más pequeños, que han requerido ser reunidos en varias camadas para alcanzar la altura, de la que emerge del suelo el gran pedruzco. Son numerosos los casos, perfectamente señalables, del empleo de tal técnica, en la que una cuidadosa selección de las piedras pequeñas ha permitido el ensamblamiento en el lienzo de pared de materiales mayores que, naturalmente, agregan solidez al aparejo. Tal ocurre, por ejemplo, en Huaira-Huasi (lámina IX, *a* y *b*). En Arcayo (lámina VII, *b*) se ha aprovechado una gran roca, que amenazaba obstruir el desenvolvimiento de la línea del muro, para formarlo de manera singularmente hábil.

Esta unión de materiales mayores con otros pequeños es tanto más necesaria cuanto que, en todos los casos, las habitaciones presentan muros cuyas piedras no están unidas por mortero o cemento alguno. Sólo su ensamblamiento perfecto y el propio peso de ellas han permitido su perduración a través del tiempo. Sin embargo, esta labor ha sido tan eficazmente realizada que la destrucción natural, por razón del tiempo, casi no cuenta, y las paredes resisten su transcurso siempre que agentes natu-

rales muy fuertes — derrumbamientos de las cumbres próximas, como en Titiconte, torrentes que laven y socaven el terreno, etc. — no produzcan sus perjudiciales efectos. Mucho más perniciosa es, desgraciadamente, la acción del hombre mismo, ya en forma directa — utilización de las piedras de las construcciones antiguas para corrales modernos, según pasa en Rodeo Colorado o Cuesta Azul; para viviendas del primitivo actual, como en el primero de estos puntos; despejamiento del terreno con vistas a la agricultura, de acuerdo a lo que acontece en Matancillas o Campo de la Cruz; emplazamiento de cementerios actuales en viejos lugares de habitación aborígen, como en Higueras y Cuesta Azul —, ya en forma indirecta, como lo es el tránsito de ganado, tal cual ocurre en Chaupi Loma.

Las puertas son, generalmente, lo suficientemente anchas como para dar paso a una persona y sin una orientación precisa hacia ninguno de los puntos cardinales. En Rodeo Colorado, por ejemplo, las primeras casas exploradas marcaban una preferente apertura de las puertas hacia el este, pero una continuación de las tareas, que admitió la investigación de las condiciones de entrada existentes en un número mayor de habitaciones, permitió observar que aquello había sido sólo una coincidencia inicial, aunque parece que en ese yacimiento hubiese alguna preferencia por la apertura de las entradas hacia la parte oriental. Como estos viajes han sido practicados en el verano, vale decir, en la época en que la corta vegetación espinosa de estas regiones — *talas*, *churquis*, cardones² — se manifiesta en toda su fuerza, la investigación de cada uno de aquellos recintos debió de practicarse previa una labor de limpieza del suelo, que a veces insumía mucho tiempo, dado que había que deshierbar, previamente, el terreno de todas esas plantas, difíciles de manejar en razón de sus defensas naturales y de poseer raíces poderosas que se enraigan fuertemente entre las piedras. De ahí que estos datos, respecto del resto de las viviendas, no excavadas, sólo puedan ser dados de una manera aproximativa, pues

(²) Naturalmente, las condiciones fito-geográficas del territorio dependen estrechamente de la elevación del terreno. En Valle Delgado abunda vegetación alta. En la población de Iruya he realizado un herbario de cincuenta ejemplares de arbustos regionales, cuya determinación ha tenido la amabilidad de hacer el doctor Ángel L. Cabrera, del departamento de Botánica del Museo de La Plata.

no siempre es fácil localizar el lugar preciso de una puerta en una pared semiderruida y recubierta de vegetación.

En algunos yacimientos — Cuesta Azul, por ejemplo — esta localización puede verificarse más fácilmente por haberse utilizado piedras más grandes que las que, de ordinario, forman la pared, para establecer sólidamente la entrada. Como ellas debían de mantener, además, la pared, evitando cualquier deslizamiento lateral, se les clavaba fuertemente en tierra. En los casos de arquitectura más evolucionada — Titiconte, lámina I, *a* y *b*; Arcayo, lámina VI, *a* y *b* — estos lados de la puerta eran monolíticos a veces, y los dinteles y umbrales también, utilizándose, al efecto, grandes y gruesos trozos de piedra. De esta suerte, la puerta quedaba sólida y perfectamente encaadrada.

Los vanos resultantes afectaban, casi siempre, una forma rectangular, como en las construcciones aimarás, y no trapezoidal, a la usanza quichua. Pero aun en los casos de puertas cuyas jambas no son monolíticas, es frecuente el hallazgo de piedras canteadas, que eran colocadas unas sobre otras con suma precisión, hasta alcanzar la altura requerida, en forma tal que la línea exterior o de jamba era perfectamente recta, sin la más leve variante a su rigurosa verticalidad, y la puerta gozaba de una aplomadura perfecta. Tal ocurre en Titiconte (lámina III, *b*), en Huara-Huasi (lámina X, *a*) y en Zapallar (lámina V, *a* y *b*).

Las dimensiones de algunas de estas casas elípticas son considerables. En Molino Viejo he excavado varias que medían más de 6,50 metros de diámetro máximo. Otro tanto ocurría con las de Rodeo Colorado, aunque, a veces, al lado de una de esas mayores aparecía otra más pequeña. En el “pueblo viejo” de Cuesta Azul, he llegado a investigar una de 7,35 metros de diámetro máximo. En cambio, en Ronque, la única que hallé sólo medía 3,45. Esto demuestra que si bien las dimensiones oscilan dentro de la región — y aun, en algunas oportunidades, dentro de un mismo yacimiento —, sus límites extremos deben estar entre las de Ronque y Cuesta Azul, y las medidas más frecuentes fluctúan entre los 4,50 y los 6,20 metros.

Dentro de esta serie de “antigales”, sólo hay uno que hace excepción a esta regla de la vivienda elíptica, y no porque en él falten las de este tipo, sino porque se presentan *simultáneamente* con las de forma cuadrada. Este yacimiento — notable también, según veremos luego, por otras mani-

festaciones curiosas de su arquitectura — presenta el caso curioso de concentrar en su recinto ambos tipos de vivienda.

Me refiero a la localidad de Titiconte. Ya el doctor Debenedetti, en el trabajo recordado, ha señalado que las habitaciones se presentan con las siguientes formas predominantes: rectangular y elíptica¹. Insistiendo sobre este particular, advertimos que Titiconte es, desde este punto de vista, el límite a partir del cual comienzan a aparecer, en *todos* los demás yacimientos de Iruya y Santa Victoria, las viviendas invariablemente elípticas, tal como ha quedado demostrado por el resultado de mis ulteriores viajes. Sólo en Huayra-Huasi he hallado una casa netamente rectangular, y otra semejante en Rodeo Colorado, esta última en un yacimiento que comprende más de un centenar de casas elípticas. Aun así, este caso de Rodeo Colorado no era definitivamente probatorio, pues los cimientos de esa construcción mostraban una marcada tendencia a encurvarse en los ángulos.

Naturalmente, esta existencia de habitaciones elípticas — vale decir, de la misma o semejante forma a la de los graneros — podría prestarse a confundir aquéllas con éstos. Sin embargo, esta confusión no es posible, por diferentes causas. En primer término, las casas denuncian sus caracteres por haberse hallado, en las excavaciones practicadas en su subsuelo, instrumental doméstico de diverso tipo, y aun hasta una sepultura en hoyo simple de tierra, que *siempre* se hallan en el subsuelo de las habitaciones. Además, la existencia de nichos, perfectamente realizados en la parte interna de estos muros (lámina II, *b*), equivale a manifestar un propósito de habitación y no de mero depósito agrícola. Si alguna duda pudiera quedar, sería el caso de comparar algunas de estas casas con nichos, con la hermosa vivienda que también los ostenta, y que hallé en Arcayo, en mi viaje de 1937 (lámina VII, *a* y *b*). De esta comparación surge, con claridad meridiana, un parentesco evidente en el propósito arquitectural y en la finalidad que le dió motivo y, por lógica consecuencia, la conclusión de que las construcciones del yacimiento de Titiconte, de paredes elípticas y de amplios nichos abiertos en las paredes, son casas y no graneros.

(1) DEBENEDETTI - CASANOVA, *Titiconte*, 18.

Como último argumento en favor de mi tesis de la determinación de tales construcciones en Titiconte como lugar de habitación, invocaré las dimensiones mismas de aquéllas. En algunos casos arrojan un diámetro máximo superior a cinco metros. Este dato es, de por sí, suficientemente elocuente, si se le compara con lo antes dicho acerca de las medidas que presentan las viviendas de otros yacimientos regionales, antes recordadas. Los silos de la zona omaguaca, así como éstos de Iruya y Santa Victoria, no exceden, en ningún caso de los tres metros, aun en sus más amplios tamaños. Las casas redondas o elípticas, en cambio, aun las más pequeñas — salvo el caso de la excepción de la única vivienda de Ronque antes mencionada —, pasan siempre de los cuatro metros y, a veces, de los siete de diámetro máximo. Por estas razones, pues, puedo afirmar que en Titiconte se presenta el caso especial de un yacimiento en el cual viviendas elípticas y cuadradas se presentan conjunta y contemporáneamente.

Es curioso hacer notar que, en algunos casos, las viviendas de Titiconte son semisubterráneas, vale decir que su piso se encuentra a un nivel inferior al del suelo sobre el que se ha edificado los muros. Además, como ya hizo notar Debenedetti, una de sus características más interesantes las constituyen “los estrechos corredores subterráneos que unen entre sí los distintos recintos, corredores que llegan a medir hasta 12 metros de largo”¹ y que no se encuentran en otros yacimientos.

Por otra causa es también sumamente grande la importancia arquitectónica de Titiconte. En todo el noroeste argentino, las viviendas se manifiestan en forma de casas compuestas por una sola habitación. Esta regla es tan invariable — aun en Iruya y Santa Victoria — que aun en el caso de construcciones tan vecinas entre sí que sus muros se toquen, el constructor indígena no llega, en ningún caso, a establecer paredes medianeras sino que, simplemente, las adosa. Más aún, cada una de estas habitaciones, pegadas entre sí, carece de puerta de comunicación, y se maneja como una unidad absolutamente autónoma — al menos desde el punto de vista arquitectónico — con respecto a su vecina inmediata. Esto es lo que normalmente ocurre, tanto en la región diaguita cuanto en la

(¹) DEBENEDETTI - CASANOVA. *Titiconte*. 18.

omaguaca. Alguna excepción que pudiera observarse en la primera se referirá, ciertamente, a elementos de arquitectura importados y provenientes de una cultura superior. Tal vez pueda ocurrir en alguna de las famosas "tamberías" incásicas desparramadas en el noroeste argentino, aun cuando no los han encontrado — con esas características — ni Francisco de Aparicio, que trabajó en Ranchillos (Mendoza), ni Héctor Greslebin, en Chilecito (La Rioja).

En cambio, en Titiconte (lámina II, *a* y *b*) — y también en Arcayo (lámina VI, *b*), que, aunque menor en tamaño como yacimiento, se le asemeja tanto en su arquitectura —, las habitaciones suelen comunicarse, en grupos de dos o tres, por medio de puertas interiores. En Arcayo el único ejemplar de casa comunicada interiormente, magníficamente conservada en muchos aspectos, no reúne más que dos habitaciones, de las cuales una sola presenta acceso desde el exterior, quedando la otra como meramente interior y dependiendo, por lo tanto, de aquella puerta de acceso. Existe, empero, una diferencia que deriva no ya de la técnica de construcción, sino de las condiciones del terreno. La casa de Arcayo está asentada sobre un terreno más bien plano, al borde mismo de una ríspida ladera que baja hasta la quebrada, por donde corre el río Iruya, en tanto que las de Titiconte se suelen escalonar en la ladera de aquel yacimiento. En consecuencia, en el primer caso las dos habitaciones aparecen al mismo nivel, en forma tal que la puerta de comunicación — más bien cuadrada — a pesar de ser baja, cumple con toda propiedad su cometido. En el segundo, en cambio, los cambios de nivel anotados son, a veces, tan fuertes que lo que aparece, para una de las piezas, como puerta de comunicación, resulta ventana de su vecina, por quedar su umbral a bastante distancia del suelo.

Otra cosa sumamente interesante, en ambos yacimientos, es el uso de la falsa bóveda, formada por hiladas sucesivas de piedras chatas o de lajas, que se utiliza en estas casas (láminas IV, *a* y VIII, *a*). Generalmente en Iruya y Santa Victoria se repite el caso, sólito en el noroeste de nuestro país, de que las viviendas de los primitivos habitantes aparecen destechadas en el momento que el arqueólogo toma contacto con ellas. Los arqueólogos de la época clásica entendían — y para algunas zonas no les faltaba razón — que esta carencia de techos era debida a que como éstos eran hechos con

materias vegetales —pajas u hojas arrojadas sobre un armazón de ramas— de suyo perecibles, desaparecían rápidamente en el correr de los años, persistiendo, en cambio, el resto, construído de sólida piedra. Otros, más tentados por dar rienda suelta a la imaginación que por fiarse en observaciones directas y personales, arguyeron que aquellas primitivas construcciones siempre habían carecido de techo, y que la sequedad habitual de estas regiones montañosas hacía que aquellos fueran innecesarios. Naturalmente, quienes así razonaban no habían estado jamás en Iruya y Santa Victoria, en donde las precipitaciones atmosféricas en la época de las lluvias — que es, justamente, la del verano, en que las visito — son fuertes y reiteradas, llegando en ocasiones hasta a producirse dos o más veces en un mismo día.

Ya en Rodeo Colorado, según se insinuó antes, localidad en la que los muros más conservados llegan hasta cerca de metro y medio, se podía notar un suave encurvamiento de la parte superior de aquéllos, hacia adentro, que iniciaban, de esta suerte, con esa graciosa curva, la falsa bóveda o — al menos — un estrechamiento de las distancias entre muros para poder aplicar sobre ellos el armazón de ramaje sostenedor del techo vegetal. Pero en Titiconte y Arcayo se encuentran techos perfectamente conservados y totalmente construídos en piedra, con una técnica sumamente perfecta, en la que la falsa bóveda se conserva completa y puede admirarse en todos sus detalles (lámina VIII, *a* y *b*). Estos hallazgos solucionan — para esta región del noroeste argentino — el problema de cómo se techaba la vivienda autóctona, debiendo agregarse que aquellas falsas bóvedas se hallan recubiertas, en uno y otro yacimiento, por una capa de barro amasado con pequeñas piedrecillas (lámina II, *a*, y IV, *a*), del tipo de la *torta* que aun hoy se utiliza en la confección de la techumbre de la vivienda natural de los primitivos actuales de la región.

Las características arquitectónicas, tan curiosas cuanto importantes, que aparecieron en el yacimiento de Titiconte, me hicieron suponer, de inmediato, que éste no podía ser un caso absolutamente excepcional y único en la región. Años más tarde, en 1937, he tenido la ratificación de esta presunción, hallando en Arcayo, aunque mucho más en pequeño, elementos arquitectónicos que son el *pendant* de los de Titiconte. Esto, lejos de aménorar el valor de los de Titiconte, permite aquilatar debidamente sus sig-

nificativas condiciones y considerarle no como el caso excepcional que se presta a dudas por su falta de ratificación misma, sino como el eslabón de un sistema y de una técnica de la construcción que, si bien es novedosa en nuestro territorio, no se presenta como un fenómeno único y fuera de serie.

ARQUITECTURA DE TIPO AGRICOLA

Si bien, dentro del conjunto de restos existentes, lo más importante, en este orden de ideas, es lo referente a la vivienda primitiva, hay otro tipo de restos que, por su gran extensión territorial y por su importancia en la economía de los autóctonos, no le queda muy a la zaga. Me refiero a lo que denomino arquitectura vinculada a la agricultura, que se manifiesta en dos grandes formas: los "andenes" o *sucres*, y los graneros o silos.

Los primeros se encuentran muy a menudo, ocupando grandes extensiones. Junto a cada grupo importante de habitaciones — o cerca, al menos, a veces quebrada por medio — se presentan estas construcciones. Como es sabido, pues en su técnica no difieren esencialmente de lo que puede observarse en otras regiones del noroeste más frecuentadas y accesibles, los "andenes" — como les denominaron los cronistas de la época de la conquista — son terraplenamientos escalonados en las laderas de las elevaciones del terreno con el objeto de ampliar el área de superficie cultivable y poder aprovecharla mejor, obteniendo cosechas más abundantes. Al reemplazar la superficie oblicua natural del terreno por esta serie de graderías o escalones, se obtiene, asimismo, una posibilidad mayor de aprovechamiento de las aguas, ya provengan de las precipitaciones atmosféricas — riego "a temporal" —, ya de la irrigación artificial. A este respecto puede recordarse la forma cómo los omaguacas practicaban esta última técnica, de acuerdo con los datos que proporciona el gráfico de Héctor Greslebin para un estudio de Debenedetti.²

(²) HÉCTOR GRESLEBIN, *Sistema prehispánico de Irrigación*, en SALVADOR DEBENEDETTI, *Las ruinas prehispánicas de El Alfarcito (Departamento de Tilcara, provincia de Jujuy)*, en *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, XXIII. 287-318; Buenos Aires. Coni, 1918.

En Iruya y Santa Victoria, estos “andenes” no reciben riego artificial, dentro del área por mí visitada. En Titiconte — cuyos *sucres* se hallan muy cerca del pueblo primitivo propiamente dicho y ocupan una extensión de 18 hectáreas — el riego se hacía simplemente, “a temporal” y lo propio ocurre en las grandes superficies que ellos ocupan en las laderas del camino de Cuesta Azul, en el alto de Taco Pampa y en tantos otros lugares.

En general puede decirse que ni aun en superficies más pequeñas he podido hallar huellas notorias de que el agua fuera distribuída artificialmente, salvo las ya observadas acequías de Titiconte¹ con las cuales, se completaba el riego general, entregado al poder discrecional de las lluvias. Así, en Zapallar, por ejemplo, en donde los escalonamientos de muros de contención de las tierras de la ladera se encuentran enfrente mismo del morrito sobre el cual se encontraba asentado un pequeño “pucará”, el cultivo se efectuaba, como en los otros lugares recordados, por medio de sembradíos que no recibían otra agua que la eventual proveniente de las precipitaciones atmosféricas, procedimiento al que los habitantes actuales del noroeste argentino denominan “siembra a temporal”.

Naturalmente, en todos estos casos la *pirca* se realizaba con una técnica adecuada de selección de la piedra, utilizándose, con preferencia, la pequeña. Los pedruzcos se utilizaban con sus formas naturales, sin retocar ni cantar, que asegura, por aquella selección, su perfecto y recíproco encaje. En lograrlo se basa, desde luego, el secreto de la perdurabilidad de estos murallones, ya que — como en el caso de las viviendas — éstos se levantan sin la utilización de mortero o cemento alguno que robustezca el aparejo. Sin embargo, y pese a la considerable presión lateral ejercitada por la tierra cuyo deslizamiento impiden, estos muros de contención se mantienen, en nuestros días, con la misma impecable factura con que fueron hechos. Los *pirca*dores indígenas o mestizos, actuales, no tienen, ni con mucho, la habilidad manual de los de la época de la conquista, y esto es advertible a simple vista. Una *pirca* moderna es sólo, visualmente, un confuso y abigarrado conjunto de piedras, en tanto que la antigua se

(¹) DEBENEDETTI - CASANOVA. *Titiconte*, 18.

reconoce de inmediato por la falta de soluciones de continuidad entre sus partes líticas componentes.

En algunos lugares — en Higueras o Huaira-Huasi, por ejemplo — he encontrado conjuntos de andenes escalonados cuyos diferentes niveles se comunican entre sí por medio de unas escaleras rudimentarias compuestas por una serie de piedras salientes — de las mismas que componen el aparejo mural — ubicadas en línea oblicua, en forma de que se pueda ir pasando de un nivel a otro pisando, sucesivamente, sobre esta serie de rebordes líticos que ofician de escalones (lámina X, b). Grande fué mi satisfacción al observar, en mi reciente viaje al Perú, en las célebres andenerías de Pisaj, cercanas a Cuzco — y, sin duda, el lugar de más perfecta arquitectura de este tipo de todo lo que se conoce del secular Tahuantinsuyo —, que allí los “suces” presentaban idénticas escalas. Algo más tarde, hallé otro caso de igual tipo de comunicación entre dos niveles muy cercanos, en Machu-Picchu, la asombrosa “ciudad de las escaleras”, en donde, a pesar de haber tantas, y algunas excelentes, de centenares de escalones, no se ha desdeñado este tipo rudimentario. Tales manifestaciones — que no se encuentran en todos los lugares donde existen “andenes”, en Iruya y Santa Victoria — hacen pensar en la posibilidad de que en Higueras, Huaira-Huasi y aquellos lugares donde luego aparezcan, el trabajo de aquéllas haya sido realizado por virtud de una intervención de constructores más septentrionales.

El otro tipo de construcción vinculada con la agricultura que allí aparece es el silo. Estos son frecuentes. Ya en los propios andenes — como se les halla en Titiconte —, ya en las vecindades de las casas. Son construcciones redondas, con techo en falsa bóveda y puertas bien trazadas, especie de copias reducidas de las casas, aunque no presenten nichos en la cara interna de su pared. Ni en su interior ni en su subsuelo se encuentra cosa alguna, habitualmente, lo que impide suponer su habitación. En algunos casos aislados se hallan, sin embargo, en ellos, objetos en corta cantidad y, desde luego, vinculados con el propósito agrícola que les es propio.

Hay otro tipo de granero, aun más curioso. Es el que ya observamos el autor de estas líneas en Humahuaca¹ y Santiago Gatto en Coctaca²: la troja subterránea o semisubterránea. En mi viaje de 1934 hallé otro granero subterráneo en la cima de un “pucará” situado en las proximidades de Iruya, de cuya existencia di cuenta³. Su presencia en la zona ha sido también anotada por Debenedetti, por Casanova y por mí en Titiconte. Tales hallazgos no eran más que el indicio de la posibilidad de su ulterior hallazgo en toda la zona. En efecto, les he encontrado en casi todos los yacimientos explorados.

En todos los casos — salvo en Arcayo, en donde le hallé inmediatamente fuera de la casa de habitaciones comunicadas — este tipo de granero se halla en el interior de las viviendas, construyéndose en el subsuelo de las mismas. Trátase de pequeños recintos redondos o elípticos, de diámetro cercano a un metro, constituidos por una pirca circular que, a veces, se va enangostándose hacia arriba, y cerrados por grandes lajas que ofician de tapa. Su factura no difiere fundamentalmente de la de algunos de los recintos funerarios de que hablaremos luego. Las excavaciones practicadas no han arrojado luz acerca de los productos agrícolas que en estas trojas se guardaban, pues, como ocurre en los casos análogos de las zonas vecinas a que antes se hizo referencia, estas pequeñas construcciones aparecen totalmente vacías. Su atribución como graneros subterráneos es, por lo tanto, producto de una inferencia arqueológica, aunque sea hoy casi unánimemente aceptada por los especialistas.

ARQUITECTURA SEPULCRAL

Ya en su trabajo sobre Titiconte, anota Casanova la existencia de dos tipos de entierro: “Los adultos fueron depositados en tierra directa-

(¹) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *El “pucará” del pie de la Cuesta de Colanzull*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 268-269; Buenos Aires, 1934.

(²) SANTIAGO GATTO, *Un granero o sito en la quebrada de Coctaca*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II, 51-56; Buenos Aires, 1934.

(³) MÁRQUEZ MIRANDA, *El “pucará” del pie de la Cuesta de Colanzull*, 263-264.

mente; los párvulos en urnas toscas''². Tal afirmación es, sin embargo, incompleta, pues he tenido la fortuna de hallar, en mi viaje de 1933, en la cercanía de uno de los ángulos interiores de una de las casas cuadradas, que excavé en ese yacimiento, un recinto sepulcral en el subsuelo. La casa en cuestión medía 5,65 metros de diámetro mayor por 4,60 metros de diámetro menor. Su única puerta de comunicación con el exterior medía 0,40 centímetros de ancho. El instrumental obtenido fué brevísimo: un hermoso *topo* de hueso, hallado a 68 centímetros de la superficie, y una pala plana grande, a un nivel ligeramente superior. Esto no ha de extrañarnos sabiendo el parvo material arqueológico que ha sido extraído de este yacimiento. Por último, a 66 centímetros de la superficie, apareció una gran laja de piedra, de forma rectangular, que servía de tapa al recinto funerario. Medía 89 centímetros de largo por 61 de ancho y 5 de espesor. Retirada esta tapa, quedó en descubierto la entrada o boca del recinto funerario. Medía 89 centímetros de largo por 61 de ancho y 5 de espesor. Sus dimensiones eran: 60 x 50 centímetros. En su interior esta cámara sepulcral era, sin embargo, más amplia y aún más rigurosamente cuadrada, pues medía 70 x 72 centímetros, siendo su profundidad también de 70 centímetros.

La construcción era sumamente simple, aunque realizada con evidente cuidado y perfección. Sus cuatro paredes estaban constituidas por otras tantas lajas grandes. La reducción del tamaño de la boca, en comparación con la amplitud o diámetro del recinto, estaba lograda por medio de una serie de lajas menores, estrechas y largas, colocadas sobre las cuatro paredes, a manera de tirantes líticos, que soportaran la gran tapa, la cual excedía ampliamente el tamaño de esa boca, según queda visto, a fin de asegurar su cierre perfecto. Como en casos semejantes, la cámara sepulcral en cuestión no había sido utilizada para el entierro de un solo individuo adulto. En ella se hallaron los restos de dos, aunque tan deshechos ya por la humedad del subsuelo y el tiempo transcurrido, que se fracturaban y pulverizaban al menor contacto.

Esta construcción funeraria estaba vacía en su casi totalidad. Sólo en el fondo, los huesos reposaban sobre una tierra fina, que contrastaba

(²) DEBENEDETTI - CASANOVA, *Titiconta*, 35.

con el fondo duro y como apisonado de la tumba. Junto con los huesos se hallaba algún ajuar funerario, tan pobre como corresponde a un yacimiento de tan parva arqueología: seis *guayquitas* de hueso y piedras de color, redondas y de tamaño desigual, un trocito de tejido, una cestita de mimbre y unos trocitos, inclasificables, de madera. El tejido era un pedacito pequeñísimo, de un color verde intenso — la punta de un dobléz. según revelaba su técnica — y medía tan sólo 0,025 x 0,010 metros. La



Fig. 1

Rodeo Colorado: Tres niveles sucesivos de construcción. En la parte superior el muro de la vivienda, compuesto principalmente por bloques canteados; en la parte media, los cimientos del mismo muro realizados con bloques mayores y groseros; en la parte inferior una cámara sepulcral practicada con piedras más pequeñas y tapada por una fila de lajas finas.

cestita de mimbre, excesivamente penetrada por la humedad, era ovoidal, de manufacturación en espiral y de casi 0,140 metros de largo por 0,075 de ancho, no pasando su fondo de 0,055 metros, revelando, por su ubicación en el entierro, haber sido colocada en último término, sobre todo lo demás.

Si he señalado con algún detenimiento este hallazgo — en contraposición con el sistema de visión general de los problemas arquitectónicos adoptado para esta comunicación — es para afirmar que a las dos formas de enterramiento, señaladas por Casanova, debe agregarse, todavía, la de construcción de sepulturas en piedra. En efecto, el hallazgo hecho por mí en Titiconte corresponde a una serie de cámaras funerarias similares que he podido estudiar en detalle en cada uno de los “antigales” que he visitado el Iruya y Santa Victoria, y de cuyas características generales daré cuenta de inmediato.

Estas sepulturas se encuentran en el subsuelo de las habitaciones y, generalmente, a menos de un metro de la superficie (figura 1). Sus formas son variadas. Ya son cuadradas, como la de Titiconte, ya redondas, sin que falten las formas del polígono de cinco lados y aun las del exágono, más o menos irregulares. Las redondas son hechas, general-

mente, con piedras pequeñas y con una técnica de *pirca* común. Las cuadradas, romboidales y poligonales se practican utilizando las grandes lajas que offician de paredes. En el caso de que estas lajas no tengan las formas suficientemente regulares que la construcción exige, se las utiliza en combinación con piedras pequeñas, bien seleccionadas, a las que se emplea para procurar el rellamamiento de los espacios libres dejados por la irregularidad de las lajas grandes. Así mismo, la profundidad de estos sepuleros líticos casi nunca excede de un metro, y aunque se entierra en ellos, con frecuencia, a más de un fallecido, queda un buen espacio libre entre los restos, el ajuar funerario y la tierra finísima con que se los cubre, y las grandes lajas que les sirven de tapa.

Pese a las medidas tomadas para lograr una unión perfecta entre las piedras, estas construcciones son muy húmedas. Sus paredes interiores rezuman humedad y presentan grandes manchas blancuzcas, debidas a la misma causa. Asimismo, la parte interna central de la gran laja que sirve de tapa — es decir, aquella parte de la misma que no se apoya directamente sobre otras piedras o sobre la tierra — está tan mojada que se puede seguir perfectamente sobre ella el contorno de esta parte. Esta humedad, resultado, probablemente, de filtraciones reiteradas de las precipitaciones atmosféricas es, naturalmente, uno de los grandes enemigos del arqueólogo, ya que atenta contra la conservación de buena parte de los materiales arqueológicos depositados en calidad de ajuar funerario.

En casi todos los “antigales” de la zona, estas sepulturas se practican más bien cerca de los muros, pero en algunos yacimientos se les encuentra tan cerca a la pared interna de los mismos que sus arquitectos han utilizado el cimientado de aquéllos para formar parte del contorno del recinto sepulcral. Tal ocurre en Rodeo Colorado, por ejemplo. En otros casos, en el mismo yacimiento, la cámara sepulcral se encuentra en un nivel inferior al cimientado del muro, pero a continuación de aquel en línea vertical (figuras 1 y 2, *a* y *b*).

Un detalle interesante en algunos lugares — como ocurre en el mismo Rodeo Colorado — es la utilización intensiva de un barro amasado, de color amarillento o rojizo, para asegurar las tapas de las sepulturas, recubriéndolas con una capa de este material, que a veces alcanza a más de veinte centímetros. Otro tanto suele ocurrir allí con otras gruesas lajas,

que no se utilizan como tapa de cámaras sepulcrales sino como cubierta de las urnas funerarias. Y aún los grandes “vasos tubulares” — que he hallado en la región, y cuyas características no eran conocidas antes de mis estudios — suelen ser calzados y mantenidos en el subsuelo por medio de piedras aseguradas por medio de barro amasado (figura 2, b).



a



b

Fig. 2

a) Rodeo Colorado: Muro de una de las viviendas elípticas. Bajo él comienza la *pírca* de una cámara funeraria circular. A un nivel inferior, aún, uno de los “vasos tubulares” que el Dr. Márquez Miranda ha hallado y que son típicos de esta región.
b) Detalle de la construcción del muro del recinto funerario anterior, en el que puede verse el empleo de grandes bloques en la base, de piedras más pequeñas terminadas con lajas finas arriba, y — en primer plano — el delgado borde del gran “vaso tubular”.

Por último, señalaremos, como otra característica no menos curiosa de estas construcciones funerarias, que en las sepulturas *pírcadas*, en la camada superior de dichas piedras o en alguna de las más próximas, entre las subsiguientes, es frecuente encontrar, formando parte de la pared misma del recinto, algunos objetos líticos. El hallazgo más frecuente es de palas grandes, enteras o fragmentadas. En otros casos, se ha llegado a encontrar manos de mortero, rompecabezas redondos, etc. En algunos de estos casos, ocurridos en Rodeo Colorado, varias de las palas planas halladas eran de una forma especial, que no correspondía exactamente a los

tipos más simples de tales implementos de uso agrícola, sino que afectaban una elegancia de líneas y aun presentaban una especie de alas laterales — constituídas por la prolongación de sus puntas laterales de la región cercana al empuñe — que les daban una apariencia lujosa y ceremonial.

El conjunto de estos hallazgos plantea una serie de interrogantes, vinculados con las creencias conexas con su culto de los muertos, que no podemos responder. ¿Terminaban estas pirca colocando en ellas las palas utilizadas para erigirlas y que no debían volver a usarse en faenas domésticas, de orden común, después de empleárselas en trabajos de este carácter? ¿Eran estos instrumentos componentes de los utensilios de uso diario que se dejaban al muerto en calidad de ajuar funerario? ¿Se ponía estas palas en el remate del aparejo de la pirca funeraria para que el fallecido pudiera evadirse de su entierro en el momento que fuera llamado a una vida ulterior? Tales preguntas sólo pueden ser formuladas como otras tantas posibilidades hipotéticas, sin que podamos preferir una sobre las otras en el estado actual de nuestros conocimientos sobre el particular.

En cuanto a los hoyos que se practicaban directamente en la tierra para depositar en ella a los muertos, eran circulares y se les efectuaba, como a las cámaras sepulcrales, en el subsuelo de las habitaciones. Se les tapaba con una o varias lajas grandes. En el caso de tapas hechas con una sola laja, ésta afectaba formas variadas: ya redonda, ya cuadrangular. Estos hoyos son reconocibles fácilmente al verificarse las excavaciones, porque la tierra con que se les rellenaba, después de depositados los restos, se mantiene floja y se distingue enseguida de la tierra firme y no removida que forma el resto del subsuelo.

Los entierros de párvulos en urnas, que constituyen el tercer tipo de las formas conocidas, se practicaban cubriendo, igualmente, la vasija con tapas, que unas veces alcanzaban las grandes dimensiones de las utilizadas para las cámaras funerarias, en tanto que en otras sólo alcanzaban a cubrir exactamente la boca de la urna o del cántaro u olla que oficiaba a tales fines.

Los tres tipos de inhumación coexisten en los “antigales” de la región y aun se les encuentra, con frecuencia, representados en el subsuelo de una misma casa.

DECORACION VINCULADA A LA ARQUITECTURA

Un elemento sumamente curioso de decoración que se halla en Titiconte, hecho en forma que le vincula directamente con la arquitectura — y que es raro haya resbalado, con una fugaz mención, en el recuerdo del doctor Casanova, primer investigador, con su maestro el doctor Debenedetti, del lugar — son las llamitas realizadas, con singular verismo, por los habitantes primitivos, en algunos de los muros de contención de los “andenes”¹. El procedimiento empleado ha consistido en la intercalación, en el aparejo de la *pirca*, de elementos líticos de otro color que permitan delinear, por su fuerte contraste cromático, la silueta de la *auchenia*. Esto se ha logrado por medio de piedrecillas blancas o blancas veteadas de marrón, sobre el fondo pardo-azulado de las demás rocas.

Aquellas piedras blancas, veteadas de marrón, pertenecen a un filón de cuarzo lechoso, con algunas facas de cuarzo cristalino. He entregado una muestra al doctor Walter Schiller, jefe de los departamentos de mineralogía y petrografía y de geología y geografía física del Museo de La Plata, quien ha tenido la amabilidad de examinarla, encontrando en ella cubos visibles de pirita de hierro, descompuestos en limonita. Esta, que es producto de la transformación de la pirita o sulfuro de hierro, por oxidación, forma las manchas marrones y amarillentas que el indígena primitivo ha utilizado tan acertadamente. Además, aquellas piedras presentan, en partes, algo de calcopirita, en parte descompuesta en malaquita — cuyos reflejos verdes son a veces acusables a simple vista, — y limonita. Los fragmentos de la “caja”, según me informa el Dr. Schiller, presentan filita sericítica incluida en el cuarzo. Aquella unión de la masa principal de cuarzo lechoso, en combinación con las manchas ferruginosas de la limonita, han dado motivo al ingenioso artista para efectuar una reproducción estilizada del animal más importante de la fauna local.

Llamo muy especialmente la atención sobre este procedimiento decorativo, que no es sólito entre nuestros indígenas. En efecto, no se trata, según se ve, de una pictografía ni un petroglifo, propiamente dichos, pues no es pintura ni grabado sobre roca. Por el contrario, es una especie de

(¹) DEBENEDETTI - CASANOVA, *Titiconte*, 20.

“mosaico”, en el cual el artista, por medio de piedrecillas de colores adecuados para evocar el pelaje del camélido que deseaba representar, y mediante el empleo de material de tamaño variable, rigurosamente seleccionado y artísticamente insertado en el muro al tiempo de su construcción, ha sabido realizar una obra artística perdurable. Las auquenas así representadas son varias y su ubicación queda, en algunos casos, bastante distante entre sí, aunque siempre en muros visibles desde cierta distancia. Entre ellas se destaca una, de tamaño bastante más considerable que el común — y de un estado de conservación mucho más perfecto, pues los muros en que aparecen las otras amenazan ruina —, por ser la única que aparece completa, en tanto que las otras han perdido trozos importantes de su cuerpo, al derribarse el aparejo de los muros de que formaban parte.

El animalito aparece como marchando hacia el noroeste — vale decir, como si mirase hacia Valle Delgado —, y su flanco visible da al noreste. La cabeza, hecha con una sola piedra, es una muestra acabada del ingenio, del poder de observación y de la rigurosa selección del material lítico empleado. En efecto, ésta tiene una depresión y un relieve que parece una oreja, y se estrecha luego en forma de hocico (lámina IV, b). La piedra en cuestión mide 41 centímetros de largo máximo por 20 de alto. El cuello, formado por una piedra chica y dos grandes, tiene 30 centímetros de largo. El cuerpo, 83 de largo por 19 de ancho, y está constituido por cuatro piedras. De las patas, por una estilización usual entre los primitivos, sólo se ve una pata delantera y otra trasera. La primera, desde la inserción en el cuerpo hasta el casco, mide 46 centímetros y está hecha con cuatro piedras. La segunda, lograda con seis, mide 52. Ambas tienen un ancho de 10 centímetros. Por último, una postrera piedra, algo separada del cuerpo, como para sugerir el rabo, mide 20 centímetros de largo por 7 de alto. Son, pues, en total, veinte piedras.

Con tan pocos elementos, sabiamente escogidos, se ha realizado esta figura, cuyas dimensiones totales, en ancho, son 1,03 metros, de la parte más saliente del pecho al extremo del rabo. Es curioso que su altura total, desde el extremo superior de la cabeza al final de la pata delantera, sea exactamente la misma. Parece difícil creer que se trate de una mera coincidencia.

“PUCARAS” Y “PUEBLOS VIEJOS”

Es válida, también para esta región, la clasificación que formuló Casanova, en punto a centros poblados, con respecto a la Quebrada de Humahuaca¹. Los grupos de población, que casi nunca son tan grandes como los omaguacas, pueden dividirse, según sus características generales derivadas de su finalidad primordial, en “pucarás” y “pueblos viejos”.

Los primeros — de los cuales casi no se conservan vestigios de defensa, pues sus murallas externas han desaparecido, en muchos casos, en su casi totalidad — se erigen en los lugares estratégicos, vale decir, en las cabeceras de las quebradas, en la intersección de varias de ellas, o en algún punto de sus laderas que interese especialmente custodiar (habitualmente, en tal caso, para la defensa de sus extensos campos de cultivo).

Es así como se manifiestan como “pucarás” típicos el de Zapallar, levantado en un enhiesto morrito que se yergue en la intersección de las quebradas de Zapallar y de San Pedro; el de Molino Viejo, sobre el paso del río y quebrada de Vizcarra; el de Higuera, en el punto de unión de las quebradas de Iruya y San Pedro; el de Arcayo, que controla parte del curso del río Iruya; el del pie de la cuesta de Colanzulí, que he descrito someramente en las *Notas preliminares* del Museo de La Plata².

Los segundos, son agrupamientos de viviendas de pueblos agrícolas, carentes de obras de defensa, y dirigidas esencialmente al laboreo del suelo. Entre estos “pueblos viejos” señalaremos uno en Cuesta Azul, dos en el extenso lugar que se denomina Rodeo Colorado, otro en Chaupi Loma, etc.

Un problema esencial para las fundaciones de uno y otro tipo es el relativo a la provisión de agua. Por eso, casi todos se verifican cerca de los ríos o torrentes, generalmente producto final de los deshielos y de la concentración de aguas pluviales por obra del relieve orográfico. Por el lecho de cada quebrada corre un río, lánguido y poco caudaloso en invierno, torrencial y súbitamente crecido en verano. Pero, además de esta provisión

(¹) EDUARDO CASANOVA, *La Quebrada de Humahuaca*, en *Historia de la Nación Argentina*, I. 223; Buenos Aires, 1936.

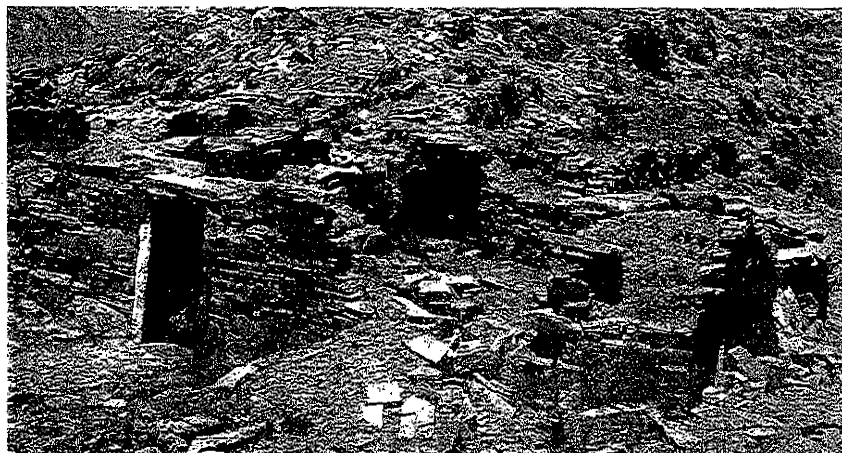
(²) MÁRQUEZ MIRANDA, *El “pucará” del pie de la Cuesta de Colanzulí*, citado.

de agua, dichas poblaciones cuentan, en ocasiones, con el aporte, más regular, de algunos "ojos de agua", que proveen un líquido que compensa su escaso volumen con una limpidez que, generalmente, los ríos no poseen. Tal ocurre, por ejemplo, en Titiconte, donde, gracias a este recurso —según dejan ver algunos vestigios de acequias existentes— pudo regarse una breve parte de los "andenes" de cultivo. Sin duda su cauce, mayor en aquellos tiempos que en la actualidad, alcanzó a satisfacer las necesidades de su población, sin necesidad de acarrear agua, para el consumo doméstico, desde el río Iruya, que queda lejos, y del que separa un abrupto desnivel de fuerte gradiente. Lo propio aconteció, asimismo, en Rodeo Colorado, en donde se halla una surgiente natural que no sólo fué utilizada por los pobladores primitivos, que no cuentan allí con río próximo — siendo, por tal causa, de interés vital su conservación —, sino que se la protegió por medio de una *pirca* adecuada que impedía el desmoronamiento de tierras que hubiesen cegado este "ojo de agua" perenne. Es curioso observar que el hombre actual no ha hecho en este caso, como en tantos otros, más que aprovechar el esfuerzo del aborigen, modificando apenas su labor primigenia. En efecto, en este yacimiento los pobladores modernos han reforzado la *pirca* y creado un pequeño embalse para utilizarlo como estanque o abrevadero de sus bestias. La misma necesidad substancial ha encontrado idéntica solución en la naturaleza.

Es muy posible que — como lo tengo observado para otras regiones del noroeste argentino¹ — el paulatino desecamiento del suelo haya traído como consecuencia el abandono de numerosos campos con "andenes" de cultivos, y aun de algunas poblaciones. La conquista española ha hecho el resto, con el exterminio de las belicosas e insurgentes tribus de estas regiones de nuestro país. Los aborígenes de Iruya y Santa Victoria han debido correr igual suerte, y los pobladores actuales de esta zona no son, por tanto, descendientes directos de quienes han dejado en la arquitectura autóctona vestigios tan brillantes².

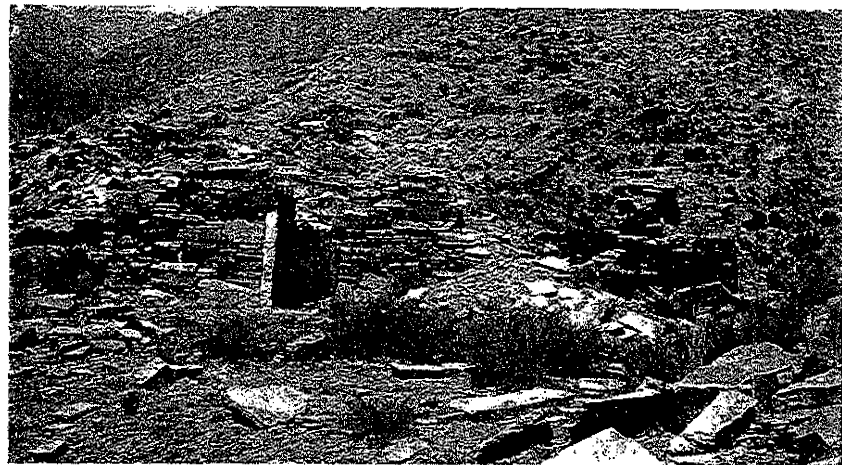
(1) MÁRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los diaguitas*, 279.

(2) Comunicación presentada en la sesión de la *Semana de Antropología* realizada el día 3 de diciembre de 1937. Cartografía de M. T. Grondona. Fotografías del autor.



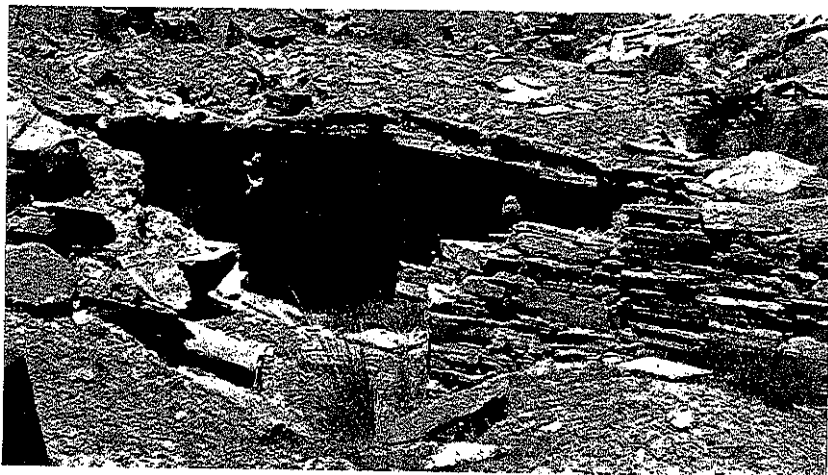
a

Conjunto de habitaciones comunicadas, en el yacimiento de Titiconte.



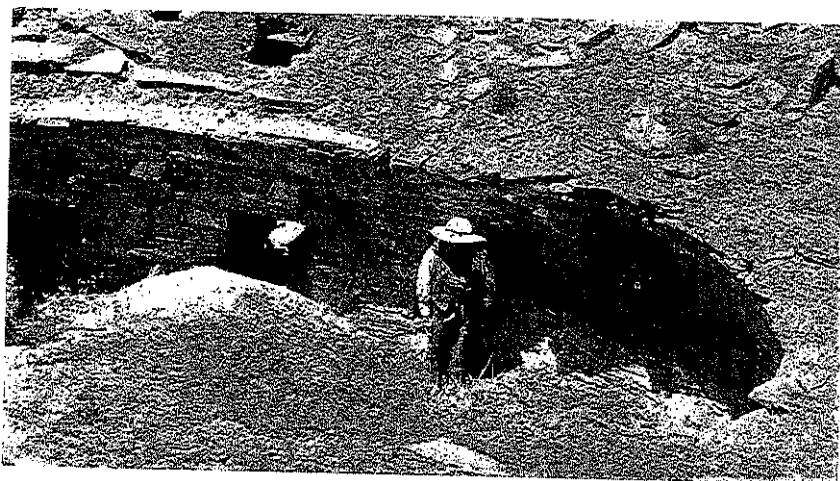
b

Titiconte: Detalle de una puerta rectangular y muro adyacente.



a

Titiconte: Habitación elíptica con puerta de comunicación a otra interior.



b

Titiconte: Tarea de limpieza de una gran habitación elíptica, con puerta de comunicación interior y nichos en el muro.



a

Titiconte: Muros con aberturas de acceso, restos de antiguas edificaciones.



b

Puerta de una construcción elíptica en Titiconte, en cuyo muro se observa el uso de lajas y piedras canteadas.



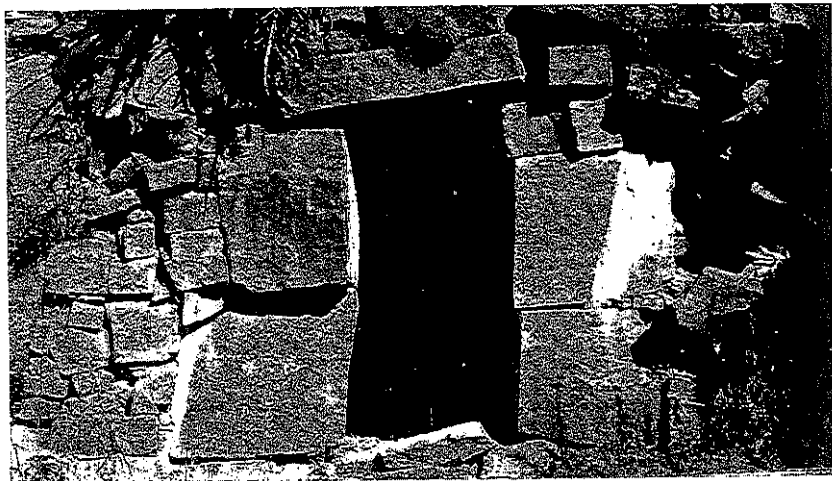
a

Construcciones elípticas en Titiconte. con muros que ostentan nichos y tienden a formar falsa bóveda.



b

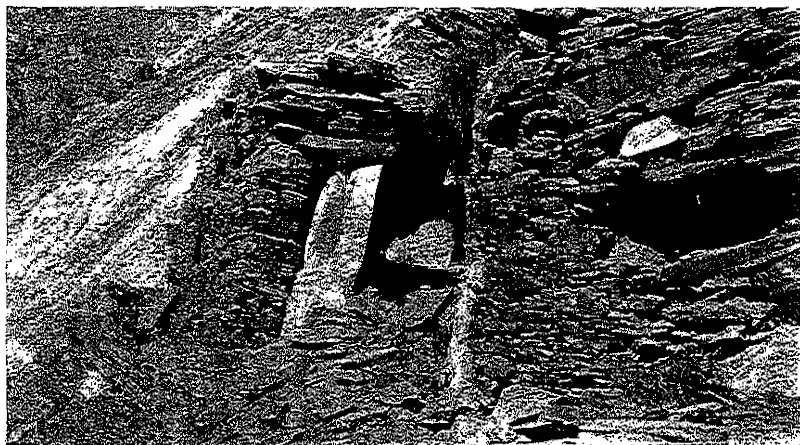
Llamita, construida con piedras blancas veteadas de marrón, en el aparejo de uno de los muros de Titiconte.



a
Detalle de una puerta en Zapallar, en la banda Este del río San Pedro.



b
Detalle de otra puerta, construída en el mismo sitio del yacimiento de Zapallar.



a

Puerta de entrada a la vivienda con habitaciones comunicadas de Arcayo, formada, en parte, por un gran bloque de piedra vertical.



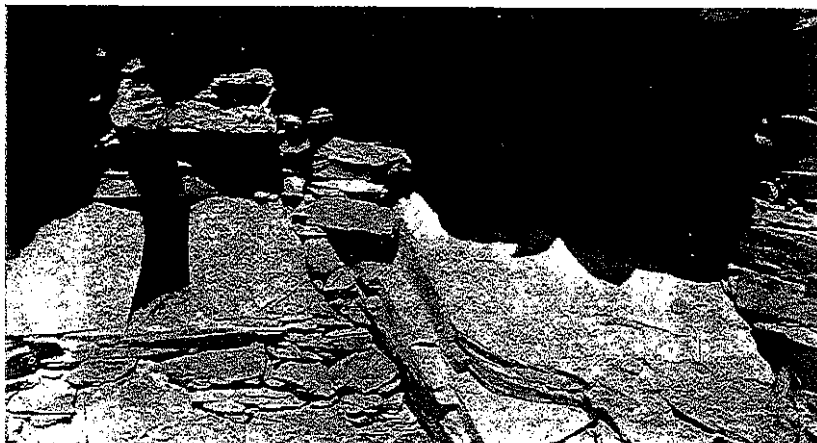
b

Detalle de la puerta de comunicación entre las dos habitaciones de la vivienda de Arcayo, encuadrada por fuertes lajas de piedra que forman el umbral, el dintel y el vano.



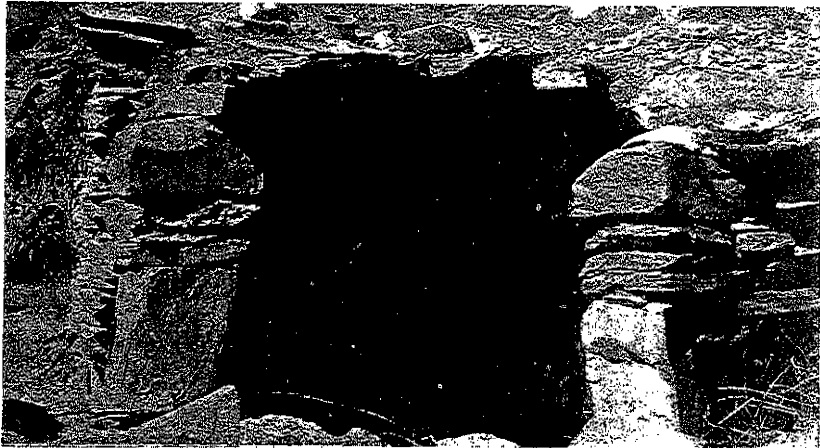
a

Detalle de los dos nichos — uno semicerrado y otro abierto — de la vivienda de Arcayo, encuadrados con sólidas piedras y dotado el primero de una especie de postigos líticos fijos.



b

Detalle del muro de la vivienda de Arcayo, junto al nicho semicerrado, en donde el arquitecto aborígen ha aprovechado un gran bloque natural de piedra para formar la pared de la habitación, al propio tiempo que refuerza la solidez del muro.



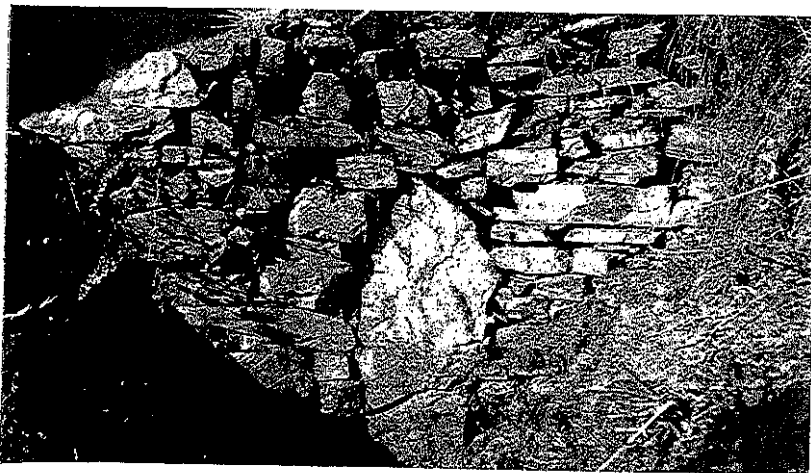
ⓐ

Detalle de construcción elíptica en Arcayo, en donde se nota el empleo conjunto de bloques canteados y lajas de piedra y la realización de la falsa bóveda con hiladas superpuestas.



ⓑ

Puerta en Arcayo, en donde puede advertirse el empleo de grandes piedras para formar uno de los costados y el dintel, así como pequeños guijarros de relleno del muro.



a

Detalle de un muro en Huaira-Huasi, en donde se nota el empleo simultáneo de grandes bloques de piedra y otros pequeños, perfectamente ensamblados.



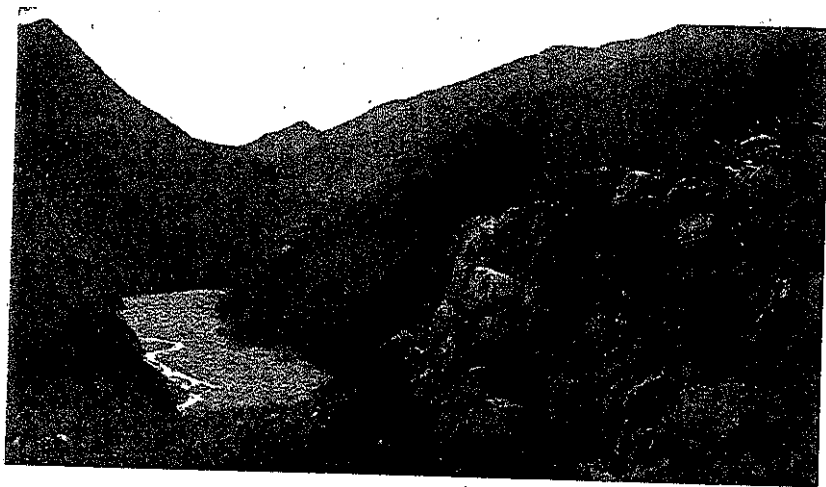
b

Detalle del muro de otra vivienda en Huaira-Huasi, en donde puede advertirse idéntico procedimiento arquitectónico, que es común a otros yacimientos.



a

Detalle de un muro y puerta, en Huaira-Huasi, formados por piedras canteadas.



b

"Anden" en Higuera, en donde puede apreciarse las salientes líticas de su aparejo, formando escalera para pasar de un nivel al otro.

INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS EN EL ALTIPLANO BOLIVIANO

por

EDUARDO CASANOVA

DURANTE la última reunión del XXV Congreso Internacional de Americanistas, realizada en la ciudad de La Plata (República Argentina), el presidente de la delegación de Bolivia, profesor Arturo Posnansky invitó al Ministro de Justicia e Instrucción Pública de nuestro país a que enviara una misión científica con el fin de realizar investigaciones en el altiplano y establecer estrechas vinculaciones entre los hombres de estudio de ambos países.

De acuerdo a esta cordial invitación fué designada una comisión que presidió el profesor Martín Doello-Jurado, director del Museo Argentino de Ciencias Naturales y en la cual tuvimos a nuestro cargo las investigaciones de carácter arqueológico.

Durante los tres primeros meses de 1933 recorrimos distintas regiones del altiplano boliviano, realizando excavaciones de cierta importancia en las islas del Sol y de la Luna, en los alrededores de Mocachi, en Copacabana y en las prehistóricas ruinas de Tiahuanaco.

Sobre los resultados alcanzados sólo se han dado noticias en los diarios y nuestros deseos de publicar una obra orgánica se han visto paralizados por la confiscación que el gobierno boliviano realizó de una parte de las colecciones, truncando así las series reunidas y obligándonos a retardar la tarea en la esperanza de obtener la devolución de las piezas.

Esperando poder efectuar ese trabajo hemos creído de interés hacer conocer en esta breve nota las investigaciones llevadas a cabo y algunas conclusiones que se desprenden de las observaciones recogidas.

1° En las cercanías del pequeño pueblo de Mocachi, en el sur de la península de Copacabana y sobre los bordes del lago Titicaca, encontramos

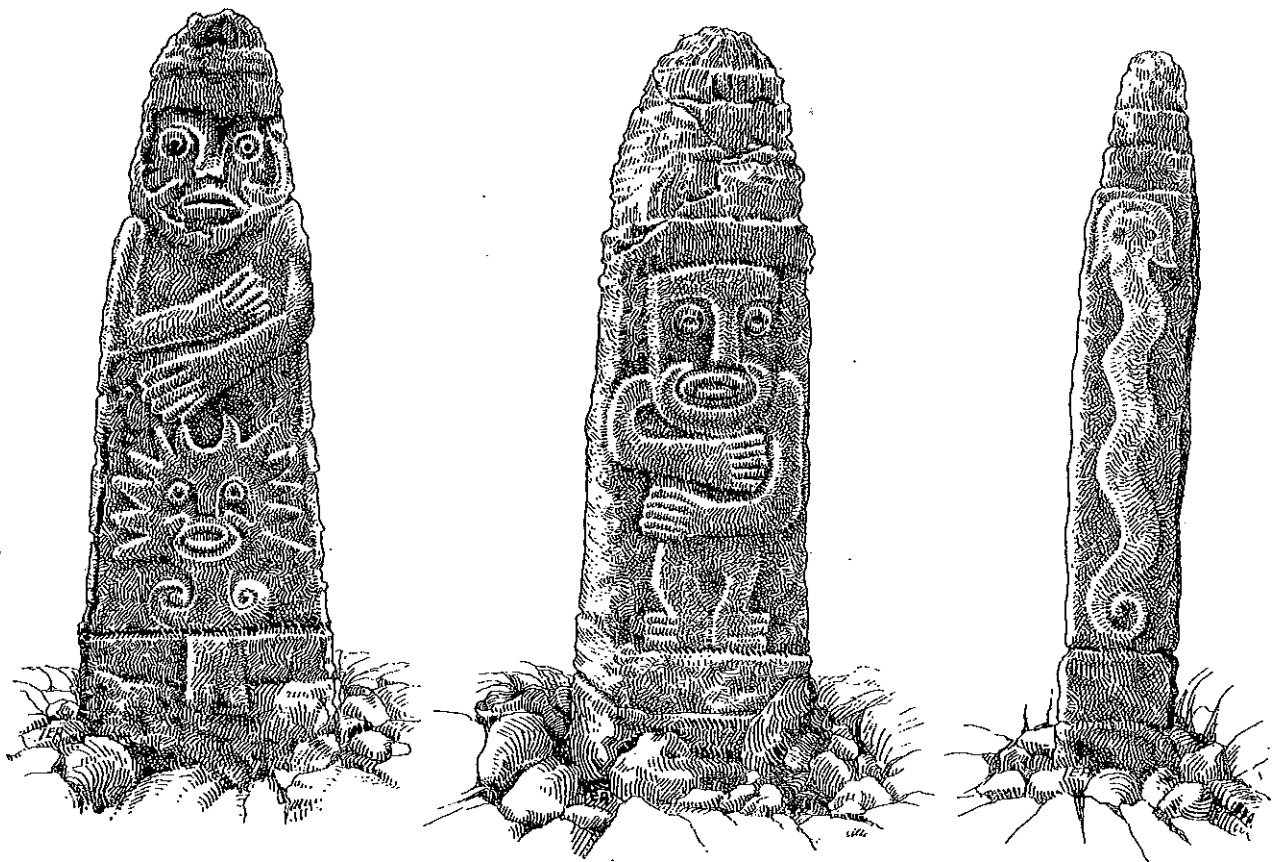


Fig. 1

El monolito de Mocachi, según croquis tomados en el terreno.

ruinas de época prehistórica. Las más interesantes son las de un "Kalasasaya" análogo al tan conocido de Tiahuanaco, con las trucas hileras de grandes piedras que marcan el recinto rectangular, dispuesto con sus lados hacia los puntos cardinales. Estos restos se hallan sobre una meseta que debió servir de "pucará" y cuyo suelo está cubierto de piedras trabajadas, en su mayor parte destrozadas. Encontramos pedazos de ídolos zoo y

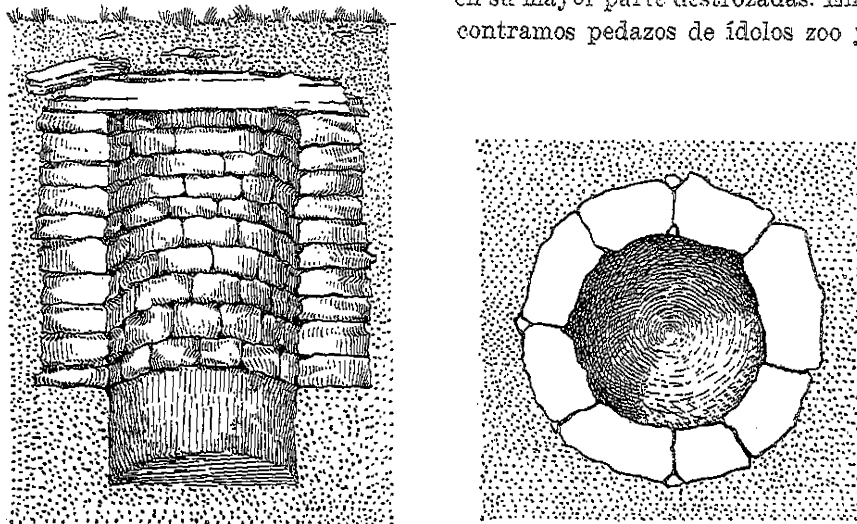


Fig. 2

Perfil y sección horizontal de un sepulcro de Mocachi.

antropomorfos, y dos monolitos en regular estado de conservación. Uno de ellos, de 2.10 metros de alto, es particularmente interesante, como podrá juzgarse por la figura N° 1 que evita toda descripción. Sólo añadiremos que presenta grandes semejanzas con el descubierto por la Misión Bennett en 1932 frente a la escalinata del "Kalasasaya". Como se sabe, en esa oportunidad se encontró un magnífico ídolo de más de seis metros de largo y a su lado otros más pequeños. Uno de ellos ofrece la misma técnica de construcción y el mismo personaje principal; en cuanto a la cara lateral es exactamente igual a las del monolito que hallamos en Mocachi.

En las excavaciones realizadas en este lugar encontramos numerosos sepulcros cuidadosamente contruídos y tapados (Figura N° 2). Entre el material hallado hay piezas del tipo de Tiahuanaco y lo que es más importante se hicieron hallazgos superpuestos, en el nivel inferior de tipo Tiahuanaco y en el superior incaico.

2° En nuestros trabajos en las ruinas de Tiahuanaco dedicamos escasa atención a los restos superficiales que son ya por demás conocidos y procuramos en cambio intensificar las excavaciones. Los sondeos fueron efectuados en varios sitios con el fin de reconocer la mayor superficie posible, dando resultados favorables en los lugares marcados S1 a S15 en el croquis adjunto (Figura N° 3). No correspondiendo en una comunicación de esta índole la descripción de material, nos limitaremos a consignar los siguientes datos:

- a) Superficialmente no hay indicios que denoten la existencia de los entierros, a veces hemos cavado al pie de las grandes masas líticas pero sin éxito. Tanto en el "Akapana" como en el "Kalasasaya" los sondeos dan como resultado el hallazgo de piezas aisladas y casi siempre fragmentadas; no hemos constatado una sola sepultura. En otros lugares éstas aparecen en núcleos, principalmente a lo largo de la vía férrea entre Tiahuanaco y Puma Punko.
- b) En todos los casos, al efectuar excavaciones hemos encontrado una capa de cenizas cuyo espesor varía entre 5 y 20 centímetros. La profundidad a que se hacen los hallazgos no es constante, los más superficiales a 80 centímetros y los más hondos hasta a 4 metros.
- c) Podemos diferenciar dos tipos principales de hallazgos:
 - 1° Aquellos que son verdaderas sepulturas. Un esqueleto, en la posición llamada "en cuclillas" está rodeado de un ajuar fúnebre, generalmente pobre en cantidad de objetos. Constatamos un entierro de párvulo en urna, se había utilizado como sarcófago una tinaja grande y sin decoración. Junto a los restos, dentro de la urna, había tres finas piezas de cerámica.

2º En nuestras excavaciones hemos encontrado, tan a menudo como el anterior, otro tipo de yacimiento que se caracteriza por la ausencia de restos humanos. En estos casos la cantidad de objetos, casi exclusivamente de cerámica, es muy grande, pero rara vez hay una pieza entera y los fragmentos muy mezclados y con sus roturas viejas parecen indicar que los vasos fueron enterrados ya despedazados.

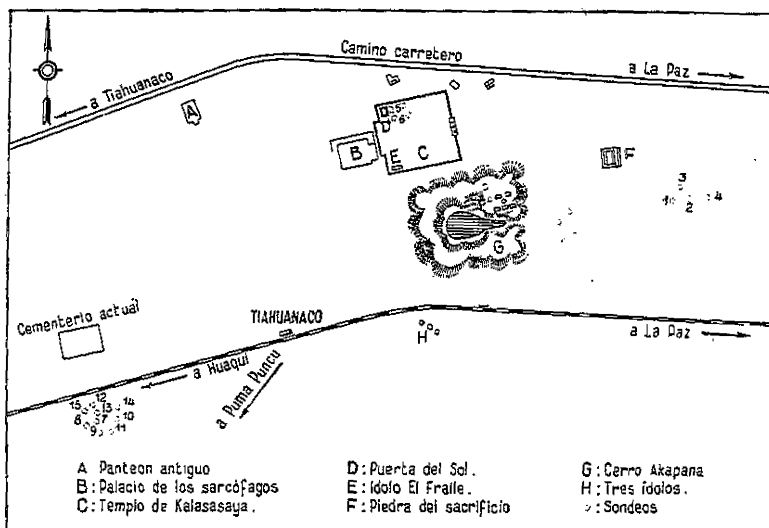


Fig. 3

Croquis de las ruinas de Tiwanaco, con la indicación de los lugares donde se hicieron excavaciones.

d) A pesar de lo limitado de nuestros trabajos, nos atrevemos a decir que pueden distinguirse en Tiwanaco dos tipos de entierros, que en tres oportunidades hemos encontrado claramente superpuestos. Al nivel más antiguo corresponde la cerámica más fina y de la tan bella y conocida ornamentación pintada en varios colores. En el segundo, la cerámica es más tosca y la decoración ofrece menor perfección; abun-

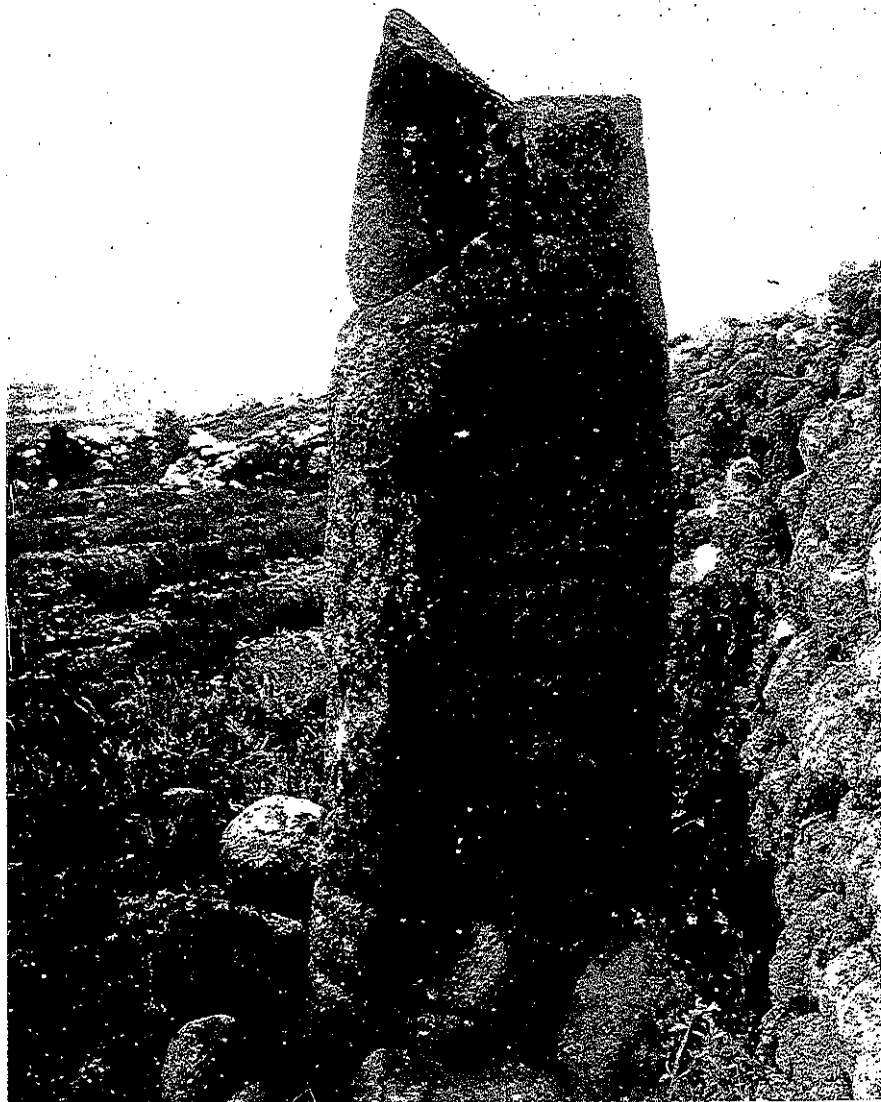
dan en este nivel los objetos de bronce y hermosas piezas de piedra.

Las excavaciones realizadas tienen una importancia: certificar que debajo de los monumentos exteriores, que ya nada más pueden darnos, hay todo un mundo que nos puede dar la clave del problema de Tiahuanaco. Creemos, pues, que ha llegado el momento de abandonar las interpretaciones teóricas y dedicarse con intensidad a excavaciones sistemáticas y en gran escala. Por otra parte estos trabajos deben efectuarse no sólo en el lugar llamado Tiahuanaco sino en todos los puntos en que afloran restos de esa cultura, de los cuales ya se conocen varios en el altiplano y que nuevas exploraciones revelarán en mayor número. Cabe añadir que es de lamentar que, por motivos ajenos a nuestra voluntad y a pesar de los buenos deseos del profesor Posnansky, no haya sido este viaje, como todos queríamos, el comienzo de una era de intensa colaboración entre los hombres de estudio de ambos países, que seguramente hubiera dado valiosos resultados¹.

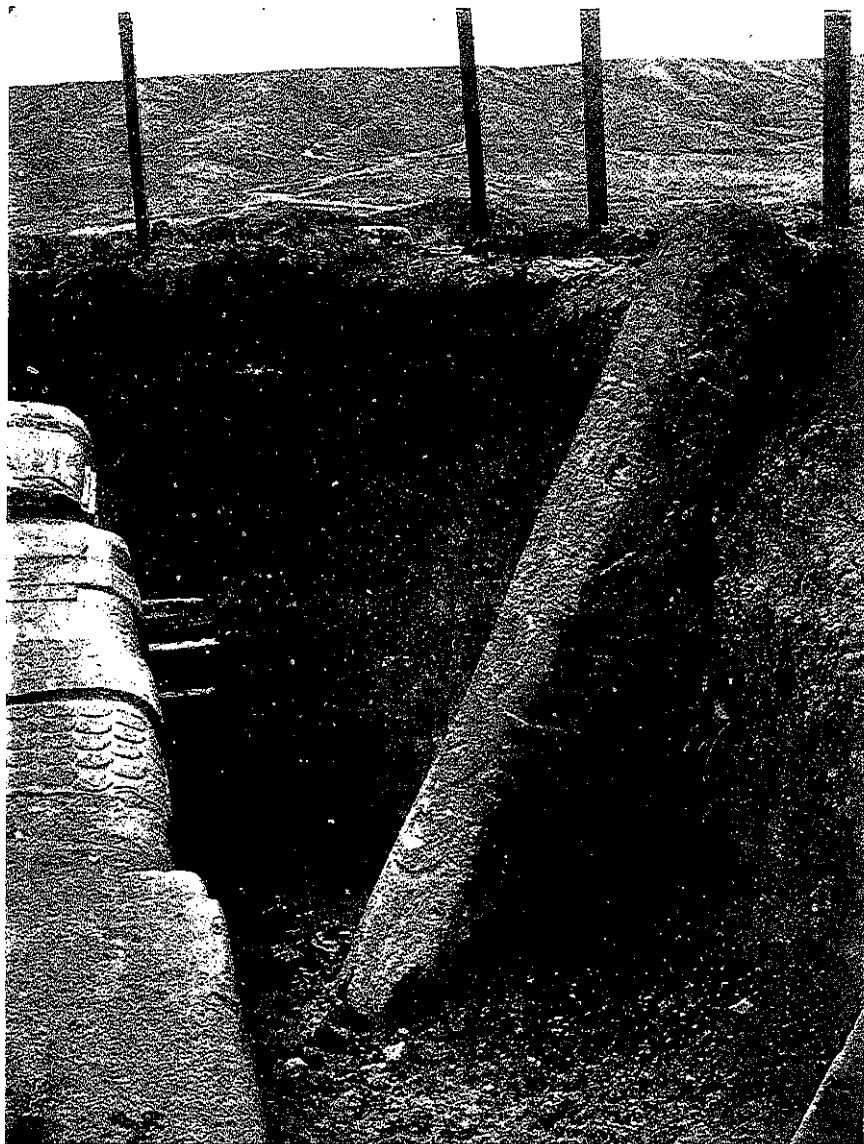
(¹) Comunicación presentada en la sesión de la Semana de Antropología realizada el día 4 de diciembre de 1937. Dibujos de Ismael Astarico. Croquis de M. T. Grandona. Fotografías del autor.



Fotografía de la cara anterior del ídolo de Mocachi.



Fotografía de la cara posterior del ídolo de Mocachi.



Un aspecto de las excavaciones realizadas por la Misión Bennett en Tiahuanaco. Puede observarse un monolito semejante al de Mocachi.

LA "VERA Y BREVE RELACIÓN DE LA VIDA Y
COSTUMBRES DE LOS INDIOS TUPINAMBÁ", POR
HANS STADEN (1557) Y SU NUEVA VERSIÓN

por

EDMUNDO WERNICKE

C IERTAS investigaciones referentes a la historia de la Conquista del Plata me sugirieron la idea de que el libro de Juan Staden, el soldado alemán embarcado en la expedición de Diego de Sanabria, solicita de los americanistas una mayor atención de la cual ha gozado hasta hoy, pese a su frecuente cita, pues su versión castellana ha sido fragmentaria hasta nuestros días.

Los libros, cual el dicho, escritos en idiomas no castellanos por los aventureros extranjeros entre los conquistadores y primeros pobladores hispanos, suelen presentarnos, en algunas veces, un material para afirmar y aún a rectificar diversos conceptos, pues como sus autores han escrito para lectores desconocedores de la lengua española, deben cuidar en explicar el sentido de frases y voces para la mejor comprensión por sus connacionales. Por otro lado sus idiotismos, sean hispanismos, lusitanismos o indianismos entrecalados en estos textos extranjeros, han causado errores en las versiones, los cuales han adquirido derecho de existencia hasta en la literatura colonial castellana. Aquí puedo presentar lo sucedido con la "casa y puerto" de Buena Esperanza sobre el Paraná, que Schmidl sólo indicó con el hispanismo "porten", sin aposición explicativa, pues hasta este pasaje él usó siempre la voz de "hafen" para indicar el ancladero de los buques. Los inoficiosos editores alemanes tradujeron tal hispanismo como "isla", y así, en los dibujos de la traducción latina del libro de Schmidl por Hul-

sius, se ven, situados en una isla, un lugar Buena Esperanza y un fuerte Corpus Christi, en franca oposición con la historia¹.

Referiré otro motivo de la presente comunicación en pro de una nueva versión de este libro aconsejada por su conveniencia. Indagando la época de la entrada de ciertas voces indígenas al léxico de los conquistadores, su expansión por el continente americano y su ingreso al romance español y diversas hablas europeas, seguí la ruta de la palabra "maíz", de origen caribe. Ni Caboto ni sus marineros en 1529 la pronuncian en las probanzas del Río de la Plata, pues emplean el término de "avati", de fuente guaraní. En cambio, Nicolás Federmann, capitán alemán de los Welser, penetra al interior de Venezuela, y describiendo la alimentación indígena, anota: "mahiz, ese es el *korn* (cereal) de los indios". Llega en 1536 Utz Schmidl con don Pedro de Mendoza al Plata y nos explica en forma parecida: "Meisz (maíz) es su *korn*"². Vemos que la voz de "maíz" ya se había afirmado en el lenguaje ríoplatense. Utz Schmidl amplía para sus lectores compatriotas "maíz es el trigo turco". Por lo tanto en la costa del Danubio, de donde él era oriundo, la noticia de la valiosa gramínea o el consumo de su grano había cundido, pero en un itinerario que desde el Mediterráneo y el Levante subiendo por el mencionado río, de copioso tránsito naviero, causara su errónea denominación. Tan olvidado se hallaba ya en 1599 el verdadero origen del maíz, que Hulsius en su traducción latina emplea, sin la menor observación, la frase de "triticum turcicum", mientras Gotardus en ese mismo año trae la de "far asiaticum", ampliando así el panorama geográfico del yerro. Los colonos ruso-alemanes en la Argentina denominan aun hoy día al maíz "trigo turco". Hans Staden, oriundo del centro de Alemania, prisionero de los indios brasileiros y conocedor de sus idiomas, se ha referido al maíz únicamente bajo la designación de "abbati", y es de suponer que la voz caribe, ya aceptada por castellanos y algunas naciones europeas, aun no era corriente en 1554 entre

(¹) Conf. apéndice a la edición alemana de 1889. ULRICH SCHMIDELS, *Reise nach Suedamerika*, 123 (en nota a página 52, línea 24), donde traducimos: "y vino a los Timbus, que al comienzo, cuando llegamos, llamamos Buena Esperanza, pero la fortaleza donde estaba la guarnición llamamos Corpus Christi".

(²) Es error suponer que este alemán no hubiere aprendido idiomas. El sistema fonético que descubrimos en su ortografía nos autoriza a decir que, fuera de su idioma patrio, él conocía el holandés, el castellano y el guaraní.

los pobladores lusitanos del Brasil, que ya habían aceptado el topónimo “América”, mientras los castellanos por muchos decenios se aferraron a su término de “Las Indias”. Hans Staden nos describe la preparación del *kawy*, o sea de la bebida fabricada mediante el maíz fermentado, por cuya afición los indígenas se lanzan a la guerra contra las tribus vecinas para combinar su consumo junto con la carne de prisioneros en macabros festines. Las observaciones etnográficas de Staden acrecieron así mi interés en conocer su “Breve relación”¹.

Hans Staden, oriundo de Homberg, embarcó como artillero en la expedición de Sanabria de 1549². Naufragada la escuadra, este aventurero, que según él escribe, era el único alemán en ella, fué contratado por los portugueses para hacerse cargo de la artillería de un fortín en la región de Río de Janeiro. En enero de 1554 cayó prisionero de los indios tupinambá (Tuppim Inbas en su libro). Gracias a su posesión del idioma tupi y su simulación de ser francés, amigo de los Tupi, se libró de ser sacrificado para un festín macabro. Pedro Rossel, el flamenco, representante de los Schetz de Amberes, no pudo salvarlo, si bien enviara su carabelón en su busca³. A los nueve meses Staden es libertado por un buque francés y llevado a Francia, desde donde pasó a Amberes a dar cuenta a Gaspar Schetz, de la firma de Erasmus Schetz (los Erasmos de la historia del Brasil), sobre la suerte del carabelón atacado por los franceses. Schetz le dió los medios para trasladarse a su patria alemana. Allí publicó, en 1557, los episodios de sus viajes bajo el título: “Vera historia y descripción de una región de los salvajes, desnudos, feroces hombres comilonos de gentes, situada en el nuevo mundo América, etc.”⁴. Este título corresponde al

(¹) Figura en nuestra Biblioteca Nacional en Buenos Aires bajo el número 78.810, tomo 47, en la publicación del *Literarische Verein de Stuttgart* (1859), que trae el título común pero erróneo de *Federmanns und Hans Stades Reisen nach Suedamerika*. Este patronímico de *Stades* en vez de *Staden* demuestra no tratarse del original.

(²) La misma condición de Utz Schmid, sargento de Mendoza, y también de Bartolomé Blume, oriundo de Nurenberg y artillero de Pizarro y Valdivia. El primero parece haber sido protegido de Neidhart, de esa misma ciudad, conocida por su fabricación de fusiles.

(³) Lo suponemos el mismo carabelón en el cual este flamenco mandó recoger, según Juan Salazar de Espinosa, en dos viajes, a título gratuito, las mujeres, doncellas y marineros naufragos en la costa del Brasil.

(⁴) *Wachhaftig Historia und beschreibung eyner Landtschafft der Wilden/Nacketen/Grimmigen Menschfressen Leuthen/in der Newenwelt America gelegen, etc. Gertruckt zu Marburg/im jar M. D. LVII.*

uso llamativo por los editores de los "Reisebuch" (libros de viaje) tan en boga entonces en Alemania. En realidad se trata de dos libros, pues tras dar por terminado el primer "librito" de la narración de sus andanzas, el autor agregó, con nuevo epígrafe y división de capítulos, otro relato que él titula: "Vera breve relación de vida y costumbres de los Tupinambá"¹.

Al primer libro precede un prefacio por un amigo de la familia de Staden, pero que no penetra en la substancia del texto, salvo que aboga a que se debe dar crédito a lo que refiere Staden sobre los "hombres salvajes, desnudos y comedores de gentes". La mayoría de posteriores editores han suprimido con razón ese insubstancial prólogo. A nosotros nos sirve como un elemento de juicio para desechar la intervención del prologoísta². El libro, junto con un mapa, fué publicado en Marburg en 1557, pero reimpresso varias veces en este mismo año en Francfort. Por lo visto, el título conquistó lectores ávidos de saber de los "salvajes", que desde Vespucci figuran en las descripciones. Suponemos también, que como en el caso del libro de Utz Schmidl, no ha de haber existido mayor salvaguardia para los intereses del autor del libro. De todas estas y siguientes ediciones, quedan escasísimos ejemplares, pues la guerra de los treinta años causó gran daño a las existencias libreas alemanas. En ese mismo siglo XVI, la "Historia" fué traducida por dos editores al latín, pero no parece haber cundido en esta lengua. En cambio, a una edición al flamenco han seguido numerosas ediciones holandesas hasta el siglo XVIII, despertando mucho interés en los Países Bajos. Tan escasos resultan hoy los ejemplares alemanes de aquellos siglos, que uno de los tres modernos comentaristas germanos, tuvo que servirse de una traducción (Bode). Para ese caso se trataría de la flamenca u holandesa.

En 1837, Ternaux produjo una traducción francesa, pero sin entrar en mayor comentario, si bien en su prefacio aporta un dato precioso por

(¹) *Wahrhaftiger kurtzer bericht/handel und sitten der uppin Inbas/deren gefaner ich gewesen bin/. Wonen in America/jre landt schafft ligt in in 24. gradus uffder Seudenseit der linien/aequinoctial/jr landstosset an eyn refier/Rio Janero genant.*

(²) D. Joh. Dryander/genant Eychman/Profesor ordinario y médico en Marburg. El prólogo fué escrito en 1556.

repetirnos el relato de Jean Lery, que a los dos años del retorno de Staden viajó entre los mismos tupi y dejó una obra de interés etnográfico. En marzo de 1586 él vió en Suiza el libro de Staden y se hizo traducir varios capítulos que le llenaron de asombro, pues lo escrito por Staden coincidía en absoluto con cuanto Lery había publicado, tanto que cualesquiera podría decir que ambos se hubieren consultado antes de relatar.

El cónsul inglés en el Brasil, Ricardo F. Burton, hizo traducir, por Alberto Tootal, en 1874, la obra, al parecer sólo en su parte episódica, y proveyó de notas a esta versión. Su publicación respondía a defender la tesis sostenida por Burton sobre la situación del fortín donde actuara Hans Staden. Su título elegido coincide con los dos de las traducciones brasileñas de 1892 y 1900. Ambas contienen sólo la primera parte del libro o sea la "Historia". La de 1892 posee el mérito de haber rectificado o ratificado frases y voces guaraníes de la "Historia", siendo la segunda una simple reimpresión, y diremos con Lehmann Nitsche, un trabajo de menor valor.

En la Biblioteca Nacional existe el traslado del antiguo al moderno alemán de una edición de Francfort de 1556, realizado por el mismo Lehmann Nitsche, destinado al público alemán en la Argentina. El reproduce los tres informes citados, pero en ellos se contempla más bien la faz episódica de la obra aunque a grandes rasgos se destaca su valimiento etnográfico. Lehmann Nitsche tradujo varios capítulos de la "Historia" en cuanto podían relacionarse con la expedición de Sanabria y la suerte de sus naufragos (9).

En 1925 el Dr. Ricardo N. Wegner, de Francfort, editó para la Sociedad de Antropología, Etnografía y Protohistoria en Francfort, un fac-símile de la princeps de Marburg. Esta había tenido en el mismo año dos reimpressiones en Francfort, pero con exclusión del mapa que la acompañó. A los datos referentes al libro, publicado por el Dr. Wegner, responden varios de mis presentes párrafos. Por su informe y por los datos obtenidos hasta ahora en mi búsqueda, puedo decir que aún no existe en

(¹) R. LEHMANN NITSCHÉ, *Hans Staden, arcabucero alemán de la expedición Sanabria al Río de la Plata (1550-1553)*, en *Boletín de Investigaciones Históricas*, V, 425; Buenos Aires, 1927.

el mundo castellano una versión fiel, completa y relacionada con los diversos aspectos etnográficos.

Hans Staden denominó “breve” a su *Relación*, pero tal término cuadra sólo para la extensión concedida por él a cada tópico, no así al número de temas que él aborda. En sus descripciones, Staden nos resulta superior a sus connacionales Nicolás Federmann y Utz Schmidl, pues él ha observado cierto método intuitivo para pintar la vida de los indios de quienes fué prisionero. Su afán de saber ha sido muy vivo, pues de continuo menciona las preguntas que él formulara a los indígenas y sus respuestas. Para un ejemplo de su espíritu observador y su culto a la verdad, basta leer su informe sobre la antropofagia que él explica no como nacida del hambre y del hábito inveterado, sino del odio y del *neid* (envidia). Tal voz de *Neid* fué vertida por los traductores como de “ira”, pero debe ser entendida más bien expresiva del ansia de adquirir las cualidades que adornaran al guerrero vencido.

La breve relación nos describe en sus 38 capítulos la ruta al Brasil, la situación geográfica de este país, las migraciones de sus pueblos, sus viviendas, sus fortificaciones, su constitución física y sus rudimentos de gobierno, su agricultura y útiles de labranza, sus alimentos y bebidas, sus creencias religiosas y muchos otros aspectos etnológicos de interés. El eminente etnólogo Federico Ratzel apreció la obra de Staden en cuanto a esta segunda parte como sigue: “*se podría decir que la Vera breve Relación de Hans Staden es el modelo de una sucinta descripción etnográfica que a la vez se refiere a todo lo esencial*”. Un juicio parecido ha emitido el etnógrafo Camus según cita el Dr. Wegner en su comentario de la Facsímil. Esta me ha servido para mi estudio merced al ejemplar existente en la biblioteca de “Gaea, Sociedad Argentina de Estudios Geográficos”.

La obra de Staden, si bien es de inmediato interés para la etnografía brasileña, ofrece tantos otros puntos de contacto con la etnografía de las repúblicas del Plata, que su versión al castellano es aconsejada por conveniencia científica, ante todo en la segunda parte o sea la “Relación”. Hasta sus dibujos frente a los trazados apócrifos del libro de Levinus Hulsius (su traducción de un titulado Hulderico Schmidel), presentan un valor

real, pues si no son de la mano del autor, han sido visados por él, como se prueban las referencias del texto para su comprobación.

Por estas razones estimo oportuna y necesaria se emprenda la versión castellana cuyos estudios preparatorios he iniciado y coloco bajo los auspicios de esta Sociedad de Antropología. Ella, en pleno conocimiento de la importancia de la obra, ha de tener la iniciativa en la realización de esta empresa. La verdad que los sabios connacionales de Staden y Schmidl esperan siempre que desde aquí surjan las iniciativas, pues nos suponen más conocedores del ambiente. Al fin y al cabo, el libro, si bien escrito en un idioma duro al oído castellano, constituye una obra americana.

Así espero que con el apoyo de los señores socios y la eficaz colaboración de nuestro presidente, Prof. Francisco de Aparicio, podemos dar cuerpo a nuestro propósito¹.

(¹) Comunicación presentada en la sesión de la Semana de Antropología realizada el día 4 de diciembre de 1937.

ALGUNOS VASOS INDIGENAS DE LAS MARGENES DEL PARANA INFERIOR

por

EVA A. IRIBARNE

LA considerable cantidad de restos de cerámica indígena que los paraderos del litoral paranense han suministrado permiten tener un conocimiento casi completo de la alfarería de aquellos aborígenes, pero su costumbre de fracturar intencionalmente los vasos que dejaban, y aun de dispersar luego los fragmentos, ha hecho extremadamente raro el hallazgo de alguno de ellos entero, y esto es causa de que muy poco se pueda decir acerca de la forma general de dichos vasos.

Hasta la fecha — y prescindiendo de las reconstrucciones más o menos hipotéticas — tan sólo tres ejemplares, encontrados en tan vasta zona, han sido publicados; dos provenientes de la provincia de Entre Ríos, conservados en el Museo de Paraná¹, y el tercero de la región insular de la provincia de Santa Fe².

Esta circunstancia me ha hecho creer que ofrecería interés una serie de vasos pertenecientes a las colecciones del Museo Antropológico y Etnográfico, de la señora Amelia Larguía de Crouzeilles y de los señores Francisco de Aparicio y Manuel A. Bousquet.

VASO N° 1.

Es la pieza de mayores dimensiones de la serie, con 37 centímetros de diámetro y 36 centímetros de altura. Presenta, como se ve en la fotografía

(¹) ANTONIO SERRANO, *Sobre algunas piezas de alfarería indígena conservadas en el Museo de Paraná*, en *Physis*, IX, 117 y sig.; Buenos Aires, 1928.

(²) FRANCISCO DE APARICIO, *Un nuevo documento relativo a la colocación de las casaz zoomorfas en la cerámica del litoral paranense*, en *Physis*, VIII, 244 y sig.; Buenos Aires, 1925.

(lámina I), un gran vientre globular y un cuello corto cuya estrecha boca tiene ocho centímetros y medio de abertura. Alrededor de la base del cuello, más o menos simétricamente puestas, hay tres asas pequeñas, para la colocación de las cuales se ha seguido el conocido procedimiento de introducir ambas puntas de los rodetes que las forman en el cuerpo del vaso, remachando luego por dentro¹.

Bien modelado, el vaso tiene las medidas de sus diámetros casi constantes, y si bien la superficie externa es algo áspera, esto es, en gran parte, atribuible al uso. La pasta, amarillo rojizá, de ocho milímetros de espesor, se halla cocida superficial y deficientemente, mostrando la pieza varias manchas negras.

Donado por el Museo Florentino Ameghino de Santa Fe al Museo Antropológico y Etnográfico, a las colecciones del cual pertenece en la actualidad, se ignoran las circunstancias en que fuera encontrado, sólo se lo sabe proveniente de Los Saladillos, Departamento San Javier, provincia de Santa Fe.

VASO N° 2.

Ocasionalmente fué encontrado en el pueblo de Helvecia (Departamento Garay, provincia de Santa Fe), lleno de un maíz que, en la región, es llamado calchaquí. Está formado por un vientre subglobular sobre el que se apoya, por una amplia base, el cuello en forma de cono truncado, en el que se insertan perpendicularmente dos asas opuestas muy pequeñas, remachadas en el interior del vaso, según se advierte al tacto.

Se utilizó pintura roja para decorar la pieza, cubriendo el cuello, las asas y una franja de cuatro centímetros en la cara interna junto al borde, formando luego, sobre el vientre, una guarda de ocho figuras trapezoidales, más o menos regularmente distribuidas (figura 1).

La pieza, tal como se puede apreciar en la fotografía de la lámina II, ha sido modelada con esmero y está bien proporcionada, 27 centímetros de diámetro y 28 de altura. Por otra parte, los diámetros apenas varían, y la superficie fué pulida cuidadosamente.

(¹) FRANCISCO DE APARICIO, *Fabricación de alfarería moderna en la región serrana de la provincia de Córdoba*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, II, 194: Buenos Aires, 1932.

Homogénea, compacta y no muy dura es la pasta amarillo-rojiza. Excepcionalmente bien cocida, sólo tiene dos manchas negras débiles, pero por una pequeña fractura del borde se ve que la cocción, como en los demás casos, es superficial.

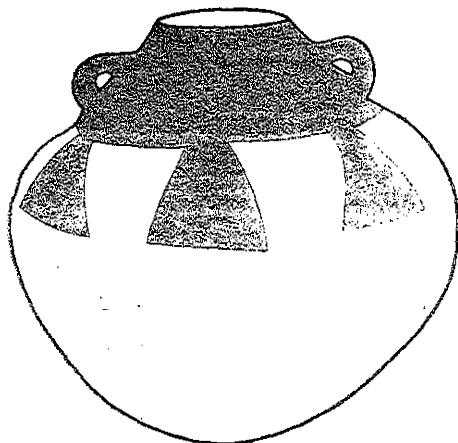


Fig. 1

VASO N° 3.

Por su calidad excepcional se destaca este vaso de pequeñas dimensiones — trece centímetros de diámetro y diez y seis de altura — formado por un vientre subglobular, muy aplanado en la base y un cuello cilíndrico cuyos bordes se inclinan hacia afuera dando a la boca una abertura de siete cen-

tímetros y medio de diámetro. En la parte superior del vientre se inserta perpendicularmente un asa hecha con un rodete plano del que se advierten los remaches en la cara interna (lámina IV).

Una doble decoración, pintada y grabada, ocupa íntegramente su superficie externa. Con pintura roja se ha recubierto todo el vientre, el asa y una franja en la cara interna, junto al borde. En el cuello, y tomando como elementos el surco con escalonamiento interior y el punto triangular, se ha grabado una guarda cuyo desarrollo es reproducido en la figura 2.

El vaso es de líneas elegantes y está modelado con gran habilidad; los círculos de la boca y del vientre son casi perfectos, con insignificantes variaciones respecto de la curva normal, y la superficie ha sido bien alisada. Llama la atención el escaso espesor de la pasta, que es compacta, de color pardo claro y cuya cocción superficial e imperfecta afea la pieza con varias manchas negras.

Este notable ejemplar fué hallado en el lugar denominado Rincón de Mota, sobre la margen derecha del arroyo de Leyes (Dpto. Garay, Prov.

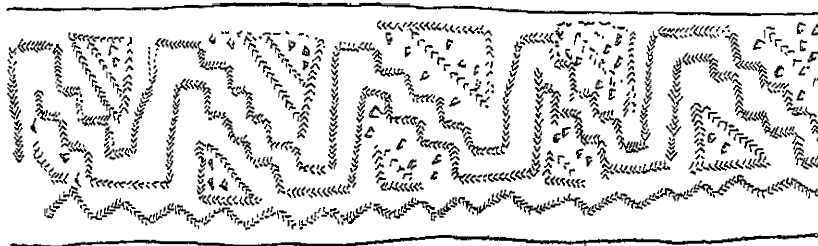


Fig. 2

de Santa Fe) en excavaciones realizadas por la señora Amelia Languía de Cruzeilles.

VASO N° 4.

Muestra la fotografía de la lámina V, un vaso de una altura total de 30 centímetros, con un amplio vientre subglobular — 35 centímetros de diámetro— y cuya parte superior, en forma de cono truncado, se cierra en una boca de ocho centímetros y medio. Cerca de ella han sido colocadas perpendicularmente dos asas opuestas, de agujero muy pequeño, como en todos los vasos, remachadas por dentro.

Restos de una decoración son, quizá, algunos vestigios de pintura negra que se encuentran alrededor de la boca de esta pieza rústicamente modelada, asimétrica, de diámetros variables y superficie mal alisada. Numerosas manchas negras debidas a la mala cocción sufrida, se destacan sobre el color amarillo-rojizo de la pasta.

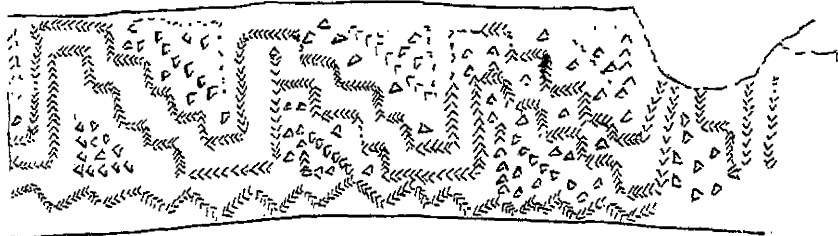


Fig. 2

Este vaso fué hallado accidentalmente, durante los trabajos de labranza, en el campo denominado Los Zapallos, sobre la margen derecha del arroyo de Leyes, y a escasa distancia del anterior.

VASO N° 5.

Aseméjase a dos conos truncados unidos por su base, la forma del vaso que muestra la fotografía de la lámina VII, cuya altura total es de 33 centímetros y medio. La parte superior termina en un cuello de ocho centímetros de boca, dando su línea de juntura con la inferior la medida del diámetro máximo, de 28 centímetros.

De una visible asimetría y con su superficie mal alisada, la pieza fué modelada groseramente. Es de color pardo oscuro y su pasta, dura, porosa, tiene un espesor que varía entre siete y once milímetros. A causa de su mala cocción, se ven varias manchas negras en la cara externa, donde, en partes, también aparece hollín.

A este vaso se le halló ocasionalmente al efectuarse trabajos de labranza, sobre la margen derecha del río Coronda, en el lugar conocido por el nombre de Ombú de Basualdo.

VASO N° 6.

La fotografía de la lámina VIII, reproduce un vaso de escasa altura, paredes suavemente curvadas y boca muy amplia, cuya forma general recuerda la de un lebrillo. Sobre la cara externa, y junto al borde, corre una guarda formada por dos líneas de puntos, quebradas y paralelas. A pesar de esta decoración grabada, de los vestigios de pintura roja y de tener su superficie pulida, la pieza es rústica, asimétrica, de un modelado deficiente. Tiene aproximadamente 16 centímetros, y su diámetro máximo de 36 centímetros y medio.

La pasta, color pardo claro, dura, compacta, es de ocho milímetros de espesor. La mala cocción sufrida dejó crudo el interior y produjo varias manchas negras. Advirtiéndose también en varios sitios hollín. Fué hallado en Ombú de Basualdo, sobre la margen derecha del río Coronda, de modo accidental al arar la tierra.

VASO N° 7.

Tiene sólo seis centímetros y medio de diámetro y cinco centímetros y medio de altura el pequeño vaso subglobular fotografiado en la lámina IX, *a*. Modelado con descuido, es asimétrico, sus bordes son irregulares, y su superficie externa rugosa.

La pasta es muy dura y compacta, color pardo obscuro y tiene cuatro milímetros de espesor. La cocción es mala.

Ha sido hallado en circunstancias análogas a la de los dos vasos anteriores, y en el mismo punto, Ombú de Basualdo, donde existe un extenso paradero, típico de la región, que ha dado numerosas representaciones plásticas.

VASO N° 8.

Constituye una excepción dentro de la alfarería del litoral la pieza reproducida fotográficamente en la lámina IX, *b*, encontrada en Las Tejas, en la región insular próxima a Coronda, a corta distancia del yacimiento explorado por Antonio Serrano (1).

Trátase, sin duda, de un vaso zoomorfo cuya forma general es hipotéticamente reconstruída en el croquis de la figura 3. El vientre, semiesférico con achatamiento en la base, corresponde al cuerpo del animal, probablemente un pato. La pieza fué decorada con pintura roja y también grabaron en ella líneas quebradas de surco con escalonamiento interno.

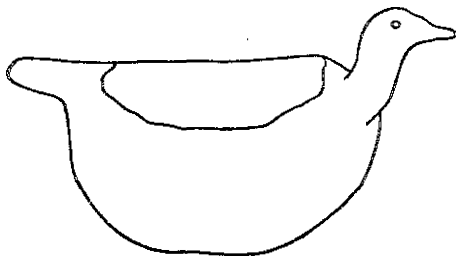


Fig. 3

El deterioro del vaso no permite apreciar con exactitud la calidad del modelado, que debió ser algo basto, a juzgar por

la asimetría del vientre. El diámetro máximo, variable, tiene, aproxima-

(1) ANTONIO SERRANO, *Arqueología de Las Tejas*, en *Revista Universitaria del Litoral*, N° 12, 1 y sig.; Buenos Aires, 1923.

damente, 11 centímetros, siendo la altura de 68 milímetros. La pasta, dura y mal cocida, es de color pardo claro, y su espesor de 5 milímetros.

VASO N° 9.

Formado por un vientre subglobular con diámetro máximo de 31 centímetros y un cuello apenas esbozado con boca de seis centímetros y medio, cerca de la cual han colocado perpendicularmente dos asas gruesas, de agujero muy pequeño y cuyos remaches se advierten en el interior del vaso (lámina X).

El modelado es grosero; la pieza es asimétrica, su diámetro varía y las asas están situadas a distinta altura. Por otra parte, la superficie externa ha sido poco pulida, aunque también es visible el desgaste producido por el uso.

Varias manchas negras, prueba de la deficiente, a más de superficial, cocción sufrida, se distinguen sobre la superficie pardusca del vaso. La pasta tiene un espesor de siete milímetros junto al borde, engrosándose notablemente en la base.

De la margen izquierda del río Paracao, a corta distancia de la desembocadura del arroyo Los Galpones fué extraída esta pieza, en lugar donde se han producido hallazgos arqueológicos relativamente abundantes¹, correspondientes todos ellos al tipo de cultura caracterizada por las representaciones plásticas.

VASO N° 10.

Al hacer los removimientos de tierra necesarios para construir los terraplenes de acceso al puente sobre el río Las Conchas, en el paso La Picada (Dpto. de Paraná, Entre Ríos) se encontró este vaso de aspecto un tanto diferente al de los restantes, pero que presenta, sin embargo, las características de la alfarería indígena: el modelado a mano y la mala cocción.

(¹) FRANCISCO DE APARICIO, *Un nuevo tipo de representaciones plásticas*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, LI, 94 y sig.: Buenos Aires, 1923.

Como se ve en la fotografía (lámina XII, a) que abarca casi todo lo que resta de la pieza, es un vaso de perfil quebrado, constituido por dos partes, una superior cilíndrica y otra inferior semejante a un cono truncado. Un rodete saliente, adornado con sucesivas presiones unguiculares ha sido colocado sobre la línea de juntura de ambas secciones. La base, de siete centímetros y medio de diámetro, llama la atención por el reborde que la hace aparecer como postiza aunque, por dentro, se ve bien que no lo es.

El círculo de la base bien logrado, los bordes regulares y biselados hacia el interior, son pruebas de un cuidadoso modelado. El pulimento de la cara externa no puede ser apreciado, pues la superficie del vaso ha sufrido alteraciones e incrustaciones durante el tiempo que estuvo enterrado, las que le dan un tono grisáceo, bajo el cual se descubre, al raspar, el primitivo color pardo claro.

La pasta, cuyo espesor es de ocho milímetros, ha sufrido una cocción en extremo mala, tanto que la fractura del vaso aparece completamente negra.

VASO N° 11.

Pequeño plato de diámetro apreciable en diez centímetros, groseramente modelado aun cuando su cara interna haya sido cubierta con pintura roja (lámina XII, b).

Una cocción excepcionalmente buena ha alcanzado hasta el interior de la pasta, de color pardo claro y espesor variable, diez milímetros término medio.

Fué encontrado en un paradero del tipo de los "cerritos" de la región insular, ubicado sobre la margen derecha del riacho Victoria, frente al Rincón del Doll, del que en otras ocasiones¹ se han retirado también representaciones plásticas y otros objetos que de ordinario se encuentran junto a ellas.

(¹) FRANZ KÜHN, *Notiz über paraderos der minuanes im biennendelta des Paraná (prov. Entre Ríos, Argentinien)*, en *Verhandlungen des XXIV Internationalen Amerikanisten-Kongresses*, Hamburgo, 1934.

La mayoría de estos vasos, como ya se ha hecho notar al describirlos, fueron encontrados en lugares conocidos por haber dado restos indígenas pertenecientes a la cultura del litoral paranense, que caracterizan las representaciones plásticas. Por otra parte, en la pieza N° 3 aparece empleado uno de los elementos decorativos peculiares de la alfarería de aquellos aborígenes, el surco con escalonamiento interno. En cuanto al vaso zoomorfo de la región insular, a pesar de constituir una excepción, se acerca a los de asas zoomorfas.

Se trata, en general, de una cerámica de calidad inferior, en ocasiones muy basta, probablemente utilizada en los trabajos domésticos, y según se puede inferir de la morfología de varias de las vasijas — amplios vientres que cierran en bocas estrechas y asas pequeñas con agujero de suspensión — ellas fueron destinadas a levantar y transportar agua.

Todo hace suponer que los mismos habitantes de las márgenes del Paraná Inferior, creadores de las representaciones plásticas, fabricaron también las piezas anteriormente descritas¹.

(¹) *Comunicación presentada en la sesión de la Semana de Antropología realizada el día 4 de diciembre de 1937. Cartografía de M. T. Grondona. Dibujos de Cristina C. M. de Aparicio. Fotografías de Francisco de Aparicio.*



Los Saladillos, departamento de San Javier, provincia de Santa Fe (Colecc. M. A. E.)

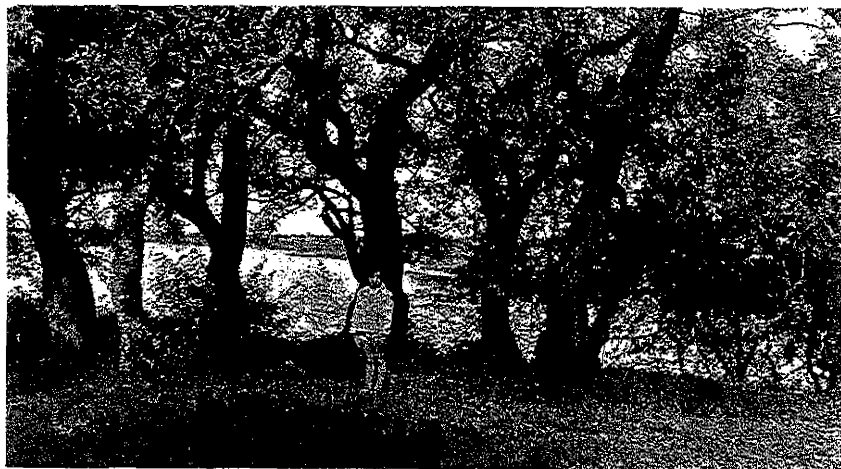


Helvecia, departamento de Garay, provincia de Santa Fe (*Colecc. A. L. G.*).



a

El arroyo de Leyes en las proximidades del yacimiento arqueológico.

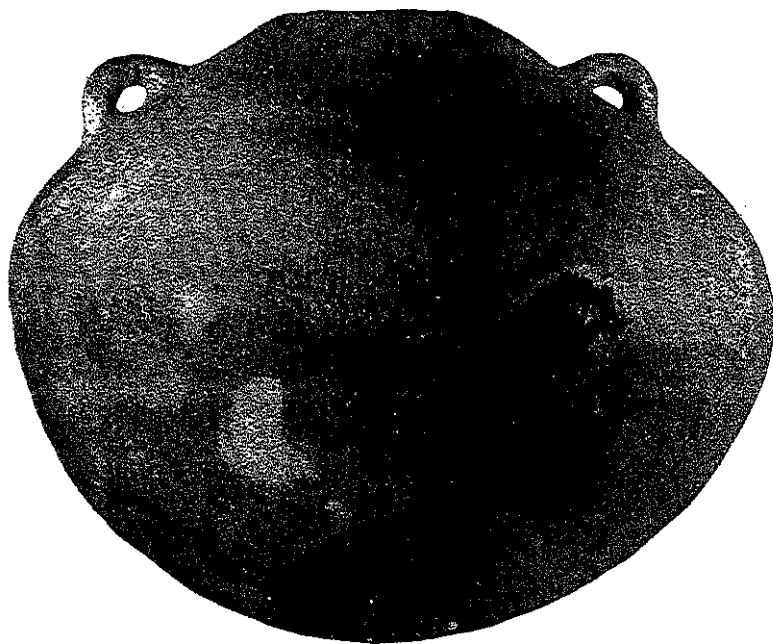


b

Aspecto del monte ribereño en Helvetia.



Rincón de Mota, margen derecha del arroyo de Leyes, departamento de Garay, provincia de Santa Fe (Colecc. A. L. C.).



Los Zapallos, margen derecha del arroyo de Leyes, departamento de Garay,
provincia de Santa Fe (Colecc. A. L. C.).



a

Barranca del río Coronda, en Ombú de Basualdo, departamento de San Jerónimo, provincia de Santa Fe.



b

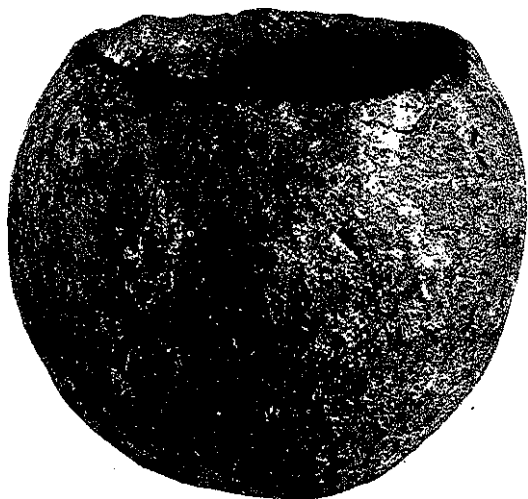
Costa de la Laguna de Coronda, departamento de San Jerónimo, provincia de Santa Fe



Ombú de Basualdo, margen derecha del río Coronda, departamento de San Jerónimo, provincia de Santa Fe (*Colecc. F. de A.*).



Ombú de Basualdo, margen derecha del río Coronda, departamento de San Jerónimo,
provincia de Santa Fe (Colecc. F. de A.).



a

Ombú de Basualdo, margen derecha del río Coronda, departamento de San Jerónimo, provincia de Santa Fe. (Colecc. F. de A.).



b

Las Tejas, región insular frente a Coronda, departamento de San Jerónimo, provincia de Santa Fe (Colecc. M. B.).



Margen izquierda del río Paracoo, departamento de Paraná, provincia de Entre Ríos
(Colecc. F. de A.).



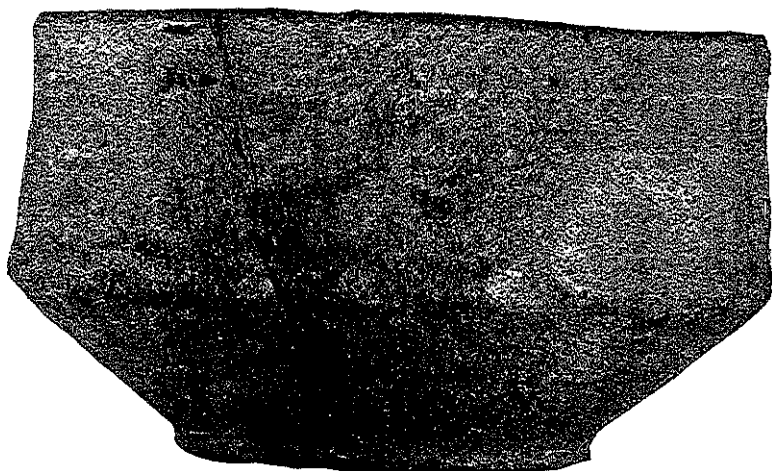
a

Vista general de la costa del río Paracao, en la proximidad del arroyo Los Galpones



b

Un aspecto de la costa del río Paracao, en la proximidad del arroyo Los Galpones



a

Paso La Picada, margen izquierda del río Las Conchas, departamento de Paraná, provincia de Entre Ríos (Colecc. F. de A.).



b

Rincón del Doll, margen derecha del riacho Victoria, departamento de Diamante, provincia de Entre Ríos (Colecc. F. de A.).

SOBRE LA PRESENCIA DE UNA PIEZA DE METAL EN UN PARADERO DEL RIO MATANZAS

por

FLORENCIO VILLEGAS BASAVILBASO (h.)

DURANTE una de nuestras frecuentes excursiones arqueológicas a un paradero indígena situado sobre la margen izquierda del río Matanzas, en la localidad de Querandí (F.C.C.G.B.A., provincia de Buenos Aires), mi amigo Julián Cáceres Freire encontró la pieza de cobre que motiva esta nota.

Se trata de un canuto hecho con una lámina más o menos rectangular de cobre (figura 1), arrollada en el sentido de su longitud; ésta es de 21 milímetros, siendo el ancho aproximadamente de la lámina 13 milímetros, y su espesor medio milímetro. Su peso es de 0.576 gramos.

Como se puede apreciar en las figuras 2 y 3, se ha desprendido un fragmento triangular de la extremidad izquierda; en el otro extremo hubo necesidad de cortarle un pequeño trozo para el análisis químico que tuvo la gentileza de efectuar el doctor P. Abel Sánchez Díaz. Este análisis dió una proporción de 99.78 % de cobre y vestigios de hierro.

Es raro encontrar en el cobre utilizado por nuestros indígenas una cantidad tan elevada de este metal; por lo general la proporción se encuentra bastante disminuída por la presencia de cantidad apreciable de estaño, cinc, etc.

Tres cuentas de collar similares a ésta, pero trabajadas en láminas de plata, han sido mencionadas por el doctor Eduardo Casanova para el noroeste de nuestro país¹, y el profesor M. A. Vignati describe otra del mismo tipo procedente de la Patagonia².

(¹) EDUARDO CASANOVA, *Tres ruinas indígenas en la Quebrada de la Cueva*, en *Anales del Museo Nacional de Historia Natural "Bernardino Rivadavia"*, XXXVII, 294; Buenos Aires, 1933.

(²) MILICIADES ALEJO VIGNATI, *La armadura de un cacique patagón*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, I, 366; Buenos Aires, 1931.

En Europa, los hallazgos de cuentas de cobre, lo mismo que de oro, plata, bronce o hierro, han sido numerosos¹; existen también en Egipto² y en los *mounds* de América del Norte³.

En cuanto a la presencia de objetos de metal en los yacimientos arqueológicos de la provincia de Buenos Aires, excepto los mencionados por Ameghino⁴, Torres⁵, y Aparicio⁶, no tengo ninguna otra noticia. Para el delta del Paraná, Torres ha mencionado varias láminas de cobre que considera provenientes del intercambio comercial de los indígenas de estas regiones con los de "lejanas comarcas precordilleranas, con los cuales sostendrían un comercio muy antiguo, indudablemente pre-hispánico"⁷, opinión a que se adhiere Arredondo al señalar la existencia de metales en el túmulo de la isla del Vizcaíno (Uruguay)⁸.

Esta pieza de cobre fué encontrada junto con fragmentos de alfarería lisa y decorada, y con los pequeños instrumentos que caracterizan la industria lítica bonaerense.

Los primeros datos históricos que tenemos sobre la presencia de metales en la parte oriental del territorio argentino se deben a Caboto, quien, en su conocida Declaración (mayo de 1527)⁹, nos relata que, en las proximidades de la confluencia de los ríos Paraná y Carcarañá, "fallo un mayoral dela nacion de los chandules que le salio a resecebir de pas el

(¹) J. DÉCHELETTE, *Manuel d'Archéologie préhistorique, Celtique et Gallo-Romaine*, II; Paris, 1908-1914.

(²) JACQUES DE MORGAN, *L'humanité préhistorique, Esquisse de Préhistoire Générale*, 112; Paris, 1921.

(³) H. BEUCHAT, *Manuel d'Archéologie Américaine*, 153; Paris, 1912.

(⁴) FLORENTINO AMEGHINO, *La antigüedad del hombre en el Plata*, I, 152, *La Cultura Argentina*, Buenos Aires, 1918.

(⁵) LUIS MARÍA TORRES, *Arqueología de la península de San Blas*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXVI, 528; Buenos Aires, 1922.

(⁶) FRANCISCO DE APARICIO, *Investigaciones científicas en el litoral atlántico de la provincia de Buenos Aires*, en *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos Gaea*, N° 4, 380; Buenos Aires, 1925.

(⁷) LUIS MARÍA TORRES, *Los primitivos habitantes del delta del Paraná*, en *Biblioteca Centenaria de la Universidad de La Plata*, IV, 456; Buenos Aires, 1911.

(⁸) HORACIO ARREDONDO, *Informe preliminar sobre la arqueología de la Boca del Río Negro*, en *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología*, I, 13; Montevideo, 1927.

(⁹) FÉLIX F. OUTES, *Los querandies*, 182; Buenos Aires, 1897.

qual le presento una cofia con cierta chaperia de oro e cobre e cierta plata baxa...". Alonso de Santa Cruz confirma este pasaje ¹.

Más adelante Caboto dice: "...vinieron ciertos yndios dela nacion delos queerandis los quales son enemigos de los chandules e son vezinos del pie dela sierra donde tenian relacion que avia la dicha riqueza los quales le dieron mas larga relacion dela que el tenia de las dichas riquezas y les mostraron ciertos plumajes que trayan en la cabeça hechos á su parescer deste declarante de oro baxo e buena plata" ².

Juan de Garay, en su Carta, dice: "...fui a dar en la costa de la mar del norte mas de sesenta leguas del puerto de buenos ayres que si se hubiera de yr por la mar entiendo que fueran nouenta leguas porque haze gran ensenada que la boca deste rrio de la plata esta a leste y donde yo llegue a la costa de la mar casi corre el gieste la costa y el sur es a trauesia... legua y media de la mar se acava vn rramo de cordillera que baxa de la tierra adentro muestra grandes



Fig. 1
2/1 del tamaño natural

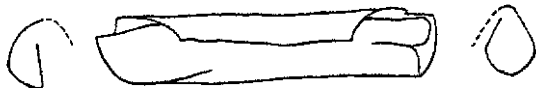


Fig. 2
2/1 del tamaño natural



Fig. 3
Desarrollo de la lámina, en tamaño natural.

peñascos y en lo alto campiña y en la costa en algunas partes descubre pedaços de peñascos donde bate el agua y en aquellos peñascos ay gran cantidad de lobos marinos aquella gente se abruga con mantas de pieles de vnos animales que ay como liebres y de gatos monteses y hazen sus tiendas de cueros de venados. allamos entre estos yndios alguna Ropa de lana muy buena: dicen que la traen de la cordillera de las espaldas de chile y que los yndios que tienen aquella Ropa traen unas planchas de metal amarillo en

(¹) FÉLIX F. OUTES, *Ibid.*, 181.

(²) FÉLIX F. OUTES, *Ibid.*, 183.

vnas Rodelas que traen quando pelean y que el metal sacan de vnos arrosos y dicen que hacia la costa hay poca gente; hacia la cordillera hay mucha”¹.

No es de extrañar el hallazgo de metales en el oriente del territorio argentino a pesar de la distancia a que se encuentran las regiones metalíferas, ya que Sarmiento de Gamboa, en su relación a S. M. de lo acontecido en el Estrecho de Magallanes (1583), y refiriéndose a los indios que poblaban esas regiones, dice: “... estando en el asiento de la purificación se allaron dos con cuchillos a hechura de medias lunas que pareció vno de hierro y otro de laton conque desuellan los animales...”². Este dato nos ilustra acerca de la enorme área de dispersión que puede alcanzar una pieza, ya que no sería aventurado afirmar que esos cuchillos de que nos habla Sarmiento de Gamboa sean los conocidos tumis peruanos.

El hallazgo de la pieza de cobre en el paradero del río Matanzas viene, pues, a confirmar los datos arqueológicos e históricos que se tenían sobre las relaciones de los pueblos del noroeste y oeste, con los que habitaban la parte oriental de la República³.

(1) P. GROUSSAC, *Anales de la Biblioteca Nacional*, X, 157-158; Buenos Aires, 1915.

(2) PABLO PASTELLS, *El descubrimiento del Estrecho de Magallanes*, II, 285; Madrid, 1920.

(3) LUIS MARÍA TORRES, *Los primitivos, etc.*, 257, 456, 574.

FLORENTINO AMEGHINO, *Ibid.*, 200.

ENRIQUE PALAVECINO, *Áreas culturales del territorio argentino*, en *Actas del XXVº Congreso Internacional de Americanistas*, II, 227; La Plata, 1932.

ANTONIO SERRANO, *Los primitivos habitantes del territorio argentino*, 96; Buenos Aires, 1930.

SAMUEL LAFONE QUEVEDO, *Etnología argentina*, en *Actas del IVº Congreso Científico (1º Panamericano)*, 189; Buenos Aires, 1909.

FÉLIX F. OUTES, *Ibid.*, 73.

Comunicación presentada en la sesión de la *Semana de Antropología del día 4 de diciembre de 1937*. Dibujos del autor.

CRONICA OFICIAL

ACTA DE FUNDACION

En la ciudad de Buenos Aires, a los veinticuatro días del mes de abril de mil novecientos treinta y seis, se reunieron en el local del Museo Mitre, siendo las quince y treinta horas, los señores profesores don Francisco de Aparicio, doctor don Eduardo Casanova, doctor don José Imbelloni, doctor don Fernando Márquez Miranda, don Enrique Palavecino, don Félix F. Outes y don Milcíades Alejo Vignati, con el fin de considerar la posibilidad de fundar una sociedad que intensificara los estudios antropológicos en el país.

A propuesta del doctor Casanova, se designó para presidir la reunión al señor Outes, e inmediatamente se pasó a tratar el asunto. Después de un cambio de opiniones, y habiéndose manifestado todos los presentes de acuerdo en la necesidad de crear una institución que coordinara los distintos esfuerzos de los especialistas y estableciera lazos de cordialidad entre ellos, se decidió declarar constituida la "Sociedad Argentina de Antropología".

A continuación se nombró una Comisión, integrada por los señores profesores Aparicio, Casanova y Márquez Miranda, para que preparara el Estatuto que regiría la nueva Sociedad, indicándoseles los principales puntos que debían ser tomados en cuenta en la redacción de dicho Estatuto.

Se resolvió volverse a reunir en el mismo local el próximo lunes, cuatro de mayo, a la misma hora, y que todos los presentes a la reunión de la fecha firmaran el acta de fundación.

No habiendo más asuntos que tratar, y siendo las diecisiete y media horas, el señor Presidente declaró levantada la sesión.

EL ESTATUTO

De acuerdo con las normas estipuladas en la reunión preliminar, el Estatuto, en su artículo 3º, apartado d, establecía:

"Podrán ser socios activos los especialistas en cualquiera de las ramas de la Antropología; entendiéndose por Antropología cualquiera de las disciplinas que constituyen las ciencias del hombre (Antropología física, Etnología, Etnografía, Lingüística, Arqueología, etc.); y por especialistas, las personas que se dedican a la investigación en alguna de las ramas de la Antropología, como objeto principal de su actividad, y que además de haber producido obras meritorias, han seguido estas actividades con carácter profesional."

MEMORIA 1936 - 1937

A 2 de mayo de 1937. — A los señores miembros del Consejo Directivo de la Sociedad Argentina de Antropología.

Me es grato elevar a ese Consejo, la Memoria que resume actividades de la Sociedad durante el período 1936-1937, período que termina el día de mañana.

Consejo Directivo. El 4 de mayo de 1936, a raíz de la aprobación de los Estatutos, quedó constituido, en la siguiente forma, el Primer Consejo Directivo de la Sociedad: Presidente, don Félix F. Outes; Secretario, profesor doctor don Eduardo Casanova; Tesorero, profesor don Milcíades Alejo Vignati; Director de publicaciones, doctor don José Imbelloni; y los profesores don Francisco de Aparicio, doctor don Fernando Márquez Miranda y don Enrique Palavecino. Con posterioridad, debo recordarlo, se incorporaron a aquel cuerpo los señores profesor don Antonio Serrano, don Duncan L. Wagner y don Emilio R. Wagner.

En el espacio de tiempo que comprende esta Memoria, el C. D. celebró sesiones el 4 y 13 de mayo, el 17 de junio, el 1º de julio y el 23 de septiembre de 1936 y el 23 de abril del corriente año. El C. D. ha perfeccionado la estructura interna de la Sociedad, adoptando, para ello, diversas resoluciones, y ha considerado, asimismo, asuntos de interés general a los cuales me refiero en párrafo aparte.

En la sesión del 26 de abril de 1937, se procedió a elegir las autoridades de la Sociedad para el período 1937-1938, resultando reelectas las que fueron designadas al constituirse la corporación; mas, dada la enfermedad del subscripto, fué nombrado Presidente ad hoc (Estatuto, art. 10) el señor profesor don Francisco de Aparicio.

Sesiones científicas. Llevando de inmediato a la práctica uno de los propósitos más elevados de su penetración cultural, la Sociedad ha realizado cuatro sesiones científicas, a las que asistieron no sólo los socios activos y adherentes, sino, también, otras muchas personas especialmente invitadas. Fuera de las palabras que pronunció el subscripto en la sesión inaugural — que corren impresas en una edición limitada —, fueron leídas 16 comunicaciones cuyos títulos doy a continuación:

24 de julio:

Francisco de Aparicio, Excavaciones en los paraderos de la margen derecha del arroyo Leyes (con diapositivas y presentación del material);

Fernando Márquez Miranda, Hallazgos arqueológicos chaqueños. Confrontación con la cerámica actual (con diapositivas);

Enrique Palavecino, Notas sobre la mitología entre los aborígenes del Chaco;

Eduardo Casanova, Una representación del ckecpis en la cerámica de los Humahuacas prehispánicos (con presentación del material).

26 de agosto:

José Imbelloni, Sobre el diagnóstico racial de los indígenas americanos mediante el examen de la sangre (isohemoaglutinación);

Milcíades Alejo Vignati, Los cráneos pintados del cementerio de San Blas (con presentación del material);

Enrique Palavecino, Notas sobre la pesca con arpón entre los indios del Chaco (con presentación del material);

Romualdo Ardissonne, Un yacimiento arqueológico desconocido en la Ciénega Grande de Purmamarca (con diapositivas).

16 de septiembre:

Milcíades A. Vignati, Algunas pictografías de la provincia de San Luis (con diapositivas);

Florencio Villegas Basavilbaso, Un paradero indígena de la margen izquierda del río de la Matanza (con presentación del material);

Eduardo Casanova, Investigaciones arqueológicas en La Isla, Quebrada de Humahuaca, Jujuy (con diapositivas y presentación del material);

Adolfo Dembo, Mutilaciones dentarias en la Patagonia (con presentación del material).

4 de noviembre:

Félix F. Outes, Una luz sobre los Querandí;

Francisco de Aparicio, Las tamberías de Los Cazaderos (con diapositivas);

Félix F. Outes, De los indios que vivían en las proximidades de Buenos Aires en tiempos de la fundación;

Fernando Márquez Miranda, Nuevas investigaciones arqueológicas en la región de Iruya (con diapositivas).

Publicaciones. El C. D. contempló, con interés (sesiones del 13 de mayo, 17 de junio y 23 de septiembre de 1936), la posibilidad de publicar el Boletín a que alude el artículo 11 del Estatuto, Boletín que ha de difundir los diversos aspectos de la obra cultural realizada por la Sociedad. Confío al subscripto (sesión del 13 de mayo de 1936) la tarea de hacer factible dicho propósito, lo que ha logrado; como también ha sido posible financiar el coste de la publicación con el subsidio

de dos mil pesos concedido a la Sociedad por el Congreso de la Nación Argentina. Cabe recordar — a mero título informativo — que el subscripto publicó en folleto, por su cuenta, las palabras que pronunciara al ocupar la Presidencia y al iniciarse — el 24 de julio de 1936 — las sesiones científicas de la Sociedad, publicaciones que fueron distribuidas sin restricciones; como editó, asimismo, en forma privada y en tirada de cien ejemplares numerados en la máquina, las dos publicaciones que leyera en la sesión del 4 de noviembre de 1936.

Iniciativas. El C. D. ha hecho suyas, al aprobarlas, diversas iniciativas presentadas por sus miembros.

En primer término el señor profesor don Enrique Palavecino, en la sesión del 4 de mayo de 1936, hizo moción para que la Sociedad organizara unas Jornadas Antropológicas. El Consejo encargó al propio autor de la moción que realizara los sondeos previos y la preparación de un anteproyecto de estructuración; y fué, así, como, en la sesión del 17 de junio pudo saberse que podía contarse con la presentación de una veintena de trabajos. Se pensó, dado lo propicio del ambiente, que las reuniones tal vez podrían tener lugar en la segunda quincena de agosto de 1936; mas, no fué ello posible, difiriéndose su realización, a moción del señor profesor doctor Eduardo Casanova, para mayo de 1937, nombrándose, al propio tiempo, una comisión formada por el autor de la iniciativa y los señores profesores de Aparicio y Vignati para que corrieran con los trabajos de organización y propaganda.

El señor profesor Vignati propuso se solicitara a la Comisión Nacional de Cultura la inclusión de la Antropología entre las materias que premia la Institución.

El señor profesor de Aparicio señaló la conveniencia de que la Sociedad realizara visitas, y viajes a localidades que pudieran interesarle del punto de vista antropológico, por lo cual se le encargó formulara un proyecto que resultara factible en estos tiempos iniciales de la vida de la Sociedad.

La primera de esas excursiones pudo realizarse, en el mes de diciembre ppdo., mediante una donación del subscripto. Buen número de socios trasladóse a la vecina localidad de Magdalena y visitó diversos lugares de la costa hasta Punta de Indio realizando ligeros trabajos de exploración.

Asimismo el C. D. aprobó la moción del señor profesor de Aparicio, tendiente a procurar se organizaran algunos cursos prácticos, ofreciéndose él mismo, para dictar uno de Fotografía, lo que también fué aceptado, confiándose al señor profesor doctor don Fernando Márquez Miranda la tarea de formular un anteproyecto de organización.

Por último, el Consejo aceptó la sugestión de los señores profesores de Aparicio y Casanova de que se realizaran comidas periódicas destinadas a “mantener el espíritu de cordialidad que reina en la Sociedad”; la primera de ellas — lo recordaré — fué ofrecida al señor profesor doctor don José Imbelloni con motivo

de haber recibido el "Premio Eduardo L. Holmberg" (1933) por su memoria a propósito de los pueblos deformadores de los Andes.

Socios.—Al finalizar su primer año de existencia, la Sociedad cuenta con 2 socios honorarios, 10 activos y 21 adherentes; y se empeña en llenar las otras categorías de miembros creadas por el Estatuto.

En su sesión del 1º de julio, el C. D. designó socios honorarios a los doctores don Roberto Lehmann-Nitsche y don Luis María Torres, tributando, así, un merecido homenaje, a dos investigadores — retirados, en la actualidad, de la labor activa — cuya obra polimorfa, en antropología, es bien conocida de los especialistas.

Recordaré que los socios activos, miembros todos ellos, como es sabido, de ese C. D., son los siguientes:

Francisco de Aparicio.
Eduardo Casanova.
José Imbelloni.
Fernando Márquez Miranda.
Félix F. Outes.
Enrique Palavecino.
Antonio Serrano.
Milciades Alejo Vignati.
Duncan L. Wagner.
Emilio R. Wagner.

Oportunamente, al constituirse la Sociedad, su C. D. resolvió, por unanimidad, invitar, entre otros especialistas, al señor arquitecto don Héctor Greslébin a incorporarse a nuestra compañía como socio activo; mas, este distinguido investigador no pudo hacerlo, "muy a pesar mío" — expresaba en la nota que envió al subscripto —, pues, añadía, "por razones de índole particular y especial, me veo privado, en la actualidad, de colaborar en tan interesante iniciativa".

En cuanto a los socios adherentes, cuyo cálido entusiasmo por nuestros trabajos, no puedo dejar de puntualizar, son los siguientes:

Radamés Altieri.
Romualdo Ardissoni.
Juan Arnott.
Manuel A. Bousquet.
Julián B. Cáceres Freyre.
María de las Mercedes Constanzó.
Elina González Acha de Correa Morales.
Jorge A. Cranwell.

Adolfo Dembo.
Gervasio Fernández Madero.
Pablo Gaggero.
Eva Iribarne.
Elena S. de Kliman.
Ramón Fardal.
Lorenzo R. Parodi.
Ada I. Pastore.
Carlos Sodini.
Ana Biró de Stern.
José M. L. Viani.
María Elena Villagra Cobanera.
Florencio Villegas Basavilbaso.

Tal ha sido, resumida en sus lineamientos generales, la tarea llevada a cabo por la Sociedad Argentina de Antropología, en el transcurso de su primer año de vida. Los propósitos de sus fundadores, de “crear una institución que coordinara los esfuerzos de los especialistas y estableciera lazos de cordialidad entre ellos”, como que “intensificara — asimismo — los estudios antropológicos en el país”, han comenzado a corporizarse. Hago votos, pues, para que, en tiempos próximos, se realicen plenamente y se perfeccionen de continuo.

Quieran aceptar los señores del Consejo la seguridad de mi mayor consideración y mis atentos saludos.

FELIX F. OUTES,
Presidente.

EDUARDO CASANOVA,
Secretario.

NUEVO ESTATUTO

Las limitaciones impuestas en el Estatuto para ser socio activo resultaron serio inconveniente para el progreso de la Sociedad. Por esta circunstancia proyectóse un nuevo Estatuto que, en realidad, sólo contiene esa modificación fundamental. La carta orgánica definitiva que a continuación se transcribe, fué aprobada en la Asamblea del día 22 de septiembre de 1937.

ESTATUTOS DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA

Artículo 1º.— Fúndase, con sede en la ciudad de Buenos Aires, la Sociedad Argentina de Antropología: entendiéndose por Antropología las disciplinas que constituyen las ciencias del hombre (Antropología física, Etnología, Etnografía, Arqueología, Lingüística, etc.).

Art. 2º.— La Sociedad Argentina de Antropología tendrá por principales finalidades fomentar la investigación antropológica en el país y coordinar los esfuerzos de los que hoy se dedican a estudios de esta índole.

Art. 3º.— La Sociedad estará constituida por las siguientes categorías de socios: honorarios, correspondientes, protectores, activos y estudiantes.

a) Podrán ser socios honorarios las personas o instituciones de destacada actuación en los estudios antropológicos;

b) Podrán ser socios correspondientes las personas o instituciones, residentes en el extranjero, que se dediquen a la investigación antropológica;

c) Podrán ser socios protectores las personas o instituciones que contribuyan al sostenimiento de la Sociedad con una cuota mínima de cien (100) pesos anuales, o le hayan hecho una donación superior a mil (1.000) pesos, o le hayan prestado un importante servicio material de otra índole;

d) Podrán ser socios activos todas las personas que se interesen por las actividades de la Sociedad;

e) Podrán ser socios estudiantes los alumnos de los institutos superiores en los que se imparta enseñanza relacionada con la Antropología.

Art. 4º.— Los socios honorarios y correspondientes ingresarán a la Sociedad por invitación del Consejo Directivo. Los protectores, activos y estudiantes a propuesta de dos socios, aprobada por el Consejo Directivo.

Art. 5º.— Los socios activos tendrán a su cargo el gobierno y las actividades científicas de la Sociedad.

Art. 6º.— Los socios activos pagarán una cuota de diez (10) pesos semestrales.

Art. 7º.— Los socios activos elegirán el Consejo Directivo que tendrá a su cargo el gobierno de la Sociedad. La elección se hará en Asamblea, convocada con quince días de anticipación, la cual podrá sesionar con un quórum de la mitad más uno. No obteniéndose este quórum en el primer llamado, se efectuará un segundo para una fecha posterior en ocho días, por lo menos, pudiendo sesionar con el número de socios que concurran. La votación será secreta; en caso de que ninguno de los candidatos obtenga mayoría absoluta, se hará una segunda votación con las dos personas que hayan obtenido mayor número de votos. Las vacantes que se produzcan en el Consejo Directivo serán llenadas por éste mismo y solamente por el plazo necesario para completar el período.

Art. 8º.— El Consejo Directivo estará compuesto por los siguientes miembros: un presidente, un vicepresidente, un tesorero, un secretario y cinco vocales, que durarán un año en sus funciones. El Consejo Directivo sesionará con un quórum de cinco miembros y tomará sus resoluciones por simple mayoría.

Art. 9º.— El Presidente tendrá la representación exterior de la Sociedad, presidirá sus reuniones y hará cumplir las resoluciones del Consejo Directivo. Su voto prevalecerá en caso de empate.

Art. 10º.— El Consejo Directivo elegirá una comisión de tres socios, especialistas en cualquiera de las ramas de la Antropología, los cuales tendrán a su cargo la dirección científica de todas las actividades de la Sociedad: comunicaciones, conferencias, excursiones, publicaciones, etc.

Art. 11º.— La Sociedad editará, además de otras publicaciones que considere oportuno, un Boletín en que dará a conocer sus actividades.

Art. 12º.— Las publicaciones de la Sociedad se distribuirán sin cargo exclusivamente a los socios, a las instituciones científicas y a los especialistas del extranjero. A los actos que realice la Sociedad sólo podrán concurrir los socios, sus familiares y las personas que sean especialmente invitadas por el Consejo Directivo.

ESTE PRIMER VOLUMEN DE LAS RELACIONES DE LA
SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA,
TERMINÓSE DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE
A. PLANTIÉ Y CÍA., EN EL MES DE OCTUBRE
DE 1938. SE HAN TIRADO TREINTA
EJEMPLARES, NUMERADOS A MANO,
EN PAPEL CUMBERLAND. DIBU-
JÓ LA CUBIERTA MERCEDES
NOSTI DE CARMAN.

INDICE

Prefacio	5
Excavaciones en los paraderos del arroyo de Leyes, por Francisco de Aparicio	7
Una representación del ckecpis en la alfarería prehistórica de La Isla, por Eduardo Casanova	21
Razas humanas y grupos sanguíneos, por José Imbelloni	28
Origen étnico de los cráneos pintados de San Blas, por Milcíades Alejo Vignati	51
Un paradero indígena en la margen izquierda del río Matanzas, por Florencio Villegas Basavilbaso (h.)	59
Contribución al estudio de la arqueología de La Isla, por Eduardo Casanova	65
La pictografía de La Ciénaga, en la provincia de San Luis, por Milcíades Alejo Vignati	71
La tambería de Los Cazaderos, por Francisco de Aparicio	77
El hallazgo de esqueletos embarrados en la región Cuyana, por Milcíades Alejo Vignati	85
Etnología histórica de la provincia de Mendoza, por Salvador Canals Frau	91
El fuerte del Pantano, por Julián B. Cáceres Freyre	107
Silos de la quebrada de Humahuaca, por Romualdo Ardissonne	117
Arquitectura aborígen en la provincia de Salta, por Fernando Márquez Miranda	141
Investigaciones arqueológicas en el altiplano boliviano, por Eduardo Casanova	167
La "Vera y breve relación de la vida y costumbres de los indios Tupi-nambá", por Hans Staden (1557) y su nueva versión, por Edmundo Wernicke	173
Algunos vasos indígenas de las márgenes del Paraná inferior, por Eva Iribarne	181
Sobre la presencia de una pieza de metal en un paradero del río Matanzas, por Florencio Villegas Basavilbaso (h.)	191
Crónica oficial	195